

La Flecha Negra

Por

Robert Louis Stevenson

Freeditorial 

Prólogo

John Amend-all

Cierta tarde, muy avanzada ya la primavera, se oye en hora desusada la campana de Moat House, en Tunstall. Desde las cercanías hasta los más apartado rincones, en el bosque y en los campos que se extendían a lo largo del río, comenzaron las gentes a abandonar sus tareas para correr hacia el sitio de donde procedía el toque de alarma, y en la aldea de Tunstall un grupo de pobres campesinos se preguntaba asombrado a qué se debería la llamada.

En aquella época, que era la del reinado de Enrique VI, el aspecto que presentaba la aldea de Tunstall era muy parecido al que actualmente tiene. No pasarías de unas veinte las casas, toscamente construidas con madera de roble, que se hallaban esparcidas por el extenso y verde valle que ascendía desde el río. Al pie de aquél, el camino cruzaba un puente y, subiendo por el lado opuesto, desaparecía en los linderos del bosque, hasta llegar a Moat House, desde donde continuaba hacia la abadía de Holywood. Hacia la mitad de camino se alzaba la iglesia rodeada de tejos. A ambos lados, limitando el paisaje y coronando las montañas se encontraban los verdes olmos y los verdeantes robles del bosque.

Sobre una loma inmediata al puente se erguía una cruz de piedra, a cuyo alrededor se había reunido un grupo —media docena de mujeres y un mozo alto vestido con un sayo rojizo— discutiendo acerca de lo que podía anunciar el toque de rebato. Media hora antes, un mensajero había cruzado la aldea, con tal prisa que apagó la sed con un jarro de cerveza sin desmontar siquiera del caballo, tan urgente era su mensaje. Mas ni él mismo sabía de qué se trataba; únicamente, que llevaba pliegos sellados de sir Daniel Brackley para sir Oliver Oates, el párroco encargado de cuidar de Moat House en ausencia del dueño.

Se oyó entonces el galopar de otro caballo, y al rato, saliendo de los linderos del bosque y cruzando con estrépito el puente, llegó a caballo el joven master Richard Shelton, que se hallaba bajo la tutela de sir Daniel. Él, al menos, sabría algo de lo que ocurría, por lo que, llamándole, le suplicaron que se lo explicara. El muchacho, un joven que aún no había cumplido los dieciocho años, de rostro curtido por el sol y ojos grises, con jubón de gamuza con cuello de terciopelo negro, verde capuchón sobre su cabeza y una ballesta de acero terciada a la espalda, detúvose de buena gana. Al parecer, el correo había traído importantes noticias. Era inminente la batalla. Sir Daniel había ordenado que todo hombre capaz de tensar un arco o de empuñar un hacha partiese inmediatamente hacia Kettleby, bajo pena de incurrir en su enojo. Pero nada sabía Dick acerca de por quién habían de luchar ni del lugar donde se

libraría la batalla. El mismo sir Oliver no tardaría en llegar y Bennet Hatch se estaba preparando en aquel momento, pues él había de acaudillar a los hombres.

—¡Esto será la ruina de esta tierra! —exclamó una mujer—. Si los barones viven en guerra constante, los campesinos tendrán que alimentarse de raíces.

—Nada de eso —dijo Dick—: El que nos siga recibirá seis peniques diarios, y los arqueros, doce.

—Eso será si viven —repuso la mujer—; pero ¿y si mueren, señor?

—Nada más honroso que morir por su señor natural.

—No será el mío —replicó el hombre del sayo—. Yo seguí a los Walsingham, y como yo, todos los de Brierley, hasta hace un par de años por la Candelaria. ¡Y ahora he de pasarme al bando de los Brackley! La ley lo hizo, y no la naturaleza. ¿Qué me importan a mí sir Daniel ni sir Oliver, que entiende más de leyes que de honradez? Yo no tengo más señor natural que el pobre rey Enrique VI, a quien Dios bendiga, ese infeliz inocente que no sabe cuál es su mano derecha ni cuál su izquierda.

—Mala lengua tenéis, amigo —dijo Dick—, si así difamáis a vuestro buen amo y a mi señor, el rey, en la misma calumnia. Pero el rey Enrique, ¡loados sean los santos!, ha recobrado el juicio y todo lo pondrá en orden pacíficamente. En cuanto a sir Daniel, muy valiente os mostráis a espaldas suyas. Pero no soy ningún chismoso, así que no hablemos más del asunto.

—Nada he dicho en vuestro agravio, master Richard —repuso el campesino—. Sois todavía un muchacho, pero cuando seáis un hombre, os encontraréis con la bolsa vacía. Y no digo más: ¡qué todos los santos del cielo ayuden a los vecinos de sir Daniel y la Virgen bendita proteja a sus pupilos!

—Clipsby —dijo Richard—: Lo que estáis diciendo no puedo escucharlo, sin faltar a mi honor. Sir Daniel es un amo bondadoso para mí, y mi tutor.

—¡Vamos! ¿Queréis descifrarme un acertijo? —repuso Clipsby—. ¿De qué bando es sir Daniel?

—No lo sé —murmuró Dick, enrojeciendo, pues su tutor, en los disturbios de aquella época, cambiaba continuamente de partido, y a cada uno de esos cambios acompañaba algún aumento en su fortuna.

—Claro —repuso Clipsby—; ni vos ni nadie, pues, en verdad, se acuesta siendo de los Lancaster y se levanta de los de York.

En aquel preciso instante, el puente retumbó bajo los cascos de un caballo. Se volvieron los del grupo y vieron llegar, a galope, a Bennet Hatch. Era éste un hombre de rostro moreno, pelo entrecano y aspecto torvo; iba armado con

espada y lanza, una celada cubría su cabeza y su cuerpo una cota de cuero. Hombre de relieve en aquellos lugares, se le consideraba la mano derecha de sir Daniel, lo mismo en la paz que en la guerra, y, a la sazón, por conveniencia de su amo, ejercía el cargo de alguacil.

—¡Clipsby! —gritó—: Corre a Moat House y manda a todos los rezagados por el mismo camino. Bowyer os dará cotas y celadas. Hemos de salir antes del toque de queda. Fíjate bien: al que sea el último en llegar a la puerta, sir Daniel le dará su merecido. Conque mucho cuidado, porque ya te conozco y sé que no eres hombre en quien se pueda confiar.

Y dirigiéndose a una de las mujeres, añadió:

—Nance, ¿dónde está el viejo Appleyard? ¿En la ciudad?

—En su campo, con toda seguridad —respondió la mujer.

El grupo se dispersó, y mientras Clipsby cruzaba pausadamente el puente, Bennet y el joven Shelton cabalgaban juntos por el camino, atravesando la aldea y dejando atrás la iglesia.

—Verás cómo ese cascarrabias —dijo Bennet— se pasa el tiempo murmurando y hablando sin ton ni son de Enrique V. ¡Y todo porque estuvo en las guerras de Francia!

La casa adonde se encaminaban era la última de la aldea, y se alzaba solitaria entre unas lilas. Más allá de ella, por los tres lados, se abría la pradera, elevándose hasta las márgenes del bosque.

Hatch desmontó, colocó las riendas sobre la cerca y echó a andar por el campo, llevando a Dick junto a sí, hacia donde cavaba el viejo soldado, hundido hasta las rodillas entre sus coles, tarareando con voz cascada una cancioncilla. Todo él iba vestido de cuero excepto la capucha y la esclavina, que eran de frisa negra, anudadas con cinta escarlata. Por el color y las arrugas, dijérase que su rostro era una cáscara de nuez; pero sus viejos ojos grises eran bastante claros y límpidos todavía, y perfecta su vista. Quizá porque era sordo, quizá porque no creyese digno de un viejo arquero de Agincourt prestar atención a semejantes disturbios, el caso es que ni las ásperas notas de la campana tocando a rebato ni la proximidad de Bennet y el muchacho parecieron impresionarle, y continuó cavando mientras con débil y temblorosa vocecilla entonaba la melodía:

Si he de ser, mi señora, de vuestra propiedad

os ruego que de mí tengáis piedad.

—Nick Appleyard —dijo Hatch—: Sir Oliver te saluda y te ordena que, antes de una hora, te dirijas a Moat House para encargarte del mando.

El viejo alzó la vista.

—¡Dios os guarde, señores míos! —repuso, sonriendo—. ¿Dónde va master Hatch?

—Master Hatch parte para Kettley con todos los hombres que puedan montar a caballo —contestó Bennet—. Parece que va a haber por aquellos alrededores una batalla, y mi señor espera refuerzos.

—¡Bien! —dijo Appleyard—. ¿Y qué guarnición me dejáis?

—Te dejo seis hombres escogidos y, además, sir Oliver —contestó Hatch.

—No bastan para defender la plaza —observó Appleyard—. Se necesitarán cuarenta hombres para resistir como es debido.

—¡Cómo! ¿Para que nos salieras con eso te hemos venido a buscar, viejo pícaro? —replicó Bennet—. ¿Quién sino tú es capaz de hacerlo con semejante guarnición?

—¡Sí, cuando te aprieta el zapato te acuerdas del viejo! —repuso Nick—. No hay uno de vuestros hombres capaz de sostenerse a caballo ni de manejar una pica; y en cuanto a arqueros, si el viejo Enrique V resucitase, sería capaz de ofrecerse, por un ochavo cada vez, a servir de blanco en vuestros tiros.

—¡Vamos, Nick, que todavía hay alguien que sabe disparar un arco! —exclamó Bennet.

—¡Disparar un arco! —repitió Appleyard—. ¡Sí! Pero ¿quién sería capaz de dar en el blanco? Ahí es donde hay que tener buen ojo y la cabeza en su sitio. Si no, vamos a ver, ¿a qué llamaríais vos un tiro largo de ballesta?

—¡Hombre! Largo sería a una distancia como de aquí al bosque —contestó Bennet mirando en torno suyo.

—Sí, algo largo sería —murmuró el viejo, volviéndose para mirar por encima del hombro. Después se colocó la mano sobre los ojos y permaneció con ellos fijos en la lejanía.

—¿Qué miras? —preguntó Bennet entre dientes—. ¿Acaso ves a Enrique V?

El veterano siguió mirando hacia la colina. El sol brillaba esplendoroso sobre las praderas; ramoneaban algunas ovejas blancas. Todo estaba en silencio, turbado tan sólo por el lejano tañido de la campana.

—¿Qué ocurre, Appleyard? —inquirió Dick.

—Qué ha de ocurrir... Los pájaros.

Sobre la parte superior del bosque, desde donde descendía como una

lengua a través de los prados, para terminar en un par de olmos verdes, a un tiro de flecha aproximadamente del lugar donde nuestros interlocutores se hallaban, una bandada de pájaros revoloteaba de un lado a otro con evidente alarma.

—¿Qué pasa con los pájaros? —preguntó Bennet.

—¡Verdaderamente —repuso Appleyard—, hacéis bien en ir a la guerra, master Bennet! Los pájaros son buenos centinelas; en los bosques suelen ser los que primero figuran en la línea de batalla. ¡Mirad! Si éste fuera un campamento, bien pudiera haber arqueros acechando para dar con nosotros, y, sin embargo, aquí estaríais como si tal cosa.

—¡Qué dices, condenado! —gritó Hatch—. ¡Si en torno nuestro no hay más hombres que los de sir Daniel, en Kettley! Estás más seguro que en la torre de Londres, y quieres asustarnos con unos cuantos gorriones o algún pinzón.

—¡Escuchadle! —rezongó Appleyard—. ¡Cuántos bribones se dejarían cortar las orejas con tal de darse el gustazo de podernos enviar una flecha a cualquiera de nosotros! ¡San Miguel nos valga! ¡Si nos odian como si fuéramos la peste!

—¡Cierto es que odian a sir Daniel! —repuso Hatch algo más sosegado.

—A sir Daniel y a todo el que le sirve —refunfuñó Appleyard—, y en primer término a Bennet Hatch y al viejo Nicholas, el arquero. Mirad: si allá lejos, en el extremo del bosque, hubiese un hombre forzado y vos y yo permaneciésemos aquí a merced suya, como lo estamos, ¿a quién creéis que escogerían?

—Apuesto que a ti —repuso Hatch.

—¡Apuesto mi capote contra un cinto de cuero a que seríais vos el elegido! —exclamó el viejo arquero—. Vos fuisteis quien incendió Grimstone, Bennet, y eso no os lo perdonarán nunca, amigo mío. En cuanto a mí, pronto estaré en lugar seguro, Dios mediante, lejos de los tiros de flecha y de los cañonazos también... y de todas las ruindades de mis enemigos. Ya soy viejo y me acerco rápidamente a mi última morada, donde el lecho está dispuesto. Pero vos, Bennet, quedaréis a merced de todos los peligros, y si llegáis a mi edad sin que os hayan colgado, será porque el genuino espíritu inglés habrá muerto ya.

—Eres el viejo mastuerzo de peor genio de todo el bosque de Tunstall —replicó Hatch, enojado por aquellos amenazadores presagios—. Anda de una vez a armarte antes de que llegue sir Oliver, y déjate, por una vez en tu vida, de charlas inútiles. Si a Enrique V le hablabas tanto, tendría más llenos los oídos que el bolsillo.

Silbó en el aire una flecha como un gigantesco abejorro y vino a clavársele al viejo Appleyard entre ambos omoplatos, atravesándole de parte a parte y haciéndole caer de cabeza sobre las coles. Hatch contuvo un grito y saltó en el aire; después, agachándose cuanto pudo, corrió a refugiarse en la casa. Entretanto, sir Dick Shelton se había ocultado tras unas lilas y con el arco tenso y apoyado en el hombro apuntaba hacia el bosque.

No se movía ni una hoja. Las ovejas pacían tranquilamente y los pájaros se habían apaciguado. Pero en el suelo yacía el viejo, con una flecha de una vara de largo clavada en la espalda. Hatch continuaba protegido bajo el alero del tejado, y Dick estaba alerta, agazapado tras el árbol.

—¿Veis algo? —gritó Hatch.

—No se mueve ni una rama —contestó Dick.

—Me da vergüenza dejarle ahí tendido —dijo Bennet, adelantándose de nuevo con vacilante paso y muy pálido el rostro—. No perdáis de vista el bosque, master Shelton; vigiladlo bien. ¡Los santos nos asistan! ¡Buen tiro fue éste!

Bennet alzó al viejo arquero y lo apoyó sobre su rodilla. Todavía no estaba muerto. Su rostro se contraía, abría y cerraba los ojos maquinalmente, y tenía el horrible aspecto de quien sufre un gran dolor.

—¿Me oyes, Nick? —le preguntó Hatch—. ¿Deseas algo? ¿Tienes algo que decir antes de dejar este mundo, hermano?

—¡Arráncame esta flecha y déjame morir, por la Virgen María! —susurró Appleyard—. ¡Ya se acabó para mí la vieja Inglaterra! ¡Arráncamela, arráncamela!

—Master Dick —exclamó Bennet—, acercaos y dad un buen tirón a la flecha. Lo que él quiere es morir, el pobre pecador.

Dick dejó en el suelo su ballesta y, tirando de la flecha con todas sus fuerzas, consiguió arrancarla de la herida. Brotó un chorro de sangre, intentó el viejo arquero ponerse de pie y, pronunciando el nombre de Dios, cayó muerto.

Hatch, arrodillado entre las coles, oró con fervor por el descanso de su alma. Mas, en tanto que oraba, veíase que su atención se hallaba dividida: no dejaba de mirar ni un instante de reojo hacia aquel rincón del bosque de donde partiera el certero flechazo. Terminada su oración, se alzó de nuevo, se quitó una de sus manoplas de malla y se enjugó el pálido rostro, empapado de un sudor aterrado.

—Sí —dijo—, la próxima vez me tocará a mí.

—¿Quién habrá hecho esto, Bennet? —preguntó Richard, conservando aún en su mano la flecha.

—Sólo Dios lo sabe —respondió Hatch—. Quizá andan por ahí más de cuarenta cristianos a quienes él y yo hemos arrojado de sus casas y de sus tierras, persiguiéndolos después. Él ha pagado ya su deuda, pobre viejo, y acaso no tarde yo mucho en pagar la mía. Sir Daniel tiene la mano demasiado dura.

—Extraña flecha es ésta —dijo el muchacho contemplando la que tenía en la mano.

—Sí, por cierto —exclamó Bennet—. Negra y guarnecida de plumas, también negras. Nada tiene de bonita ni de alegre, porque dicen que el negro es presagio de entierro. Y aquí se ven algunas palabras escritas. Limpiad la sangre y leedlas. ¿Qué dicen?

—Para Appleyard, de John Amend-all —leyó Shelton—. ¿Qué significa esto?

—¡No lo sé; pero no me gusta nada! —contestó el servidor sacudiendo la cabeza. ¡John Amend-all! Vaya nombre para uno de esos bribones rebeldes. Pero ¿qué hacemos aquí, sirviendo de blanco? Cogedle por las rodillas, master Shelton, que yo le levantaré de los hombros, y dejémosle en su casa. ¡Buen disgusto va a darle esto a sir Oliver! Más blanco que la cera se quedará cuando lo sepa, y ni un molino de viento gruñirá más que él.

Entre los dos llevaron el cuerpo del viejo arquero a su casa, donde había vivido completamente solo. Allí le dejaron tendido en el suelo, para no manchar el colchón de la cama, y colocaron sus miembros lo mejor que pudieron.

La casa de Appleyard era de aspecto limpio y sencillo. Sólo contenía una cama con colcha azul, un aparador, un gran arcón, un par de taburetes y una mesa con goznes en un rincón junto a la chimenea. De la pared colgaba la armería del viejo soldado: sus arcos y su coraza. Hatch comenzó a mirar en torno suyo con curiosidad.

—Nick tenía dinero —dijo—. Debe de tener escondidas unas sesenta libras. ¡Cómo me gustaría encontrarlas! Cuando se pierde un buen amigo, master Richard, el mejor consuelo es heredarle. Mirad ese arcón. Apostaría cualquier cosa a que contiene cerca de su buena media fanega de oro. Appleyard el arquero tenía la mano dura para recoger, y también para guardar. ¡Que Dios le haya perdonado sus pecados! Cerca de ochenta años se ha mantenido en pie, y siempre recogiendo y guardando; pero al fin ha tenido que tenderse de espaldas para siempre, ¡pobre viejo huraño!, y ya se han acabado para él todas las necesidades... Sin duda, pienso yo, si sus bienes van a parar a

manos de un buen amigo, se alegrará de ello y se sentirá más feliz allá en el cielo.

—¡Vamos, Hatch! —exclamó Dick—. Respetad esos ojos cerrados para siempre... ¿Seríais capaz de robarle ante su propio cadáver? ¡Echaría a andar para impedirlo!

Hatch hizo la señal de la cruz varias veces, pero luego volvió el color a su rostro, y no fue fácil disuadirle de sus propósitos. La hubiera emprendido con el arcón si en aquel momento no se hubiera oído ruido en la puerta de la cerca, y si poco después no se hubiese abierto la de la casa, dando paso a un hombre alto, corpulento y colorado, de ojos negros, de unos cincuenta años de edad, cubierto con negro traje talar y sobrepelliz.

—Appleyard —entraba diciendo el recién llegado; pero al contemplar el cuadro se quedó paralizado de asombro—. ¡Ave María! —exclamó—. ¡Dios y los santos nos asistan! ¿Qué escándalo es éste?

—Frío escándalo para Appleyard, señor cura —contestó Hatch sin asomo de humor—. Acaban de asesinarle a la puerta de su casa, y llega en este momento al Purgatorio. ¡Verdaderamente, si es cierto lo que cuentan, allí no han de faltarle carbón ni lumbre!

Con vacilante paso se dejó caer sir Oliver sobre uno de los taburetes, demudado el rostro y sintiéndose desfallecer.

—¡Esto es la ejecución de una sentencia! —dijo—. ¡Oh! ¡Qué golpe! ¡Qué golpe! —exclamó sollozando. Y enseguida comenzó a rezar infinidad de oraciones.

Hatch, entretanto, se despojaba respetuosamente de su celada e hincaba su rodilla en tierra.

—¡Ay, Bennet! —murmuró el clérigo, algo repuesto de su asombro—. ¿Qué puede ser esto? ¿Quién será el enemigo que se ha atrevido a ejecutarlo?

—Aquí tenéis la flecha, sir Oliver. Mirad: lleva escritas unas palabras —observó Dick.

—¡Cómo! —exclamó el cura—. ¡Esto es abominable! ¡John Amend-all! ¡Un nombre digno de un lollardo! ¡Y negro el color de la flecha, como de mal agujero! ¡Caballeros, esta maldita flecha no me gusta nada! Pero lo importante ahora es que deliberemos de dónde puede venir. Ayúdame a pensar, Bennet. Entre tantos que nos quieren mal, ¿quién será el que tan audazmente nos reta? ¿Simnel? No lo creo. ¿Los Walsingham? No, no han llegado aún hasta ese punto; aún confían en imponérsenos cuando las cosas cambien. También pudiera ser Simon Malmesbury. ¿Qué crees tú, Bennet?

—¿Podría ser, señor —repuso Hatch—, Ellis Duckworth?

—No, Bennet, no. Eso nunca —dijo el cura—. Jamás una revolución se fraguó entre los de abajo, Bennet, y esta opinión la comparten todos los cronistas sensatos. Las rebeliones se encaminan de arriba abajo. Cuando Dick, Tom y Harry la toman por su cuenta, averigua siempre dónde está el personaje que ha de aprovecharse de ella. Puesto que sir Daniel se ha unido, una vez más, al partido de la reina, ha caído en desgracia con los señores de York. De ahí viene el golpe, Bennet; por qué medios, es cosa que no puedo precisar aún; pero ahí está el meollo del asunto.

—No quisiera que lo tomarais a mal, sir Oliver —repuso Bennet—, pero tanto se ha apretado la soga al cuello de las gentes, que esto está a punto de estallar; eso mismo veía venir el pobre Appleyard. Y si me lo permitís, os diré que la gente nos odia tanto que no necesitan que los espoleen los de York ni los de Lancaster. Oíd lo que yo pienso: vos, que sois clérigo, y sir Daniel, que tan pronto navega a uno como a otro viento, os habéis apoderado de los bienes de muchos y habéis hecho apalear y colgar a no pocos hombres. Ahora os piden cuentas de todo ello; pero como, al fin, no sé por qué, siempre os favorece la ley, creéis que todo queda arreglado. Pero permitidme que os diga, sir Oliver, que el hombre que habéis despojado de sus bienes y mandado apalear es el que más indignado está ahora, y un buen día, azuzado por el diablo, echará mano de su arco y os meterá en el cuerpo una flecha.

—No, Bennet, estás en un grave error. Deberías agradecerme que te corrija —replicó sir Oliver—. Eres un charlatán, Bennet, un chismoso; tienes la lengua demasiado larga. Tienes que corregirte. Bennet, tienes que corregirte.

—Bien, no diré una palabra más. Haced lo que os plazca —repuso el escudero.

Se levantó el cura del taburete en el que estaba sentado y del estuche que llevaba pendiente del cuello sacó cera y una vela pequeña, pedernal y eslabón, procediendo con todo ello a sellar con las armas de sir Daniel el arcón y el armario, mientras Hatch le miraba con profundo desconsuelo. A continuación salieron todos de la casa, algo atemorizados, y se dispusieron a montar a caballo.

—Ya hace rato que debiéramos estar en camino, sir Oliver —dijo Hatch, al sostenerle el estribo para que montara.

—Es cierto; pero las cosas han cambiado, Bennet —repuso el cura—. Ya no tenemos a Appleyard, que en paz descansa, para encargarse del mando de la guarnición. Por tanto, tú vas a quedarte conmigo, Bennet. Necesito a mi lado un hombre de confianza en estos tiempos de traidoras flechas negras. «La flecha que de día vuela...», dice el Evangelio. Y no recuerdo lo que sigue. ¡Verdaderamente soy un cura holgazán, demasiado ocupado de los asuntos humanos! Mas cabalguemos, master Hatch. Nuestros hombres deben de estar

ya en la iglesia.

Emprendieron, pues, la marcha camino abajo, con el viento que hacía flotar los hábitos del cura a su favor, y dejaron tras ellos algunas nubecillas que velaban el sol poniente. Pasaron tres de las casas dispersas que componían la aldea de Tunstall, y, al volver un recodo, apareció ante ellos la iglesia. A su alrededor se apiñaban diez o doce casas, mas en la parte posterior el cementerio parroquial lindaba con los prados. Ante el pórtico se hallaban reunidos unos veinte hombres, montados unos y de pie otros junto a sus caballos. Iban armados y montados de diversas formas: unos con lanzas, otros con picas o con arcos y cabalgando algunos caballos de labor, salpicados todavía del lodo de los surcos. Al fin y al cabo no eran más que la hez del pueblo, ya que los mejores hombres y los mejor equipados se hallaban ya en el campo con sir Daniel.

—No lo hemos hecho del todo mal, ¡alabada sea la cruz de Holywood! Sir Daniel se pondrá contento —murmuró el cura, contando para sí los que formaban la tropa.

—¿Quién vive? ¡Alto, si eres de los nuestros! —gritó de pronto Bennet.

Acababa de ver a un hombre deslizarse por entre los tejos del cementerio. Mas aquél, al escuchar su requerimiento, abandonó su escondite y puso pies en polvorosa en dirección al bosque. Los hombres que se hallaban en el pórtico, que no se habían percatado hasta entonces de la presencia del intruso, se dispersaron. Los que habían echado pie a tierra volvieron a montar precipitadamente, y el resto salió en persecución del fugitivo. Pero tuvieron que dar un rodeo en torno al lugar sagrado y era evidente que se les escaparía la presa. Hatch, lanzando un juramento, dirigió su caballo hacia los setos para cortar el paso, pero la bestia rehusó saltar y dejó a su jinete tendido sobre el polvo. A pesar de que se levantó al instante y de nuevo se apoderó de las riendas, había transcurrido el tiempo suficiente para que el fugitivo ganase una buena ventaja, perdiéndose así toda esperanza de capturarlo.

Quien mostró tener más cabeza fue Dick Shelton. En lugar de empeñarse en la inútil persecución, descolgó la ballesta que llevaba a su espalda, la armó, colocó en ella una saeta, y mientras los demás desistían ya de la persecución, se volvió hacia Bennet y le preguntó si debía disparar.

—¡Dispara! ¡Dispara! —gritó el cura con sanguinaria violencia.

—Apuntad bien, master Dick —exclamó Bennet—, y dad con él en tierra como manzana madura.

El fugitivo se hallaba a pocos pasos de su refugio; pero esta última parte del prado ascendía en pronunciado declive, de forma que su carrera resultaba, proporcionalmente, mucho más lenta. Entre la grisácea luz del ocaso y la

irregularidad de movimientos del fugitivo, el blanco no tenía nada de fácil. Por otra parte, Dick, al alzar su arco, sintió una especie de lástima y un vago deseo de errar el tiro. Voló al fin la saeta.

Vaciló el hombre y cayó; sus enemigos prorrumpieron en triunfal vocerío. Pero su alegría fue prematura. El hombre había sufrido una caída sin importancia; rápidamente se puso en pie, se volvió para agitar su gorro mofándose de ellos, y pronto desapareció entre la espesura del bosque.

—¡Mala peste se lo lleve! —gritó Bennet—. ¡Tiene pies de ladrón! ¡Por san Banbury que sabe correr! Pero le disteis, master Shelton; aunque os ha robado la saeta. ¡Ojalá no tenga nunca más suerte que la que yo le deseo!

—Pero ¿qué hacía rondando la iglesia? —preguntó sir Oliver—. Mucho me temo que haya cometido alguna maldad. Clipsby, desmonta y mira con cuidado por y entre esos tejos a ver si encuentras algo.

Partió Clipsby y al rato volvía con un papel en la mano.

—Esto encontré clavado en la puerta de la iglesia —dijo, entregándoselo al párroco—. Nada más he hallado, señor cura.

—¡Vaya! ¡Por el poder de nuestra santa Madre Iglesia! —exclamó sir Oliver—. ¡Esto raya en sacrilegio! ¡Qué se haga porque es voluntad del rey o del señor feudal mandarlo... bien, pase; pero que cualquier descamisado vagabundo venga a pegar papeles en la puerta del presbiterio... eso, eso es casi un sacrilegio!... Por menos han llevado a la hoguera a muchos hombres. Pero, a ver, ¿qué se nos dice aquí?... Va desapareciendo la luz por momentos... Master Richard, vos que sois joven y tenéis buena vista, ¿queréis leerme este libelo?

Dick Shelton tomó el papel y leyó en voz alta. Contenía algunos versos, toscas coplas de ciego que apenas si rimaban, escritas en burdos caracteres y con mala ortografía. Algo corregidos y mejorados, decían más o menos:

Tenía en el cinto cuatro flechas
negras por las cuatro penas que he soportado
y para los cuatro hombres malvados
que nos tiranizan y nos atropellan.
Una dio en el blanco, una ya acertó
pues al viejo Appleyard muerto lo dejó.
Otra, master Hatch, para vos, no miento
por quemar Grimstone hasta los cimientos.

A Oliver Oates otra irá a parar
que a sir Harry Shelton mandó degollar.
Y para sir Daniel la cuarta será
y todos dirán que bien hecho está.
Cada cual tendrá lo que ha merecido
una flecha negra por cada maldad
y ahora caed de rodillas, rezad
¡porque ya estáis muertos, vosotros, bandidos!

JOHN AMEND-ALL

de la Verde Floresta y sus alegres compañeros

Ítem más: tenemos más flechas y buenas cuerdas de cáñamo para otros secuaces vuestros.

—¡Malos tiempos para la caridad y el perdón cristiano! —exclamó tristemente sir Oliver—. ¡Qué malo es el mundo, y cada día empeora más! Por la cruz de Holywood os juro que tan inocente soy del mal causado a ese caballero, de palabra u obra, como el niño que espera el bautismo. Tampoco es cierto que le degollaran, pues también en eso están equivocados. Todavía viven testigos que pueden demostrarlo.

—No importa eso, señor cura —interrumpió Bennet—. No hay que hablar más del asunto.

—Nada de eso, master Bennet. Y hazme el favor de no propasarte. Yo he de hacer que resplandezca mi inocencia. No permitiré perder la vida bajo el peso de una calumnia. Pongo a todos por testigos de que nada tengo que ver en este asunto. Ni siquiera estaba entonces en Moat House. Precisamente me habían mandado a un recado antes de las nueve de la noche...

—Sir Oliver —interrumpió Bennet—, puesto que, por lo visto, no queréis acabar este sermón, acudiré a otro medio. Goffe, toca llamada. ¡A caballo!

Y mientras sonaba el toque de corneta, Bennet se acercó al sorprendido cura y le susurró al oído, acompañándose de violentos ademanes.

Dick Shelton vio cómo los ojos del cura se fijaron un instante en él con una mirada de asombro. Motivos tenía de inquietud, pues aquel Harry Shelton era su propio padre natural. Pero sus labios permanecieron mudos y su rostro impasible.

Hatch y sir Oliver discutieron durante un largo rato la situación. Decidieron reservar diez hombres, no sólo como guarnición de Moat House,

sino para dar escolta al cura a través del bosque. Como Bennet habría de quedarse atrás, master Shelton tomaría el mando del refuerzo. No cabía otra elección: los demás eran hombres rudos, torpes y nada diestros para la guerra, mientras que Dick no sólo era popular sino que tenía un carácter resuelto y cierta gravedad superior a sus años. Sir Oliver le había dado una buena instrucción, y el mismo Hatch le había enseñado el manejo de las armas y los primeros principios del mando. Bennet siempre se había mostrado amable y servicial con él. Era Bennet uno de esos hombres crueles e implacables con sus enemigos, pero rudamente fiel y cariñoso con sus amigos; por eso, mientras sir Oliver entraba en la casa próxima para escribir el relato de los últimos acontecimientos a su señor, Bennet se acercó al pupilo de éste para desearle que le diera Dios muy buena suerte en su empresa.

—Debéis hacer todo el camino dando un gran rodeo, master Shelton —le advirtió Hatch—. Por lo que más queráis, dad la vuelta al puente. Llevad siempre delante, a cincuenta pasos, un hombre de confianza para que atraiga sobre sí los tiros; y marchad siempre con cuidado, a la callada, hasta que hayáis dejado atrás el bosque. Si los bribones caen sobre vos, seguid cabalgando; nada ganaréis con hacerles frente. Y continuad siempre adelante, master Shelton; no retrocedáis, si en algo apreciáis vuestra vida; acordaos de que en Tunstall no podéis esperar auxilio. Y ahora, puesto que vais a servir al rey en la guerra y yo he de quedarme aquí con evidente peligro de perder la vida, por lo que sólo los santos del cielo saben si hemos de volver a vernos en este mundo, voy a daros mis últimos consejos antes de vuestra marcha. No perdáis de vista a sir Daniel: no es hombre de fiar. No depositéis vuestra confianza en el clérigo ese: no es malo, pero no es más que un monigote o un instrumento en las manos de sir Daniel. Cuidad mucho de buscar buenos amos donde quiera que vayáis; ganad amigos poderosos. Y acordaos, aunque sólo sea durante el tiempo necesario para rezar un padrenuestro, de Bennet Hatch. Otros bribones, mucho peores que él, hay en este bajo mundo. Y ahora, ¡que Dios os dé buena suerte!

—Y que el cielo te acompañe, Bennet —contestó Dick—. Siempre fuiste un buen amigo para mí, y así lo diré en todo tiempo y ocasión.

—Otra cosa, señor —añadió Bennet con cierto embarazo—: Si ese Amend-all me ensartase con alguna flecha, bueno sería, acaso, que os desprendieseis de alguna monedilla de oro o quizá de una libra por el bien de mi alma, pues muy probable es que buena falta me haga allá en el Purgatorio.

—Tu voluntad será cumplida, Bennet —repuso Dick—. Pero ¡ánimo, hombre! Todavía hemos de volver a encontrarnos en un lugar donde más necesitado estés de cerveza que de misas.

—¡Quiéralo el cielo, master Dick! —exclamó Bennet—. Pero aquí llega sir

Oliver. Si tan rápido fuera con el arco como con la pluma, bravo hombre de armas sería.

Sir Oliver entregó a Dick un pliego sellado con esta dirección: «Al muy noble y venerado caballero sir Daniel Brackley, mi dueño y señor, para serle entregado con toda urgencia».

Y Dick, colocándolo en el pecho en su casaca, dio su palabra de ejecutar la orden y partió hacia el este, con dirección a la aldea.

LIBRO PRIMERO

LOS DOS MOZALBETES

1. En la posada del Sol, de Kettley

Sir Daniel Brackley y sus hombres pernoctaron aquella noche en Kettley, cómodamente alojados y protegidos por una buena guardia. Pero el caballero de Tunstall era uno de esos hombres cuya codicia es insaciable, y aun en aquel momento, a punto de meterse en una aventura que no sabía si había de favorecerle o arruinarle, ya estaba en pie a la una de la madrugada dispuesto a esquilmar a sus pobres vecinos. Solía dedicarse al tráfico de herencias en litigio; su método consistía en comprar los derechos del demandante que tuviese menos probabilidades de ganar y una vez hecho esto, valiéndose de la influencia que los lores tenían con el rey, se procuraba injustas sentencias a su favor; o, si eso era andarse con demasiados rodeos, se apoderaba del dominio en litigio por la fuerza de las armas, confiando en su influencia y en las marrullerías de sir Oliver para burlar la ley y conservar lo que había arrebatado. Kettley era uno de los lugares adquiridos por él de tal modo; recientemente había caído en sus garras y todavía luchaba con la oposición de sus arrendatarios y de la opinión pública. Precisamente para imponer respeto y contener ese descontento acababa de llevar allí sus tropas.

—Una vez me haya yo cobrado lo que pueda, seré generoso contigo y te perdonaré el resto.

—¡Ay de mí, señor! Eso no puede ser... porque no sé escribir —contestó Condall.

—¡Qué pena! —dijo el caballero—. Porque entonces la cosa no tiene remedio. Yo que hubiera querido perdonarte, aun teniendo que violentar mi conciencia... Selden —añadió llamando a éste—: Coge a este viejo bandido con cuidado, llévale junto al olmo más próximo y cuélgale con cariño del

pescuezo en sitio que yo pueda verle al pasar a caballo. Ve con Dios, pues, mi buen master Condall, apreciado master Tyndall; a todo galope vas hacia el Paraíso... Que Dios te acompañe.

—No, mi muy querido señor —replicó Condall dibujando una forzada y obsequiosa sonrisa—. Si tanto es vuestro empeño, haré cuanto pueda por complaceros y, aunque torpemente, ejecutaré vuestro mandato.

—Amigo —ordenó sir Daniel—, ahora tendrás que firmar por cuarenta. ¡Vamos, pronto! Eres demasiado marrullero para no tener más que setenta chelines. Selden, cuida de que firme en debida forma y ante los testigos necesarios.

Y sir Daniel, que era el más jocosos caballero de cuantos en Inglaterra pudieran hallarse, sorbió un trago de tibia cerveza y, recostándose cómodamente en su asiento, sonrió satisfecho.

Entretanto, el muchacho que estaba tendido en el suelo comenzó a agitarse, y pronto se halló sentado contemplando a los que le rodeaban con asustada expresión.

—¡Ven acá! —exclamó sir Daniel, y en tanto que el muchacho se levantaba y se le acercaba pausadamente, se recostó de nuevo en su asiento, riendo a carcajadas—. ¡Por la santa cruz! ¡Vaya un muchacho valiente!

Al mozalbete se le encendió el rostro de ira, y sus ojos negros relampaguearon con destellos de odio. Al verle de pie, resultaba más difícil precisar su edad. La expresión de su semblante le hacía parecer mayor; pero su rostro era fino y delicado como el de un niño, y, en cuanto al cuerpo, era desusadamente esbelto y delgado y su porte algo desmañado.

—Me habéis llamado, sir Daniel —murmuró—. ¿Fue únicamente para reiros de mi lastimoso estado?

—No, muchacho, no; pero deja que me ría —contestó el caballero—. Deja que me ría, te lo ruego. Si pudieras verte a ti mismo, te aseguro que serías el primero en reírte.

—¡Bien! —exclamó el mozalbete, sonrojándose de nuevo—. De esto ya responderéis cuando respondáis de lo otro. ¡Reiros mientras podáis!

—Mira, primo —repuso sir Daniel con cierta ansiedad—, no creas que me burlo de ti; es una simple broma entre parientes y buenos amigos. Voy a proporcionarte un casamiento que te valdrá mil libras, ¿eh?, y a mimarte con exceso. Cierto es que te apresé con dureza y brusquedad, como las circunstancias lo exigían; pero de aquí en adelante te mantendré de muy buena gana y te serviré con el mayor gusto. Vas a ser la señora Shelton... Lady Shelton, ¡a fe mía!, pues el muchacho promete. Vamos, vamos, no te espantes

de una risa franca; cura la melancolía. El que ríe no es un mal hombre, primo mío; los pícaros no ríen. ¡A ver, posadero! Traedme comida para master John, mi primo. Y ahora, cariño mío, siéntate y come.

—No —replicó master John—. No probaré ni un bocado de pan. Puesto que me obligáis a cometer este pecado, ayunaré por la salvación de mi alma. Y vos, buen posadero, dadme un vaso de agua clara y os quedaré muy agradecido.

—¡Bueno, ya te sacaremos bula! —exclamó el caballero—. ¡Y no faltarán buenos confesores que te absuelvan! Tranquilízate, pues, y come.

Pero el muchacho era terco: se bebió el vaso de agua y, envolviéndose de nuevo en su capa, se sentó en un rincón a meditar.

Una o dos horas después hubo gran conmoción en el pueblo, y se oyó el alboroto de las voces de los centinelas dando el alto, acompañado del ruido de armas y caballos. A poco, un escuadrón de soldados llegó hasta la puerta de la posada, y Richard Shelton, salpicado de barro, apareció en el umbral.

—Dios os guarde, sir Daniel —dijo.

—¡Cómo! ¡Dick Shelton! —exclamó el caballero, y, al oír el nombre de Dick, el otro muchacho le miró con curiosidad—. ¿Qué hace Bennet Hatch?

—Dignaos, caballero, enteraros del contenido de este pliego de sir Oliver, en el que se da cuenta detallada de todo lo sucedido —contestó Richard, presentándole la carta del clérigo—. Además, convendría que partieseis a toda prisa para Risingham, pues en el camino encontramos a un mensajero, portador de unos pliegos, que galopaba desesperadamente, y, según nos dijo, mi señor de Risingham se encuentra en situación apurada y necesita con urgencia vuestra presencia.

—¿Qué decís? ¿Qué está en situación apurada? —preguntó el caballero—. Entonces apresurémonos a sentarnos, mi buen Richard. Del modo que van hoy las cosas en este pobre reino de Inglaterra, el que más despacio cabalga es el que más seguro llega. Dicen que el retraso engendra el peligro; pero yo más bien creo que ese prurito de hacer algo es lo que pierde a los hombres; tomad nota de ello, Dick. Pero veamos primero qué clase de ganado habéis traído. ¡Selden, trae una antorcha a la puerta!

Y sir Daniel salió a la calle, donde, a la rojiza luz de la antorcha, pasó revista a las nuevas tropas que le llegaban. Como vecino y como amo era muy impopular; pero como jefe en la guerra, queríanle todos cuantos seguían su bandera. Su audacia, su reconocido valor, la solicitud con que cuidaba de que estuvieran bien atendidos sus soldados y hasta sus rudos sarcasmos eran muy del gusto de aquellos audaces aventureros que vestían cota de malla.

—¡Por la santa cruz! —exclamó—. Pero ¿qué míseros perros son éstos? Unos más encorvados que arcos, otros más flacos que lanzas. ¡Amigos míos: iréis a la vanguardia en el campo de batalla! No perderé gran cosa con vosotros. Mirad aquel viejo villano montado en el caballo moteado. ¡Un borrego montado en un cerdo tendría un aire mucho más marcial! ¡Hola, Clipsby! ¿Estás ahí, buena pieza? Eres uno de los que yo perdería de buena gana. Irás delante de todos, con una diana pintada en tu cota, para que los arqueros puedan apuntarte mejor. Tú me enseñarás el camino, pícaro.

—Os enseñaré cuantos caminos queráis, sir Daniel, excepto el que os lleve a cambiar de partido —replicó audazmente Clipsby.

Soltó sir Daniel una estrepitosa carcajada.

—¡Bien contestado, muchacho! —exclamó alborozado—. Lengua viperina tienes. Y te perdono la frase por lo graciosa. ¡Selden, cuida de que den de comer a los hombres y a los caballos!

El caballero volvió a entrar en la posada.

—Ahora, amigo Dick —dijo—, empieza a despachar eso: ahí tienes buena cerveza y buen tocino. Come, mientras yo leo la carta.

Abrió el pliego y a medida que leía fruncía más el entrecejo. Terminada la lectura, se sentó unos momentos, pensativo. Luego clavó una mirada penetrante sobre su pupilo.

—Dime, Dick —dijo al fin—: ¿Viste tú esos versitos?

Contestó Dick afirmativamente.

—En ellos se cita el nombre de tu padre —continuó el caballero— y algún loco acusa a nuestro pobre párroco de haberle asesinado.

—Él lo niega enérgicamente —repuso Dick.

—¿Qué lo ha negado? —exclamó el caballero vivamente—. No le hagas caso. Tiene la lengua muy suelta, charla más que una cotorra. Día llegará, Dick, e que, con más tiempo y calma, te ponga yo al tanto de, este asunto. Se sospechó, por entonces, que el autor de todo fue un tal Duckworth; pero andaban los tiempos muy revueltos y no podía esperarse que se hiciese justicia.

—¿Ocurrió la muerte en Moat House? —aventuró a preguntar Dick, sintiendo que el corazón le latía deprisa.

—Ocurrió entre Moat House y Holywood —contestó sir Daniel con toda calma, pero lanzándole una mirada de reojo, preñada de recelo, añadió—: Y ahora date prisa en terminar de comer, pues habrás de regresar a Tunstall para llevar algunas líneas de mi parte.

Una expresión de tristeza apareció en el rostro de Dick.

—¡Por favor, sir Daniel! —exclamó—. ¡Mandad a uno de los villanos! Os suplico que me dejéis tomar parte en la batalla. Yo os prometo que he de asestar buenos golpes.

—No lo dudo —replicó sir Daniel, disponiéndose a escribir—. Pero aquí, Dick, no esperes ganar ninguna gloria. Yo no me moveré de Kettley hasta tener noticias del curso de la guerra, y entonces me uniré al vencedor. Y no te alarmes, ni me taches de cobarde; no es sino prudente discreción; pues tan agitado está este pobre reino por las constantes rebeliones, y tanto cambia de manos el nombre y la custodia del rey, que nadie puede asegurar lo que ocurrirá mañana. Todo son trifulcas y concursos de ingenio, y, entretanto, la Razón espera sentada a un lado, hasta que acabe la lucha.

Dicho esto, volvió la espalda a Dick sir Daniel, y al otro extremo de la larga mesa comenzó a escribir su carta, algo torcido el gesto, pues este asunto de la flecha negra se le había atragantado.

Entretanto, el joven Shelton daba buena cuenta de su desayuno cuando sintió que alguien le tocaba el brazo al tiempo que, en voz muy baja, le susurraba al oído:

—No os mováis ni deis señal alguna, os lo suplico —dijo la voz—; pero indicadme, por el amor de Dios, el camino más corto para llegar a Holywood. Buen muchacho, ayudadme a salir del grave peligro en que me hallo y del que depende la salvación de mi alma.

—Tomad por el atajo del molino —contestó en el mismo tono Dick—. Os conducirá hasta el embarcadero de Till, y allí preguntad de nuevo.

Y sin volver la cabeza, prosiguió devorando su comida. Mas con el rabillo del ojo lanzó una rápida mirada al mozalbete, llamado master John, que, arrastrándose furtivamente, salía de la estancia.

Vaya —pensó Dick—. ¡Si es tan joven como yo! Y me ha llamado «buen muchacho». De haberlo sabido, habría dejado que ahorcaran a ese pícaro antes que decirle lo que me preguntaba. Bueno, si logra atravesar los pantanos, puedo alcanzarle para darle un buen tirón de orejas.

Media hora después entregaba sir Daniel la carta a Dick, ordenándole que, a toda carrera, partiera para Moat House. Y pasada otra media hora más de su partida, llegaba precipitadamente otro mensajero enviado por el señor de Risingham.

—Sir Daniel —dijo el mensajero—. ¡Grande es la gloria que os estáis perdiendo! Esta mañana, al apuntar el alba, volvimos a la lucha y derrotamos a la vanguardia y deshicimos toda su ala derecha. Sólo el centro de la batalla se

mantuvo firme. Si hubiéramos contado con vuestros hombres, habríamos dado con todos en el fondo del río. ¿Queréis ser el último en la lucha? No estaría ello al nivel de vuestra fama.

—No —exclamó el caballero—. Precisamente ahora iba a salir. ¡Toca llamada, Selden! Señor, estoy con vos al instante. Aún no hace dos horas que llegó la mayor parte de mis fuerzas. La espuela es un buen pienso, pero puede matar al caballo. ¡Aprisa, muchachos!

El toque de llamada resonaba alegremente en aquella hora matinal, y de todas partes acudían los hombres de sir Daniel hacia la calle principal, formando delante de la posada. Habían dormido sin dejar sus armas, ensillados los caballos, y a los diez minutos cien hombres y arqueros, perfectamente equipados y bien disciplinados, se hallaban formados y dispuestos. La mayor parte vestía el uniforme morado y azul de sir Daniel, lo que daba mayor vistosidad a la formación. Cabalgaban en primera línea los mejor armados; en el lugar menos visible, a la cola de la columna, iba el misérrimo refuerzo de la noche anterior.

Contemplando con orgullo las largas filas, dijo sir Daniel:

—Ésos son los muchachos que habrán de sacaros del aprieto.

—Buenos han de ser, a juzgar por su aspecto —respondió el mensajero—. Por eso es mayor mi pesadumbre de que no hayáis partido más pronto.

—¡Qué le vamos a hacer! —murmuró el caballero—. Así, señor mensajero, el fin de una lucha coincidirá con el comienzo de una fiesta —y así diciendo montó en su silla—. Pero... ¡cómo! ¿Qué es esto? —gritó ¡John! ¡Joanna! ¡Por la sagrada cruz!... ¿Dónde se ha metido? ¡Posadero!... ¿Dónde está la muchacha?

—¿La muchacha, sir Daniel? No, no he visto por aquí a ninguna muchacha.

—¡Bueno, pues el muchacho, viejo chocho! —rugió el caballero—. ¿Dónde tenéis los ojos que no vistes que era una moza? Aquélla de la capa morada..., la que tomó un vaso de agua por todo desayuno, ¡so bribón!... ¿dónde está?

—Pero... ¡por todos los santos! —balbució el posadero—. ¡Master John le llamabais vos, señor! Y claro... nada malo pensé. Le..., es decir, la vi en la cuadra hace más de una hora... ensillando vuestro caballo tordo...

—¡Por la santa cruz! —rugió sir Daniel—. ¡Quinientas libras y más me hubiera valido la moza!

—Noble señor —advirtió el mensajero con amargura—, mientras vos clamáis al cielo por quinientas libras, en otra parte se está perdiendo o

ganando el reino de Inglaterra.

—Decís bien, mensajero —repuso sir Daniel—. ¡Selden, escoge seis ballesteros que salgan en su persecución! Y, cueste lo que cueste, que a mi regreso la encuentre en Moat House. Y ahora, señor mensajero, ¡en marcha!

La tropa partió a buen trote y Selden y sus seis ballesteros se quedaron atrás en la calle de Kettley, ante los asombrados ojos de los lugareños.

2. En el pantano

Serían cerca de las seis de aquella mañana de mayo cuando Dick entraba a caballo por los pantanos, de regreso a su casa. Azul y despejado estaba el cielo; soplaba, alegre y ruidoso, el viento; giraban las aspas de los molinos y los sauces, esparcidos por todo el pantano, ondulaban blanqueando como un campo de trigo. La noche entera había pasado Dick sobre la silla de su caballo y, sin embargo, se sentía sano de cuerpo y con el corazón animoso, por lo que cabalgaba alegremente.

Descendía el camino hasta ir a hundirse en el pantano, y perdió de vista las sierras vecinas, exceptuando el molino de viento de Kettley, en la cima de la colina que a su espalda quedaba, y allí lejos, frente a él, la parte alta del bosque de Tunstall. A derecha e izquierda se extendían grandes y rumorosos cañaverales mezclados con sauces; lagunas cuyas aguas agitaba el viento, y traidoras ciénagas, verdes como esmeraldas, ofreciéndose tentadoras al viajero para perderle. Conducía el sendero, casi en línea recta, a través del pantano. Databa de larga fecha el camino, pues sus cimientos los echaron los ejércitos romanos; mas con el transcurso del tiempo se hundió gran parte del sendero, y, de trecho en trecho, cientos de metros se hallaban sumergidos bajo las estancadas aguas del pantano.

A cosa de una milla de Kettley, Dick tropezó con una de esas lagunas que interceptaban el camino real, en un sitio en que los cañaverales y sauces crecían desparramados cual diminutos islotes, produciendo confusión al viajero. La brecha era sumamente extensa, y en aquel lugar un forastero, desconocedor de aquellos parajes, podía extraviarse, por lo cual Dick recordó, aterrado, al muchacho a quien tan a la ligera había encaminado hacia aquel sitio. En cuanto a él, le bastó dirigir una mirada hacia atrás, sobre las aspas del molino que se movían cual manchas negras sobre el azul del cielo; y otra hacia delante, sobre las elevadas cimas del bosque de Tunstall, para orientarse y continuar en línea recta a través de las aguas que lamían las rodillas de su caballo, que él dirigía con la misma seguridad que si marchara por el camino

real.

A mitad de camino de aquel paso difícil, cuando ya vislumbraba el camino seco que se elevaba en la orilla opuesta, sintió a la derecha ruido de chapoteos sobre el agua y pudo ver a un caballo tordo hundido en el barro hasta la cincha y luchando aún, con espasmódicos movimientos, por salir de él. Instantáneamente, como si el noble bruto hubiese adivinado la proximidad del auxilio, comenzó a relinchar de forma conmovedora. Giraban sus ojos inyectados en sangre, locos de terror, y mientras se revolcaba en el cenagal, verdaderas nubes de insectos se elevaban del mismo zumbando sordamente en el aire.

¡Ah! ¿Y el muchacho? —pensó Dick—. ¿Habrá perecido? Éste es su caballo, sin duda. ¡Valeroso animal! No, compañero, si tan lastimosamente llamas, haré cuanto puede hacer un hombre por ti. ¡No has de quedarte ahí, hundiéndote pulgada a pulgada!

Y montando la ballesta, le hundió en la cabeza una certera flecha.

Tras este acto de brutal piedad Dick siguió su camino, algo más sereno su ánimo, mirando atentamente en torno, en busca de alguna señal de su menos afortunado predecesor en el camino.

¡Ojalá me hubiera arriesgado a darle más detalles de los que le di —pensó—, pues mucho me temo que se haya quedado hundido en el lodazal!

Pensaba esto cuando una voz le llamó por su nombre desde un lado del camino y, mirando por encima del hombro, vio aparecer el rostro del muchacho entre los cañaverales.

—¡Ah! ¿Estáis ahí? —dijo, deteniendo el caballo—. Tan oculto estabais entre las cañas, que pasaba de largo sin veros. A vuestro caballo vi hundido en el fango y puse fin a su agonía, haciendo lo que a vos os correspondía, siquiera fuese por lástima. Pero salid ya de vuestro escondite. Nadie hay aquí que pueda causaros inquietud.

—¡Ah, buen muchacho! ¿Cómo iba a hacerlo, si no tenía armas? Y aunque las tuviese... no sé manejarlas —contestó el otro, saliendo al camino.

—¿Y por qué me llamáis «buen muchacho»? No sois, me parece, el mayor de nosotros dos.

—Perdonadme, master Shelton —repuso el otro—. No tuve la menor intención de ofenderos. Más bien quería implorar vuestra nobleza y favor, pues me encuentro más angustiado que nunca, perdido el camino, la capa y mi pobre corcel. ¡Látigo y espuelas tengo, pero no caballo que montar! ¡Y sobre todo! —agregó, mirando con tristeza su propio traje—; ¡sobre todo... estoy tan sucio y lleno de lodo!

—¡Queréis callar! —exclamó Dick—. ¿Os importa tanto un chapuzón más o menos? Sangre de una herida o polvo o barro del camino... ¿qué son sino adornos del hombre?

—Pues yo prefiero no verme tan adornado —objetó el muchacho—. Pero, por Dios os ruego, ¿qué he de hacer? Buen master Shelton, aconsejadme, os lo suplico. Si no llego sano y salvo a Holywood, estoy perdido.

—¡Vamos! —exclamó Dick, echando pie a tierra—. Algo más que consejos voy a daros. Tomad mi caballo, que yo iré corriendo un rato. Cuando esté cansado, cambiaremos; así, cabalgando y corriendo, los dos podemos ir más deprisa.

Hicieron el cambio y siguieron adelante con toda la rapidez que les permitía la desigualdad del camino, conservando Dick su mano sobre la rodilla de su compañero.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Dick.

—Llamadme John Matcham —contestó el muchacho.

—¿Y qué vais a hacer en Holywood?

—Buscar un lugar seguro para librarme de la tiranía de un hombre. El buen abad de Holywood es un fuerte apoyo para los débiles.

—¿Y cómo es que estabais con sir Daniel? —continuó Dick.

—¡Ah! —exclamó el otro ¡Por un abuso de fuerza! ¡Me sacó violentamente de mi propia casa, me vistió con estas ropas, cabalgó a mi lado hasta que desfallecí de fatiga, hizo continua burla de mí hasta hacerme llorar, y cuando algunos de mis amigos salieron en su persecución creyendo que podrían rescatarme, me colocó en la retaguardia para que yo recibiera los propios disparos de los míos! Uno de los dardos me hirió en el pie derecho, y, aunque puedo andar, cojeo un poco. ¡Ah, día vendrá en que ajustemos las cuentas pendientes; entonces pagará caro todo lo que me ha hecho!

—¿No veis que lo que decís es como ladrarle a la luna? —replicó Dick—. Sabed que el caballero es valiente y tiene mano de hierro, y si sospechase que yo intervine en vuestra fuga, malos vientos soplarían para mí.

—¡Pobre muchacho! —exclamó el otro—. Ya sé que sois su pupilo. Por lo visto, yo también lo soy, según dice, o si no, que ha comprado el derecho de casarme a su gusto, con quien él quiera... No sé de qué se trata, pero sí que le sirve de pretexto para tenerme esclavizado.

—¡Otra vez me llamáis «muchacho»! —exclamó Dick.

—¿He de llamaros «muchacha», amigo Richard? —replicó Matcham.

—¡No, eso sí que no! —repuso Dick—. Reniego de ellas.

—Habláis como un niño —replicó el otro—. Y pensáis más en ellas de lo que os figuráis.

—Claro que no —repuso Dick con aire resuelto—. Ni siquiera pasan por mi imaginación. ¡Para mí son la mayor calamidad que puede darse! A mí dadme cacerías, batallas y fiestas y la alegre vida de los habitantes de los bosques. Jamás oí hablar de muchacha alguna que sirviese para nada; sólo de una supe, y aun ésa, pobre miserable, fue quemada por bruja por llevar ropas de hombre, contra las leyes naturales.

Se santiguó con el mayor fervor master Matcham al oír tales palabras, y pareció murmurar una oración.

—¿Por qué hacéis eso? —preguntó Dick.

—Rezo por su alma —respondió el otro con voz algo trémula.

—¡Por el alma de una hechicera! —exclamó Dick—. Rezad, si ello os place. Después de todo, esa Juana de Arco era la mejor moza de toda Europa. El viejo Appleyard, el arquero, tuvo que huir de ella como del demonio. Sí, era una muchacha valiente.

—Bien, master Richard —interrumpió Matcham—. Pero si tan poco apreciáis a las mujeres, no sois un hombre como los demás, pues Dios los creó a unos y a otras para que formaran parejas, e hizo brotar el amor en el mundo para esperanza del hombre y consuelo de la mujer.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Dick—. ¡Sois un niño de teta cuando así abogáis por las mujeres! Y si os imagináis que no soy un hombre de veras, bajad al camino y con los puños, con el sable o con el arco y la flecha, probaré mi hombría sobre vuestro cuerpo.

—No, yo nada tengo de luchador —replicó Matcham con vehemencia—. No quise ofenderos. Todo fue una broma. Y si hablé de las mujeres es porque oí decir que ibais a casaros.

—¡Casarme yo! —exclamó Dick—. Es la primera vez que oigo hablar de ello. ¿Y sabéis con quién he de casarme?

—Con una muchacha llamada Joan Sedley —contestó Matcham, enrojeciendo—. Obra de sir Daniel, quien de ambas partes iba a sacar dinero. Por cierto que oí a la pobre muchacha lamentarse amargamente de semejante boda. Parece que ella opina como vos, o que no le gusta el novio.

—¡Bien! Al fin y al cabo el matrimonio es como la muerte: para todos llega —murmuró Dick con resignación—. ¿Y decís que se lamentaba? ¡Pues ahí tenéis una prueba del poco seso de esas muchachas! ¡Lamentarse antes de

haberme visto! ¿Acaso me lamento yo? ¡En absoluto! Y si tuviera que casarme, lo haría sin derramar una lágrima. Pero si la conocéis, decidme: ¿cómo es ella? ¿Guapa o fea? ¿Simpática o antipática?

—¿Y eso qué os importa? —replicó Matcham—. Si al fin habéis de casaros, ¿qué remedio os queda sino aceptar la boda? ¿Qué más da que sea guapa o fea? Eso son niñerías, y vos no sois ningún niño de pecho, master Richard. Sea como fuere, os casaréis sin derramar una lágrima.

—Decís bien: nada me importa —repuso Shelton.

—Veo que vuestra esposa tendrá un agradable marido.

—Tendrá el que el cielo le haya deparado —replicó Dick—. Los habrá peores... y mejores también.

—¡Pobre muchacha! —exclamó el otro.

—¿Y por qué pobre? —inquirió Dick.

—¡Qué desgracia tener que casarse con un hombre tan insensible! —respondió su compañero.

—Realmente debo de ser muy insensible —murmuró Dick— desde el momento que ando yo a pie mientras vos cabalgáis en mi caballo.

—Perdonadme, amigo Dick —suplicó Matcham—. Fue una broma lo que dije; sois el hombre más bondadoso de toda Inglaterra.

—Dejaos de alabanzas —repuso Dick, turbado al ver el excesivo calor que ponía en sus expresiones su compañero—. En nada me habéis ofendido. Afortunadamente, no me enojo tan fácilmente.

El viento que soplaba tras ellos trajo en aquel instante el bronco sonido de las trompetas de sir Daniel.

—¡El toque de llamada! —exclamó Dick.

—¡Ay de mí! ¡Han descubierto mi fuga, y no tengo caballo! —gimió Matcham, pálido como un muerto.

—¡Ánimo! —recomendó Dick—. Les lleváis una buena delantera y estamos cerca del embarcadero. ¡Por otra parte, me parece que quién se ha quedado aquí sin caballo soy yo!

—¡Pobre de mí, me cogerán! —exclamó el fugitivo—. ¡Por amor de Dios, buen Dick, ayudadme, aunque sólo sea un poco!

—Pero... ¿qué os pasa? —dijo Dick—. ¡Más de lo que os estoy ayudando! ¡Qué pena me da ver a un muchacho tan acobardado! ¡Escuchad, John Matcham, si es que os llamáis John Matcham; yo, Richard Shelton, pase lo

que pase, suceda lo que suceda, os pondré a salvo en Holywood! ¡Que el cielo me confunda si faltó a mi palabra! ¡Vamos, ánimo, señor Carapálida! El camino es ya aquí algo mejor. ¡Meted espuelas al caballo! ¡Al trote largo! ¡A escape! No os preocupéis por mí, que yo corro como un gamo.

Marchando al trote largo, en tanto Dick corría sin esfuerzo a su lado, cruzaron el resto del pantano y llegaron a la orilla del río, junto a la choza del barquero.

3. La barca del pantano

Era el río Till de ancho cauce y perezosa corriente de aguas fangosas, procedentes del pantano, que en esta parte de su curso se adentraba entre una veintena de islotes de cenagoso terreno cubierto de sauces.

Sus aguas eran sucias, pero en aquella serena y brillante mañana todo parecía hermoso. El viento y los martinetes quebrábanlas en innumerables ondulaciones y, al reflejarse el cielo en la superficie, las matizaban con dispersos trozos de sonriente azul.

Avanzaba el río en un recodo hasta encontrar el camino, y junto a la orilla parecía dormitar perezosamente la cabaña del barquero. Era de zarzo y arcilla, y sobre su tejado crecía verde hierba.

Dick se dirigió hacia la puerta y la abrió. Dentro, sobre un sucio capote rojo, se hallaba tendido y tiritando el barquero, un hombretón consumido por las fiebres del país.

—¡Hola, master Shelton! —saludó—. ¿Venís por la barca? ¡Malos tiempos corren! Tened cuidado, que anda por ahí una partida. Más os valiera dar media vuelta y volveros, intentando el paso por el puente.

—Nada de eso; el tiempo vuela, Hugh, y tengo mucha prisa —repuso Dick.

—Obstinado sois... —replicó el barquero, levantándose—. Si llegáis sano y salvo a Moat House, bien podréis decir que sois afortunado; pero, en fin, no hablemos más.

Advirtiendo la presencia de Matcham, preguntó:

—¿Quién es éste? —y se detuvo un momento en el umbral de la cabaña, mirándole con sorpresa.

—Es master Matcham, un pariente mío —contestó Dick.

—Buenos días, buen barquero —dijo Matcham, que acababa de desmontar y se acercaba conduciendo de la rienda al caballo—. Llévame en la barca, os lo suplico. Tenemos muchísima prisa.

El demacrado barquero siguió mirándole muy fijamente.

—¡Por la misa! —exclamó al fin, y soltó una franca carcajada.

Matcham se ruborizó hasta la raíz de los pelos y retrocedió un paso; en tanto, Dick, con expresión de violento enojo, puso su mano en el hombro del rústico y le gritó:

—¡Vamos, grosero! ¡Cumple tu obligación y déjate de chanzas con tus superiores!

Refunfuñando desató la barca el hombre y la empujó hacia las hondas aguas. Hizo meter el caballo en ella Dick y tras la cabalgadura entró Matcham.

—Pequeño os hizo Dios —murmuró Hugh sonriendo—; acaso equivocaron el molde. No, master Shelton, no; yo soy de los vuestros —añadió, empuñando los remos—. Aunque no sea nada, un gato bien puede atreverse a mirar a un rey; y eso hice: mirar un momento a master Matcham.

—¡Cállate, patán, y dobla el espinazo! —ordenó Dick.

Se hallaban en la boca de la ensenada y la perspectiva se abría a ambos lados del río. Por todas partes es taba rodeado de islotes. Bancos de arcilla descendían desde ellos, cabeceaban los sauces, ondulaban los cañaverales y piaban y se zambullían los martinetes. En aquel laberinto de aguas no se percibía signo alguno del hombre.

—Señor —dijo el barquero, aguantando el bote con un remo—: Tengo el presentimiento de que John-a-Fenne está en la isla. Guarda mucho rencor a los de sir Daniel. ¿Qué os parece si cambiáramos de rumbo, remontando la corriente, y os dejara en tierra a cosa de un tiro de flecha del sendero? Sería preferible que no os tropezarais con John Fenne.

—¿Cómo? ¿Es él uno de los de la partida? —preguntó Dick.

—Más valdrá que no hablemos de eso —dijo Hugh—. Pero yo, por mi gusto, remontaría la corriente. ¿Qué pasaría si a master Matcham le alcanzase una flecha? —añadió, volviendo a reír.

—Está bien, Hugh —respondió Dick.

—Escuchad entonces —prosiguió el barquero—. Puesto que estáis de acuerdo conmigo, descolgaos esa ballesta... Así; ahora, preparadla... bien, poned una flecha... Y quedaos así, mirándome ceñudo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Dick.

—Significa que si os paso en la barca, será por fuerza o por miedo —replicó el barquero—. De lo contrario, si John Fenne lo descubriese, es muy probable que se convirtiera en mi más temible y molesto vecino...

—¿Tanto es el poder de esos patanes? ¿Hasta en la propia barca de sir Daniel mandan?

—No —murmuró el barquero, guiñando un ojo—. Pero ¡escuchadme! Sir Daniel caerá; su estrella se eclipsa. Mas... ¡silencio! —y encorvó el cuerpo, poniéndose a remar de nuevo.

Remontaron un buen trecho del río, dieron la vuelta al extremo de uno de los islotes y suavemente llegaron a un estrecho canal próximo a la orilla opuesta. Entonces se detuvo Hugh en medio de la corriente.

—Tendríais que desembarcar entre los sauces.

—Pero aquí no hay senda ni desembarcadero, no se ven más que pantanos cubiertos de sauces y charcas cenagosas —objetó Dick.

—Master Shelton —repuso Hugh—: No me atrevo a llevaros más cerca, en interés vuestro. Ese sujeto espía mi barca con la mano en el arco. A cuantos pasan por aquí y gozan del favor de sir Daniel los caza como si fueran conejos. Se lo he oído jurar por la santa cruz. Si no os conociera desde tanto tiempo, ¡ay, desde hace tantos años!, os hubiera dejado seguir adelante; pero en recuerdo de los días pasados y ya que con vos lleváis este muñeco, tan poco hecho a heridas y a andanzas guerreras, me he jugado mis dos pobres orejas por dejaros a salvo. ¡Contentaos con eso, que más no puedo hacer: os lo juro por la salvación de mi alma!

Hablando estaba aún Hugh, apoyado sobre los remos, cuando de entre los sauces del islote salió una voz potente, seguida del rumor que un hombre vigoroso causaba al abrirse paso a través del bosque.

—¡Mala peste se lo lleve! —exclamó Hugh—. ¡Todo el rato ha estado en el islote de arriba! —Y así diciendo, remó con fuerza hacia la orilla—. ¡Apuntadme con la ballesta, buen Dick! ¡Apuntadme y que se vea bien claro que me estáis amenazando! —añadió—. ¡Si yo traté de salvar vuestro pellejo, justo es ahora que salvéis el mío!

Chocó el bote contra un grupo de sauces del cenagoso suelo con un crujido. Matcham, pálido, pero sin perder el ánimo y manteniéndose ojo avizor, corrió por los bancos de la barca y saltó a la orilla a una señal de Dick. Éste, cogiendo de las riendas al caballo, intentó seguirle. Pero fuese por el volumen del caballo, fuese por la frondosidad de la espesura, el caso es que quedaron ambos atascados. Relinchó y coceó el caballo, y el bote, balanceándose en un remolino de la corriente, iba y venía de un lado a otro,

cabeceando con violencia.

—No va a poder ser, Hugh; aquí no hay modo de desembarcar —exclamó Dick; pero continuaba luchando con la espesura y con el espantado animal.

En la orilla del islote apareció un hombre de elevada estatura, llevando en la mano un enorme arco. Por el rabillo del ojo vio Dick cómo el recién llegado montaba el arco con gran esfuerzo, roja la cara por la precipitación.

—¿Quién va? —gritó—. Hugh, ¿quién va?

—Es master Shelton, John —respondió el barquero.

—¡Alto, Dick Shelton! —ordenó el del islote—. ¡Quieto, y os juro que no os haré ningún daño! ¡Quieto! ¡Y tú, Hugh, vuelve a tu puesto!

Dick le dio una respuesta burlona.

—Bueno; entonces tendréis que ir a pie —replicó el hombre, disparando la flecha.

El caballo, herido por el dardo, se encabritó, lleno de terror; volcó la embarcación y en un instante estaban todos luchando con los remolinos de la corriente.

Al salir a flote, Dick se halló a cosa de un metro de la orilla, y antes de que sus ojos pudieran ver con toda claridad, su mano se había cerrado sobre algo firme y resistente que al instante comenzó a arrastrarle hacia delante. Era la fusta que Matcham, arrastrándose por las colgantes ramas de un sauce, le tendía oportunamente.

—¡Por la misa! —exclamó Dick, en tanto recibía el auxilio para poner pie en tierra—. Os debo la vida. Nado como una bala de cañón.

Y se volvió enseguida hacia el islote.

En mitad de la corriente nadaba Hugh, cogido a su barca volcada, mientras que John-a-Fenne, furioso por la mala fortuna de su tiro, le gritaba que se diera prisa.

—¡Vamos, Jack! —dijo Shelton—, corramos. Antes de que Hugh pueda arrastrar su lancha hasta la orilla o de que entre ambos la enderecen estaremos nosotros a salvo.

Predicando con el ejemplo, comenzó su carrera, ocultándose, cambiando continuamente de dirección entre los sauces, saltando de promontorio en promontorio sobre los lugares pantanosos. No tenía tiempo para fijarse en qué dirección marchaba: lo importante era volver la espalda al río y alejarse de aquel sitio.

Pronto observó que el terreno comenzaba a ascender, lo que le indicó que

marchaba por buen camino. Poco después penetraban en un repecho cubierto de mullido césped, donde los olmos se mezclaban ya con los sauces.

Pero allí Matcham, que avanzaba penosamente, quedando muy rezagado, se dejó caer al suelo y gritó, jadeante, a su compañero:

—¡Déjame, Dick, no puedo más!

Dick se volvió y retrocedió hasta donde se hallaba tendido su compañero.

—¿Dejarte, Jack? —exclamó—. Eso sería una villanía, después de que, por salvarme la vida, te has expuesto a que te hirieran de un flechazo y a un chapuzón y quizá a ahogarte también. Ahogarte, sí, pues sólo Dios sabe cómo no te arrastré conmigo.

—Nada de eso —repuso Matcham—; sé nadar y nos hubiéramos salvado los dos.

—¿Sabes nadar? —exclamó Dick asombrado.

Era ésta una de las varoniles habilidades de que él se reconocía incapaz. Entre las cosas que admiraba, la primera era la de haber matado a un hombre en buena lid, pero la segunda consistía en saber nadar.

—¡Bueno! —dijo—. Esto ha de servirme de lección. Yo prometí cuidar de ti hasta llegar a Holywood y, ¡por la cruz!, más capaz te has mostrado tú de cuidarme y salvarme a mí.

—Entonces, Dick, ¿somos amigos?... —preguntó master Matcham.

—¿Es que hemos dejado de serlo alguna vez? —repuso Dick—. Eres un bravo mozo, a tu manera, aunque algo afeminado todavía. Hasta hoy no me tropecé con nadie que se te pareciera. Mas, por amor de Dios, recupera el aliento y sigamos adelante. No es éste el momento apropiado para charlas.

—Me duele este pie horriblemente —dijo Matcham.

—¡Ah! Ya se me había olvidado. ¡Bueno! Tendremos que ir más despacio. Lo que yo quisiera es saber dónde estamos. He perdido el camino, aunque tal vez sea mejor así. Si vigilan el embarcadero, quizá vigilen el sendero también. ¡Ojalá hubiera vuelto sir Daniel con sólo cuarenta hombres! Barreríamos a estos bribones como el viento barre las hojas. Acércate, Jack, y apóyate en mi hombro... Pero... si no llegas... ¿Qué edad tienes? ¿Doce años?

—No; tengo dieciséis —respondió Matcham.

—Poco has crecido para esa edad —observó Dick—. Cógete de mi mano. Iremos despacio... No temas. Te debo la vida... y soy buen pagador, Jack, lo mismo del bien que del mal.

Comenzaron a remontar la cuesta.

—Tarde o temprano daremos con el camino —añadió Dick—, y entonces sabremos adónde vamos. Pero... ¡qué mano tan pequeña tienes, Jack! Si yo tuviese unas manos como las tuyas, me daría vergüenza enseñarlas... Y... ¿sabes lo que te digo? —prosiguió soltando una risita—: ¡Juraría que Hugh el barquero te tomó por una muchacha!

—¡No es posible! —exclamó Matcham, ruborizándose.

—¡Te digo que sí y apuesto lo que quieras! —gritó Dick—. Pero no hay por qué censurarle; más aspecto tienes de muchacha que de hombre. Para ser muchacho tienes un extraño aspecto; pero para muchacha, Jack, serías guapa. Una moza muy bien parecida.

—Bueno —repuso Matcham—; pero tú sabes muy bien que no lo soy.

—Claro que lo sé; es una broma —explicó Dick—. Hombre eres, y si no, que se lo pregunten a tu madre. ¡Ánimo, valiente! Buenos golpes has de repartir todavía. Y ahora dime, Jack: ¿a quién de los dos armarán caballero primero? Porque yo he de serlo, o moriré por ello. Eso de «sir Richard Shelton, caballero» suena muy bien, y tampoco sonará mal «sir John Matcham».

—Dick, por favor, espera que beba —suplicó el otro, deteniéndose al pasar junto a una cristalina fuente que brotando del declive caía en diminuto charco empedrado de guijarros y no mayor que un bolsillo—. ¡Ay, Dick, si pudiera encontrar algo que comer! ¡Me muero de hambre!

—Pero ¡tonto!, ¿por qué no comiste en Kettley? —preguntó Dick.

—Había hecho voto de ayunar... por un pecado que me indujeron a cometer —balbució Matcham—. Pero, lo que es ahora, aunque fuese pan duro como una piedra, lo devoraría.

—Siéntate, pues, y come —dijo Dick—, mientras yo exploro el terreno para buscar el camino.

Echó mano Dick al zurrón que llevaba y de él sacó pan y unos trozos de tocino seco, que Matcham comenzó a devorar, mientras él se perdía entre los árboles.

A corta distancia corría un arroyuelo, filtrándose entre hojas secas. Poco más allá se erguían, ya más corpulentos y espaciados, los árboles; y las hayas y los robles comenzaban a sustituir al olmo y al sauce. Como el viento agitaba de continuo las hojas, el rumor de los pasos de Dick sobre el suelo cubierto de hayucos quedaba bastante amortiguado; eran para el oído lo que una noche sin luna es para la vista. Sin embargo, Dick avanzaba con precaución, deslizándose de un grueso tronco a otro, sin dejar de escudriñar en torno suyo mientras marchaba. De pronto, rápido como una sombra, un gamo atravesó la

maleza. Contrariado por el encuentro, se detuvo. Sin duda esta parte del bosque estaba solitaria; pero la huida del pobre animal azorado podía resultar un aviso de que alguien transitaba por allí, por lo cual, en vez de seguir adelante, se volvió hacia el árbol corpulento más próximo y comenzó a trepar.

La suerte le fue propicia. El roble al que había subido era uno de los más altos de aquel rincón del bosque: sobresalía unos dos metros de los que le circundaban. Dick se encaramó sobre la horquilla más alta y, sentado en ella, vertiginosamente balanceado por el vendaval, divisó a su espalda todo el llano de pantanos hasta Kettley, y el río Till serpenteando entre frondosos islotes, y enfrente, la blanca cinta del camino introduciéndose a través del bosque. Enderezado el bote, se hallaba ya a mitad del camino de vuelta al embarcadero. Fuera de esto, ni rastro de hombres por ninguna parte, y nada se movía excepto el viento. A punto de descender estaba cuando, tendiendo en torno la mirada por última vez, tropezó su vista con una línea de puntos movedizos allá hacia el centro del pantano.

Era evidente que un pelotón de gente armada marchaba a buen paso por el camino real, lo que le produjo cierta inquietud, pues rápidamente descendió del árbol y regresó a través del bosque en busca de su compañero.

4. La cuadrilla de la Verde Floresta

Reanimado Matcham después de su reposo, los dos muchachos, a quienes parecía haberles prestado alas lo que Dick había visto, atravesaron las afueras del bosque, cruzaron sin el menor tropiezo el camino y comenzaron a ascender por las empinadas tierras del bosque de Tunstall. Había más árboles cada vez, formando bosquecillos, y entre ellos se extendían por la arenosa tierra brezos y retamas espinosas, con algunas salpicaduras de añosos tejos. El terreno se hacía cada vez más escabroso, lleno de hoyos y montecillos. Y a cada paso de la ascensión, el viento silbaba con más fuerza y los árboles se curvaban como cañas de pescar.

Acababan de llegar a uno de los claros cuando, de repente, Dick se echó de cara al suelo entre unas zarzas y comenzó a arrastrarse lentamente hacia atrás buscando el abrigo de un bosquecillo. Matcham, presa de gran turbación —no comprendía el motivo de aquella huida—, le imitó, y hasta haber llegado al refugio de la espesura no se atrevió a volverse para pedirle a Dick una explicación.

Por toda respuesta, Dick señaló con el dedo.

En el extremo opuesto del claro se elevaba sobre los otros árboles un

abeto, cuyo oscuro follaje se recortaba contra el cielo. Su tronco, recto y sólido como una columna, se elevaba unos quince metros sobre el terreno, y a esta altura se bifurcaba en dos macizas ramas, y en la horquilla que formaban, como marinero subido en el mástil, se hallaba un hombre cubierto con verde tabardo, vigilando por todas partes. El sol relucía en sus cabellos; con una mano se hacía sombra sobre los ojos para avizorar la lejanía, y lentamente volvía la cabeza de uno a otro lado con la regularidad de un mecanismo.

Los dos jóvenes cambiaron una expresiva mirada.

—Probemos por la izquierda —dijo Dick—. Por poco caemos tontamente en la trampa, Jack.

Diez minutos después llegaban a un camino trillado.

—No conozco esta parte del bosque —observó Dick—. ¿Adónde nos conducirá este sendero?

—Sigámoslo —dijo Matcham.

Algunos metros más allá seguía el caminillo hasta la cresta de un monte, y desde allí descendía bruscamente hacia una hondonada en forma de taza. Al pie, como saliendo de un espeso bosquecillo de espinos en flor, dos o tres caballetes sin tejado, ennegrecidos como por la acción del fuego, y una larga y solitaria chimenea mostraban las ruinas de una casa.

—¿Qué será eso? —murmuró Matcham.

—No lo sé —respondió Dick—. Estoy desorientado. Avancemos con cautela.

Saltándoles el corazón en el pecho, fueron descendiendo por entre los espinos. Aquí y allá descubrían señales de reciente cultivo; entre los matorrales crecían los árboles frutales y las hortalizas; sobre la hierba se veían pedazos de lo que fue un reloj de sol. Les parecía que caminaban sobre lo que había sido una huerta. Avanzaron unos pasos más y llegaron ante las ruinas de la casa.

Ésta debió ser, en su tiempo, una agradable y sólida mansión. La rodeaba un foso profundo, cegado ahora por los escombros, y una viga caída hacía las veces de puente. Hallábanse en pie las dos paredes extremas, a través de cuyas ventanas desnudas brillaba el sol; pero el resto del edificio se había derrumbado y yacía en informe montón de ruinas, tiznadas por el fuego. En el interior brotaban algunas verdes plantas por entre grietas.

—Ahora que recuerdo —cuchicheó Dick—, esto debe de ser Grimstone. Era el fuerte de un tal Simon Malmesbury, y sir Daniel fue su ruina. Hace cinco años que Bennet Hatch lo incendió. Fue una lástima, pues la casa era magnífica.

En la hondonada, donde el viento no soplaba, la temperatura era agradable y el aire quieto y silencioso. Matcham, cogiéndose del brazo de Dick, levantó un dedo, advirtiéndole:

—¡Silencio!

Oyeron un extraño ruido que vino a turbar aquella quietud. Se repitió por segunda vez, y ello les permitió apreciar la naturaleza del mismo. Era el sonido producido por un hombretón al carraspear. Al rato, una voz ronca y desafinada comenzó a cantar:

Y habló así el capitán, de los bandidos rey:

«¿Qué hacéis en la espesura, mi muy alegre grey?».

Gamelyn respondía, los ojos sin bajar.

«Quien por ciudad no puede, por el bosque ha de andar».

Hizo una pausa el cantor, se oyó un leve tintineo de hierros y reinó de nuevo el silencio.

Los dos muchachos se miraron sorprendidos. Fuera quien fuera su invisible vecino, el hecho era que se hallaba al otro lado de las ruinas. De súbito se coloreó el rostro de Matcham, y un instante después atravesaba la caída viga y trepaba con cautela sobre el enorme montón de maderos y escombros que llenaban el interior de la casa sin techo. Dick le hubiera detenido de haberle dado tiempo su amigo para ello; pero no tuvo ya más remedio que seguirle.

En uno de los rincones del ruinoso edificio, dos vigas habían quedado en cruz al caer, dando protección a un espacio libre, no mayor que el que ocuparía un banco de iglesia, en el que se agazaparon en silencio los dos muchachos. Quedaban perfectamente ocultos, y a través de una aspillera escudriñaron el otro lado de las ruinas.

Al atisbar a través de este orificio, se quedaron como petrificados de terror. Retroceder era imposible; apenas si se atrevían a respirar. En el borde mismo de la hondonada, a menos de diez metros del lugar donde estaban agazapados, borbollaba un caldero de hierro lanzando nubes de vapor, y junto a él, en actitud de acecho, como si hubiera oído algún rumor sospechoso al encaramarse ellos por los escombros, se hallaba un hombre alto, de cara rojiza y tez curtida, con una cuchara de hierro en la mano derecha y un cuerno de caza y una formidable daga colgados al cinto. Sin duda éste era el cantor, y era evidente que removía el caldero cuando percibió el rumor de algún paso entre los escombros. Algo más allá dormitaba un hombre tendido en el suelo, envuelto en un pardo capote; sobre su rostro revoloteaba una mariposa. Todo esto se veía en un espacio abierto que cubrían margaritas silvestres; en el lado opuesto, suspendidos de un florido espino blanco, se veían un arco, un haz de

flechas y restos de la carne de un ciervo.

Enseguida, el individuo dejó su actitud recelosa, se llevó el cucharón a la boca, saboreó su contenido, sacudió la cabeza satisfecho, y volvió a remover el líquido del caldero mientras cantaba:

«Quien por ciudad no puede, por el bosque ha de andar».

Graznó, reanudando su canción donde la había dejado antes:

No venimos, señor, a causar ningún mal

sino a clavarle una flecha a un ciervo real.

Mientras así cantaba, de vez en cuando sacaba una cucharada de aquel caldo y, después de soplarla, la saboreaba con el aire de un experto cocinero. Al fin juzgó, sin duda, que el rancho estaba ya en su punto, pues, empuñando el cuerno de caza que llevaba pendiente del cinto, lo hizo sonar tres veces como toque de llamada.

Su compañero se despertó, dio en el suelo una vuelta, espantó la mariposa y miró en torno.

—¿Qué pasa, hermano? —preguntó—. ¿Está lista la comida?

—Sí, borrachín —respondió el cocinero—. La comida está lista, y bien seca por cierto, sin pan ni cerveza. Poco regalada se nos ha vuelto la vida en el bosque; tiempo hubo en que se podía vivir como un abad mitrado, porque a pesar de las lluvias y las blancas heladas, tenías vino y cerveza hasta hartarte. Pero ahora, desalentados andan los hombres, y ese John Amend-all, ¡Dios nos salve y nos proteja!, no es más que un espantapájaros.

—No —repuso el otro—, es que tú le tienes demasiada afición a la carne y a la bebida, Lawless. Aguarda un poco, aguarda; ya vendrán tiempos mejores.

—Mira —replicó el cocinero—; esperando estoy esos buenos tiempos desde que era así de alto. He sido franciscano, arquero del rey, marinero; he navegado por los mares salados y también he estado ya otras veces en los bosques tirando a los ciervos del rey. ¿Y qué he ganado con todo ello? ¡Nada! Más me hubiera valido haberme quedado rezando en el claustro. John Abbot es más útil que John Amend-all. ¡Por la Virgen! Ahí vienen éstos.

Uno tras otro, iban llegando al prado una serie de individuos, todos de elevada estatura. Cada uno de ellos sacaba, al llegar, un cuchillo y una escudilla de cuerno, se servía el rancho del caldero y se sentaba a comer sobre la hierba. Iban muy diversamente equipados y armados: unos con sucios sayos y sin más arma que un cuchillo y un arco viejo; otros con toda la pompa de aquellas selváticas partidas, de paño verde de Lincoln, lo mismo el capuchón que el jubón, con elegantes flechas en el cinto adornadas de plumas de pavo

real, un cuerno en bandolera y espada y daga al costado. Llegaban silenciosos y hambrientos, y, gruñendo apenas un saludo, se disponían inmediatamente a comer.

Una veintena de ellos se habían reunido cuando, de entre los espinos, salió el rumor de unos vítores ahogados, y al momento aparecieron en el prado cinco o seis monteros, llevando unas parihuelas. Un hombre alto, corpulento, de pelo entrecano, y de cutis tan oscuro como un jamón ahumado, marchaba al frente con cierto aire de autoridad, terciado el arco a su espalda y con una brillante jabalina en la mano.

—¡Muchachos! —gritó—. ¡Buenos compañeros y alegres amigos míos! Hace tiempo que vivís sufriendo privaciones e incomodidades, sin un buen trago con que refrescar el gaznate. Pero ¿qué os dije siempre? Soportad vuestra suerte, pues cambia y cambia pronto. Y aquí está la prueba de que no me engañé; aquí tenéis uno de sus primeros frutos... cerveza, esa bendición de Dios.

Hubo un murmullo de aprobación y aplauso cuando los portadores dejaron sobre el suelo las parihuelas y mostraron un abultado barril.

—Y ahora, despachad pronto, muchachos —prosiguió aquel hombre—. Hay trabajo que nos espera... Un puñado de arqueros acaba de llegar al embarcadero; morados y azules son sus trajes, buen blanco para nuestras flechas, que no ha de quedar uno que no pruebe... Porque, muchachos, aquí estamos cincuenta hombres, y todos hemos sido vilmente agraviados. Unos perdieron sus tierras, otros sus amigos, otros fueron proscritos y todos sufrieron injusta opresión. ¿Y quién es el causante de tanto mal? ¡Sir Daniel! ¿Y ha de gozarse en ello? ¿Ha de sentarse cómodamente en nuestras propias casas? ¿Ha de chupar el meollo al hueso que nos ha robado? Creo que no. Él buscó su fuerza en la ley, ganó pleitos. Pero ¡ah!, hay un pleito que no ganará... En mi cinto llevo una citación que, con la ayuda de todos los santos, acabará con él.

Al llegar aquí la arenga, ya andaba Lawless por el segundo cuerno de cerveza; lo alzó como si fuera a brindar por el orador.

—Master Ellis —dijo—: Clamáis venganza y ¡bien os sienta ese papel! Pero vuestro pobrecillo hermano del bosque, que jamás tuvo tierras que perder ni amigos en quien pensar, mira, por su parte, al provecho de la cosa. ¡Más quisiera un noble de oro y un azumbre de vino canario que todas las venganzas del Purgatorio!

—Lawless —replicó el otro—: Para llegar a Moat House, sir Daniel tiene que atravesar el bosque. Haremos que su paso le cueste más caro que una batalla. Y cuando hayamos dado con él en tierra y con el puñado de miserables

que se nos hayan escapado, vencidos y fugitivos sus mejores amigos, sin que nadie acuda en su auxilio, sitiaremos a ese viejo zorro y grande será su caída. Ése sí que es un gamo rollizo; con él tendremos comida para todos.

—Sí —repuso Lawless—; a muchas de esas comilonas he asistido ya; pero cocinarlas es trabajo difícil, master Ellis. Y entretanto, ¿qué hacemos? Preparamos flechas negras, escribimos canciones y bebemos buena agua fresca, la más desagradable de las bebidas.

—Faltas a la verdad, Will Lawless. Aún hueles tú a la despensa de los franciscanos; la gula te pierde —contestó Ellis—. Veinte libras le cogimos a Appleyard, siete marcos anoche al mensajero y el otro día le sacamos cincuenta al mercader.

—Y hoy —añadió uno de los hombres— he detenido yo a un gordinflón perdonador de pecados que galopaba hacia Holywood. Aquí está su bolsa.

Ellis contó el contenido.

—¡Cien chelines! —refunfuñó—. ¡Idiota! Llevaría más en las sandalias o cosido en esclavina. Eres un chiquillo, Tom Cuckow; se te ha escapado el pez.

A pesar de todo, Ellis se metió la bolsa en la escarcela con aire indiferente. Apoyado en la jabalina, paseó la mirada en torno suyo. En diversas actitudes, los demás se dedicaban a engullir vorazmente el potaje de ciervo, remojándolo abundantemente con buenos tragos de cerveza. Era aquél un día afortunado, pero los asuntos apremiaban y comían rápidamente. Los que primero llegaron ya habían despachado su colación. Unos se tendieron sobre la hierba y se quedaron dormidos; otros charlaban o repasaban sus armas, y uno que estaba de muy buen humor, alzando su cuenco de cerveza, comenzó a cantar:

No hay ley en este bosque,
no nos falta el yantar,
alegre y regalado con carne de venado
el verano al llegar.
El duro invierno vuelve, con lluvia y con nieve,
vuelve de nuevo a helar,
cada uno en su emboscada, la capucha calada
junto al fuego a cantar.

Durante todo este tiempo, los muchachos permanecieron ocultos, escuchando, echados uno junto a otro. Pero Richard tenía preparada la ballesta y empuñaba el gancho de hierro que usaba para tensarla. No se habían atrevido a moverse, y toda esta escena de la vida selvática se desarrolló ante sus ojos

como sobre un escenario. Pero, de pronto, algo extraño vino a interrumpirla.

La alta chimenea que sobresalía del resto de las ruinas se elevaba precisamente por encima del escondite de los dos muchachos. Un silbido rasgó el aire, después se oyó un sonoro chasquido y junto a ellos cayeron los fragmentos de una flecha rota. Alguien, oculto en la parte alta del bosque, tal vez el mismo centinela que vieron encaramado en el abeto, acababa de disparar una flecha al cañón de la chimenea.

Matcham no pudo contener un pequeño grito, que sofocó inmediatamente, y hasta el mismo Dick se sobresaltó, dejando escapar de sus dedos el gancho de hierro. Mas para los compañeros del prado era aquélla una señal convenida. Al instante se pusieron todos en pie, ciñéndose los cinturones, templando las cuerdas de los arcos y desenvainando espadas y dagas.

Levantó una mano Ellis; su rostro adquirió una expresión de salvaje energía, y sobre su morena y curtida cara brilló intensamente el blanco de sus ojos.

—¡Muchachos —exclamó—, ya sabéis vuestros puestos! Que ni uno solo de ellos se os escape. Appleyard no fue más que un aperitivo; ahora es cuando nos sentamos a la mesa. ¡Tres son los hombres a quienes he de vengar cumplidamente: Harry Shelton, Simon Malmesbury y —se golpeó el amplio pecho— Ellis Duckworth!

Por entre los espinos llegó otro hombre, rojo de tanto correr.

—¡No es sir Daniel! —exclamó jadeante—. No son más que siete. ¿Ha disparado ya ése la flecha?

—Ahí se ha roto ahora mismo —respondió Ellis.

—¡Maldición! —exclamó el mensajero—. Ya me pareció oírla silbar. ¡Y me he quedado sin comer!

En un minuto, corriendo unos, andando otros rápidamente, según se hallaran más o menos lejos, los hombres de la Flecha Negra desaparecieron de los alrededores de la casa en ruinas; y el caldero, el fuego, ya casi apagado, y los restos del ciervo colgados del espino, quedaron solitarios para dar fe de su paso por aquel lugar.

5. «Sanguinario como el cazador»

Los muchachos permanecieron inmóviles hasta que el ruido de los últimos pasos se hubo desvanecido. Se levantaron maltrechos y doloridos por lo

forzado de la postura, treparon por las ruinas y, valiéndose de la viga caída, cruzaron el antiguo foso. Matcham había recogido del suelo el gancho de hierro y marchaba el primero, seguido de Dick, rígido y con la ballesta bajo el brazo.

—Ahora —dijo Matcham—, adelante, hacia Holywood.

—¡A Holywood! —exclamó Dick—. ¿Cuándo buenos compañeros están en peligro de ser alcanzados por los tiros de esa gente? ¡No! ¡Antes te dejaría ahorcar, Jack!

—¿De modo que me abandonarías? —preguntó Matcham.

—¡Sí! —repuso Dick—. Y si no llego a tiempo de poner en guardia a esos muchachos, moriré con ellos. ¡Cómo! ¿Pretenderías tú que abandonara a mis propios compañeros, entre los cuales he vivido? Supongo que no. Dame el gancho.

Nada más lejos de la imaginación de Matcham.

—Dick —le dijo—, tú juraste por los santos del cielo que me dejarías a salvo en Holywood. ¿Renegarías de tu juramento? ¿Serías capaz de abandonarme... para ser un perjuro?

—No —replicó Dick—. Cuando lo juré pensaba cumplirlo; ése era mi propósito... Pero ahora... Hazte cargo, Jack, y ponte en mi lugar. Déjame avisar a esos hombres, y, si es necesario, que corra con ellos el peligro. Después, partiré de nuevo para Holywood a cumplir mi juramento.

—Te estás burlando de mí —repuso Matcham—. Esos hombres a quienes quieres socorrer son los que me persiguen para perderme.

Dick se rascó la cabeza.

—No tengo más remedio, Jack —contestó—. ¿Qué le voy a hacer? Tú no corres ningún peligro, muchacho; pero ellos van camino de la muerte. ¡La muerte! —añadió—. ¡Piénsalo! ¿Por qué demonios te empeñas en retenerme aquí? Dame el gancho. ¡Por san Jorge! ¿Han de morir todos ellos?

—Richard Shelton —dijo Matcham mirándole de hito en hito—: ¿Serías capaz de unirme al partido de sir Daniel? ¿No tienes orejas? ¿No has oído lo que dijo Ellis? ¿O es que nada te dice el corazón cuando se trata de los de tu sangre y del padre que esos hombres asesinaron? «Harry Shelton», dijo, y sir Harry Shelton era tu padre, tan cierto como ese sol que nos alumbra.

—¿Y qué pretendes? ¿Que yo dé crédito a esa pandilla de ladrones?

—No. No es ésta la primera vez que lo oigo —replicó Matcham—. Todo el mundo sabe que fue sir Daniel quien lo mató. Y lo mató faltando a su juramento de respetarle la vida; en su propia casa fue derramada su sangre

inocente. ¡El cielo clama venganza, y tú, el hijo de aquel hombre, pretendes auxiliar y defender al asesino!

Jack —exclamó el muchacho—, no lo sé. Acaso sea cierto, pero ¿cómo puedo yo saberlo? Escucha: ese hombre me ha criado y educado; con los suyos compartí caza y juegos, y abandonarlos en la hora del peligro... ¡Oh!, si tal cosa hiciera, muchacho, sería prueba de que no tengo ni pizca de honor. No, Jack, tú no me pedirías hacer tal cosa; no puedes querer que yo sea tan villano.

—Pero ¿y tu padre, Dick? —dijo Matcham, indeciso—. Tu padre... ¿y el juramento que me hiciste? Al cielo pusiste por testigo.

—¿Mi padre? —exclamó Shelton—. ¡Mi padre me dejaría ir! Si es cierto que sir Daniel le mató, cuando llegue la hora esta mano dará muerte a sir Daniel; pero ni a él ni a los suyos los abandonaré en el momento del peligro. Y en cuanto a mi juramento, mi buen Jack, tú vas a relevarme de él ahora mismo. Por las muchas vidas que ahora peligran, de pobres hombres que ningún mal te hicieron, y, además, por mi propio honor, tú vas a dejarme ahora libre de ese peso.

—¿Yo, Dick? ¡Jamás! —repuso Matcham—. Y si me abandonas serás un perjuro, y así lo pregonaré por todas partes.

—¡Me hierve la sangre! ¡Dame ese gancho! ¡Dámelo!

—¡No quiero dártelo! —le contestó Matcham—. ¡He de salvarte a pesar tuyo!

—¿No? —gritó Dick—. ¡Pues te obligaré a ello!

—¡Inténtalo! —replicó el otro.

Quedaron mirándose frente a frente, dispuestos ambos a saltar. Brincó entonces Dick, y aunque Matcham giró rápidamente y emprendió la huida, le ganó la delantera. Dick, con otro par de saltos, le quitó el gancho, retorciéndole la mano en que lo empuñaba, le arrojó violentamente al suelo y quedó frente a él, amenazándole con los puños. Matcham quedó tendido en el lugar donde había caído, con la cara sobre la hierba, sin ofrecer resistencia. Dick aprestó entonces su arco.

—¡Ya te enseñaré!... —gritó furioso—. ¡Con juramento o sin él, lo que es por mí, pueden ahorcarte!

Girando sobre sus talones, echó a correr. Instantáneamente Matcham se levantó y corrió tras él.

—¿Qué quieres? —gritó Dick parándose—. ¿Por qué me sigues? ¡No te acerques!

—Te seguiré si se me antoja —repuso Matcham—. El bosque es de todo el mundo.

—¡Atrás! —rugió Dick, apuntándole con el arco.

—¡Ah! ¡Qué valiente! —replicó Matcham—. ¡Dispara!

Algo confundido Dick bajó su arma.

—Escucha —dijo—: Ya me has hecho bastante daño. Sigue tu camino en paz, porque, de lo contrario, lo quieras o no, te obligaré a hacerlo.

—Bien —dijo Matcham tercamente—. Tú eres el más fuerte de los dos. Haz lo que quieras. Yo no dejaré de seguirte, Dick, a menos que me obligues.

Dick estaba casi fuera de sí ante tal insistencia. No tenía valor para golpear a una pobre criatura tan incapaz de defenderse; pero en verdad que no conocía otro medio para librarse de aquel molesto y acaso —como ya comenzaba a pensarlo— infiel compañero.

—Estás loco —gritó—. Pero ¡imbécil! ¿No ves que corro en busca de tus enemigos, tan deprisa como los pies puedan llevarme?

—No me importa, Dick —repuso el otro—. Si tú vas a que te maten, yo moriré contigo. Mejor quisiera que me encarcelasen contigo que estar libre y sin ti.

—Bien —respondió el otro—. No puedo detenerme más discutiendo. Sígueme, si es preciso; pero si me traicionas, poco ganarás con ello, fíjate bien. Te meteré una flecha en el cuerpo, muchacho.

Así diciendo, Dick emprendió de nuevo veloz carrera, manteniéndose siempre en el borde del bosque y mirando atentamente en torno suyo mientras corría. Sin aflojar el paso, salió de la hondonada y volvió a los sitios más abiertos y despejados. A la izquierda surgía una eminencia, salpicada de doradas retamas y coronada por un negro penacho de abetos.

Desde allí podré ver mejor, pensó, y se lanzó hacia aquel sitio, atravesando un claro cubierto de brezos.

No había avanzado más que algunos metros cuando Matcham, tocándole en un brazo, le señaló algo con el dedo. Al este de la cima se iniciaba un declive, como si un valle cruzase al otro lado. No habían desaparecido aún allí los brezos, y la tierra era rojiza como adarga enmohecida, sobriamente punteada de tejos. En aquel lugar percibió Dick, uno tras otro, a diez casacas verdes que escalaban la altura; marchando a la cabeza de ellos, claramente discernible por llevar su jabalina, Ellis Duckworth en persona. De uno en uno fueron ganando la cumbre, se dibujaron un momento contra el cielo y se hundieron en el otro lado, hasta que el último desapareció.

Dick contempló a Matcham con ojos bondadosos.

—¿De modo que me eres fiel, Jack? —preguntó—. Pensé que acaso fueras del otro partido.

Matcham se puso a sollozar.

—Pero ¡vamos! ¡Qué los santos nos asistan! ¿Por una palabra vas a lloriquear?

—Es que me hiciste daño —sollozó Matcham—. Me hiciste daño cuando me arrojaste al suelo. Eres un cobarde que abusas de tu fuerza.

—¡No digas tonterías! —exclamó Dick bruscamente—. No tenías derecho a quedarte con mi gancho. Lo que yo debía haber hecho era darte una buena paliza. Si vienes tendrás que obedecerme; anda, vamos.

Casi le entraban ganas a Matcham de quedarse rezagado. Pero al ver que Dick continuaba corriendo cuanto podía hacia la cumbre y ni siquiera volvía la vista atrás, lo pensó mejor y corrió tras él a su vez. El terreno era difícil y escarpado: Dick le había ganado una buena delantera, y lo cierto era que tenía las piernas más ligeras. Por eso hacía ya rato que Dick había llegado a la cima, rastreando entre los abetos y escondiéndose tras unas espesas matas de retamas, antes de que Matcham, jadeante como un ciervo, se reuniera con él y pudiera echarse a su lado.

Abajo, en el fondo del amplio valle, el atajo que partía de la aldea de Tunstall descendía serpenteando hasta el vado. Camino bien trillado, fácilmente podía la vista seguir su curso de punta a punta. Aquí lo bordeaban los claros del bosque, abiertos por completo; quedaba más allá como encerrado entre los árboles; y cada cien metros se extendía junto a un lugar propicio para una emboscada. Muy abajo ya del camino se veían relucir al sol siete celadas de acero, y, de cuando en cuando, donde los árboles clareaban, aparecían en descubierto Selden y sus hombres, cabalgando animosos, dispuestos a cumplir las órdenes de sir Daniel. El viento se había calmado un poco, mas todavía luchaba algo alborotado con los árboles, y si allí hubiese estado Appleyard quizá se hubiera puesto en guardia al observar la agitación de que daban muestras los pájaros.

—Fíjate —murmuró Dick—. Muy adentro del bosque se hallan ya; y en seguir adelante estriba más bien su salvación. Pero ¿ves ese extenso claro que se alarga debajo de nosotros y en medio del cual hay unos cuarenta árboles que parecen formar una isla? Allí es donde pueden salvarse. Si llegan sin tropiezo hasta ese grupo, ya hallaré yo medio de advertirles del peligro. Pero temo que el corazón me engaña: no son más que siete contra tantos... y sin más armas que sus ballestas. El arco de grandes dimensiones será siempre superior a éstas, Jack.

Selden y sus hombres continuaban ascendiendo por la tortuosa senda, ignorantes del peligro que corrían, y por momentos se acercaban. Sin embargo, una vez hicieron alto, se reunieron en un grupo y parecieron señalar hacia determinado sitio y ponerse a escuchar. Pero lo que les había llamado la atención era algo que hasta ellos llegaba a través de los llanos; el sordo rugido del cañón que, de cuando en cuando, traía el viento, y que hablaba de la gran batalla. Valía la pena fijarse en ello, puesto que si desde allí se oía en el bosque de Tunstall, el combate debía de haberse ido corriendo hacia el este y, en consecuencia, era señal de que la jornada no había sido favorable para sir Daniel ni para los señores de la rosa roja.

Mas al instante reanudó su marcha el destacamento, aproximándose a uno de los claros del camino, cubierto de brezos, adonde sólo una especie de lengua del bosque venía a juntarse con la carretera. Se hallaban precisamente frente a ésta cuando en el aire brilló una flecha. Uno de los hombres alzó los brazos, se encabritó el caballo y ambos rodaron, agitándose en confuso montón. Hasta el lugar donde se hallaban los muchachos llegaba el griterío que armaron los hombres; vieron a los espantados caballos encabritarse y, poco después, mientras el destacamento recobraba la serenidad, observaron que uno de los del grupo se disponía a echar pie a tierra. Una segunda flecha centelleó describiendo un amplio arco, y un segundo jinete mordió el polvo. Al hombre que estaba descabalgando se le escaparon las riendas, y su caballo salió disparado al galope, arrastrándole por la carretera cogido al estribo por un pie, rebotando de piedra en piedra y herido por los cascos del animal en su huida. Los cuatro que aún quedaban sobre sus sillas se dispersaron; uno giró, chillando, en dirección al vado; los otros tres, sueltas las riendas y flotando al viento las ropas, remontaron a galope tendido la carretera de Tunstall. De cada grupo de árboles que pasaban salía disparada una flecha. Pronto cayó un caballo; mas el jinete, poniéndose en pie, corrió tras sus compañeros hasta que un nuevo disparo dio con él en tierra. Otro de los hombres cayó herido, y luego su caballo, quedando sólo uno de los soldados, y desmontado. Solamente se oía en diferentes direcciones el galopar de tres caballos sin jinete, que se extinguía rápidamente en la lejanía.

Durante todo esto, ninguno de los atacantes se había mostrado por parte alguna. Aquí y allá, a lo largo del sendero, hombres y corceles aún vivos se revolcaban en la agonía. Mas ningún piadoso enemigo salía de la espesura para poner fin a sus sufrimientos.

El solitario superviviente permanecía desconcertado en el camino, junto a su caída cabalgadura. Había llegado a aquel ancho claro con el islote de árboles señalado por Dick. Acaso se hallara a unos quinientos metros del lugar en que estaban escondidos los muchachos, y ambos podían verle claramente, mientras miraba por todos lados con mortal ansiedad. Mas, como nada

sucedía, comenzó a recobrar el perdido ánimo y rápidamente se descolgó y montó su arco. En aquel mismo instante, por algo característico que vio en sus movimientos, reconoció Dick en aquel hombre a Selden.

Ante tal intento de resistencia, salieron de cuantos sitios se hallaban a cubierto, en torno suyo, rumores de risas. Veinte hombres, por lo menos —se encontraba allí lo más nutrido de la emboscada—, se unieron a este cruel e importuno regocijo. Centelleó entonces una flecha por encima del hombro de Selden, que saltó, retrocediendo. Otro dardo fue a clavarse a sus pies, temblando un momento. Se dirigió entonces a la espesura, y una tercera flecha pasó ante su rostro, yendo a caer frente a él. Repitiéronse las sonoras carcajadas, elevándose de diversos matorrales.

Era evidente que sus atacantes no hacían sino acosarle, como en aquellos tiempos acosaban los hombres al pobre toro, o como el gato se divierte con el ratón. La escaramuza había terminado; en la parte baja de la carretera, un individuo vestido de verde recogía pausadamente las flechas, mientras los demás, con malsano placer, gozaban ante el espectáculo que les ofrecía la tortura de aquel infeliz, tan pecador como ellos.

Selden comenzó a comprender; lanzó un grito de rabia, se echó a la cara la ballesta y disparó una saeta como al azar, hacia el bosque. Tuvo suerte, pues le respondió un grito ahogado. Arrojando al suelo su arma, Selden echó a correr por el claro del bosque, casi en línea recta hacia Dick y Matcham.

Los de la partida de la Flecha Negra, al verle, comenzaron a disparar de veras. Mas ya no era tiempo, habían dejado pasar el momento oportuno y la mayor parte de ellos tenían que disparar ahora de cara al sol. Y Selden, al correr, daba saltos de un lado a otro para dificultar la puntería y engañarlos. Y lo mejor de todo: al dirigirse hacia la parte superior del claro, había frustrado el plan que tenían preparado; no había tiradores apostados más allá del que acababa de herir o matar, y la confusión de los cabecillas se hizo pronto manifiesta. Sonaron tres silbidos, y después dos más... Desde otro sitio volvieron a silbar. Por todos lados se oía el rumor de gente que corría a través de los matorrales; un espantado ciervo apareció en el claro, se detuvo un instante sobre tres patas, olfateando el aire, y de nuevo se internó en la espesura.

Aún continuaba Selden corriendo y dando saltos, seguido sin cesar por las flechas, mas todas erraban el blanco. Parecía que iba a conseguir escapar. Dick había preparado la ballesta, pronto a proteger su huida, y hasta Matcham, olvidándose de su propio interés, se sentía ya, en el fondo de su corazón, a favor del pobre fugitivo, siguiendo ambos muchachos la escena anhelantes y temblorosos.

Se hallaba ya a unos cincuenta metros de ellos cuando le alcanzó una

flecha y cayó. Se alzó, sin embargo, al instante; mas vacilaba en su carrera y, como si estuviese ciego, se desvió de su dirección.

Dick se puso en pie de un salto y le hizo señas agitando la mano.

—¡Por aquí! —gritó—. ¡Por este lado! ¡Aquí hallarás ayuda! ¡Corre, muchacho, corre!

Pero en aquel preciso instante una flecha hirió a Selden en el hombro, y, atravesando su jubón por entre las placas de su cota de malla, dio con él en tierra pesadamente.

—¡Oh, pobrecillo! —exclamó Matcham, juntando las manos.

Dick se quedó petrificado, sirviendo de blanco a los arqueros.

Diez probabilidades contra una tenía de que le alcanzase una flecha, porque los habitantes de los bosques estaban furiosos consigo mismos y la aparición de Dick a retaguardia de su posición les había cogido por sorpresa. Pero en aquel momento, saliendo de una parte del bosque muy cercana al lugar donde se hallaban los dos muchachos, se alzó una voz estentórea: la voz de Ellis Duckworth.

—¡Alto! —gritó—. ¡No tiréis! ¡Cogedle vivo! Es el joven Shelton... el hijo de Harry.

Inmediatamente se oyó un penetrante silbido que se repitió varias veces, y sonó de nuevo más lejos. Al parecer, aquel silbido era la corneta de guerra de John Amend-all, con la cual transmitía sus órdenes.

—¡Ah, qué mala suerte! —exclamó Dick—. Estamos perdidos. ¡Deprisa, Jack, vamos deprisa!

Y ambos muchachos dieron media vuelta y echaron a correr por entre el grupo de pinos que cubría la cima de la colina.

6. Hasta el fin de la jornada

Había llegado el momento de correr. Por todos lados subía ya la colina la partida de la Flecha Negra. Algunos, porque eran mejores corredores o podían ascender por sitios más rasos, habían avanzado más que otros y se hallaban muy cerca de su meta; los demás, siguiendo por los valles, se habían esparcido a derecha e izquierda y tenían flanqueados a los muchachos por ambos lados.

Dick se precipitó en la espesura más próxima. Era un alto robledal, de terreno firme y limpio de maleza, por el cual, al extenderse cuesta abajo,

corrieron a gran velocidad. Venía luego un claro, que evitó Dick, manteniéndose a la izquierda del mismo. Diez minutos después surgió el mismo obstáculo, ante el cual siguieron igual procedimiento. Mientras los muchachos torcían siempre hacia la izquierda, acercándose cada vez más al camino real y al río que una o dos horas antes habían cruzado, la mayor parte de sus perseguidores se inclinaban hacia el lado opuesto y corrían en dirección a Tunstall.

Los muchachos se detuvieron a respirar. Ningún ruido se oía que indicase que los perseguían. Dick aplicó el oído a tierra, mas siguió sin oír nada; sin embargo, como el viento agitaba los árboles, era imposible averiguar nada con certeza.

—¡Sigamos! —erijo Dick, y cansados como estaban, cojeando Matcham debido a la herida de su pie, se pusieron en marcha de nuevo bajando la colina.

Tres minutos después penetraban en una espesura de árboles de hoja perenne. Por encima de sus cabezas se elevaban a gran altura los árboles, formando techo continuo de follaje. El bosquecillo era como una bóveda poblada de columnas, alta como la de una catedral, y, a excepción de los acebos, que les estorbaban el paso, estaba despejado y cubierto de suave césped.

Por el lado opuesto, abriéndose paso entre la última franja de arbustos, salieron a la débil claridad del bosquecillo.

—¡Alto! —gritó una voz.

Entre los enormes troncos, a unos veinte metros, apareció ante ellos un individuo grueso, vestido de verde, jadeante por la carrera, que inmediatamente les apuntó con el arco a punto de disparar. Matcham se detuvo lanzando un grito; pero Dick, sin vacilar, se lanzó recto hacia el forajido, desenvainando su daga. Sea que el otro se quedara sorprendido por la audacia del ataque, o bien que las órdenes recibidas detuvieran su mano, lo cierto es que no disparó: se quedó vacilando, y, antes de que tuviera tiempo de rehacerse, Dick saltó a su cuello y le arrojó de espaldas sobre el césped.

Cayó la flecha por un lado y por otro el arco, con un chasquido que resonó en la quietud del lugar. El desarmado forajido se aferró a su atacante; pero la daga brilló en el aire y descendió dos veces. Se oyeron dos gemidos y Dick se puso en pie. En el suelo quedaba el hombre, inmóvil, atravesado el costado.

—¡Sigamos adelante! —gritó Dick, y una vez más se lanzó a la carrera, siguiéndole algo rezagado Matcham.

Poco era lo que avanzaban, pues marchaban penosamente y resollando con fuerza. Matcham sentía un agudo dolor en el costado, y la cabeza le daba

vueltas; a Dick le pesaban las rodillas como si fueran de plomo. Mas prosiguieron la carrera sin perder el ánimo.

Al poco rato llegaron al final del bosquecillo. Terminaba bruscamente; frente a ellos estaba el camino real que iba de Risingham a Shoreby, encerrado en ese punto entre dos muros iguales de espeso bosque.

Al verlo, Dick se detuvo, y en cuanto cesó de correr advirtió un confuso rumor, que rápidamente fue aumentando. Al principio parecía ser debido a una ráfaga de fortísimo viento; pero pronto se hizo más definido, transformándose claramente en el galopar de unos caballos. Con la velocidad del rayo, un escuadrón de hombres dio la vuelta al recodo, pasó ante los muchachos y desaparecieron en un instante. Galopaban como si en ello les fuera la vida, en completo desorden; algunos iban heridos, y junto a ellos se veían caballos sin jinete y con las sillas ensangrentadas. Eran fugitivos de la gran batalla.

Había empezado a desvanecerse el ruido de su paso en la dirección de Shoreby, cuando un nuevo rumor de cascos de caballos resonó como siguiendo su rastro y otro fugitivo apareció en la carretera, cabalgando solo y demostrando por su espléndida armadura ser hombre de elevada condición. Le seguían de cerca varios carros de bagaje que los caballos arrastraban sosteniendo un medio galope desordenado, azuzados por los latigazos de los conductores. Debían de haber emprendido su huida a primera hora del día, pero no había de salvarles su cobardía: poco antes de llegar al sitio donde los muchachos miraban asombrados, un hombre, con la armadura agujereada y al parecer fuera de sí, ganó la delantera a los carros y con el puño de su espada comenzó a derribar a los conductores. Algunos saltaron de sus puestos y a carrera tendida se adentraron en el bosque; mas a los otros los acuchilló sentados donde estaban, sin cesar de maldecirles por cobardes, con voz que apenas parecía humana.

Había ido aumentando el ruido de la lejanía; el rodar de los carros, los cascos de los caballos, los gritos de los hombres; todo llegaba en alas del viento, en creciente y confuso rumor. Evidentemente, un ejército derrotado llegaba por la carretera con el ímpetu de una inundación.

Sombrío el rostro, Dick permanecía allí. Había pensado seguir el camino real hasta donde torcía en dirección de Holywood, y ahora se veía forzado a cambiar de plan. Había reconocido los colores del conde de Risingham, prueba de que la batalla había resultado adversa para los de la rosa de Lancaster. ¿Se había unido a él sir Daniel y resultaba también ahora un fugitivo? ¿O se habría pasado al partido de los de York, con menosprecio de su honor? Horrible dilema.

—Vamos —dijo muy serio; y girando sobre sus talones, comenzó a marchar a través del bosquecillo, precediendo a Matcham que le seguía

cojeando.

Durante un buen rato continuaron cruzando el bosque en silencio. Atardecía; el sol se ponía más allá de la llanura de Kettley; las altas copas de los árboles brillaban con reflejos de oro, pero las sombras se espesaban y comenzaba a sentirse el frío de la noche.

—¡Si hubiera algo que comer! —exclamó de pronto Dick, deteniéndose.

Matcham se sentó en el suelo y empezó a llorar.

—Lloras por tu cena; pero cuando se trataba de salvar la vida a unos hombres, bien duro de corazón te mostrabas —le dijo Dick desdeñosamente—. Siete muertos pesan sobre tu conciencia, master Jack; jamás te lo perdonaré.

—¡Conciencia! —gritó Matcham, mirándole fieramente—. ¡De mi conciencia hablas! ¡Y en tu daga todavía está la sangre roja de un hombre! ¿Y por qué mataste al desgraciado? Te apuntó con el arco, pero no disparó.

¡Te tuvo en sus manos y te perdonó la vida! Tan valiente es el que mata a un gato como el que mata a un hombre que no se defiende.

Dick se quedó mudo de sorpresa.

—Le maté cara a cara, lealmente. Me arrojé contra él mientras me estaba apuntando —replicó.

—Fue un golpe cobarde —repuso Matcham—. Master Dick, no eres más que un patán y un bravucón; no haces más que abusar de tu superioridad o de la ventaja que momentáneamente tienes. El día que topes con uno más fuerte que tú, te veremos humillarte a sus pies. Ni siquiera sientes el deseo de venganza..., pues aún está pidiéndola la muerte de tu padre, y permites tú que su espectro clame en vano por la debida justicia. ¡Mas si en tus manos cae una pobre criatura falta de fuerza y de destreza y que, a pesar de todo, quiere favorecerte, tendrás que acabar con ella!

Demasiado furioso estaba Dick para advertir ese ella.

—¡Caramba! —gritó—. ¡Ésa sí que es una noticia! Entre dos siempre habrá uno más fuerte. Si el más recio derriba al débil, éste recibirá su merecido. Lo que tú te mereces, master Jack, son unos buenos azotes por tu mala conducta y por tu ingratitud para conmigo; y puesto que lo mereces, lo tendrás.

Y Dick, que hasta en los momentos en que más encolerizado estaba sabía conservar una apariencia de serenidad, comenzó a desabrocharse el cinturón.

—Ésta será tu cena —dijo, ceñudo.

Matcham no lloraba ya; estaba blanco como la cera. Pero miraba a Dick con firmeza a la cara y permanecía inmóvil. Blandiendo el cinturón de cuero, Dick avanzó un paso. Entonces se detuvo, desconcertado al ver aquellos grandes ojos que le miraban de hito en hito y ante el demacrado y fatigadísimo rostro de su compañero.

—Dime entonces que estabas equivocado —murmuró débilmente.

—¡No! —exclamó Matcham—. Yo tengo razón. ¡Anda, cruel! Estoy cojo... estoy rendido... no me resisto... jamás te hice ningún daño, pero tú... ¡Pégame, cobarde!

Levantó Dick el cinto ante esta última provocación, pero al ver que Matcham retrocedía encogido con expresión de temor, de nuevo le faltó valor. Cayó de su mano la correa y quedó indeciso, como atontado.

—¡Mala peste te lleve! —dijo—. ¡Si tan débil de manos eres, más cuidado debieras tener con la lengua! Pero así me ahorquen que no he de ser yo quien te pegue. —Y se ciñó de nuevo el cinturón—. No te pegaré, no —añadió—; pero lo que es perdonarte..., eso nunca. Yo no te conocía; tú eras el enemigo de mi amo; yo te presté mi caballo y devoraste mi comida; y me has llamado insensible, cobarde y bravucón. ¡Has colmado la medida hasta rebosarla! Gran cosa es ser débil, según veo. Puedes hacer todo el mal que quieras, que nadie te castigará; puedes robar a un hombre sus armas en un momento de necesidad, que, sin embargo, ese hombre no intentará recuperarlas... ¡Claro! ¡Eres tan endeble! Entonces... si alguien te acometiera con una lanza, al mismo tiempo que gritaba que es débil, deberías dejar que este hombre débil te atravesase de parte a parte. ¡Vaya! ¡No hablemos más de tales necedades!

—Y a pesar de todo, no me pegas... —repuso Matcham.

—Dejemos eso —replicó Dick—. Voy a tener que enseñarte muchas cosas. Eres muy mal educado, por lo que veo. Sin embargo, hay en ti algo bueno, y desde luego no hay duda de que me salvaste allí en el río. ¿Ves? Ya se me había olvidado. Soy tan desagradecido como tú. Pero, ven acá: sigamos andando. Si hemos de llegar a Holywood esta noche, o mañana temprano, mejor es que nos pongamos en marcha a toda prisa. Pero aunque Dick había recobrado su habitual buen humor, Matcham no le perdonaba nada de lo ocurrido. Su violencia, el recuerdo del hombre a quien había dado muerte y, sobre todo, la visión de la correa en alto amenazándole, eran cosas que no podía olvidar fácilmente.

—Por pura fórmula te daré las gracias —dijo Matcham—. Pero en verdad, master Shelton, que preferiría buscar yo solo mi camino. Aquí está el ancho bosque; elijamos cada uno nuestra senda. Ya sé que te debo una comida y una lección. ¡Adiós!

—¡Si ése es tu deseo —gritó Dick—, que el diablo te lleve!

Tomó cada uno dirección distinta, comenzando a andar separados, sin cuidar del rumbo que seguían, atentos sólo a su reyerta. Pero aún no se había alejado Dick diez pasos, cuando oyó pronunciar su nombre y vio que Matcham volvía tras él.

—Dick —le dijo—: No está bien que nos separemos tan fríamente. Ésta es mi mano y en ella pongo mi corazón. Por lo que me has ayudado, y no por pura fórmula, sino de todo corazón, te doy las gracias. ¡Qué la suerte te acompañe, adiós!

—Bien, muchacho —respondió Dick, estrechando la mano que Matcham le tendía—. Que salgas con bien te deseo, si eres capaz de ello. Pero lo dudo: te gusta demasiado discutir.

Se separaron por segunda vez; pero finalmente fue Dick el que corrió en busca de Matcham.

—Escucha —le dijo—: Toma mi ballesta; no vayas desarmado.

—¡Tu ballesta! —exclamó Matcham—. No, muchacho; no tengo fuerza para tensar el arco, ni sabría apuntar con ella. De nada me serviría, mi buen muchacho. De todos modos, gracias.

Había cerrado la noche, y bajo los árboles, ninguno podía leer en el rostro del otro.

—Te acompañaré un rato —dijo Dick—. La noche está oscura. Quisiera dejarte en el camino, por lo menos. Tengo miedo por ti; temo que puedas perderte.

Comenzó a avanzar y Matcham le siguió una vez más. La oscuridad iba en aumento; tan sólo en los sitios despejados se veía el cielo, salpicado de estrellitas. Se percibía débilmente, a lo lejos, el rumor producido por la derrota del fugitivo ejército de Lancaster. Pero a cada paso lo dejaban más a su espalda.

Al cabo de media hora de silenciosa marcha, llegaron a una ancha franja de brezos que formaba un claro. Al tenue resplandor de las estrellas brillaba vagamente, como afelpado por los abundantes helechos y con islotes de tejos agrupados. Allí se detuvieron y entonces se miraron uno a otro.

—¿Estás cansado? —preguntó Dick.

—Sí; tanto —respondió Matcham—, que de buena gana me echaría aquí y me dejaría morir.

—Oigo el murmullo de un río —dijo Dick—. Vamos hasta allí, porque me muero de sed.

Descendía suavemente el terreno, y, en efecto, en el fondo hallaron un riachuelo que corría por entre sauces. Se tendieron de bruces junto a la orilla, y, aplicando la boca al agua de un remanso tachonado de estrellas, bebieron hasta hartarse.

—Dick —dijo Matcham—, me es imposible continuar... No puedo más.

—Al bajar vi una hondonada —dijo Dick—. Vamos allí y nos echaremos a dormir.

—¡Sí, con toda el alma! —exclamó Matcham.

La hondonada era arenosa y seca; de uno de los bordes colgaban unas zarzas formando una especie de refugio; allí se tendieron los dos muchachos, apretados uno contra otro para lograr un poco de calor, olvidada ya la pasada disputa. Pronto el sueño cayó sobre ellos cual pesada nube y, bajo el rocío y al resplandor de las estrellas, descansaron plácidamente.

7. El encapuchado

Se despertaron antes de rayar el día; no sonaba aún el cantar de los pajarillos, pero se oían ya sus gorjeos entre la fronda. No había salido aún el sol; mas hacia el este el cielo se teñía de majestuosos colores. Medio muertos de hambre y rendidos de cansancio, yacían inmóviles, sumidos en deliciosa lasitud. Así estaban cuando, de pronto, llegó a sus oídos el tañido de una campana.

—¿Una campana? —exclamó Dick, incorporándose—. ¿Tan cerca estamos de Holywood?

Repicó de nuevo la campana, pero esta vez más cerca; y luego, acercándose cada vez más, volvió a sonar, con interrupciones, a lo lejos, en el silencio de la mañana.

—¿Qué significará esto? —murmuró Dick, despierto ya.

—Es alguien que camina —observó Matcham—, y la campana toca cada vez que se mueve.

—Ya lo veo —dijo Dick—. Pero ¿por qué motivo? ¿Qué hace esa persona en el bosque de Tunstall? Jack —añadió—, ríete de mí si quieres, pero maldita la gracia que me hace ese sonido tan profundo.

—Sí —corroboró Matcham, estremeciéndose—. Lo cierto es que tiene un tono lúgubre... Si no fuese ya de día...

En ese preciso momento, la campana comenzó a repicar más fuerte y más deprisa, luego sonó una sola vez, secamente, y quedó en silencio durante un rato.

—Parece como si el que la lleva hubiese corrido durante el tiempo que se necesita para rezar un padrenuestro, y hubiera saltado al otro lado del río —dijo Dick.

—Y ahora vuelve a caminar pausadamente —agregó Matcham.

—No, no tan pausadamente —repuso Dick—. Ese hombre anda bastante rápidamente. Teme por su vida o lleva algún recado muy urgente. ¿No adviertes con qué rapidez se acerca cada vez más el repique?

—Está ya muy cerca —contestó Matcham.

Se hallaban al borde de la hondonada, y por estar ésta situada en una eminencia, dominaban la mayor parte del claro, hasta la parte alta del bosque espeso que lo cercaba.

A la clara luz del día vieron un sendero que, como una cinta blanca, se deslizaba serpenteando entre retamas. Pasaba a unos cien metros de la hondonada y cruzaba todo el claro de este a oeste. Por la dirección que seguía, Dick pensó que había de conducir, más o menos directamente, a Moat House.

En aquel sendero, surgiendo de los linderos del bosque, apareció una figura blanca. Se detuvo unos momentos, como para mirar en torno suyo; luego, con paso lento y casi doblado el cuerpo, se fue aproximando a través del brezal. A cada paso que avanzaba, sonaba la campana. No se le veía la cara: una blanca capucha, ni siquiera agujereada al nivel de los ojos, le cubría la cabeza; y cuando aquella criatura se movía, parecía ir tanteando el camino, golpeando ligeramente el suelo con su bastón. Un miedo mortal heló la sangre en el cuerpo de los dos muchachos.

—¡Un leproso! —exclamó Dick con ronco acento.

—¡Su contacto es la muerte! —dijo Matcham—. Corramos.

—No —repuso Dick—. ¿No lo ves?... Está ciego. Se guía con su bastón. Quedémonos quietos; el viento sopla hacia el sendero y pasará de largo sin hacernos daño. ¡Pobre desgraciado! ¡Debiéramos tenerle lástima!

—Yo se la tendré cuando haya pasado —replicó Matcham.

El ciego leproso se hallaba ya en la mitad del camino que le faltaba para llegar frente a ellos. Salió entonces el sol, que iluminó de lleno el velado rostro. De elevada estatura había sido el hombre antes de que la repugnante enfermedad encorvase su cuerpo; y aun ahora andaba con paso firme. El lúgubre tañido de la campana, el acompasado ruido de su bastón, la opaca

pantalla que cubría su semblante y la certidumbre de que no sólo estaba condenado a muerte y a constante sufrimiento, sino que para siempre le estaba vedado todo contacto con sus prójimos, llenaban de espanto el corazón de los muchachos, y a cada paso que iba acercando al caminante, parecían abandonarles más el valor y las fuerzas.

Al llegar al nivel de la hondonada, el hombre se detuvo y volvió la cara hacia los muchachos.

—¡Qué la Virgen María nos proteja! ¡Nos está viendo! —murmuró Matcham.

—¡Calla! —susurró Dick—. No hace más que escuchar. ¡Está ciego, tonto!

El leproso se quedó mirando o escuchando, sea lo que fuere lo que realmente hiciese, durante unos segundos. Luego echó a andar de nuevo, pero enseguida volvió a pararse y a volverse, de tal modo que parecía estar mirando a los dos muchachos. El mismo Dick palideció entonces y cerró los ojos, como si por el mero hecho de verle pudiera contagiarse. Pero pronto volvió a sonar la campana, y esta vez, ya sin ninguna vacilación, el leproso cruzó el resto del brezal y desapareció en la espesura.

—¡Nos ha visto! —dijo Matcham—. ¡Podría jurarlo!

—¡Silencio! —ordenó Dick, recobrando un asomo de la perdida serenidad—. No hizo más que oírnos. Tenía miedo, ¡el pobre desgraciado! Si tú fueras ciego y anduvieses rodeado de las tinieblas de una noche eterna, también te alarmarías al solo crujido de una rama o por el piar de un pájaro.

—Dick, mi buen Dick, nos ha visto —repitió Matcham—. Cuando alguien escucha, no hace lo que ha hecho ese hombre; obra de otro modo, Dick. Éste veía; no escuchaba. Tenía malas intenciones. ¡Fíjate, si no lo crees, en si vuelves a oír sonar la campana ahora!

No se equivocaba: la campana no volvió a sonar más.

—No me gusta eso —dijo Dick—. No, no me gusta ni pizca. ¿Qué puede significar? ¡Sigamos adelante!

—Él siguió hacia el este —advirtió Matcham—. Dick, vámonos en línea recta hacia el oeste. ¡No estaré tranquilo hasta haber vuelto la espalda a ese leproso!

—No seas tan cobarde, Jack —replicó su compañero—. Iremos sin rodeos a Holywood, o cuando menos lo más directamente que pueda guiarte, y para ello tomaremos hacia el norte.

Se pusieron en pie enseguida, atravesaron la corriente, saltando de piedra en piedra, y comenzaron a ascender por el lado opuesto, que era más

escarpado, hacia los linderos del bosque. El terreno era cada vez más desigual, lleno de montículos y hondonadas; crecían los árboles esparcidos o por grupos; era difícil elegir la senda, y los muchachos marchaban un poco a la ventura. Además, estaban fatigados y caminaban penosamente, arrastrando los pies por la arenosa tierra.

Finalmente, al llegar a la cima de un otero, se percataron de que, a unos cien pies frente a ellos, cruzaba el leproso una hondonada, precisamente por el camino que habían de seguir ellos mismos. Ya no hacía sonar la campana, no tanteaba con su bastón la tierra para guiarse, y avanzaba con el paso rápido y firme de un hombre que ve perfectamente. Un momento después, desapareció en la espesura.

Al primer atisbo de aquella figura, los dos muchachos se habían agachado tras unas matas de retama, y allí permanecieron sobrecogidos de espanto.

—Nos persigue —exclamó Dick—. ¿Viste cómo sujetaba el badajo de la campana para que no sonara? ¡Que el cielo nos ayude, pues no me siento con fuerzas para luchar contra esa pestilencia!

—Pero ¿qué hace? —exclamó Matcham—. ¿Qué quiere? ¿Quién oyó jamás que un leproso, por pura maldad, persiguiera a dos muchachos desgraciados? ¿No lleva la campana para que la gente pueda alejarse de él? Dick, esto encierra un misterio.

—¡No me importa! —gimió Dick—. Las fuerzas me han abandonado, mis piernas flaquean... ¡Que el cielo me proteja!

—Pero ¿te vas a quedar ahí sin hacer nada? —le gritó Matcham—. Regresemos al claro. Nuestra posición será mejor y no podrá pillarnos desprevenidos.

—No, no haré tal cosa —replicó Dick—. Ha llegado mi hora. Y acaso nos pase de largo.

¡Entonces móntame el arco! —exclamó Matcham—. ¡Vamos! ¿Eres un hombre o no lo eres?

Dick se santiguó.

—¿Querías que disparase sobre un leproso? La mano no me obedecería. ¡No, no —añadió—; déjalo! Con un hombre sano sí lucharía; pero no con fantasmas ni leprosos. Lo que es éste no lo sé; pero sea uno u otro, ¡que el cielo nos proteja!

—Bien —dijo Matcham—; si ése es el valor de un hombre, ¡bien poca cosa es un hombre! Pero ya que nada quieres hacer, ocultémonos.

Se oyó entonces una sola y sorda campanada.

—¡Se le ha escapado el badajo! —cuchicheó Matcham—. Pero ¡cielos, qué cerca está!

Dick no pronunció una sola palabra. De puro terror sus dientes casi castañeteaban.

Pronto vieron asomar por entre unos matorrales un pedazo de la blanca vestidura; luego, la cabeza del leproso apareció tras un tronco, y pareció escudriñar en torno con la mirada, antes de retirarse de nuevo. Para sus nervios en tensión, toda la maleza se hallaba poblada de ruidos y crujir de ramas, y el corazón les saltaba con tal fuerza en el pecho que oían sus latidos.

De pronto, lanzando un grito, apareció el leproso en el claro inmediato y corrió en línea recta hacia los muchachos. Entonces los dos se separaron dando alaridos, y comenzaron a correr en distintas direcciones. Pero su horrible enemigo se apoderó muy pronto de Matcham, lo arrojó violentamente al suelo y al instante lo hizo prisionero. El muchacho lanzó un alarido que resonó por todo el bosque, se resistió luchando frenéticamente y de pronto desmayaron todos sus miembros y cayó inerte en brazos de su aprehensor.

Dick oyó el grito y se volvió. Vio caer a Matcham y en un instante se avivaron en él el ánimo y las fuerzas perdidas. Con un alarido mezcla de ira y de piedad, descolgó y montó su ballesta. Pero antes de que le diese tiempo a disparar, el leproso alzó una mano.

—¡No dispaes, Dick! —le gritó una voz que le era conocida—. ¡No dispaes, loco! ¿No conoces a tus amigos?

Y colocando a Matcham sobre el césped, se quitó del rostro su capucha y aparecieron las facciones de sir Daniel Brackley.

—¡Sir Daniel! —exclamó Dick.

—¡Sí! El mismo; sir Daniel —replicó el caballero—. ¿Ibas a disparar sobre tu tutor, so granuja? Mas ahí está ése... ése. —Y aquí se interrumpió para preguntar, señalando a Matcham—: ¿Cómo le llamas, Dick?

—Le llamo master Matcham —respondió Dick—. ¿No le conocéis? Él me dijo que sí.

—Sí —contestó sir Daniel riendo entre dientes—. Conozco al muchacho. Pero se ha desmayado, y realmente con menos podría desmayarse. ¿Qué hay, Dick? ¿Te hice sentir el miedo a la muerte?

—En verdad que sí, sir Daniel —respondió Dick, suspirando—. Con vuestro perdón os diré que hubiera preferido toparme con el diablo en persona. Todavía tiemblo. Pero decidme, señor: ¿qué os indujo a adoptar semejante disfraz?

Sir Daniel frunció el entrecejo y se le ensombreció el rostro de ira al oír la pregunta.

—¿Qué me indujo a ello? —exclamó—. ¡Haces bien en recordármelo! ¿Qué? Pues el esconderme, para salvar la vida, en mi propio bosque de Tunstall. Mal parados salimos en la batalla; tan sólo llegamos a tiempo de ser barridos en la derrota. ¿Dónde están mis mejores hombres de armas? ¡No lo sé, Dick! Nos han barrido, nos han acribillado; no he visto a un solo hombre que llevase mis colores desde que vi caer a tres. En cuanto a mí, llegué a salvo a Shoreby, y, acordándome de la Flecha Negra, me procuré este sayo y esta campana y paso a paso, callandito, me vine por el sendero que va a Moat House. No hay disfraz que pueda compararse a éste; el eco de esta campana hubiera ahuyentado al bandido más valiente del bosque; todos palidecerían al oírla. Al fin me encontré contigo y con Matcham. Veía muy mal a través de esta capucha; no estaba seguro de que fueras tú, y grande mi asombro al encontraros juntos. Además, al atravesar el claro, por donde había de pasar lentamente y golpear con mi bastón, temía descubrirme. Pero, mira, ya empieza a volver en sí este desgraciado. Un sorbo de vino canario le reanimará.

Levantándose el largo sayo, el caballero sacó una gruesa botella que bajo él llevaba y comenzó a frotar las sienes y a humedecer los labios del paciente, que, gradualmente, recobraba el conocimiento y posaba sus turbios ojos sobre uno y otro.

—¡Anímate, Jack! —le dijo Dick—. ¡No era un leproso, sino sir Daniel! ¡Míralo!

—Tómame un buen trago de esto —añadió el caballero—. Esto te dará virilidad. Después os daré a los dos de comer, y juntos nos iremos a Tunstall. Pues en conciencia he de confesar, Dick —prosiguió, colocando pan y carne sobre la hierba—, que estoy deseando con toda mi alma verme sano y salvo entre cuatro paredes. Desde que monto a caballo jamás me he visto en un apuro semejante; mi vida en peligro, expuesto a perder mis tierras y mi hacienda, y, para colmo, todos esos vagabundos de los bosques tratando de darme caza. Pero todavía no estoy perdido. Algunos de mis muchachos se reunirán conmigo camino de casa. Hatch llevaba diez hombres y Selden seis. ¡Ah, pronto volveremos a ser fuertes! ¡Y si logro negociar la paz con mi muy afortunado e indigno señor de York, entonces, Dick, volveremos a ser hombres y a montar a caballo!

El caballero llenó de vino canario su vaso de cuerno y brindó con mudo ademán a la salud de su pupilo.

—Selden —dijo Dick, titubeando—, Selden... —Y se quedó callado.

Sir Daniel bajó su vaso de vino sin probarlo.

—¡Cómo! —gritó con voz alterada—. ¿Selden?

¡Habla, habla! ¿Qué le pasa a Selden? Tartamudeando Dick le relató la emboscada y la matanza.

Le oyó en silencio el caballero; pero mientras escuchaba, iba encendiéndose en ira y entristeciéndose hasta quedarse como convulso.

—¡Bien! —gritó al fin—. ¡Por mi mano derecha juro que he de vengarlos! Y si, dejo de hacerlo, si por cada uno de mis hombres no doy muerte a diez, que me arranquen esta mano del cuerpo. A Duckworth lo destruí yo como el que quiebra un junco, le sumí en la ruina, incendié hasta el techo de su casa, le arrojé de este país, ¿y ha de venir ahora a subírseme a las barbas? ¡No, Duckworth; esta vez seré más inflexible!

Se quedó en silencio un rato, en que sólo por gestos manifestaba su cólera.

—¡Comed! —gritó de pronto—. Y tú —añadió dirigiéndose a Matcham—: Júrame que me seguirás hasta Moat House.

—Os lo prometo por mi honor.

—¿Y qué me importa a mí tu honor? —exclamó el caballero—. ¡Júramelo por la salud de tu madre!

Matcham pronunció su juramento y sir Daniel volvió a cubrirse el rostro con la capucha y preparó la campana y el báculo. Al contemplarle, una vez más, con aquel espantoso disfraz, sus dos compañeros sintieron renacer la impresión de horror; pero el caballero se puso en pie sin pérdida de tiempo.

—Comed de prisa —ordenó—, y seguidme inmediatamente hasta mi casa.

Diciendo así, se puso de nuevo en marcha hacia el bosque, y comenzó a hacer sonar la campana, como contando sus pasos, mientras los dos amigos, sentados junto a la comida, no gustada todavía, oyeron desvanecerse lentamente el sonido en la lejanía.

—¿De modo que vas a Tunstall? —preguntó Dick.

—Sí, voy. ¿Qué remedio me queda? Soy más valiente a espaldas de sir Daniel que en su presencia.

Comieron apresuradamente y tomaron después por el sendero, siguiendo la parte alta del bosque, donde las grandes hayas se elevaban entre los verdes prados y los pájaros y las ardillas retozaban sobre las ramas. Dos horas después comenzaban a descender por la ladera opuesta, y ya entonces divisaron, entre las cimas de los árboles, las rojas paredes y los techos del castillo de Tunstall.

—Aquí —dijo Matcham deteniéndose— vas a despedirte de tu amigo Jack, a quien no volverás a ver más. Ven, Dick, y perdónale todo el mal que te hizo, que él por su parte te lo perdona de todo corazón.

—¿Y eso por qué? —preguntó Dick—. Si los dos vamos hacia Tunstall, me parece que he de volver a verte, y con bastante frecuencia.

—No; no volverás a ver al pobre Jack Matcham —replicó el otro—, tan miedoso y tan molesto para ti, a pesar de lo cual te sacó sano y salvo del río. No volverás a verle, Dick... ¡te lo juro por mi honor!

Abriendo los brazos, recibió en ellos a Dick, y los muchachos se abrazaron y se besaron.

—Óyeme una cosa, Dick —continuó Matcham—: Me da el corazón que algo malo va a ocurrir. Vas a conocer ahora a un nuevo sir Daniel; hasta este momento todo, había prosperado en sus manos con exceso y la fortuna no le había abandonado; pero ahora, cuando el destino se vuelve contra él y su vida está en peligro, mal amo resultará para nosotros dos. Podrá ser bravo en la batalla; pero en sus ojos lleva escrita la mentira; el temor está en ellos pintado, y el miedo fue siempre más cruel que un lobo. En esa casa vamos a entrar, ¡qué la Virgen María nos guíe para salir de ella!

Continuaron descendiendo en silencio hasta llegar a la plaza fuerte de sir Daniel en el bosque, donde se erguía, baja y sombría, rodeada de redondas torres y manchada de musgos y líquenes entre las aguas ornadas de lirios, que llenaban el foso. Al presentarse ellos bajó el puente levadizo, el propio sir Daniel, con Hatch y el clérigo a su lado, les recibieron.

LIBRO SEGUNDO

MOAT HOUSE

1. Dick hace algunas preguntas

Moat House no se hallaba muy lejos del escabroso camino del bosque. Exteriormente, era un macizo rectángulo de piedra roja, flanqueado en cada esquina por una torre redonda, con aspilleras para los arqueros y coronado de almenas. En su interior encerraba un reducido patio. El foso tendría unos cuatro metros de ancho y se hallaba cruzado por un solo puente levadizo. Lo abastecía de agua una zanja que iba a parar a una laguna del bosque y que, en toda su extensión, quedaba protegida y vigilada desde las almenas de las dos

torres del lado sur. A excepción de uno o dos altos y gruesos árboles que se había permitido quedasen a medio tiro de ballesta de los muros, la casa estaba en buena situación para la defensa.

Dick halló en el patio a una parte de la guarnición, ocupada en los preparativos para rechazar el ataque y discutiendo con aire sombrío las probabilidades de verse sitiados. Unos construían flechas y otros afilaban sus espadas, largo tiempo en desuso; pero mientras trabajaban sacudían la cabeza con aire preocupado.

Doce de los hombres de armas de sir Daniel habían escapado de la batalla, cruzando, entre peligros continuos, el bosque y llegado con vida a Moat House. Pero de esta docena, tres fueron gravemente heridos; dos, en Risingham, en el desorden de la derrota, y el otro, por los tiradores de John Amend-all al cruzar el bosque. Esto elevaba la fuerza de la guarnición, contando a Hatch, sir Daniel y el joven Shelton, a veintidós hombres. Y continuamente se esperaba la llegada de más. No consistía, pues, el peligro en la falta de hombres.

Lo que a todos tenía con el corazón oprimido era el terror que inspiraban los de la Flecha Negra. Por sus francos y declarados enemigos del partido de York, en aquellos tiempos de incesantes cambios, no sentía más que cierta vaga inquietud. «Las cosas —como decían las gentes de aquella época— pueden cambiar una vez más», antes de sufrir daño. Pero sus vecinos del bosque sí que les hacían temblar. No era sir Daniel únicamente el blanco de su odio. Sus hombres, conscientes de su impunidad, se portaron cruelmente en toda la comarca. Las severas órdenes se ejecutaron con sumo rigor, y de la cuadrilla que charlaba sentada en el patio no había uno solo que no fuese culpable de algún acto de opresión o de barbarie. Pero ahora, por los azares de la guerra, sir Daniel se hallaba impotente para defender a los que eran sus instrumentos; ahora, a consecuencia de unas horas de combate, en el que muchos de ellos no estuvieron presentes, todos se habían convertido en traidores al estado, sin poder escudarse en la ley, diezmados y encerrados en una pobre fortaleza, casi indefendible, y expuestos al resentimiento de sus víctimas. No les habían faltado tampoco terribles anuncios de la suerte que les esperaba.

A diferentes horas de la tarde y de la noche, no menos de siete caballos sin jinete llegaron a la puerta de la fortaleza, relinchando aterrorizados. Dos pertenecían al destacamento de Selden; cinco a los hombres de armas que fueron con sir Daniel al campo de batalla. Últimamente, poco antes de rayar el alba, había llegado tambaleándose, hasta el borde del foso, un lancero, herido de tres flechazos. Al conducirlo para prestarle auxilio, entregó a Dios su alma; pero por las palabras que pronunció en su agonía, comprendieron que era el único superviviente de una considerable compañía.

Hasta el mismo Hatch, bajo su tez curtida por el sol, descubría la palidez de su ansiedad, y cuando, llevándose a Dick a un lado, supo la suerte de Selden, se dejó caer sobre un banco de piedra y lloró amargamente. Los otros, desde las banquetas y los umbrales donde se hallaban sentados tomando el sol, le miraron tan sorprendidos como alarmados; pero ninguno se aventuró a inquirir la causa de su dolor.

—¿Qué os dije yo, master Shelton? —exclamó Hatch al fin—. ¿Qué os dije yo? Así desapareceremos todos; Selden, un hombre hábil, para mí era como un hermano. ¡Pues bien: ha sido el segundo que ha partido y tras él iremos todos! Porque ¿qué decían aquellos malditos versos? «Una flecha negra por cada maldad». ¿No era esto lo que decían? Appleyard, Selden, Smith y el viejo Humphrey se nos han ido, y allá está el pobre John Carter, pidiendo a gritos un confesor, el desdichado pecador.

Dick se puso a escuchar. Desde una ventana baja, muy cerca de donde estaban hablando ellos, llegaban a su oído gemidos y susurros.

—¿Está ahí? —preguntó.

—Sí, en el cuarto de la segunda guardia —contestó Hatch—. No pudimos llevarle más lejos; tan mal estaba ya, en cuerpo y alma. A cada escalón que le subíamos, creía morirse. Mas ahora creo yo que es su alma la que sufre. Pide, sin cesar, un cura, y sir Oliver, no sé por qué, no llega todavía. Larga va a ser su confesión, pero Appleyard y Selden, los pobres, murieron sin ella.

Dick se asomó a la ventana y miró hacia el interior. La reducida celda era baja de techo y sombría; sin embargo, distinguió al soldado herido sobre el mísero lecho.

—Carter, amigo mío, ¿cómo estás? —le preguntó.

—Master Shelton —respondió el hombre muy bajo y con gran excitación—: ¡Por la divina luz del cielo, traed al cura! ¡Ay de mí... me voy a toda prisa... me siento sin fuerzas... mis heridas son de muerte! ¡Ya no tendréis que prestarme otro servicio, éste será el último! Por el bien de mi alma y como caballero leal, id pronto; mirad que tengo un peso sobre mi conciencia que me arrastrará a los infiernos.

Lanzó algunos gemidos y Dick le oyó rechinar los dientes, bien fuera de dolor o de miedo.

En aquel momento apareció sir Daniel en el umbral de la habitación. En la mano llevaba una carta.

—Muchachos —dijo—: Hemos sufrido un desagradable contratiempo; hemos sufrido un revés, ¿a qué negarlo? Pero precisamente por ello aprestémonos a ensillar de nuevo. Ese viejo Enrique VI se ha llevado la peor

parte. Lavémonos, pues, las manos de él. Tengo un buen amigo que goza de gran influencia cerca del duque, el lord de Wensleydale. Pues bien: he escrito a mi amigo rogándole a su señoría su intercesión y ofreciéndole grandes satisfacciones por el pasado y razonables seguridades para el futuro. No cabe duda de que nos atenderá. Pero las súplicas sin dádivas son como canciones sin música; por eso le colmo de promesas, muchachos..., sin regatearle ninguna. ¿Qué falta, pues? ¡Ah! Una cosa importante... ¿para qué engañarnos?, una cosa importante y bastante difícil: un mensajero que la lleve. Los bosques... bien lo sabéis..., están llenos de enemigos nuestros. Muy necesaria es la rapidez; pero sin astucia y cautela de nada nos serviría. ¿Quién hay, pues, en esta compañía, que quiera llevar esta carta, entregarla a su señoría de Wensleydale y traerme la respuesta?

Se levantó al instante uno de aquellos hombres.

—Yo iré, si os place —dijo—. No me importa arriesgar el pellejo.

—No, Dick Bowyer, no irás —repuso el caballero—. No me place. Astuto eres, pero no rápido. Siempre fuiste un perezoso.

—Si es así, sir Daniel, aquí estoy yo —gritó otro.

—¡No quiera el cielo! —exclamó el caballero—. Tú eres rápido, pero nada astuto. Tú cometerías el disparate de meterte de cabeza en el campamento de John Amend-all. A los dos os doy gracias por vuestro valor, pero, verdaderamente, no puede ser.

Se ofreció entonces Hatch y también fue rechazado.

—A ti te necesito aquí, amigo Bennet; tú eres mi mano derecha —repuso el caballero.

Se adelantaron varios en grupo, y sir Daniel, al cabo, eligió uno y le dio la carta.

—Ahora —dijo el caballero—, ten presente que de tu rapidez y discreción dependemos todos. Tráeme una respuesta favorable y antes de tres meses habré limpiado mis bosques de esos vagabundos que nos desafían en nuestras propias barbas. Pero óyelo bien, Throgmorton: la tarea no tiene nada de fácil. Has de partir de noche y deslizarte como un zorro. Cómo podrás cruzar el río Till, lo ignoro, pero no será por el puente ni por el vado.

—Sé nadar —replicó Throgmorton—. No temáis; llegaré sano y salvo.

—Bien, amigo; marcha entonces a la despensa —respondió sir Daniel—, que, antes que nada, habrás de nadar en cerveza negra. —Y con estas palabras, le volvió la espalda y entró en la sala.

—¡Qué lengua tan sabia la de sir Daniel! —dijo Hatch a Dick en voz baja

—. Fíjate, si no, en cómo donde otros hombres de menor calibre hubieran andado buscando paliativos, él va derecho al asunto y habla claro a toda la compañía. Éste es el peligro, les dijo, y ésta la dificultad, y todo en tono de broma. ¡Ah, por santa Bárbara, ése es un buen capitán! ¡No ha quedado un hombre que no se haya animado al oírle! ¡Mira con qué ardor se han puesto todos a trabajar de nuevo!

Este elogio de sir Daniel suscitó una idea en la mente del muchacho.

—Dime, Bennet —dijo—: ¿Cómo murió mi padre?

—No me preguntes esto —respondió el otro—. Yo no tuve arte ni parte en ello; además, he de guardar silencio, master Dick. Porque, mira: de las cosas propias puede hablar un hombre, pero de rumores y habladurías no. Pregúntaselo a sir Oliver... o a Carter, si quieres; pero no a mí.

Y con el pretexto de ir a realizar la ronda, Hatch se marchó, dejando a Dick absorto en sus cavilaciones.

¿Por qué no querrá decírmelo? —pensó el muchacho—. ¿Y por qué nombró a Carter? Carter..., ¿será que éste participó en el asesinato?

Penetró en la casa y, recorriendo un pasillo, llegó a la puerta de la celda, donde yacía, gimiendo, el herido. Al verle entrar, Carter le preguntó con ansiedad:

—¿Habéis traído al cura?

—Todavía no —contestó Dick—. Antes tienes que decirme una cosa. ¿Cómo murió mi padre, Harry Shelton?

A Carter se le alteró el rostro.

—No lo sé —respondió, hosco.

—Sí lo sabes —repuso Dick—. No intentes engañarme.

—Os digo que no lo sé —repitió Carter.

—Entonces morirás sin confesión —exclamó Dick—. Aquí me quedaré. No tendrás a tu lado ningún cura; te lo aseguro. ¿De qué te serviría la penitencia, si no tienes el propósito de reparar los males en que hayas participado? Y sin arrepentimiento, la confesión no resulta más que una burla.

—Decís lo que no tenéis intención de hacer, master Dick —exclamó Carter con toda calma—. Mal está amenazar a un moribundo y, en verdad, mal os sienta. Pero si poco habla en vuestro favor, de menos os servirá. Quedaos, si gustáis. Condenaréis mi alma... ¡pero no averiguaréis nada! Esto es todo cuanto he de deciros.

Y el herido se volvió del otro lado.

Verdaderamente, Dick había hablado con precipitación y se sentía avergonzado de su amenaza. Pero intentó un último esfuerzo.

—Carter —exclamó—: No me has comprendido. Sé perfectamente que fuiste un instrumento en manos de otros; el vasallo ha de obedecer a su señor; no quiero culpar a nadie. Pero, por muchas partes, empiezo a saber que sobre mi juventud e ignorancia pesa el deber de vengar a mi padre. Por eso te suplico, amigo Carter, que olvides mis amenazas, y que con sinceridad y contrición me digas algo que pueda ayudarme.

Carter guardó silencio; por mucho que insistió Dick, no pudo arrancarle una sola palabra.

—Muy bien —exclamó Dick—. Voy a llamar al cura, como deseas; pues sean las que fueren tus deudas para conmigo o los míos, no quisiera yo tenerlas con nadie, y menos con quien se halla en el tránsito de la muerte.

Una vez más el viejo soldado permaneció silencioso; hasta sus gemidos había contenido; y, al volverse Dick y abandonar la estancia, no pudo menos de admirar aquella huraña fortaleza de ánimo.

Sin embargo —pensó—, ¿de qué sirve el valor sin la inteligencia? Si sus manos no hubieran estado manchadas de sangre, habría hablado; su silencio ha confesado más claramente el secreto que todas las palabras que pudiera emplear. De todos lados llueven pruebas sobre mí. Sir Daniel, sea por propia mano o por la de sus hombres, es quien lo hizo todo.

Dick se detuvo un momento en medio del enlosado corredor, sintiendo el corazón oprimido. En aquella ocasión, cuando la suerte de sir Daniel estaba en decadencia, cuando sitiado por los arqueros de la Flecha Negra y proscrito por los victoriosos partidarios de York ¿iba a volverse él también contra el hombre que le había criado y educado, que si castigó con severidad sus faltas infantiles, hábale protegido infatigablemente en su juventud? Cruel necesidad sería ésta, si llegaba a ser ineludible su deber.

¡Quiera el cielo que sea inocente!, se dijo. Resonaron unos pasos sobre las losas, y vio acercarse gravemente a sir Oliver.

—Alguien os espera con ansiedad —dijo Dick.

—Precisamente allá voy, mi buen Richard —contestó el clérigo—. Es el pobre Carter... Desgraciadamente, no tiene remedio.

—Más enfermo del alma está que del cuerpo —repuso Dick.

—¿Le has visto? —preguntó sir Oliver con visible sobresalto.

—De allí vengo —respondió Dick.

—¿Qué te dijo?... ¿Qué te dijo? —exclamó el cura, con extraordinaria

vehemencia y cierta acritud.

—No hizo más que llamaros de un modo que daba lástima, sir Oliver. Convendría que os dierais prisa, pues su estado es grave —replicó el muchacho.

—Voy enseguida. ¡Qué le vamos a hacer! Todos tenemos nuestros pecados. A todos nos llega nuestra hora, amigo Richard.

—Sí, sir Oliver, y ojalá que todos lleguemos a ella justa y honradamente.

Bajó el cura los ojos, y, murmurando una bendición que apenas pudo oírse, desapareció apresuradamente.

¡Él también! —pensó Dick—. ¡Él, a quién debo mi educación religiosa! ¿Qué mundo es éste, si todos los que por mí se inquietan son culpables de la muerte de mi padre? ¡Venganza! ¡Ay! ¡Triste suerte la mía si he de verme obligado a vengarme de mis propios amigos!

Esta idea trajo a su memoria el recuerdo de Matcham.

Sonrió al pensar en su raro compañero, y le asaltó la curiosidad de saber dónde estaría. Desde que juntos llegaron a las puertas de Moat House, había desaparecido el jovenzuelo, y ya empezaba Dick a sentir el deseo de cruzar con él la palabra.

Cerca de una hora después, celebrada la misa rápidamente por sir Oliver, se reunió la compañía en la sala, disponiéndose para la comida. Era un largo y bajo aposento, cubierto de verdes juncos y ornadas sus paredes con tapices de Arras representando hombres salvajes y sabuesos siguiendo un rastro; aquí y allá colgaban lanzas, arcos y escudos. Ardía el fuego en la gran chimenea. En torno a la pared había bancos tapizados y, en el centro, la mesa, bien provista, esperaba la llegada de los comensales.

No se presentaron sir Daniel ni su esposa. El mismo sir Oliver estaba también ausente, y tampoco se sabía nada de Matcham.

Dick comenzó a alarmarse, recordando los tristes presentimientos de su compañero, y sospechando ya que algo malo le hubiera ocurrido a éste en aquella casa.

Después de la comida se encontró con Goody Hatch, que marchaba apresuradamente en busca de lady Brackley.

—Goody —le dijo—: Por favor, ¿dónde está master Matcham? Cuando llegamos te vi entrar con él.

La vieja se echó a reír a carcajadas.

—¡Ah, master Dick! ¡Sin duda tenéis buenos ojos! —y volvió a reír.

—Bien, pero oye: ¿dónde está? —insistió Dick.

—No le veréis ya más —replicó la vieja—. Nunca más. Estad seguro de ello.

—Si no he de verle —respondió el muchacho—, habré de saber por qué razón. El no vino aquí por su propia voluntad; poco valgo, mas soy su mejor protector y cuidaré de que se le trate bien. ¡Son ya demasiados misterios y empiezo a estar cansado de ello!

Apenas acababa de hablar, cuando caía sobre su hombro una pesada mano. Era Bennet Hatch, que llegó por detrás, en silencio, y con un gesto del pulgar despidió a su mujer.

—Amigo Dick —le dijo tan pronto como estuvieron solos—: ¿Estáis realmente loco? Si no dejáis en paz ciertas cosas, más os valiera estar en el mar salado que aquí en Moat House. Me habéis venido a mí con preguntas, habéis estado atormentando a Carter, y al clericucho le habéis aterrorizado con insinuaciones. Tened más prudencia, no seáis necio, y sobre todo ahora, cuando sir Daniel os llame, ponedle buena cara, por discreción. Vais a sufrir un riguroso interrogatorio. Tened cuidado con lo que respondéis.

—Hatch —replicó Dick—: Todo esto me huele a conciencia culpable.

—Y si no obráis con más prudencia, pronto os olerá a sangre —repuso Hatch—. No hago más que advertiros. Y ahí viene uno a llamaros.

En efecto, en ese momento cruzaba el patio un hombre que venía en busca de Dick para decirle que sir Daniel le esperaba.

2. Los dos juramentos

Sir Daniel se hallaba en la sala, paseando malhumorado ante la lumbre y esperando la llegada de Dick. Nadie más había en la estancia, a excepción de sir Oliver, y aun éste se mantenía discretamente sentado a cierta distancia, hojeando su breviario y musitando sus preces.

—¿Me habéis mandado llamar, sir Daniel? —preguntó el joven Shelton.

—En efecto, te he mandado llamar —respondió el caballero—. Porque... ¿qué ha llegado a mis oídos? ¿Tan mal tutor he sido para ti que te apresuras a difamarme? ¿O acaso porque me ves por el momento derrotado, piensas abandonar mi partido? ¡No era así tu padre! Cuando le tenía uno a su lado, allí podía estar seguro de que se quedaría, contra viento y marea. Pero tú, Dick, me parece que eres amigo de los buenos tiempos solamente y buscas ahora el

medio de desembarazarte de tu fidelidad.

—Permitidme, sir Daniel: eso no es así —repuso Dick con firmeza—. Soy agradecido y fiel, hasta donde pueden llegar el agradecimiento y la fidelidad. Y antes de proseguir tengo que daros las gracias a vos y a sir Oliver; los dos tenéis derechos sobre mí... nadie con más derechos que vos, y sería un perro desagradecido si lo olvidase.

—Bien está eso —dijo sir Daniel. Pero mostrándose de pronto muy enojado, continuó—: Gracitud, fidelidad... palabras nada más son, Dick Shelton; yo quiero hechos. En esta hora de peligro para mí, cuando mi buen nombre está en entredicho, se confiscan mis tierras y cuando en mis bosques pululan los que anhelan destruirme, ¿de qué me sirve tu gratitud? ¿Qué valor tiene tu fidelidad? No me quedan más que unos cuantos de mis hombres... ¿Es gratitud o fidelidad envenenar sus almas con tus insidiosas murmuraciones? ¡Dios me libre de semejante gratitud! Pero, veamos, ¿qué deseas? Habla; aquí estamos para contestarte. Si algo tienes que decir contra mí, adelántate y dilo.

—Señor —contestó Dick—: Mi padre murió siendo yo muy niño. Hasta mis oídos llegaron rumores de que fue vilmente asesinado. Hasta mí ha llegado... no he de ocultarlo, que vos tuvisteis parte en el crimen. Y en verdad os digo que no podré tener paz en mi espíritu ni decidirme a ayudaros hasta que se desvanezcan mis dudas.

Sir Daniel se sentó en un ancho escaño y, apoyando en una mano la barbilla, miró fijamente a Dick.

—¿Y crees tú —preguntó— que hubiera sido yo tutor del hijo de un hombre a quien asesiné?

—No —respondió Dick—; perdonadme si os contesto con rudeza: pero lo cierto es que sabéis perfectamente cuán productiva es una tutoría. Durante todos estos años, ¿no habéis estado disfrutando de mis rentas y capitaneando mis hombres? No sé lo que eso os pueda valer; pero sé que algo vale. Perdonadme de nuevo, pero si cometisteis la vileza de matar a un hombre que estaba bajo vuestra guarda, acaso tuvierais razones suficientes para cometer acciones menos viles.

—Cuando yo tenía tu edad, muchacho —replicó con severidad sir Daniel—, jamás atormentaron mi espíritu semejantes sospechas. Y en cuanto a sir Oliver, aquí presente —añadió—, ¿por qué había de ser él, un sacerdote, culpable de una acción semejante?

—No, sir Daniel —exclamó Dick—; el perro va donde su amo le ordena. Sabido es que este sacerdote no es más que vuestro instrumento. Hablo con franqueza; no están los tiempos para cortesías. Del mismo modo que hablo quisiera que se me contestara. ¡Y, sin embargo, no se me da una respuesta

categorica! Vos no hacéis sino volver a interrogarme. Os aconsejo que tengáis cuidado, sir Daniel, porque por este camino aumentáis mis dudas en vez de disiparlas.

—Te contestaré con toda franqueza, master Richard —dijo el caballero—. Si pretendiera hacerte creer que no me enojan tus palabras, te engañaría. Seré justo, aun en mi cólera. Cuando seas un hombre hecho y derecho, y yo no sea tu tutor, y no pueda, por consiguiente, resentirme de ello, ven entonces con eso, y verás qué pronto te contesto como te mereces: con un puñetazo en la boca. Hasta entonces dos caminos tienes: tragarte esos insultos, tener quieta tu lengua y luchar entretanto por el hombre que te ha dado de comer y ha luchado por ti en la infancia, o si no... la puerta está abierta... de enemigos míos están llenos mis bosques... vete.

La energía con que fueron pronunciadas estas palabras, y las furiosas miradas que las acompañaron hicieron vacilar a Dick; sin embargo, no le privaron de observar que, después de todo, continuaba sin obtener respuesta.

—Nada hay que desee más ansiosamente, sir Daniel, que creeros —repuso—. Aseguradme que sois inocente de ello.

—¿Aceptarías mi palabra de honor, Dick?

—La aceptaría —contestó el muchacho.

—Pues te la doy —contestó sir Daniel—. Por mi honor, por la eterna salvación de mi alma, y tan cierto como he de responder de mis actos en el otro mundo, afirmo que no tuve arte ni parte en la muerte de tu padre.

Tendió su mano y Dick la estrechó con vehemencia. Ni uno ni otro se fijaron en el clérigo, quien, al oír pronunciar tan solemne como falso juramento, se levantó casi de su asiento en un paroxismo de horror y remordimiento.

—¡Ah! —exclamó Dick—. ¡Ahora es cuando debo apelar a la bondad de vuestro gran corazón para que me perdonéis! Me he portado como un verdadero insensato al dudar de vos. Pero os prometo que no volveré a dudar.

—Estás perdonado, Dick —repuso sir Daniel—. Tú no conoces el mundo ni su índole calumniosa.

—Tanto más culpable me reconozco —añadió el joven—, cuanto que la villana acusación iba dirigida no a vos, sino a sir Oliver.

Volvióse, al hablar, hacia el clérigo e hizo una pausa en medio de su última frase. Aquel hombre alto, colorado, corpulento, recio de miembros, parecía en ese momento como materialmente deshecho; perdido su color, flojos sus miembros, sus labios balbucían oraciones. Y en ese instante, cuando Dick puso de pronto sus ojos sobre él, dio un fuerte grito, que más bien parecía

alarido de animal salvaje, y escondió su rostro entre las manos.

En dos zancadas acudió sir Daniel a su lado y le sacudió furiosamente, cogiéndole por un hombro. Inmediatamente sintió Dick renacer sus sospechas.

—¡Sí! —exclamó—. ¡También debe jurar sir Oliver! A él era a quien acusaban.

—¡Jurará! —dijo el caballero.

Sir Oliver, mudo de espanto, agitaba los brazos.

—¡Ah, sí! ¡Tenéis que jurar! —gritó sir Daniel fuera de sí—. Aquí, sobre este libro —añadió, recogiendo el breviario que había dejado caer el cura—. ¿Cómo? ¿No lo hacéis? ¡Me hacéis dudar!, ¡jurad, os digo, jurad! Pero el clérigo seguía sin hablar. El miedo que le infundía sir Daniel, mezclándose con su terror al perjurio, elevados al mismo grado, ahogaban su garganta.

En aquel preciso instante, a través de la alta vidriera de colores, que saltó en pedazos, penetró una flecha negra, que fue a clavarse en el centro de la larga mesa.

Dando un gran grito, sir Oliver cayó desvanecido sobre los juncos; mientras el caballero, seguido de Dick, se precipitaba hacia el patio y subía a las almenas por la más cercana escalera de caracol. Alerta estaban allí todos los centinelas. Brillaba plácidamente el sol sobre los verdes prados salpicados de árboles y sobre los poblados collados del bosque que limitaban el paisaje. No se descubría señal alguna de que alguien sitiara la casa.

—¿De dónde vino esa flecha? —preguntó el caballero.

—Del otro lado de aquel grupo de árboles, sir Daniel —contestó un centinela.

El caballero se quedó un rato pensativo. Luego, volviéndose hacia Dick, le dijo:

—Vigíame a esos hombres, Dick; a tu cargo los dejo. En cuanto al clérigo, habrá de justificarse, o sabré qué razón hay que se lo impida. Casi empiezo a participar de tus sospechas. Jurará, yo te lo aseguro, o de lo contrario le haremos confesarse culpable.

Dick le contestó con cierta frialdad y el caballero, dirigiéndole una penetrante mirada, se volvió precipitadamente a la sala. Lo primero que hizo fue examinar la flecha. Era la primera que había visto de aquella clase, y al volverla de uno y otro lado, su negro color le hizo sentir cierto miedo. También allí había algo escrito... una sola palabra: Enterrado.

—¡Ah! —exclamó—. Saben, pues, que he regresado a mi casa. ¡Enterrado! ¡Bueno, sí; pero no hay entre todos ellos un solo perro que sea capaz de

desenterrarme!

Sir Oliver había vuelto en sí y se ponía en pie, no sin esfuerzos.

—¡Ay de mí, sir Daniel! —gimió—. ¡Qué espantoso juramento habéis hecho! ¡Estáis condenado para toda la eternidad!

—Sí —repuso el caballero—, es verdad que yo he pronunciado un juramento, cabeza de chorlito, pero el que vos vais a hacer será mayor. Juraréis sobre la bendita cruz de Holywood. Fijaos bien y aprendeos las palabras, pues esta noche juraréis.

—¡Que el cielo os ilumine! —respondió el clérigo—. ¡Quiera el cielo apartar de vuestro corazón tamaña iniquidad!

—Mirad, buen padre —dijo sir Daniel—: Si vais a inclinarse hacia el camino de la piedad, no os diré más sino que habéis empezado demasiado tarde. Mas si en cualquier sentido os inclináis a la prudencia, entonces escuchadme. Ese muchacho empieza ya a molestarme más que si fuera una avispa. Le necesito porque quisiera negociar su boda. Pero con toda claridad os digo que si continúa molestándome irá a reunirse con su padre. Voy a dar ahora mismo orden de que le trasladen a la cámara que está encima de la capilla. Si allí juráis que sois inocente con firme juramento y en actitud serena, todo irá bien; el muchacho vivirá en paz un poco y yo podré perdonarle la vida. Pero si tartamudeáis o palidecéis, o intentáis fingir o embrollar el juramento, no os creerá, y entonces, ¡os juro que morirá! Ya tenéis, pues, algo sobre qué meditar.

—¡La habitación que está encima de la capilla! —exclamó, sin aliento casi, el cura.

—La misma —replicó el caballero—. Por consiguiente, si queréis salvarle, salvadle; pero, si no queréis, ¡marchaos, os lo ruego, y dejadme en paz! Porque de haberme yo dejado llevar por un momento de arrebató, ya os hubiera atravesado con mi espada por vuestra intolerable cobardía y necedad. ¿Habéis escogido ya el camino que vais a seguir? ¡Hablad!

—Queda escogido —contestó el clérigo—. Que el cielo me perdone, pero voy a hacer un mal para evitar otro mayor. Juraré por salvar a ese muchacho.

—¡Es lo mejor! —dijo sir Daniel—. Mandad a buscarle, pues, inmediatamente. Le veréis a solas. Sin embargo, yo os vigilaré. Estaré ahí, en la habitación forrada de madera.

El caballero levantó el tapiz y lo dejó caer tras él. Se oyó el ruido de un resorte que se abría, al que siguió el crujir de unos peldaños al subir alguien.

Al quedar solo, sir Oliver lanzó una medrosa mirada a la pared cubierta con el tapiz y se persignó con muestras de terror y contrición.

—Si es cierto que está en la habitación de la capilla —murmuró el cura—, aunque sea a costa de la condenación de mi alma he de salvarle.

Breves instantes después, Dick, llamado por otro mensajero, encontró a sir Oliver de pie junto a la mesa de la sala, pálido el rostro y en actitud resuelta.

—Richard Shelton —le dijo—: Me has exigido un juramento. Podría quejarme de tu conducta, podría negártelo; pero el recuerdo del tiempo pasado influye en mi corazón y, por afecto, voy a complacerte. ¡Por la sagrada cruz de Hollywood, te juro que yo no maté a tu padre!

—Sir Oliver —dijo Dick—: Cuando por vez primera leí aquel papel de John Amend-all, yo estaba convencido de ello. Pero permitidme que os haga dos preguntas: vos no lo matasteis, concedido. Pero ¿tuvisteis parte en su muerte?

—Ninguna —contestó sir Oliver, y al mismo tiempo que esto decía comenzó a hacer gestos y señas con la boca y las cejas, como si quisiera advertirle de algo pero no se atreviera a pronunciar una sola palabra.

Dick le contempló asombrado y, volviéndose, lanzó una ojeada en torno de la sala vacía.

—¿Qué hacéis? —preguntó.

—¿Yo? Nada —replicó el clérigo, dominándose rápidamente hasta recobrar su anterior aspecto—. No hago nada; es que sufro, estoy enfermo... Yo... yo..., por favor, Dick..., debo marcharme. Por la sagrada cruz de Hollywood, te juro que soy inocente, lo mismo de violencia que de traición. Conténtate con eso, buen muchacho. ¡Adiós!

Y escapó del cuarto con extraordinaria rapidez.

Dick se quedó como petrificado en su sitio, paseando sus miradas por la estancia y pintadas en su rostro las más variadas emociones: sorpresa, duda, recelo, y aun la impresión del lado cómico de aquella conducta. Gradualmente fue aclarándose su espíritu, las sospechas fueron imponiéndose a todo lo demás, y al fin quedaron convertidas en certidumbre de lo peor que cabía pensar. Alzó la cabeza y, al hacerlo, se sintió profundamente sobresaltado. En la parte superior de la pared, tejida en el tapiz, veíase la figura de un cazador salvaje. Con una mano se llevaba un cuerno a la boca; en la otra, blandía una gruesa lanza, y su rostro moreno representaba un africano.

Pues bien: esto fue lo que tan vivamente sobresaltó a Richard Shelton. El sol se había alejado ya de las ventanas de la sala, y al propio tiempo ardía el fuego de leña en grandes llamaradas en la amplia chimenea, lanzando cambiantes reflejos sobre el techo y las colgaduras. A aquella luz, la figura del cazador negro acababa de parpadear, moviendo un párpado que era blanco.

Continuó Dick mirando fijamente aquel ojo. La luz brillaba sobre él como sobre una gema; parecía líquido, transparente: estaba vivo. De nuevo el blanco párpado se cerró sobre el ojo durante una fracción de segundo, y un instante después había desaparecido.

No podía haber error: aquel ojo vivo, que había estado observándole a través del agujero abierto en el tapiz, había desaparecido. La luz del fuego no brillaba ya sobre la superficie reflectora.

Instantáneamente se despertó en Dick el terror de su situación. Las advertencias de Hatch, las mudas y raras señas del cura; aquel ojo que desde la pared le había espiado, todo se agolpó en su mente. Comprendió que se le había sometido a una prueba, que una vez más había revelado sus dudas, sus sospechas, y que, a menos que ocurriera un milagro, estaba perdido.

Si no logro salir de esta casa —pensó—, soy hombre muerto. Y también ese pobre Matcham... ¡a qué nido de basiliscos le he traído!

Aún estaba pensando en ello cuando llegó un hombre a toda prisa para ordenarle que le ayudase a trasladar sus armas, sus ropas y sus dos o tres libros a otra habitación.

—¿Otra habitación? —repitió él—. ¿Y por qué? ¿A qué habitación?

—A una que está encima de la capilla —contestó el mensajero.

—Ha estado vacía mucho tiempo —observó Dick, pensativo—. ¿Qué clase de cuarto es ése?

—¡Ah! Pues excelente... —contestó el hombre—. Pero... —añadió bajando la voz— le llaman el de los duendes.

—¿El de los duendes? —repitió Dick, estremeciéndose—. Nunca lo oí decir. Pero, decidme... ¿quiénes son esos duendes?

El mensajero miró a todos lados; luego, en voz baja, que parecía un murmullo, respondió:

—El sacristán de san Juan... Le pusieron a dormir allí una noche, y a la mañana siguiente... ¡uf!, había desaparecido. El diablo se lo llevó, según dicen; lo más significativo es que la noche antes estuvo bebiendo hasta muy tarde.

Siguió Dick a aquel hombre, llena el alma de los más negros presentimientos.

3. La habitación sobre la capilla

Nada nuevo podía observarse desde las almenas. El sol iba al ocaso y, al fin, desapareció; pero ante los ojos ávidos de los centinelas no apareció alma viviente en las cercanías del castillo de Tunstall.

Cuando la noche estuvo bien avanzada, Thrognaorton fue conducido a una habitación que daba a un ángulo del foso. Desde allí le bajaron con todas las precauciones; se le oyó agitar el agua nadando brevísimo rato; después se vio cómo un bulto negro tomaba tierra, valiéndose de las ramas de un sauce y arrastrándose inmediatamente por la hierba. Durante media hora sir Daniel y Hatch permanecieron escuchando ansiosamente; pero todo permanecía en completo silencio. El mensajero había logrado alejarse sano y salvo.

Sir Daniel desarrugó el entrecejo y se volvió hacia Hatch.

—Bennet —le dijo—, como ves, ese John Amendall no es más que un hombre como los demás; también duerme. ¡Ya daremos buen fin de él!

Toda la tarde estuvo Dick de un lado para otro recibiendo órdenes que se sucedían constantemente, hasta dejarle mareado el número y la urgencia de ellas. Durante todo ese tiempo nada supo de sir Oliver ni de Matcham; sin embargo, tanto el recuerdo del cura como el del joven acudían sin cesar a su mente. Ahora se proponía, principalmente, huir de Moat House tan pronto como pudiera; pero antes de partir deseaba poder cruzar unas palabras con ambos.

Al fin, alumbrándose con una lámpara, subió a su nueva habitación. Era amplia, baja de techo y algo oscura. La ventana daba al foso y, a pesar de hallarse muy alta, estaba defendida por gruesas rejas. La cama era lujosa, con una almohada de pluma y otra de espliego, ostentando un cubrecama rojo con rosas bordadas. En torno a las paredes había unos armarios cerrados con llave y candado, ocultos a la vista por oscuros tapices que de ellos colgaban. Lo escudriñó todo Dick levantando los tapices, dando golpecitos en los tableros y tratando inútilmente de abrirlos. Se aseguró de que la puerta era resistente y sólido el cerrojo; luego colocó su lámpara sobre una repisa y una vez más paseó la mirada en torno suyo.

¿Por qué le habían mandado a aquella habitación? Era mayor y más elegante que la suya. ¿No sería aquello más que una trampa en que le tendrían cogido? ¿Habría alguna entrada secreta? ¿Estaría, en verdad, poblada de duendes? La sangre se le heló en las venas al pensarlo.

Casi encima de él las fuertes pisadas de un centinela resonaban pesadamente. Sabía que debajo de él estaba la bóveda de la capilla y contigua a ésta se hallaba la sala. Indudablemente existiría un pasadizo secreto en dicha sala: el ojo que había estado observándole desde el tapiz era prueba de ello.

¿No era más que probable que el pasadizo llegara hasta la capilla y en tal caso que tuviese salida a su propia habitación?

Dormir en un lugar semejante, pensó, sería temerario. Preparó, pues, sus armas y se colocó en posición de usarlas, en un rincón del aposento, detrás de la puerta. Si algo tramaban contra él, vendería cara su vida.

Arriba, sobre el almenado techo, se oyó el rumor de numerosas pisadas, las voces del ¡quién vive!, y del santo y seña: era el relevo de la guardia.

Y precisamente entonces oyó también un rumor sordo, como si arañaran la puerta del cuarto; el ruido se hizo un poco más perceptible, y enseguida oyó susurrar:

—¡Dick, Dick, soy yo!

Corrió Dick a la puerta, la abrió y entró Matcham. Estaba muy pálido y llevaba una lámpara en la mano y una daga en la otra.

—¡Cierra la puerta! —cuchicheó—. ¡Deprisa, Dick! Esta casa está llena de espías; los oigo seguirme por los corredores y respirar tras los tapices que guarnecen las paredes.

—Sosíégate —repuso Dick—; ya está cerrada. Por ahora estamos seguros, si es posible estarlo entre estas paredes. Pero me alegro mucho de verte, muchacho. ¡Creía que habías volado! ¿Dónde te escondiste?

—No importa eso —repuso Matcham—, puesto que estamos juntos; ya nada importa. Pero dime, Dick: ¿tienes los ojos bien abiertos? ¿Te han dicho lo que van a hacer mañana?

—No —respondió Dick—. ¿Qué van a hacer?

—Mañana o esta noche, no lo sé —añadió el otro—. Pero el hecho es que piensan atentar contra tu vida. Tengo pruebas de ello: les he oído hablar en voz baja, y es como si me lo hubieran dicho.

—¡Ah! —exclamó Dick—. ¿Se trata de eso? ¡Ya me lo figuraba!

Y Dick contó entonces a Matcham detalladamente lo ocurrido.

Una vez que hubo terminado, se alzó Matcham y a su vez comenzó a examinar la habitación.

—No —dijo—, no se ve ninguna entrada. Sin embargo, es absolutamente seguro que existe alguna. Dick, yo no me separo de tu lado, y si has de morir, moriré contigo... ¡Mira! He robado una daga. ¡Y haré todo lo que pueda! Entretanto, si sabes de alguna salida, de alguna puerta falsa que pudiéramos abrir o de alguna ventana desde la cual pudiéramos descolgarnos, estoy dispuesto a afrontar cualquier peligro para huir contigo.

—¡Jack! —exclamó Dick—. ¡Jack, eres el mejor corazón, el más fiel y más valiente de toda Inglaterra! Dame tu mano, Jack.

Y se la estrechó en silencio.

—Oye —continuó—: Hay una ventana por la cual se descolgó el mensajero que vino; la cuerda debe de estar todavía en la habitación. Siempre es una esperanza.

—¡Chitón! —exclamó Matcham.

Ambos escucharon. Por debajo del suelo se percibía un ruido; cesó un instante y luego volvió a comenzar.

—Alguien anda en el cuarto de abajo —cuchicheó Matcham.

—No —repuso Dick—. Abajo no hay habitación; estamos sobre la capilla. Ése es el que viene a asesinarme, que pasa por el corredor secreto. Bien; déjale que venga. ¡Mal lo pasará! —dijo, y rechinó los dientes.

—Apaga las luces —dijo Matcham—. Tal vez él mismo se descubrirá.

Apagaron las luces y quedaron en un silencio de muerte. Las pisadas de debajo sonaban muy tenues; pero eran claramente perceptibles. Se oyeron varias idas y venidas, y, después, el chirrido de una llave girando en una mohosa cerradura, seguido de un prolongado silencio.

Enseguida comenzaron de nuevo los pasos: de pronto, apareció un rayo de luz sobre la entabladura del cuarto, en un rincón apartado. La grieta se ensanchó y se abrió una trampilla que dejó pasar un chorro de luz. Vieron ambos muchachos una recia mano que empujaba aquélla, y Dick se echó a la cara la ballesta, esperando que a la mano siguiera la cabeza del hombre.

Pero hubo entonces una inesperada interrupción. Procedentes de un remoto ángulo de Moat House empezaron a oírse gritos, primero uno y después varios, llamando a alguien por su nombre. Este ruido, evidentemente, desconcertó al asesino, pues la trampilla descendió en silencio a su primera posición y los pasos que retrocedían vertiginosamente resonaron una vez más debajo de donde estaban los dos jóvenes, y, al fin, se desvanecieron.

Hubo un momento de tregua. Dick exhaló un profundo suspiro; entonces, sólo entonces, se puso a escuchar el vocerío que acababa de interrumpir el cauteloso ataque del desconocido, y que más bien iba en aumento que otra cosa. Por todo Moat House resonaban las carreras, el abrir y cerrar de puertas, y entre todo este bullicio descollaba la voz de sir Daniel, gritando: «¡Joanna!».

—¡Joanna! —repitió Dick—. ¿Quién diablos será? Aquí no hay ninguna Joanna ni la ha habido nunca. ¿Qué significa esto?

Guardaba silencio Matcham. Se había apartado de su compañero. Sólo la

débil claridad de las estrellas penetraba por la ventana, y en el extremo rincón del aposento, donde se hallaban los dos, la oscuridad era completa.

—Jack —dijo Dick—; no sé dónde estuviste todo el día. ¿Viste tú a esa Joanna?

—No —respondió Matcham—. No la he visto.

—¿Ni has oído hablar de ella? —inquirió Dick.

El rumor de pasos iba aproximándose. Sir Daniel seguía llamando a Joanna desde el patio.

—¿Oíste hablar de ella? —repitió Dick.

—Sí, oí hablar.

—¡Cómo te tiembla la voz! —exclamó Dick—. ¿Qué te sucede? Ha sido una verdadera suerte el que busquen a esa Joanna; ella hará que se olviden de nosotros.

—¡Dick! —exclamó Matcham—. ¡Estoy perdido! ¡Estamos los dos perdidos! Huyamos, si aún es tiempo. No descansarán hasta que den conmigo. O si no, déjame ir delante, cuando me hayan encontrado, tú podrás huir. ¡Déjame salir, Dick, buen Dick, déjame salir!

Buscaba a tientas el cerrojo, cuando, al fin, Dick comprendió lo que ocurría.

—¡Por la misa! ¡Tú no eres Jack, tú eres Joanna Sedley! —gritó—. ¡Tú eres la muchacha que no quería casarse conmigo!

La muchacha se detuvo y quedó muda e inmóvil. Tampoco pronunció palabra Dick por unos momentos, hasta que, al cabo, continuó:

—Joanna: me salvaste la vida y yo salvé la tuya; juntos hemos visto correr la sangre, y hemos sido amigos y enemigos... sí... y con mi cinto te amenacé con darte azotes, creyendo siempre que eras un hombre. Mas ahora que estoy en las garras de la muerte y se acerca mi hora, debo decirte antes de morir: eres la muchacha más noble y más valiente que existe bajo el cielo, y si escapase con vida me casaría contigo muy gozoso; y, viva o muerta, te amo.

Ella no respondió.

—Ven acá —siguió él—, habla, Jack. Acércate, sé buena chica y dime que me amas tú también.

—¿Para qué, Dick? —repuso ella—. ¿Estaría yo aquí, si no?

—Pues bien, mira —continuó Dick—: Si de aquí salimos vivos, nos casaremos; y si hemos de morir, moriremos juntos, y todo habrá terminado.

Pero ahora que recuerdo, ¿cómo encontraste mi cuarto?

—Pregunté a la señora Hatch —contestó ella.

—Bien, esa mujer es de fiar; no te descubrirá. Tenemos tiempo por delante.

Como para contradecir sus palabras, en ese mismo momento se oyeron pasos en el corredor y el violento golpear de un puño sobre la puerta.

—¡Eh! —gritó una voz—. ¡Abrid, master Dick, abrid!

Dick no se movió ni respondió.

—Todo está perdido —dijo la muchacha, echando sus brazos al cuello de Dick.

Llegaron más hombres que se agruparon en la puerta. Luego llegó el propio sir Daniel e instantáneamente cesó el ruido.

—Dick —gritó el caballero—. No seas borrico. Hasta los Siete Durmientes se hubieran despertado antes que tú. Sabemos que ella está ahí dentro. Abre la puerta, hombre.

Dick continuó en silencio.

—¡Echad la puerta abajo! —ordenó sir Daniel.

Inmediatamente sus secuaces cayeron como furias sobre la puerta, a puñetazos y a patadas. Por muy sólida que fuese, por bien atrancada que estuviese, pronto habría cedido. Pero la fortuna, una vez más, vino en su ayuda.

Entre la atronadora tormenta de golpes sobresalió el grito de un centinela; a éste siguió otro y por todas las almenas se levantó un tremendo vocerío, que fue contestado por otro desde el bosque. En los primeros momentos de alarma pareció como si los forajidos del bosque asaltaran Moat House. Inmediatamente, sir Daniel y sus hombres desistieron del ataque contra el aposento de Dick y corrieron a la defensa de los muros exteriores.

—Ahora —exclamó Dick—, estamos salvados.

Con ambas manos se cogió al pesado y anticuado lecho y trató en vano de moverlo.

—¡Ayúdame, Jack! —gritó—. ¡Ayúdame con toda tu alma!

Haciendo un gran esfuerzo, entre los dos arrastraron la pesada armadura de roble a través de la habitación, apoyándola contra la puerta.

—No haces más que empeorar las cosas con esto —observó con tristeza Joanna—. Ahora entrarán por la trampa.

—No —replicó Dick—. Sir Daniel no se atrevería a revelar su secreto a tanta gente. Por la trampa es por donde huiremos nosotros, ¿oyes? El ataque a la casa ha terminado. ¡Quizá ni ataque ha habido!

Así era, en efecto: se trataba de la llegada de otro gran grupo de fugitivos de la derrota de Risingham, que vinieron a estorbar los propósitos de sir Daniel. Aprovechando la oscuridad llegaron hasta la gran puerta, y estaban ahora descabalgando en el patio, con gran ruido de cascos y chocar de armaduras.

—Pronto volverá —dijo Dick—. ¡Corramos a la trampa!

Encendió una lámpara y juntos corrieron al rincón del cuarto. Fácilmente descubrieron la grieta, por donde todavía penetraba alguna luz, y cogiendo una gruesa espada de su pequeña armería la introdujo Dick en la hendidura y se apoyó con fuerza en la empuñadura. La trampa se movió, entreabriéndose un poco, y al fin se levantó del todo. Cogiéndola a la vez ambos jóvenes, la dejaron abierta por completo. Vieron entonces unos cuantos escalones, y al pie de ellos, donde la dejara el hombre que se alejó sin cometer el crimen que se proponía, ardía una lámpara.

—Ahora —dijo Dick— ve tú primero y coge la lámpara. Yo te seguiré y cerraré la trampa.

Descendieron uno tras otro, y cuando Dick bajaba la trampa comenzaron a oírse de nuevo los golpes en la puerta del aposento.

4. El pasadizo

El pasadizo en el que se hallaron Dick y Joanna era estrecho, sucio y corto. En el extremo opuesto había una puerta entreabierta; la misma, sin duda, que antes oyeron abrir al hombre. Espesas telarañas colgaban del techo, y el empedrado suelo sonaba a hueco al andar por él.

Del otro lado de la puerta, se bifurcaba el pasadizo en ángulo recto. Tomó Dick, al azar, por una de las dos ramas, y corrió la pareja resonando sus pasos a lo largo del hueco formado por la bóveda de la capilla. La parte superior del arqueado techo se elevaba como el lomo de una ballena a la débil luz de la lámpara. De trecho en trecho había una especie de troneras, disimuladas del otro lado por la talla de las cornisas; y mirando a través de una de ellas vio Dick el empedrado suelo de la capilla... el altar con sus cirios encendidos, y ante él, tendido sobre los escalones, la figura de sir Oliver orando con las manos en alto.

Al otro extremo bajaron los fugitivos nuevos escalones. El pasadizo se estrechaba allí; la pared, en uno de sus lados, era de madera y a través de los intersticios llegaba el ruido de gente que hablaba y un débil temblor de luces. En ese momento llegaron ante un agujero redondo, que tendría el tamaño de un ojo humano, y Dick, mirando a través de él, contempló el interior de la sala, en la que, sentados a la mesa, media docena de hombres, con cotas de malla, bebían a grandes tragos y daban buena cuenta de un pastel de carne de ciervo.

—Por aquí no hay salvación —dijo Dick—. Intentemos retroceder.

—No —replicó Joanna—. Es posible que el pasadizo continúe.

Y siguió adelante. Pero a los pocos metros terminaba el pasadizo en el descansillo de una corta escalera; era evidente que mientras los soldados ocupasen la sala, sería imposible escapar por aquel lado.

Volvieron sobre sus pasos con la mayor rapidez imaginable y comenzaron a explorar la otra rama del corredor. Era ésta excesivamente estrecha, permitiendo apenas el paso de un hombre grueso, y les conducía continuamente ya hacia arriba, ya hacia abajo, por medio de pequeños y empinados escalones, hasta que Dick acabó por perder toda noción del lugar en que se hallaba.

Al final se hacía más angosto y bajo el pasadizo las escaleras seguían descendiendo; las paredes, a uno y otro lado, eran húmedas y viscosas al tacto; y frente a ellos, a lo lejos, oyeron chirridos y carreras de ratas.

—Debemos de estar en los calabozos —observó Dick.

—Y sin hallar salida por ninguna parte —añadió Joanna.

—Sin embargo, ¡una salida u otra debe haber!

Enseguida llegaron, en efecto, a un pronunciado ángulo, y allí terminaba el pasadizo en un tramo de escalones. En el rellano había una pesada losa a modo de trampa, y contra ella aplicaron la espalda, empujando para levantarla. No lograron moverla siquiera.

—Alguien la aguanta —indicó Joanna.

—No lo creo —repuso Dick—, pues aunque estuviera sujetándola un hombre con la fuerza de diez, algo tendría que ceder. Pero eso es un peso muerto, como el de una roca. Algún peso hay sobre la trampa. Por aquí no hay salida; ¡ah, Jack, tan prisioneros estamos como si tuviésemos grillos en los pies! Siéntate en el suelo y hablemos. Dentro de un rato volveremos, cuando acaso no nos vigilen ya tan cuidadosamente y... ¿quién sabe?, quizá podamos salir de aquí y probar fortuna. Pero, en mi pobre opinión, estamos perdidos.

—¡Dick! —exclamó la muchacha—, ¡qué día tan desgraciado aquél en que me viste por vez primera! Porque como la más desdichada y la más ingrata de las mujeres, yo soy quien te ha traído a este trance.

—¡Ánimo! —repuso Dick—. Estaba escrito, y lo que escrito está, de grado o por fuerza ha de realizarse. Pero cuéntame qué clase de muchacha eres tú y cómo caíste en manos de sir Daniel; más valdrá eso que estar quejándote en vano de tu suerte o de la mía.

—Como tú —dijo Joanna—, soy huérfana de padre y madre, y, para mayor desgracia mía, y también tuya ahora, soy rica, un buen partido. Lord Foxham fue mi tutor; sin embargo, parece ser que sir Daniel compró al rey el derecho de casarme con quien quisiera y lo pagó a buen precio. Aquí me tienes, pues, a mí, pobre criatura, entre dos hombres ricos y poderosos que luchan por cuál de ellos deberá concertar mi casamiento, ¡y apenas si he salido de los brazos de mi nodriza! Mas las cosas cambiaron, vino un nuevo canciller y sir Daniel compró mi tutoría, hollando los derechos de lord Foxham. Volvió a cambiar la situación y entonces el lord compró mi boda, venciendo, a su vez, a sir Daniel. Desde entonces todo fue de mal en peor entre ellos... Sin embargo, lord Foxham me retuvo en su poder y se portó conmigo como magnánimo señor. Llegó, por fin, el día en que había de casarme... o venderme, para hablar con mayor propiedad. Lord Foxham recibiría por mí quinientas libras. Hamley se llamaba el novio, y mañana, Dick, precisamente mañana, debía ser el día de mis esponsales. Si no hubiese llegado a oídos de sir Daniel, me habrían casado, no hay duda... ¡y no te hubiera conocido, Dick... Dick querido!

Al decir esto ella le tomó la mano y la besó con gracia y delicadeza exquisitas; Dick atrajo la suya e hizo lo mismo.

—Pues bien —continuó ella—, sir Daniel se apoderó de mí por sorpresa en el jardín y me obligó a vestirme con este traje de hombre, pecado mortal para una mujer, y que, además, no me sienta bien. Me llevó a caballo a Kettley, como viste, diciéndome que tenía que casarme contigo; pero yo, en el fondo de mi corazón, juré que con quien me casaría, aun en contra de su voluntad, sería con Hamley.

—¿Sí? —exclamó Dick—. ¡Entonces tú querías a Hamley!

—¡No! —replicó Joanna—. Yo no le quería; pero odiaba a sir Daniel. Entonces, Dick, tú me auxiliaste, tú fuiste valiente y bondadoso, y, contra mi voluntad, te apoderaste de mi corazón. Ahora, si podemos lograrlo, me casaré gozosa contigo. Y si el destino cruel no lo permite, yo seguiría queriéndote. Mientras lata en el pecho mi corazón, te seré fiel.

—Y yo —repuso Dick—, a quien hasta ahora nunca importó un comino ninguna clase de mujer, me sentí atraído hacia ti que eras un hombre. Tenía

lástima de ti sin saber por qué. Cuando quise azotarte me faltaron las fuerzas. Pero cuando confesaste que eras una muchacha, Jack..., porque Jack seguiré llamándote..., entonces sí que tuve la seguridad de que eras la mujer que había de ser mía. ¡Escucha! —dijo, interrumpiéndose—: Alguien viene.

Fuertes pasos resonaban en el estrecho pasadizo, y al eco de los mismos volvió a oírse el rumor de las ratas que huían a bandadas.

Dick examinó su posición. El brusco recodo del corredor le daba evidente ventaja, ya que así podía disparar resguardado por la pared. Pero era indudable que la luz estaba demasiado cerca de él; avanzando unos pasos, colocó la lámpara en el centro del pasadizo y volvió a ponerse en acecho.

A poco, en el lejano extremo del pasadizo, apareció Bennet. Al parecer, iba solo, y llevaba en la mano una antorcha encendida que hacía de él un excelente blanco.

—¡Alto, Bennet! —le gritó Dick—. ¡Un paso más y eres hombre muerto!

—De modo que estáis ahí —repuso Hatch, escudriñando en la oscuridad—. No os veo. ¡Ajá! Habéis obrado con prudencia, Dick; habéis colocado la lámpara delante. ¡A fe que, aunque sólo haya sido para mejor apuntar a mi pobre cuerpo, me regocija ver que aprovechasteis mis lecciones! Pero, decidme: ¿qué hacéis? ¿Qué buscáis? ¿Por qué habéis de tirar contra vuestro viejo y buen amigo? ¿Tenéis ahí a la damisela?

—No, Bennet; soy yo quien ha de preguntar y tú quien ha de responder —repuso Dick—. ¿Por qué me hallo en peligro de muerte? ¿Por qué vienen los hombres a asesinar me en mi lecho? ¿Por qué tengo que huir en la fortaleza de mi propio tutor y de los amigos entre quienes he vivido y a quienes jamás hice daño alguno?

—Master Dick, master Dick —respondió Bennet ¿qué os dije? ¡Sois valiente; pero también el muchacho más imprudente que pueda imaginarse!

Hatch se quedó en silencio durante breve rato.

—Escuchad —continuó—: Vuelvo atrás para ver a sir Daniel y decirle dónde estáis, y cómo os halláis apostado, pues, en verdad, para eso me mandó venir. Pero vos, si no sois tonto, haréis bien en marcharos antes de que vuelva.

—¡Marcharme! —repitió Dick—. ¡Ya me hubiera marchado si supiera cómo! No puedo levantar la trampa.

—Poned la mano en la esquina y ved lo que allí encontráis —contestó Bennet—. La cuerda de Throgmorton está todavía en la cámara oscura. Adiós.

Y girando sobre sus talones desapareció Hatch entre las vueltas y recodos del pasadizo.

Recogió inmediatamente su lámpara Dick y procedió a obrar tal como le habían indicado. En una de las esquinas de la trampa había un hondo hueco en la pared. Metiendo su brazo por aquella abertura tropezó Dick con una barra de hierro, que empujó vigorosamente hacia arriba. Oyó entonces un chasquido e instantáneamente se movió sobre su asiento la gran losa.

Quedaba libre el paso. Tras un pequeño esfuerzo alzaron fácilmente la trampa y salieron a un cuarto abovedado que daba a un patio por uno de sus extremos y donde dos hombres, arremangados los brazos, limpiaban los caballos de los recién llegados. Dos antorchas, metidas en aros de hierro fijos a la pared, iluminaban la escena.

5. Cómo cambió Dick de partido

Dick apagó su lámpara para no llamar la atención, tomó escaleras arriba y traspasó el corredor. En la cámara oscura halló la cuerda atada a las patas de una pesadísima y muy antigua cama, que no habían cuidado aún de retirar. Cogiendo el rollo y llevándolo a la ventana, comenzó a bajar la cuerda, lenta y cautelosamente, en medio de la oscuridad de la noche. Joanna estaba a su lado; pero a medida que se extendía la soga y Dick continuaba arriándola, comenzó a sentir que el ánimo le flaqueaba, dudando ya de poder cumplir su resolución.

—Dick —murmuró—: ¿Tan hondo está? No puedo siquiera intentar bajar. Me caería, buen Dick.

Precisamente habló en el momento más delicado de la operación. Dick se sobresaltó, resbaló de sus manos el resto de la cuerda yendo a caer su extremo sobre el foso con estrépito. Instantáneamente desde las almenas superiores gritó la voz de un centinela: «¿Quién va?».

—¡Qué desgracia! —exclamó Dick—. ¡Ahora sí que estamos arreglados! Baja tú... Coge la cuerda.

—No puedo —dijo ella retrocediendo.

—Pues si tú no puedes, menos podré yo —repuso Shelton—. ¿Cómo voy a pasar a nado el foso sin ti? ¿Me abandonas entonces?

—Dick —murmuró ella—. No puedo. Las fuerzas me faltan.

—¡Pues estamos perdidos! —gritó él, dando sobre el suelo una furiosa patada. Mas al oír pasos, corrió a la puerta e intentó cerrarla.

Antes de que pudiese correr el cerrojo, unos brazos vigorosos la empujaban contra él desde el otro lado. Luchó un instante, mas, viéndose

perdido, retrocedió hacia la ventana.

La muchacha había caído medio desplomada contra la pared en el marco de la ventana; estaba casi sin sentido, por lo que, al cogerla para levantarla, se le quedó en los brazos abandonada, sin fuerzas.

En el mismo instante los hombres que habían forzado la puerta se lanzaron sobre él. De un puñetazo dejó tendido al primero y retrocedieron los otros en desorden, y, aprovechando la oportunidad, montó sobre el antepecho de la ventana y, agarrándose a la cuerda con ambas manos, se deslizó por ella.

Era una cuerda de nudos, lo que facilitaba el descenso; pero tan grande era la precipitación de Dick y tan poca su experiencia en semejante gimnasia, que iba y venía sin cesar en el aire como ajusticiado en la horca, ya golpeándose la cabeza, ya magullándose las manos contra las piedras del muro. El aire zumbaba en sus oídos; las estrellas que se reflejaban en el foso las veía girar en torbellino como hojas secas arrastradas por la tempestad. De pronto no pudo agarrarse ya a la cuerda y cayó de cabeza en el agua helada.

Al volver a la superficie, su mano tropezó con la cuerda, que, libre ya de su peso, se balanceaba de un lado a otro. En lo alto brillaba un rojo resplandor; alzando la vista pudo ver, a la luz de las antorchas y de faroles llenos de carbones encendidos, que las almenas aparecían guarnecidas de rostros asomándose. Vio cómo los ojos de aquel hombre escudriñaban buscándole de aquí para allá; pero estaba a demasiada profundidad, y, por tanto, avizoraban en vano.

Se percató entonces de que la cuerda era mucho más larga de lo necesario, y así, agarrado a ella, comenzó a bracear lo mejor que pudo en dirección al borde opuesto del foso, conservando la cabeza fuera del agua. Así recorrió hasta mucho más de la mitad del camino; pero cuando ya la orilla se hallaba casi al alcance de su mano, la cuerda, por su propio peso, empezó a tirar de él hacia atrás. Sacando fuerzas de flaqueza, la soltó y dio un salto para asirse a las colgantes ramas de sauce que aquella misma tarde sirvieron al mensajero de sir Daniel para echar pie a tierra. Se hundió, salió a flote y volvió a hundirse, hasta que, al fin, aferró la mano en una rama mayor; con la velocidad del pensamiento se arrastró hasta la parte más frondosa del árbol; se quedó allí abrazado, chorreando y jadeando, dudando de que realmente hubiera logrado escaparse.

Pero todo esto era imposible hacerlo sin fuertes chapoteos, que sirvieron para indicar su posición a los hombres que vigilaban desde las almenas. Una lluvia de flechas y dardos cayó en torno suyo en medio de la oscuridad como violento pedrisco; de pronto arrojaron al suelo una antorcha, que brilló en el aire en su rápida trayectoria, quedó un instante pegada al borde del foso, donde ardió con viva llama, alumbrando en torno suyo como una luminaria...

y, al fin, por fortuna para Dick, resbaló, cayó pesadamente en el foso y se apagó al instante.

Pero había cumplido su objetivo. Los tiradores tuvieron tiempo de ver el sauce y a Dick escondido entre sus ramas; a pesar de que el muchacho saltó al instante y se alejó corriendo de la orilla, no pudo escapar a sus tiros. Una flecha le alcanzó en un hombro y otra voló rozando su cabeza.

Pareció prestarle alas el dolor de las heridas, y, no bien se halló sobre terreno llano, huyó desesperadamente a carrera tendida, sin preocuparse de la dirección de su huida.

En sus primeros pasos le siguieron los disparos, pero pronto cesaron éstos, y cuando al fin se detuvo y miró hacia atrás, se hallaba ya a buen trecho de Moat House, aunque pudiera distinguir todavía la luz de las antorchas, moviéndose de un lado a otro en las almenas.

Se recostó contra un árbol, chorreando agua y sangre, magullado, herido y solo. De todos modos, por esta vez, había salvado la vida, y aunque Joanna quedara en poder de sir Daniel, no se consideraba responsable de un accidente que no estuvo en sus manos evitar, ni auguraba fatales consecuencias para la muchacha. Sir Daniel era cruel, pero no era probable que lo fuese con una damisela que contaba con otros protectores capaces de pedirle cuentas. Más probable sería que se apresurase a casarla con algún amigo suyo.

Bien —pensó Dick—; de aquí a entonces ya encontraré medio de someter a ese traidor, pues ¡por la misa!, que ahora sí que estoy libre de toda gratitud u obligación; y una vez declarada la guerra, lo mismo puede el azar favorecer a unos que a otros.

Mientras así pensaba, su situación era bien penosa.

Prosiguió durante un trecho su camino, luchando por abrirse paso a través del bosque; pero, en parte por el dolor de sus heridas, en parte por la oscuridad de la noche y la extrema inquietud y confusión de sus ideas, pronto se sintió tan incapaz de guiarse como de continuar adelante entre la espesa maleza, hasta que no tuvo más remedio que sentarse, apoyando el cuerpo contra el tronco de un árbol.

Al despertar de su especie de letargo, mezcla de sueño y desfallecimiento, ya la grisácea claridad de la mañana había sucedido a la noche. Una ligera y helada brisa agitaba los árboles, y mientras permanecía sentado, fija su mirada hacia delante, y adormilado todavía, advirtió que un oscuro bulto se mecía entre las ramas, a unos cien metros de distancia. La creciente claridad del día y el ir recobrando sus sentidos le permitieron, al fin, reconocer aquel objeto. Era un hombre que colgaba de la rama de un alto roble. Tenía la cabeza caída sobre el pecho, y a cada ráfaga que soplabla con fuerza daba su cuerpo vueltas

y más vueltas, y brazos y piernas se agitaban en el aire como un grotesco juguete.

Se puso en pie con gran dificultad Dick, y, tambaleándose y apoyándose en los troncos de los árboles, logró acercarse a tan horrendo espectáculo.

La rama estaba quizá a unos siete metros del suelo, y tan alto habían subido sus verdugos al infeliz ahorcado que sus botas se balanceaban muy por encima de donde Dick pudiera alcanzarlas; además, le habían bajado la capucha hasta cubrirle la cara, de modo que era imposible reconocerle.

Miró el joven a derecha e izquierda y al fin observó que el otro extremo de la cuerda había sido atado al tronco de un espino blanco que, cubierto de flor, crecía bajo la elevada bóveda del roble. Con su daga, única arma que le quedaba, Dick cortó la cuerda e inmediatamente, con sordo ruido, cayó el cadáver pesadamente al suelo.

Levantó Dick la capucha: era Throgmorton, el mensajero de sir Daniel. No había llegado muy lejos en su misión. Un papel que, al parecer, pasó inadvertido para los hombres de la Flecha Negra, asomaba en su pecho a través del jubón; tirando de él, Dick pudo ver que era la carta de sir Daniel a lord Wensleydale.

¡Vaya! —pensó—. Si las cosas cambian de nuevo aquí, tengo suficiente para avergonzar a sir Daniel... y hasta quién sabe si para hacerle decapitar.

Guardando el papel en su pecho, rezó una oración al muerto y reanudó la marcha a través del bosque.

Su fatiga y su debilidad aumentaban por momentos; le zumbaban los oídos, vacilaba en su paso y, a intervalos, se sentía desfallecer; a tal punto había llegado por la pérdida de sangre. Indudablemente, se desvió varias veces del verdadero camino que debía seguir; mas al fin salió a la carretera real, no muy lejos de la aldea de Tunstall.

Una voz áspera le dio el alto.

—¿Alto? —repitió Dick—. ¡Por la misa, si casi me caigo!

Acompañando la acción a la palabra, cayó cuan largo era sobre el camino.

Dos hombres salieron de la espesura, vistiendo verde jubón y armados de grandes arcos, aliabas y espadas cortas.

—¡Mira, Lawless! —exclamó el más joven de los dos—. ¡Si es el joven Shelton!

—Sabroso bocado ha de parecerle que le llevamos a John Amend-all —repuso el otro—. Aunque a fe mía que ha estado en la guerra. Aquí tiene un desgarrón en la cabellera que le habrá costado su buena onza de sangre.

—Y aquí —añadió Greensheve—, en el hombro, tiene un agujero que le habrá escocido de lo lindo. ¿Quién te parece a ti que le habrá hecho esto? Si es uno de los nuestros puede encomendarse a Dios, pues Ellis le dará muy corta confesión y muy larga cuerda.

—Arriba con el cachorro —dijo Lawless—. Échamelo a la espalda.

Cuando Dick estuvo colocado sobre sus hombros y se hubo apretado los brazos del muchacho en torno al cuello, afianzándolo bien, el exfraile franciscano añadió:

—Guarda tú el puesto, hermano Greensheve. Ya me lo llevaré yo solo.

Volvió Greensheve a su escondite al borde del camino, y Lawless se fue colina abajo, silbando tranquilamente, llevando sobre sus hombros, muy bien colocado, a Dick, desmayado todavía.

Al salir del extremo del bosque, se alzó el sol en el horizonte y apareció ante su vista la aldea de Tunstall esparcida y como trepando por la colina opuesta. Todo parecía en calma, pero una sólida avanzada de unos diez arqueros vigilaba atentamente el puente a cada lado del camino, y tan pronto como divisaron a Lawless con su carga auestas, comenzaron a agitarse y preparar sus arcos como buenos centinelas.

—¿Quién va? —gritó el que los mandaba.

—Will Lawless, ¡por la Cruz!... ¡Si me conoces tan bien como a los dedos de tus manos! —contestó el forajido desdeñosamente.

—Di el santo y seña, Lawless —replicó el otro.

—¡Ésa sí que es buena! ¡Vaya, que el cielo te ilumine, pedazo de alcornoque! —repuso Lawless—. ¿No fui yo mismo quién te lo dio a ti? Pero estáis todos locos, jugando a los soldados... Si estoy en el bosque, debo proceder como en el bosque, y mi santo y seña es éste: «¡Una higa para estos soldados de pacotilla!».

—Lawless: estás dando mal ejemplo; danos la consigna, loco bufón —insistió el que mandaba la guardia.

—¿Y si se me hubiera olvidado? —preguntó el otro.

—Si se te hubiera olvidado... lo que sé que no es cierto... ¡por la misa, que te metería una flecha en tu cuerpo gordinflón! —repuso el primero.

—Bien; si tan mal genio tienes —dijo Lawless—, te daré la consigna: «Duckworth y Shelton», y como ilustración del mismo, aquí tienes a Shelton en mis hombros, y a Duckworth se lo llevo.

—Pasa, Lawless —dijo el centinela.

—¿Dónde está John? —preguntó el exfraile.

—Está en audiencia... y cobra rentas como si para ello hubiera nacido — exclamó otro de los que allí estaban.

Así era, en efecto. Cuando Lawless se internó en el pueblo hasta llegar a la pobre posada del mismo, encontró a Ellis Duckworth rodeado de los arrendatarios de sir Daniel, a los cuales, por el derecho de conquista que le daba su buena partida de arqueros, les iba cobrando muy tranquilamente sus arrendamientos, dándoles a cambio los correspondientes recibos. A juzgar por los rostros de los vasallos, era evidente cuán poco les agradaba el procedimiento, porque alegaban, con mucha razón, que tendrían que pagarles dos veces.

Tan pronto como supo lo que Lawless había traído despidió Ellis a los arrendatarios, y con grandes muestras de interés y cuidado por su salud, condujo a Dick a una habitación interior de la posada. Atendieron a las heridas del muchacho y con remedios caseros le hicieron recobrar el conocimiento.

—Querido muchacho —dijo Ellis, estrechándole la mano—: Estás en poder de un amigo que quiso mucho a tu padre y que, por su causa, te quiere a ti también. Descansa tranquilamente, pues bien lo necesita tu estado. Luego me contarás tu historia y entre los dos hallaremos remedio a tus males.

Horas más tarde, y una vez Dick hubo despertado de un confortable y ligero sueño, tras el que se sintió todavía muy débil, pero más despejada la cabeza y más descansado el cuerpo, le rogó, por la memoria de su padre, que le refiriera detalladamente las circunstancias de su fuga de Moat House. Algo había en el robusto y varonil aspecto de Duckworth, en la honradez que aparecía pintada en su moreno rostro, en la clara y penetrante viveza de sus ojos, que movió a Dick a obedecerle, y el muchacho refirióle, de cabo a rabo, la historia de sus aventuras durante los dos últimos días.

—Bien —dijo Ellis cuando hubo terminado—: Mira todo lo que los bondadosos santos han hecho por ti, Dick Shelton; no sólo te han salvado la vida entre tantos mortales peligros, sino que te han traído a mis manos, que no desean otra cosa que auxiliar al hijo de tu buen padre. Pórtate lealmente conmigo... ya veo que eres leal... y entre tú y yo barreremos del mundo de los vivos a ese falso y traidor.

—¿Vais a asaltar el castillo? —preguntó Dick.

—Ni que estuviera loco podría pensar en semejante cosa —respondió Ellis—. Es demasiado poderoso; sus hombres le rodean, aquéllos que anoche se me escaparon y que tan oportunamente aparecieron, éstos le han salvado. No, Dick, al contrario; tú y yo y mis bravos arqueros hemos de evacuar a toda prisa estos bosques y dejar libre el terreno a sir Daniel.

—Temo por la suerte de Jack —dijo el muchacho.

—¿Por la suerte de Jack? —repitió Duckworth—. ¡Ah, sí, por la muchacha! No, Dick; yo te prometo que si llega a hablarse de casarla con otro, intervendremos inmediatamente; hasta entonces o hasta que llegue el momento desapareceremos todos como las sombras al asomar el día. Sir Daniel mirará al este y al oeste sin hallar un solo enemigo; pensará que lo pasado fue una pesadilla de la cual despierta ahora en su lecho. Pero cuatro ojos, los nuestros, Dick, le seguirán de cerca y nuestras cuatro manos... ¡quieran todos los santos ayudarnos!... harán morder el polvo a ese traidor.

Dos días después, tan poderosa llegó a ser la guarnición de la fortaleza de sir Daniel, que éste se aventuró a hacer una salida y a la cabeza de unos cuarenta hombres a caballo avanzó hasta la aldea de Tunstall. No se disparó ni una flecha ni un hombre se vio en la espesura; ya no estaba custodiado el puente, sino que ofrecía paso franco a todo viandante; y al cruzarlo, sir Daniel vio a los aldeanos contemplándole tímidamente a las puertas de las casas.

De pronto, uno de ellos, sacando fuerzas de flaqueza, se adelantó y con los más rendidos saludos presentó al caballero una carta.

A medida que leía su contenido a éste se le oscurecía el rostro. Decía:

Al más falso y cruel de los señores, sir Daniel Brackley, caballero, digo:

Desde un principio comprendí que erais desleal y duro de corazón. Vuestras manos están manchadas con la sangre de mi padre. No la toquéis; no conseguiréis lavarla. Os participo que algún día pereceréis por mi causa, y os diré, además, que si intentáis casar con algún otro a la damisela Joanna Sedley, con la cual he jurado solemnemente casarme yo, el castigo que recibiréis será rapidísimo. El primer paso que deis para ello será también el primero que os conduzca hacia la tumba.

RICHARD SHELTON

LIBRO TERCERO

LORD FOXHAM

1. La casa junto a la playa

Habían transcurrido varios meses desde el día en que Richard Shelton pudo escapar de las garras de su tutor, meses extraordinariamente fecundos en

acontecimientos para Inglaterra.

El partido de Lancaster, casi moribundo entonces, logró levantar cabeza una vez más. Derrotados y dispersos los de York, acuchillado su jefe en el campo de batalla, pareció, durante una breve temporada del invierno que siguió a los sucesos relatados, que la casa de Lancaster había triunfado definitivamente sobre sus enemigos.

La pequeña ciudad de Shoreby-on-the-Till se hallaba llena de nobles del partido de Lancaster, procedentes de las cercanías. Estaban allí el conde de Risingham, con trescientos hombres de armas; lord Shoreby, con doscientos; y el propio sir Daniel, de nuevo en auge y enriqueciéndose una vez más a fuerza de confiscaciones, se alojaba en una casa de su propiedad, situada en la calle principal, con sesenta hombres. Verdaderamente las cosas habían cambiado.

Era una tarde oscura, de frío intenso, de la primera semana de enero. Blanqueaba la escarcha, soplaban el vendaval y todo anunciaba nieve antes del amanecer.

En una sórdida y mal alumbrada taberna de una callejuela cercana al puerto, tres o cuatro hombres sentados bebían cerveza y despachaban una frugal cena de huevos.

Todos eran parecidos: hombres robustos, de tez curtida, mano dura y mirada audaz, y aunque vestían simples tabardos, como pobres labriegos, hasta un soldado borracho lo hubiera pensado un poco antes de buscar camorra alguna en semejante compañía.

Frente al enorme fuego que ardía en la chimenea y algo apartado se hallaba también sentado otro hombre más joven, casi un niño, vestido de forma muy parecida, aunque era fácil distinguir por su aspecto que era hombre superior a ellos por nacimiento y que pudiera haber ceñido espada si la ocasión lo requiriese.

—No —dijo uno de los hombres sentados a la mesa—. No me gusta esto. Algo malo nos ocurrirá. No es éste sitio adecuado para gente alegre. A la gente alegre le gusta el campo abierto, buen abrigo y pocos enemigos; pero aquí estamos encerrados en una ciudad, rodeados de enemigos, y, para colmo de desdichas, ya veréis cómo antes de amanecer nos regala el cielo una nevada.

—Eso díselo a master Shelton, que está ahí —repuso otro, señalando con la cabeza al muchacho que estaba sentado frente al fuego.

—Mucho estoy yo dispuesto a hacer por master Shelton —replicó el primero—. Pero lo que es ir a la horca por él o por cualquier otro... ¡no, hermanos, no... eso sí que no!

Se abrió la puerta de la posada y entró apresuradamente otro hombre que

se aproximó al joven.

—Master Shelton —le dijo—: Sir Daniel avanza con un par de antorchas y cuatro arqueros.

Dick, pues de él se trataba, se puso inmediatamente en pie.

—Lawless —ordenó—: Tú tomarás la guardia de John Capper. Greensheve, sígueme. Y tú, Capper, abre la marcha. Esta vez le seguiremos los pasos, aunque vaya a York.

Un momento después se hallaban fuera, en la oscura callejuela, y Capper, el hombre que acababa de llegar, señalaba al sitio donde brillaban dos antorchas cuyas llamas sacudía el viento.

Dormía ya profundamente la ciudad; ni un transeúnte circulaba por las calles, y nada más fácil que seguir a aquel grupo sin ser notados. Los dos portadores de las antorchas abrían la marcha; seguía un solo hombre, cuyo largo capote flotaba al viento, y guardaban la retaguardia cuatro arqueros, todos con los arcos al brazo. Marchaban a paso ligero, atravesando un dédalo de callejuelas para acercarse, cada vez más, a la playa.

—¿Sigue todas las noches esa dirección? —preguntó Dick en voz baja.

—Ésta es la tercera vez que pasa, master Shelton —respondió Capper—, y siempre a la misma hora y con la misma reducida escolta, como si quisiera guardar el secreto.

Sir Daniel y sus seis hombres habían llegado a las afueras de la ciudad, donde empezaba el campo. Shoreby era una ciudad abierta, y aun cuando los señores de Lancaster mantenían fuerte guardia en los caminos reales, era posible, sin embargo, entrar o salir, sin ser visto, por cualquiera de las callejuelas o cruzando campos.

La angosta callejuela que seguía entonces sir Daniel terminaba bruscamente. Frente a él se extendía una áspera y desigual llanura y a un lado se percibía el rumor de la resaca. No había guardias por los alrededores ni luz alguna en aquella parte de la ciudad.

Dick y sus dos forajidos se acercaron algo más al grupo que perseguían; de pronto, al salir de entre las casas y poder abarcar mayor terreno por ambos lados, advirtieron que otra antorcha se aproximaba por distinta dirección.

—Eh —exclamó Dick—. Esto me huele a traición.

Entretanto, sir Daniel había hecho alto. Clavaron las antorchas en la arena y se echaron los hombres, como para esperar la llegada de otra patrulla.

Ésta se acercaba a buen paso. La componían únicamente cuatro hombres: un par de arqueros, un paje con la antorcha y un caballero embozado

caminando en el centro.

—¿Sois vos, milord? —gritó sir Daniel.

—Yo soy, en efecto; y si alguna vez dio un caballero leal pruebas de serlo, yo soy ese hombre —respondió el jefe del segundo grupo—, porque ¿quién no preferiría hacer frente a gigantes, brujos o herejes, mejor que a este frío penetrante?

—Milord —repuso sir Daniel—: Tanto más reconocida os estará la belleza, no lo dudéis. Pero ¿vamos allá? Porque cuanto antes hayáis visto mi mercancía, más pronto regresaremos a casa.

—Pero ¿por qué la guardáis ahí, buen caballero? —preguntó el otro—. Si tan joven es, tan hermosa y tan rica, ¿por qué no la presentáis entre sus compañeras? Pronto le encontraríais un buen partido, sin necesidad de helaros los dedos y arriesgaros a recibir un flechazo, yendo por el mundo a hora tan inoportuna y en plena oscuridad.

—Ya os he dicho, milord —replicó sir Daniel—, que el motivo de ello sólo a mí interesa, y no pienso daros más explicaciones. Básteos saber que si estáis ya cansado de vuestro viejo amigo Daniel Brackley, no tenéis más que publicar por todas partes que vais a casaros con Joanna Sedley, y yo os doy palabra de que inmediatamente os veréis libre de él. Pronto le encontraréis con una flecha clavada en su espalda.

Entretanto avanzaban rápidamente por la llanura los dos caballeros, precedidos por las tres antorchas inclinadas contra el viento, esparciendo nubes de humo y penachos de llamas, y seguidos por los seis arqueros.

Casi pisándoles los talones les seguía Dick. Desde luego, no había oído ni una sola palabra de esta conversación; pero había reconocido en el segundo de los interlocutores al anciano lord Shoreby, hombre de pésima reputación, a quien hasta el mismo sir Daniel aparentaba condenar en público al hablar de su conducta.

Llegaron pronto junto a la misma playa. Tenía el aire emanaciones salinas, aumentaba el rumor de las olas y allí, en un amplio jardín cercado, se alzaba una casita de dos pisos, con establos y otras dependencias.

El portador de la primera antorcha abrió una puerta que había en la cerca y, una vez que todo el grupo hubo penetrado en el jardín, volvió a cerrarla por el otro lado.

Dick y sus hombres quedaron así imposibilitados de continuar siguiéndoles, a menos que escalasen el muro y se expusieran a caer en la trampa.

Se sentaron entre un grupo de tejos y esperaron. El rojizo resplandor de las

antorchas iba y venía de un lado a otro dentro del cercado, como si los portadores de las antorchas patrullaran por el jardín continuamente.

Transcurrieron unos veinte minutos, al cabo de los cuales toda la comitiva salió de nuevo. Sir Daniel y el barón, después de prolongados saludos, se separaron, dirigiéndose cada cual a su respectivo domicilio, seguidos de sus hombres y de sus luces.

Tan pronto como el rumor de sus pasos se hubo desvanecido en el aire, Dick se puso en pie con toda la rapidez de que era capaz, pues tenía todo el cuerpo dolorido y helado por el frío.

—Capper, vas a ayudarme a subir ahí —dijo.

Se adelantaron los tres hasta el muro, Capper se agachó y, subiéndosele a los hombros, Dick trepó hasta la albardilla.

—Ahora, Greensheve —cuchicheó Dick—, súbete aquí, tumbate de cara para que no te vean y mantente siempre pronto a tenderme una mano, si ves que me ocurre algo desagradable al otro lado.

Diciendo esto se dejó caer en el jardín.

Reinaba una profunda oscuridad; ni una luz brillaba en la casa. Soplaban penetrante el viento entre los arbustos y el mar azotaba la playa, Dick avanzaba cautelosamente, tropezando con los matorrales y tanteando con las manos; de pronto el rechinar de la grava bajo sus pies le advirtió que se hallaba en uno de los paseos.

Se detuvo allí y, sacando la ballesta que llevaba escondida bajo el largo tabardo, se preparó para obrar sin pérdida de tiempo y avanzó de nuevo con la mayor decisión y arrojo. El sendero le condujo en línea recta hasta el grupo de edificios.

Todo tenía un triste y ruinoso aspecto; las ventanas estaban resguardadas por desvencijados postigos, abiertos y vacíos los establos, sin heno en el henil ni grano en el granero. Cualquiera hubiese dicho que aquélla era una casa abandonada; pero Dick tenía pruebas suficientes de lo contrario. Continuó su inspección, visitando todas las dependencias, comprobando la mayor o menor solidez de las ventanas. Llegó al fin, dando un rodeo, al lado de la casa que daba al mar y, como esperaba, allí vio una lucecilla en una de las ventanas superiores.

Retrocedió unos pasos, hasta que creyó ver una sombra que se movía sobre la pared del aposento. Se acordó entonces de que, al ir tanteando en el establo, había tropezado su mano con una escalera, y fue rápidamente a buscarla. Ésta era muy corta; sin embargo, poniéndose de pie en el último peldaño, logró tocar los barrotes de hierro de la ventana, y, aferrándose a éstos con todas sus

fuerzas, levanta el cuerpo hasta que sus ojos alcanzaron a ver el interior de la habitación.

En ella había dos personas. A la primera pronto la reconoció: era la señora Hatch; la segunda, una joven alta, hermosa y de grave continente, ataviada con un largo vestido bordado... ¿era posible que fuera Joanna Sedley?... ¿Aquel compañero de los bosques, Jack, a quién pensó él en castigar con su correa?

Volvió a dejarse caer en el último peldaño de la escalera, presa de una especie de aturdimiento. Jamás se le había ocurrido que su amada fuera un ser tan superior, por lo que inmediatamente experimentó una sensación de timidez. Pero no era aquél el momento oportuno para pensar. Un ligero siseo sonó muy cerca y se apresuró a descender.

—¿Quién va? —susurró.

—Greensheve —fue la respuesta en tono igualmente cauto.

—¿Qué quieres? —preguntó Dick.

—Que vigilan la casa, master Shelton —respondió el forajido—. No somos nosotros solos los que espiamos, pues estando boca abajo sobre el muro, vi a unos hombres rondando entre las sombras y les oí silbar quedamente para avisarse unos a otros.

—¡Por mi fe, esto pasa ya de extraño! —exclamó Dick—. ¿No eran hombres de sir Daniel?

—No, señor, no lo eran —respondió Greensheve—. O yo no tengo ojos, o cada uno de esos monigotes llevaba una escarapela blanca en la gorra, a cuadros oscuros.

—¿Blanca, con cuadros oscuros? —repitió Dick—. ¡No conozco esa divisa! No es ninguna de las del país. Bien; si es así, salgamos de este jardín tan silenciosamente como podamos, porque estamos en mala posición para defendernos. Es indudable que en esta casa hay hombres de sir Daniel, y que nos cojan entre dos fuegos es lo peor que puede sucedernos. Coge la escalera; debo dejarla donde la encontré.

La restituyó, pues, al establo, y, a tientas, marcharon hacia el lugar por donde habían entrado.

Capper ocupaba ahora el puesto de Greensheve sobre la albardilla, y, tendiéndoles la mano, primero a uno y luego a otro, tiró de ellos para hacerlos subir.

Cautelosa y silenciosamente se dejaron caer de nuevo al otro lado, no atreviéndose a hablar hasta que volvieron a su anterior escondite entre los tejos.

—Ahora, John Capper —dijo Dick—, vuelve a Shoreby, aunque en ello te vaya la vida. Tráeme enseguida cuantos hombres puedas reunir. Éste será el punto de cita, a no ser que los hombres estuviesen muy diseminados y vieses que el día se acercaba antes de juntarlos, en cuyo caso el sitio de cita será algo más allá, hacia la entrada de la ciudad. Greensheve y yo nos quedamos aquí vigilando. ¡Date prisa, John Capper, y que los santos vengan en tu ayuda!

Y en cuanto hubo desaparecido el enviado, continuó diciendo Dick:

—Ahora, Greensheve, vamos tú y yo a rondar el jardín, dando un rodeo. Quiero ver si tus ojos te engañaron.

Manteniéndose a buena distancia del muro, y aprovechando todos los altibajos del terreno, vigilaron la casa por dos de sus lados sin observar nada de interés. En la tercera fachada, la tapia del jardín se hallaba muy cerca de la playa, y para guardar la debida distancia tuvieron que descender algún trecho sobre las arenas. Aunque la marea estaba todavía bastante baja, la resaca era tan alta y tan llana la orilla que, al romper las olas, una gran sábana de espuma y de agua la cubría rápidamente, y así Dick y Greensheve tuvieron que realizar esta parte de su ronda hundidos hasta el tobillo o hasta las rodillas, casi vadeando las frías y saladas aguas del mar del Norte.

De pronto, destacándose contra la relativa blancura de la tapia del jardín, apareció la figura de un hombre, como una débil sombra chinesca, haciendo señales con los brazos, que agitaba violentamente. Luego cayó a tierra, y surgió otro algo más lejos, que repitió la misma operación. Así, como silenciosa consigna, estas gesticulaciones hicieron la ronda del sitiado jardín.

—Buena guardia han montado —cuchicheó Dick.

—Volvamos a tierra, buen amo —repuso Greensheve—. Estamos aquí demasiado al descubierto, porque fijaos: cuando las olas rompan detrás de nosotros, nos verán claramente contra la blanca cortina de espuma.

—Tienes razón —respondió Dick—. Volvamos a tierra y a toda prisa.

2. Una escaramuza en las tinieblas

Empapados por completo y helado el cuerpo, volvieron los dos aventureros a su escondrijo entre los tejos.

—¡Quiera el cielo que Capper se dé prisa! ¡Un cirio le prometo a santa María de Shoreby si regresa antes de una hora!

—¿Tenéis prisa, master Shelton? —preguntó Greensheve.

—Sí, amigo mío —respondió Dick—, porque en esa casa está la mujer a quien amo, y ¿quiénes piensas tú que pueden ser los que la rodean en secreto esta noche? ¡Enemigos, sin duda!

—Bien —repuso Greensheve—; si John vuelve pronto, daremos buena cuenta de ellos. No llegan a cuarenta los que están fuera; y cogiéndolos donde se hallan, tan desperdigados, veinte hombres bastarían para espantarlos como bandada de gorriones. Y, sin embargo, master Shelton, si ya está ella en poder de sir Daniel, poco le perjudicará el que pase a manos de otro. ¿Quién será éste?

—Sospecho que lord Shoreby —contestó Dick—. ¿Cuándo vinieron?

—Empezaron a llegar, master Dick —dijo Greensheve—, poco más o menos cuando vos saltabais la tapia. Apenas si llevaba un minuto allí cuando vi al primero de esos granujas arrastrándose hasta doblar la esquina.

En la casita se había extinguido la última luz cuando Dick y Greensheve vadeaban las rompientes olas de la playa, y era imposible adivinar en qué momento se lanzarían al ataque los hombres al acecho en torno al jardín. De dos males, Dick prefería el menor: que Joanna continuase bajo la tutela de sir Daniel, que no cayese en las garras de lord Shoreby; por tanto, tomó la resolución de que si asaltaban la casa, acudiría inmediatamente en auxilio de los sitiados.

Pero el tiempo pasaba y nada sucedía. De cuarto en cuarto de hora se repetía la misma señal en torno a la tapia del jardín, como si el jefe quisiera asegurarse de la vigilancia de sus diseminados esbirros; por lo demás, nada turbaba la tranquilidad en torno a la casita.

Al rato empezaron a llegar los refuerzos de Dick. No estaba aún muy avanzada la noche cuando cerca de veinte hombres hallábanse ya escondidos a su lado, entre los tejos.

Dividiéndolos en dos grupos, tomó él el mando del más reducido y dejó el más numeroso a las órdenes de Greensheve.

—Ahora, Kit —dijo a este último—, llévate a tus hombres al ángulo de la tapia más cercana a la playa. Colócalos de modo que puedan resistir y espera hasta que oigas atacar por el otro lado. Quisiera asegurarme de los que están frente al mar, porque entre ellos debe estar el jefe. Los demás huirán; déjalos que corran. Y vosotros, muchachos, no disparéis ni una sola flecha, porque no conseguiréis más que herir a nuestros amigos. ¡Echad mano al cuchillo y duro con él! Si vencemos, os prometo a cada uno de vosotros un noble de oro, en cuanto entre yo en posesión de mi herencia.

De la singular colección de descamisados, ladrones, asesinos y campesinos

arruinados que Duckworth había reunido para que fueran sus instrumentos de venganza, los más audaces y expertos en andanzas guerreras se ofrecieron voluntarios para seguir a Richard Shelton. El servicio de vigilancia de los movimientos de sir Daniel en la ciudad de Shoreby les pareció tan fastidioso que por fin comenzaron a quejarse en voz alta, amenazando con disolver la partida. La perspectiva de un violento encuentro y el probable botín les devolvió el buen humor, y alegremente se prepararon para la batalla.

Despojándose de sus largos tabardos, aparecieron unos con simples chaquetas verdes y otros con pesadas chaquetas de cuero; bajo el capuchón, muchos llevaban gorros reforzados con placas de hierro; y en cuanto a armas ofensivas, espadas, dagas, unas cuantas jabalinas y una docena de brillantes hachas les ponían en situación de poder aventurarse a un choque hasta con tropas regulares feudales. Los arcos, aliabas y tabardos, quedaron ocultos entre los tejos y los dos grupos avanzaron resueltamente.

Cuando Dick hubo llegado al otro lado de la casa, colocó, apostados en línea, a seis hombres, a unos veinte metros de la tapia del jardín, situándose él mismo frente a ellos, a pocos pasos de distancia. Entonces, lanzando todos a la vez un mismo grito, cerraron contra los enemigos.

Éstos, que se hallaban muy esparcidos, echados en el suelo y medio helados de frío, se pusieron atropelladamente de pie, sin saber qué hacer. Antes de que tuvieran tiempo de recobrar la serenidad o de darse cuenta del número e importancia de sus atacantes, un nuevo grito resonó en sus oídos desde el lado opuesto del cercado. Entonces se dieron por perdidos y huyeron a la desbandada.

De tal modo, los dos reducidos grupos de hombres de la Flecha Negra se encontraron frente a la tapia que daba al mar; por decirlo así, cogieron entre dos fuegos aparte de los desconocidos; mientras que el resto huía en distintas direcciones, como si en ello les fuera la vida, y pronto se dispersaron en la oscuridad.

Con todo, la lucha no había hecho más que empezar. Aunque los forajidos de Dick contaran con la ventaja de la sorpresa, eran muy inferiores en número a los hombres que habían rodeado. Entretanto la marea había subido; la playa quedaba reducida a una pequeña franja, y en este húmedo campo de batalla, entre los rompientes y la tapia del jardín, comenzó, en la oscuridad, una incierta, furiosa y mortal batalla.

Los desconocidos iban bien armados; cayeron en silencio sobre sus atacantes y la pelea se convirtió en una serie de combates individuales. Dick, el primero que entró en liza, se vio atacado por tres a la vez; a uno lo derribó del primer golpe; pero como los otros dos se arrojaron furiosamente sobre él, hubo de retroceder ante la acometida. Uno de éstos era un hombretón, casi un

gigante, e iba armado de un espadón, que blandía como si fuera una varilla. Contra semejante adversario, de tan largo brazo y tan largo y pesado acero, Dick, con su hacha, quedaba casi indefenso, y si hubiera continuado con igual vigor el otro atacante, el muchacho, acorralado, hubiera caído enseguida. Pero el segundo contrincante, de menor estatura y movimientos más lentos, se detuvo un instante para atisbar en torno suyo en la oscuridad y prestar oído a los ruidos de la batalla.

El gigante seguía aprovechándose de la ventaja que llevaba; Dick retrocedía, esperando el momento oportuno para atacar. De pronto, centelleó en el aire la gigantesca hoja, descendió, y el muchacho, saltando a un lado y lanzándose enseguida a fondo, le tiró un tajo oblicuo de abajo arriba con su hacha. Se oyó entonces un rugido de dolor y, antes de que el herido pudiera levantar de nuevo la formidable espada, repitió Dick el golpe por dos veces, dando con él en tierra.

Un instante después peleaba en lucha más igual con el segundo de sus perseguidores. No había ahora gran diferencia de estatura, y aunque el hombre acometía con espada y daga, en contra de una sola hacha, y era astuto y rápido en la defensa, lo que le daba cierta superioridad en las armas, quedaba ésta compensada por la mayor agilidad de Dick. Al principio, ninguno de los dos adquiría ventaja; pero el más viejo iba aprovechándose insensiblemente de la furia del más joven para llevarle al terreno que quena, y a poco observó Dick que habían cruzado todo el ancho de la playa y que estaban ya luchando hundidos hasta más arriba de las rodillas en la espuma y las burbujas de las rompientes olas. Resultaba allí inútil toda actividad, toda la ligereza de pies del mozo, hallándose éste más o menos a discreción de su enemigo; un poco más y quedaba de espaldas a sus propios hombres, advirtiéndole que su diestro y experto adversario no hacía otra cosa que alejarle más y más de los suyos.

Dick rechinó los dientes de coraje. Resolvió terminar al instante el combate, y en cuanto rompió en la playa otra ola y, retirándose, dejó en seco la arena, se precipitó sobre el otro, paró un golpe con el hacha y de un salto se le agarró al cuello. El hombre cayó de espaldas y Dick sobre él, y como la siguiente ola sucedió rápidamente a la anterior, quedó sepultado bajo la sábana de agua.

Sumergido todavía, Dick le arrebató la daga de la mano y se puso en pie, victorioso.

—¡Ríndete! —le gritó—. Te perdono la vida.

—Me rindo —contestó el otro, incorporándose hasta quedar arrodillado—. Peleas como joven que eres, con ignorancia y temeridad; pero ¡por toda la corte celestial, que te bates como un bravo!

Dick se volvió para mirar hacia la playa. El combate seguía aún vivísimo e indeciso en medio de la noche; sobre el ronco bramar de las rompientes olas se oía el chocar de los aceros y resonaban los ayes de dolor y los gritos de combate.

—Llévame adonde está tu capitán, joven —dijo el vencido caballero—. Ya es hora de que termine esta cacería.

—Señor —contestó Dick—: Si estos valientes muchachos tienen capitán, es este pobre caballero que os está hablando ahora.

—Pues, entonces, llamad a vuestros perros, y yo daré a mis villanos la orden de que cesen.

Algo noble había en la voz y en las maneras del vencido adversario de Dick, por lo que éste desechó al instante todo temor de traición.

—¡Deponed las armas, muchachos! —gritó el desconocido caballero—. Me he rendido bajo promesa de respetar mi vida.

El tono del forastero era de orden absoluta, inapelable, y casi al instante cesó el estrépito y la confusión de la refriega.

—¡Lawless! —gritó Dick—. ¿Estás sano y salvo?

—¡Sí! —contestó éste—. Sano y animoso.

—Enciende la linterna —le ordenó Dick.

—¿No está aquí sir Daniel? —preguntó el caballero.

—¿Sir Daniel? —repitió Dick—. Por la cruz que espero que no. Mal lo pasaría yo si aquí estuviese.

—¿Qué vos lo pasaríais mal, noble caballero? —preguntó el otro—. Entonces si no sois del partido de sir Daniel, confieso que no lo entiendo. ¿Por qué os lanzasteis, pues, contra mi emboscada? ¿Por qué lucháis, mi joven y fogoso amigo? ¿Con qué propósito? Y para terminar de preguntaros, ¿a qué buen caballero me he entregado?

Pero antes de que Dick pudiera contestar, una voz habló en la oscuridad junto a ellos. Dick pudo distinguir la divisa blanca y negra del que hablaba y el respetuoso saludo que dirigió a su superior.

—Milord —dijo—; si estos caballeros son enemigos de sir Daniel, es una verdadera lástima que hayamos tenido que venir a las manos; pero diez veces mayor sería que ellos o nosotros permaneciésemos aquí entretenidos. Los vigilantes de la casa, a menos que estén todos muertos o sordos, han tenido que oír nuestros golpes desde hace un cuarto de hora; inmediatamente habrán hecho señales a la ciudad, y como no nos apresuremos, es probable que unos y

otros tengamos que habérmolas con un nuevo enemigo.

—Hawksley tiene razón —observó el lord—. ¿Qué opináis, señor? ¿Adónde vamos?

—Milord —respondió Dick—; por mí podéis ir adonde os plazca. Empiezo a sospechar que tenemos motivos para ser amigos, y si bien es cierto que nuestras relaciones empezaron de modo harto brusco, no quisiera yo continuarlas groseramente. Separémonos, pues, milord, chocando vuestra mano con la que os tiendo, y a la hora y en el lugar que digáis encontrémonos de nuevo para ponernos de acuerdo.

—Sois demasiado confiado, joven —contestó el otro—; pero esta vez no habéis depositado mal vuestra confianza. Al apuntar el día iré a encontraros frente a la Cruz de Santa Brígida. ¡Vamos, muchachos, seguidme!

Los desconocidos desaparecieron del lugar de la escena con tal rapidez que resultaba sospechosa, y mientras los forajidos se entregaban a la agradable tarea de despojar a los muertos, Dick dio la vuelta una vez más a la tapia del jardín para examinar el frente de la casa. En una pequeña tronera de la parte alta del tejado distinguió una serie de luces, y como ciertamente podían ser vistas desde las ventanas posteriores de la residencia de sir Daniel, no dudó de que fuera ésta la señal temida por Hawksley y que, a no tardar, llegarían los lanceros del caballero de Tunstall.

Puso el oído en tierra y le pareció percibir un sordo y lejano ruido que venía de la ciudad. Volvió corriendo a la playa. Mas la tarea había terminado: ya el último cadáver estaba desarmado y despojado de sus ropas, y cuatro hombres, adentrándose en el mar, lo abandonaban a merced de las aguas.

Pocos minutos después, cuando salieron por una de las callejuelas próximas de Shoreby unos cuarenta jinetes, ensillados a toda prisa y marchando a galope, ya los alrededores de la casa junto al mar estaban sumidos en el más profundo silencio y desiertos por completo.

Entretanto, Dick y sus hombres habían vuelto a la taberna de La Cabra y la Gaita para procurarse algunas horas de reposo antes de la cita matinal.

3. La Cruz de Santa Brígida

A espaldas de Shoreby, en los límites del bosque de Tunstall, elevábase la Cruz de Santa Brígida. Dos caminos se cruzaban allí: uno era el de Holywood, atravesando el bosque; otro, el de Risingham, por el cual vimos huir en desorden a los vencidos partidarios de Lancaster. Allí se juntaban ambos y

descendían por la colina hasta Shoreby, y un poco antes del punto de unión coronaba la cima de un montículo la vieja cruz, maltratada por los embates del tiempo.

Las siete de la mañana serían cuando Dick llegó a aquel lugar. El frío era vivísimo; la tierra aparecía grisácea y plateada por la blanca escarcha; ya apuntaba el día por oriente, luciendo vivos colores purpúreos o anaranjados.

Dick se sentó en el primer escalón de la cruz, se envolvió bien en su tabardo y escudriñó por todos lados con vigilante mirada. No tuvo que esperar mucho. Por el camino de Holywood descendía un caballero, con rica y brillante armadura, cubierta con una sobrevesta de las más raras pieles, marchando al paso sobre un magnífico corcel. A unos veinte metros de distancia le seguía un pelotón de lanceros; pero éstos, tan pronto como divisaron el lugar de la cita, hicieron alto, mientras el caballero de la sobrevesta de piel seguía avanzando solo.

Llevaba levantada la visera y era su continente autoritario y noble, como correspondía a la riqueza de su atavío y de sus armas. No sin cierta confusión se levantó Dick al verle, y descendió del pie de la cruz para ir al encuentro de su prisionero.

—Os doy las gracias, milord, por vuestra puntualidad —dijo, haciendo una profunda reverencia—. ¿Quisiera su señoría echar pie a tierra?

—¿Estáis solo, joven? —preguntó el otro.

—No iba a ser tan cándido —repuso Dick—, y para ser franco con su señoría, os diré que los bosques que se extienden a ambos lados de esta cruz están llenos de hombres honrados que me acompañan, apostados ahí junto a sus armas.

—Habéis hecho bien —replicó el lord—. Y tanto más me place saberlo cuanto que anoche os batisteis temerariamente, más como un salvaje sarraceno loco que como guerrero cristiano. Pero no está bien que me queje, siendo yo quien llevó la peor parte.

—En efecto, milord, salisteis peor librado, puesto que caísteis —repuso Dick—. Pero si no llegan a ayudarme las olas, yo hubiera sido el vencido. Os complacisteis en dominarme, mostrando vuestra superioridad, por medio de numerosas señales que me hizo vuestra daga y que aún llevo. En fin, milord, sospecho que fui yo quien corrió todo el riesgo y sacó todo el provecho de aquella refriega de ciegos que tuvimos en la playa.

—Veo que sois lo bastante astuto como para tomarlo a broma —replicó el forastero.

—No, milord; astuto, no —repuso Dick—; no pretendo con eso sacar

ventaja alguna. Pero cuando, a la luz del nuevo día, veo cuán grande es el caballero que se ha rendido, no sólo a mis armas, sino a la suerte, la oscuridad y la resaca... y cuán fácilmente podía la batalla haber tomado bien distinto giro, tratándose de un soldado tan inexperto y rústico como yo... no os extrañe, señor, que me sienta confundido con mi propia victoria.

—Decís bien —respondió el forastero—. ¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Shelton —contestó Dick.

—Lord Foxham me llama a mí la gente —añadió el otro.

—Entonces, milord, con vuestra venia, sois el tutor de la más adorable doncella que existe en Inglaterra —exclamó Dick—. Y por lo que toca a vuestro rescate y al de los que con vos quedaron prisioneros en la playa, ninguna duda habrá ya respecto a las condiciones. Os ruego, señor, y a vuestra benevolencia y caridad apelo, que me concedáis la mano de mi señora, Joanna Sedley, y os daré, a cambio, vuestra libertad y la de vuestros seguidores; si la aceptáis, podréis contar con mi gratitud y servicio hasta la muerte.

—Pero ¿no sois vos pupilo de sir Daniel? Sí, sois el hijo de Harry Shelton, que así lo oí decir —dijo lord Foxham.

—¿Quisierais concederme, milord, el favor de desmontar? Desearía explicaros detalladamente quién soy, cuál es mi situación y por qué soy tan atrevido en mis demandas. Os ruego, milord, que os sentéis en estos peldaños, que me oigáis hasta el fin y me juzguéis después con benevolencia.

Diciendo así, Dick tendió una mano a lord Foxham para ayudarle a desmontar, le condujo por el montículo hasta la cruz, le instaló en el sitio en que antes había estado sentado él y, quedándose respetuosamente en pie ante su noble prisionero, le contó la historia de sus andanzas hasta los acontecimientos de la noche anterior.

Lord Foxham le escuchó gravemente, y cuando hubo terminado Dick, dijo:

—Master Shelton: sois el joven caballero más afortunado y más desdichado a un tiempo; pero cuantas veces os sonrió la fortuna, fue, por cierto, bien merecidamente; en cambio, cuando os acompañó la desgracia, no lo merecíais. Pero levantad el ánimo, porque habéis sabido conquistaros un amigo que no está, en verdad, desprovisto de poder y de influencia. En cuanto a vos, aunque no siente bien a una persona de vuestra alcurnia andar asociado con forajidos, he de confesar que sois valiente y honrado, muy peligroso en la batalla y cortés en la paz, joven de excelentes condiciones y valerosa conducta. En cuanto a vuestro patrimonio, no volveréis a verlo hasta que cambien de nuevo las cosas; es decir, que mientras sea el partido de Lancaster el que domine, gozará de lo vuestro sir Daniel como si suyo fuera. Mas por lo

que se refiere a mi pupila, ésa ya es otra cuestión; la había prometido yo a un caballero de mi propia familia: un tal Hamley... Vieja es la promesa...

—Sí, milord, y ahora sir Daniel la ha prometido a lord Shoreby —interrumpió Dick—. Y como esta promesa es la más reciente de las dos, es la que mayor probabilidad tiene de cumplirse.

—Ésa es la pura verdad —observó lord Foxham—. Y teniendo, además, en cuenta que soy vuestro prisionero, sin que admitáis más condiciones que el concederme sencillamente la vida, y que, por otra parte, la doncella, por desgracia, está en otras manos, consentiré. Ayudadme vos con vuestra buena gente...

—Milord —exclamó Dick—; son los mismos forajidos con quienes hace poco censurabais que me uniese.

—Que sean lo que quieran; el hecho es que saben luchar —replicó lord Foxham—. Ayudadme, pues, y si entre los dos recuperamos a la doncella, ¡juro por mi honor de caballero que se casará con vos!

Dobló Dick la rodilla ante su prisionero; mas éste, levantándose de la cruz, alzó al muchacho y lo abrazó como a un hijo.

—Vamos —dijo—, si vais a casaros con Joanna, debemos ser ya buenos amigos.

4. El Buena Esperanza

Una hora después había regresado Dick a La Cabra y la Gaita, desayunando allí y recibiendo las noticias de sus mensajeros y centinelas. Duckworth continuaba ausente de Shoreby, y esto ocurría con mucha frecuencia ya que representaba muchos papeles en el mundo; estaba interesado en diferentes empresas y dirigía múltiples asuntos. Había fundado aquella Sociedad de la Flecha Negra, como hombre arruinado y ansioso de venganza y dinero; sin embargo, los que más a fondo le conocían, le tenían por agente y emisario del gran hacedor de reyes de Inglaterra, Richard, conde de Warwick.

El caso es que, en su ausencia, le tocó a Richard Shelton dirigir sus negocios en Shoreby, y, al sentarse a comer, se hallaba lleno de preocupaciones que su rostro reflejaba. Había quedado acordado con lord Foxham que aquella noche darían un golpe audaz para poner en libertad a Joanna Sedley a viva fuerza. De todos modos, los obstáculos eran muchos y a medida que iban llegando sus espías, todos traían noticias desagradables.

Sir Daniel se había alarmado por la escaramuza de la noche anterior. Había

aumentado la guarnición de la casa del jardín; pero, no contento con esto, tenía estacionados hombres a caballo en todas las callejuelas vecinas, de modo que pudieran comunicarle en el acto cualquier movimiento que observaran. Entretanto, en el patio de su mansión, tenía ensillados otros caballos, y los jinetes armados esperaban tan sólo la señal para montar.

La nocturna aventura en proyecto iba haciéndose cada vez más difícil de efectuar, hasta que, de pronto, el rostro de Dick se iluminó.

—¡Lawless! —llamó—. Tú que has sido marinero, ¿podrías robarme un barco?

—Master Dick —repuso Lawless—, si vos me guardáis las espaldas, capaz sería de robar la Abadía de York.

Poco después ambos partían con dirección al puerto. Era éste una extensa concha situada entre arenosas colinas, rodeada de pequeñas dunas, viejos árboles sin hojas y destartaladas casuchas de los barrios bajos. Numerosos navíos y barcas estaban allí anclados o habían sido varados en la playa. El prolongado mal tiempo les había llevado desde alta mar a buscar el refugio del puerto, y el tropel de negras nubes y las frías borrascas que se sucedían sin cesar, ya con una rociada de nieve, ya con una simple ventolera, anunciaban que, lejos de mejorar, el tiempo amenazaba una próxima y más seria tormenta.

Los marineros, en vista del frío y del viento, se habían retirado, en su mayor parte, a tierra y llenaban ahora de vocerío y cantos las tabernas de la playa. Muchos de los buques estaban anclados, sin guardia alguna, y como el día avanzaba y el tiempo no llevaba trazas de mejorar, su número aumentaba continuamente.

A estos barcos abandonados y, sobre todo, a los que se hallaban bastante alejados, dirigió Lawless su atención, mientras Dick, sentado sobre un ánora medio hundida en la arena, y prestando oídos ya a las rudas, potentes y amenazadoras voces del ventarrón, ya a los roncros cantos de la marinería en una taberna próxima, pronto se olvidó de cuanto le rodeaba y de sus preocupaciones, al pensar en la gratísima promesa de lord Foxham.

En su ensimismamiento vino a interrumpirle una mano que se posó sobre su hombro. Era la de Lawless, que le señalaba un barquito que aparecía casi solitario a escasa distancia de la entrada del puerto, donde se balanceaba suave y rítmicamente sobre el oleaje. El pálido resplandor del sol de invierno brilló en aquel momento sobre la cubierta de la embarcación, haciéndola destacar contra una masa de amenazadores nubarrones, y en esa momentánea claridad logró ver Dick que un par de hombres halaban el esquife desde un costado del buque.

—Allí está, señor —dijo Lawless—. Fijaos bien. Allí está el barco para

esta noche.

Al rato el esquife se apartó del costado del buque, y los dos hombres, poniendo proa al viento, remaron vigorosamente hacia tierra. Lawless se volvió hacia un individuo que por allí andaba.

—¿Cómo se llama? —le preguntó, señalando a la pequeña embarcación.

—Se llama el Buena Esperanza, de Dartmouth —contestó el hombre—. El nombre del capitán es Arblaster. Es ése que empuña el remo de proa en el esquife.

Esto era cuanto Lawless quería saber. Dando precipitadamente las gracias al hombre, se fue, rodeando la playa, hasta cierta caleta adonde se dirigía el esquife. Se situó allí y tan pronto como se hallaron al alcance de su voz, se dirigió a los marineros del Buena Esperanza, exclamando:

—¡Hola! ¡Compadre Arblaster! ¡Bienvenido, compadre; muy bienvenido! ¡Por la cruz que me alegro de veros! ¿Es ése el Buena Esperanza? ¡Vaya, si lo conoceré yo! ¡Aunque estuviera entre mil!... ¡Buen barco, buen barco! Pero ¡caramba!, venid pronto, compadre. ¡Vamos a echar un trago! Ya cobré mi herencia, de la que sin duda habréis oído hablar. Ya soy rico, ya dejé de navegar por los mares; ahora casi siempre navego sobre cerveza especiada. ¡Vamos, amigo! ¡Venga esa mano y a beber con un viejo camarada de barco!

El patrón, Arblaster, hombre maduro, de alargado y curtido rostro, con un cuchillo que una trenzada cuerda sostenía pendiente de su cuello, y exactamente igual a un marinero de hoy día en su porte y talante, se había detenido, presa de asombro y desconfianza. Pero la mención de la herencia y cierto aire de simplicidad de hombre borracho y de franca camaradería, que tan bien fingía Lawless, se unieron para vencer su recelo, y desapareciendo en él la tensión de su semblante, tendió de pronto su mano abierta, que estrechó la del forajido en formidable apretón.

—No —dijo—; no recuerdo vuestra fisonomía. Pero ¿qué importa? Con cualquiera estoy yo dispuesto a echar un trago, y lo mismo Tom, mi marinero. Tom —añadió, dirigiéndose a su acompañante—: Aquí tienes a mi compadre, de cuyo nombre no puedo acordarme; pero que sin duda es un buen marinero. Vamos a beber con él y con su amigo, que es hombre de tierra.

Abrió la marcha Lawless, y pronto estuvieron sentados en una taberna que, por ser muy nueva y hallarse en lugar descubierto y solitario, no estaba tan atestada de gente como las cercanas al centro del puerto. No era más que un tugurio de madera muy parecido a los blocaos que existen en las apartadas selvas, toscamente amueblado con uno o dos armarios, algunos bancos de madera y unos tablones colocados sobre barriles en lugar de mesas. En el centro, y como sitiado por violentas e innumerables corrientes de aire, ardía,

entre espesa humareda, un fuego de viejas tablas, restos de naufragios.

—¡Ajajá! —exclamó Lawless—. ¡Ésta es la alegría del marinero: un buen fuego, un buen vaso de algo fuerte para beber en tierra, con un tiempo loco ahí fuera y un ventarrón que llega de alta mar rondando en el tejado! ¡A la salud del Buena Esperanza! ¡Porque se mantenga bien al ancla!

—¡Sí! —dijo el patrón Arblaster—, ¡buen tiempo para quedarse en tierra, a fe mía! Y tú, Tom, ¿qué dices? Compadre, decís bien, aunque no consigo acordarme de vuestro nombre; pero decís muy bien. ¡Porque el Buena Esperanza se mantenga bien al ancla! ¡Amén!

—Amigo Dick —dijo Lawless dirigiéndose a su jefe—: Si no me equivoco, tenéis entre manos algunos asuntos. Pues bien: ocupaos de ellos al instante, os lo ruego, que yo aquí me quedo con esta buena compañía, dos recios y viejos marineros, y hasta que volváis yo os respondo de que estos dos valientes aguantarán aquí conmigo bebiendo vaso tras vaso. ¡Nosotros, viejos lobos de mar, no somos como los hombres de tierra!

—¡Bien dicho! —exclamó el patrón—. Podéis iros, muchacho, yo cuidaré de vuestro amigo y buen compadre mío hasta el toque de queda... ¡Sí, por María Santísima! Hasta que salga el sol de nuevo... Porque, mirad, cuando un hombre ha estado mucho tiempo en el mar, la sal penetra en la arcilla de sus huesos, y entonces ya puede beberse un pozo, que jamás apagará su sed.

Así, animado por todos, se levantó Dick, saludó y saliendo de nuevo afuera, en la tarde de borrasca, se dirigió a toda prisa hacia La Cabra y la Gaita. Desde allí mandó recado a lord Foxham de que tan pronto cerrase la noche dispondrían de una buena embarcación para hacerse a la mar. Luego, llevando consigo a un par de forajidos con cierta experiencia en la vida marinera, regresó hacia el puerto en dirección a la caleta.

El esquife del Buena Esperanza estaba allí entre otros muchos, de los cuales se distinguía fácilmente por su extremada pequeñez y fragilidad. Cuando Dick y sus dos hombres ocuparon sus puestos y empezaron a alejarse de la caleta para entrar en el puerto abierto, el pequeño cascarón se hundía en el oleaje y se bamboleaba a cada ráfaga de viento como si fuera a naufragar.

El Buena Esperanza, como hemos dicho, se hallaba anclado bastante lejos, donde la marejada era más fuerte. Ningún otro barco estaba fondeado a distancia menor que la de muchos cables, y los más cercanos estaban enteramente abandonados. Además, cuando el esquife se acercaba, una espesa cortina de nieve y el repentino oscurecimiento del cielo ocultaron a los forajidos a todo posible espionaje. En un abrir y cerrar de ojos saltaron sobre la cubierta, y el esquife quedó balanceándose a popa. El Buena Esperanza había sido apresado.

Era un barco de sólida construcción, con cubierta en la proa y en medio del buque, pero abierto en la popa. Tenía un solo mástil y estaba aparejado entre falúa y lugre. Al parecer, el patrón Arblaster había hecho un buen negocio, porque la bodega estaba llena de barriles de vino francés y en una reducida cámara, además de una imagen de la Virgen María —prueba de la devoción del patrón— se hallaban muchas arcas y armarios herméticamente cerrados, que demostraban que era rico y cuidadoso.

Un perro, único ocupante del barco, ladró furiosamente, mordiendo los talones de los huéspedes, pero pronto fue arrojado a puntapiés a la cámara, quedando allí encerrado a solas con su justo resentimiento. Se encendió una lámpara, que fue colocada en los obenques de forma que pudiera ser fácilmente distinguido el navío desde la playa. Barrenaron uno de los barriles de vino y bebieron sendos vasos de excelente Gascuña, brindando por el éxito de la aventura de aquella noche. Luego, mientras uno de los forajidos preparaba arco y flechas aprestándose para defender el buque contra cualquiera que llegase, el otro haló el esquife, saltó en él, haciéndose a la mar, y esperó la llegada de Dick.

—Bien, Jack, mantente alerta —dijo el joven jefe, disponiéndose a seguir a su subordinado—. Tú vas a servirnos de mucho.

—¡Ya lo creo! —repuso Jack—. Mientras estemos aquí; pero en cuanto ese pobre barco saque las narices fuera del puerto... ¡Mirad, ya tiembla! El infeliz me ha oído y el corazón le ha presagiado algo malo, dentro de su costillaje de roble. Pero fijaos, master Dick, cómo se cierra el cielo.

La oscuridad a lo lejos, era pasmosa, en efecto. Entre la negrura se elevaban grandes oleadas, una tras otra, y, a compás de ellas, se alzaba flotante el Buena Esperanza para hundirse vertiginosamente por el otro lado. Una ligera rociada de nieve y de espuma cayó sobre la cubierta volando como polvillo, en tanto el viento pulsaba lúgubremente el arpa entre las jarcias.

—¡Sí que tiene mala cara! —observó Dick—. Pero ¡ánimo! Esto no es más que un chubasco y pronto pasará.

Mas, a pesar de sus palabras, se sentía deprimido por la amenazadora negrura del cielo y aquel gemir y silbar del viento. Por eso, al saltar sobre un costado del Buena Esperanza y dirigirse de nuevo hacia la caleta, se santiguó devotamente y encomendó a Dios las almas de cuantos se aventuraran a merced del mar.

En la caleta ya se habían reunido una docena de forajidos. Les entregaron el esquife, ordenándoles que se embarcaran sin demora.

Algo más adentro de la playa halló Dick a lord Foxham, que corría en su busca, oculto el rostro con una oscura capucha y cubierta su brillante armadura

con un largo capote bermejo de pobre aspecto.

—Joven Shelton, ¿estáis decidido, verdaderamente, a haceros a la mar?

—Milord —respondió Richard—; la casa está rodeada de hombres a caballo; sería imposible llegar a ella sin provocar la alarma; y, una vez advertido sir Daniel de nuestro propósito, no lograríamos llevarlo a buen término, a pesar de vuestra asistencia, más que cabalgando contra el viento. Ahora bien: dando un rodeo por mar corremos algún peligro por tener que luchar contra los elementos; pero (y esto compensa de sobra todo lo demás) tenemos la probabilidad de llevar a cabo lo que nos proponemos y rescatar a la doncella.

—Bien —contestó lord Foxham—. Conducidme. Os seguiré, en cierto modo, por vergüenza; pero confieso que preferiría estar en la cama.

—Por aquí, pues —dijo Dick—. Vamos a buscar a nuestro piloto.

Y abrió la marcha, dirigiéndose a la tosca taberna donde diera cita a varios de sus hombres. Algunos se hallaban rondando alrededor de la puerta; otros, más atrevidos, estaban ya dentro, eligiendo los lugares más próximos a aquél donde se hallaba sentado su camarada. Se reunieron en torno de Lawless y de los dos marineros. Éstos, a juzgar por su alterado rostro y sus turbios ojos, hacía ya rato que habían pasado de los límites de la moderación, y, al entrar Richard, seguido de cerca por lord Foxham, entonaban los tres una vieja y triste canción marinera, a coro con el continuo gemir del viento.

Lanzó Dick una rápida ojeada por todo aquel tugurio. Acababan de echar más leña al fuego, y éste arrojaba nubes de humo negro, por lo cual era difícil distinguir claramente los rincones apartados. Era evidente, sin embargo, que los forajidos eran muy superiores en número al resto de los clientes. Satisfecho sobre este punto, para el caso de un fracaso en la ejecución de su plan, se dirigió resueltamente hacia la mesa y volvió a ocupar su puesto en el banco.

—¡Eh! —gritó el patrón, ya borracho—. ¿Quién sois, eh?

—Quisiera hablar dos palabras con vos ahí fuera, master Arblaster —contestó Dick—, y de esto es de lo que vamos a hablar.

Al resplandor de la lumbre le mostró un noble de oro.

Los ojos del viejo marinero se encendieron como dos ascuas, aunque no reconociera al que le hablaba.

—Sí, muchacho —dijo—. Os acompaño. Compadre, vuelvo enseguida. Bebed de firme, compadre...

Y colgándose del brazo de Dick para asegurar sus vacilantes pasos, fue hacia la puerta de la taberna.

No bien hubo franqueado el umbral, diez fuertes brazos se apoderaron de él y le ataron; y en dos minutos, convertido en un fardo y con una buena mordaza en la boca, le arrojaron cuan largo era a un pajar vecino. Al momento, su sirviente Tom, asegurado de igual forma, fue a hacerle compañía, y los dos quedaron allí abandonados a sus torpes reflexiones durante la noche.

Como ya no había necesidad de ocultarse, a una señal convenida se reunieron los seguidores de lord Foxham, y la partida, apoderándose audazmente de cuantos botes requería su número, partieron en flotilla hacia la luz que brillaba en el aparejo de la embarcación. Mucho antes de que hubiera subido a cubierta el último de los forajidos, ya sonaban furiosos gritos en la playa, prueba de que al menos una parte de los marineros había descubierto la desaparición de sus botes.

Pero tarde era ya, tanto para recuperarlos como para tomar venganza. De los cuarenta hombres aguerridos que se reunieron en el barco robado, ocho estaban avezados al mar y podían perfectamente constituir la tripulación. Con la ayuda de éstos se izó una vela. Se picó el cable. Lawless, tambaleándose aún y cantando todavía a voz en grito el estribillo de una canción marinera, empuñó la larga caña del timón, y el Buena Esperanza comenzó a deslizarse velozmente en medio de la oscuridad de la noche desafiando la furia de las enormes olas que se alzaban más allá de la barra del puerto.

Tomó su sitio Richard junto al aparejo de barlovento. A excepción de la propia linterna del barco y algunas lucecillas de la ciudad de Shoreby, que quedaban a sotavento, todo estaba negro como boca de lobo. Sólo de vez en cuando y a medida que el Buena Esperanza se precipitaba vertiginosamente en el abismo de las olas, se rompía una de las crestas —una gran catarata de nivea espuma—, que vivía un instante, y un momento después corría a confundirse con la estela del barco y se desvanecía.

Muchos de los hombres de a bordo permanecían echados y agarrados a lo que podían, rezando en voz alta; otros, mareados, se habían arrastrado hasta el fondo del buque, echados de cualquier manera entre el cargamento. Y entre la extremada violencia de movimientos del barco y las continuas bravatas del borracho de J Lawless, que todavía cantaba vociferando agarrado al gobernalle, hasta el más valiente de todos los de a bordo hubiera sentido no pocas dudas y funestos presagios acerca del resultado de todo aquello.

Pero Lawless, que como guiado por el instinto dirigía el rumbo por entre los rompientes, se lanzó a sotavento de un gran banco de arena, donde navegaron un rato en aguas tranquilas, y bien pronto abarloaban en un tosco malecón, donde precipitadamente fue amarrada la embarcación, que quedó cabeceando y chocando contra las piedras en la oscuridad.

5. El Buena Esperanza (continuación)

No se hallaba el malecón a gran distancia de la casa en la que estaba Joanna. Lo que quedaba por hacer era sólo desembarcar a los hombres, poner fuerte cerco a la casa, forzar la puerta y llevarse a la cautiva. Podían despedirse, pues, del Buena Esperanza: había cumplido su misión de llevarles a retaguardia de sus enemigos, y la retirada, tanto si salían victoriosos como si fracasaban en su principal objetivo, deberían verificarla con mayores esperanzas en dirección al bosque y de las fuerzas de reserva de lord Foxham.

Pero el desembarco de los forajidos no era tarea fácil: muchos se habían mareado, todos se hallaban ateridos de frío, el desorden y la confusión de a bordo habían relajado su disciplina, el movimiento desusado del barco y la oscuridad de la noche les tenía acobardados. Se precipitaron, pues, todos en tropel sobre el malecón; milord, con la espada desenvainada contra sus propios partidarios, hubo de lanzarse al frente, y aquel tumultuoso impulso no pudo refrenarse sin cierto vocerío, muy lamentable en aquel caso.

Cuando se restableció un cierto orden, Dick partió al frente de unos cuantos hombres escogidos. La oscuridad en la playa, en contraste con los destellos de luz de los rompientes, apareció ante sus ojos como si fuera un cuerpo sólido, y los aullidos y silbidos de la tempestad ahogaban todo ruido menor.

Apenas había llegado al final de la escollera cuando cesó el ímpetu del viento, y entonces le pareció oír en la playa un sordo ruido de cascos de caballos y chocar de armas. Deteniendo a sus inmediatos seguidores, Dick se adelantó uno o dos pasos solo, y se alzó sobre una de las dunas; desde allí le pareció adivinar formas de hombres y de caballos que iban de un lado a otro. Le invadió un vivo desaliento. Si realmente sus enemigos estaban al acecho, si habían cercado el extremo del malecón camino de la playa, lord Foxham y él se hallaban en situación de difícil defensa, con el mar detrás y sus hombres amontonados en la oscuridad en un estrecho paso. Lanzó un cauteloso silbido, que era la señal previamente convenida.

Pero oyeron la señal muchos más de los que él deseaba.

Al instante, a través de la negra noche, cayó una lluvia de flechas disparada al azar, y tan apiñados estaban los hombres en la escollera, que más de uno fue herido, contestando a las flechas con gritos de espanto y dolor. Con aquella primera descarga lord Foxham cayó a tierra; Hawksley ordenó que le llevaran de nuevo a bordo inmediatamente, y sus hombres, durante la breve escaramuza que sucedió, lucharon —si es que siquiera luchaban— sin nadie que los guiara. Ésta fue, quizá, la causa principal del desastre que no se hizo

esperar.

Al extremo del malecón, Dick se mantuvo firme, cosa de un minuto, con su puñado de hombres; hubo una o dos bajas por cada bando; se cruzaron los aceros; no se apreciaba la menor señal de ventaja cuando, de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, cambió la suerte en contra de los del Buena Esperanza. Alguien gritó que todo estaba perdido. La gente se hallaba muy predispuesta a prestar oídos a cualquier consejo funesto y desalentador. Y el grito halló eco. «¡A bordo, muchachos, sálvese quién pueda!», gritó otro. Un tercero, con el típico instinto del cobarde, lanzó la voz inevitable que se alza en todas las retiradas: «¡Traición! ¡Nos han vendido!». Y en un momento aquella masa de hombres se lanzó, agolpándose y empujándose unos a otros, hacia atrás, hacia el malecón, volviendo sus indefensas espaldas a sus perseguidores y poblando la noche de pusilánimes alaridos.

Uno de aquellos cobardes empujaba hacia fuera la popa del barco, mientras otro trataba de retenerlo aún por la proa. Los fugitivos saltaban lanzando gritos, y eran halados a bordo o caían de espaldas en el mar, donde perecían. Algunos eran derribados por sus perseguidores en la misma escollera. Muchos se hirieron ellos mismos en la cubierta del buque por la ciega precipitación y el terror con que se atropellaban, saltando uno por encima de otro, y un tercero por encima de los dos. Al fin, deliberada o casualmente, quedó libre la proa del Buena Esperanza; Lawless, siempre alerta, y que a viva fuerza se había mantenido en su puesto junto al timón durante todo el tumulto y barullo, haciendo uso de su daga, al instante viró en la dirección debida. Comenzó una vez más a navegar el buque en aquel borrascoso mar, corriendo la sangre por los imbornales, repleta la cubierta de hombres caídos que se arrastraban luchando en la Oscuridad.

Lawless envainó entonces su daga y, volviéndose al que tenía más próximo, le dijo:

—Todos esos perros cobardes y aulladores llevan mi señal, compadre.

Mientras todos saltaban luchando para poner a salvo sus vidas, no parecieron advertir los hombres los terribles empujones y las puñaladas con que Lawless defendió su puesto en medio de la confusión y el tumulto. Pero acaso habían comenzado ya a darse cuenta más clara de lo ocurrido, o tal vez alguien más oyó las palabras del timonel.

Las tropas de las que se ha apoderado el pánico se rehacen lentamente, y los hombres que acaban de deshonorarse por cobardes, como si quisieran borrar el recuerdo de su falta, caen a veces en el extremo opuesto, en la insubordinación. Así ocurría ahora, y los mismos que habían tirado las armas y hubo que izar, con los pies por delante, al Buena Esperanza, comenzaron a gritar contra sus jefes y a exigir un castigo para alguien.

Blanco de este ruin sentimiento de hostilidad fue, al fin, Lawless.

Con objeto de tomar el largo conveniente, el viejo forajido había puesto la proa del Buena Esperanza rumbo a alta mar.

—¡Cómo! —gritó uno de los que refunfuñaban—. ¡Ahora nos lleva hacia alta mar!

—¡Es verdad! —exclamó otro—. No hay duda de que estamos vendidos.

Y comenzaron todos a vociferar a coro lo mismo, que los habían traicionado, y a reclamar con penetrantes gritos y abominables juramentos que Lawless virara en redondo y los condujera inmediatamente a tierra.

Pero Lawless, rechinando los dientes, continuó en silencio gobernando la nave del modo debido, guiando al Buena Esperanza entre las formidables olas. Entre borracho y picado en su dignidad, despreció en silencio las infamantes amenazas y vanos temores de los hombres. Los descontentos se reunieron a popa, detrás del mástil, y era evidente que, como los gallos del corral, «cantaban para infundirse valor». Pronto estarían dispuestos para cometer cualquier injusticia o ingratitud. Dick comenzó a trepar por la escala, ansioso de intervenir; pero uno de los forajidos, que también tenía algo de marinero, le ganó por la mano.

—Muchachos —comenzó—: Me parece que tenéis la cabeza más dura que un madero. Para regresar, primero hay que tomar el largo, ¿no es verdad? Y ese viejo Lawless...

Un puñetazo en la boca le impidió continuar; un momento después, rápidamente, como prende el fuego en un montón de paja seca, fue arrojado sobre cubierta, pisoteado y rematado a puñaladas por sus cobardes compañeros.

Estalló entonces la contenida ira de Lawless.

—¡Llevad, pues, el timón vosotros! —rugió lanzando una horrible maldición.

Y sin importarle un comino el resultado, soltó el timón.

El Buena Esperanza temblaba sobre la cresta de una inmensa ola. Se precipitó con velocidad vertiginosa por el lado opuesto. Inmediatamente otra ola, cual negra y enorme fortaleza, surgió frente a él, y, con vacilante embestida se hundió de cabeza en la líquida montaña. Las verdes aguas pasaron por encima, de proa a popa, en una masa que alcanzaba la altura de las rodillas de un hombre; la espuma subió más alta que el mástil, y el barco se levantó de nuevo del otro lado, con espantosa y trémula indecisión, como gigantesco animal mortalmente herido.

Seis o siete de los descontentos acababan de ser lanzados por la borda; en cuanto al resto, tan pronto como recobraron el habla, comenzaron a implorar a gritos a todos los santos del cielo y a suplicar a Lawless que volviera a empuñar la caña del timón.

No esperó Lawless a que se lo pidieran dos veces. El terrible resultado de su gesto de justo resentimiento le había serenado por completo. Mejor que nadie de cuantos a bordo estaban sabía cuán cerca estuvo el Buena Esperanza de irse a pique, y por la desmayada resistencia que había opuesto al mar, que no había desaparecido el peligro.

Dick, que había sido arrojado al suelo por la conmoción, y estuvo a punto de ahogarse, se alzó con el agua hasta las rodillas en la inundada sentina de proa y se fue arrastrando hasta donde estaba el viejo timonel.

—Lawless —dijo—, de ti dependemos todos; tú eres un valiente que sabe gobernar el buque. Voy a ponerte tres hombres de confianza que velen por tu seguridad.

—Es inútil, señor, es inútil —repuso el timonel, escudriñando a través de la oscuridad—. Por momentos nos alejamos de los bancos de arena y, por lo tanto, el mar aprieta cada vez con mayor violencia; en cuanto a esos llorones, muy pronto estarán tumbados de espaldas. Porque mirad, mi amo, podrá ser un misterio, pero es una gran verdad que jamás un hombre malo fue buen marinero. Sólo los honrados y los valientes pueden resistir este bailoteo del barco.

—No, Lawless —exclamó Dick riéndose—. Ése es un adagio de buen marinero que no tiene más alcance que el silbido del viento. Pero dime; por favor: ¿vamos bien? ¿Es apurada nuestra situación?

—Master Shelton —repuso Lawless—; he sido franciscano (¡bendita sea mi suerte!), arquero, ladrón y marinero. De todos estos trajes, preferiría vestir a la hora de mi muerte el de fraile, como fácilmente comprenderéis, y el que menos me gustaría es el embreado chaquetón de John el marinero; y eso por dos razones excelentes: primero, porque la muerte puede pillarle a uno de repente; y segundo, por el horror de ahogarme en este gran remolino salado que tengo bajo mis pies.

Y Lawless dio una patada en el suelo.

—Sin embargo —añadió—, si no muero como un marinero esta noche, le deberé un gran cirio a Nuestra Señora.

—¿Es cierto? —preguntó Dick.

—Tal como os lo digo —respondió el forajido—. ¿No observáis cuán pesada y lentamente avanza el barco sobre las olas? ¿No oís cómo el agua ha

inundado la bodega? Casi no obedece ya al timón. Esperad a que se hunda un poco más, y entonces lo veréis irse a pique como una piedra bajo vuestros pies o iremos a encallar a sotavento y se hará pedazos como una cuerda retorcida.

—Hablas con mucha tranquilidad —observó Dick—. ¿No tienes miedo?

—¿Por qué, señor? —replicó Lawless—. Si hubo un hombre con mala tripulación para llegar a buen puerto, ese hombre soy yo... fraile renegado, ladrón y todo lo demás. Pues bien, quizá os maraville, pero aún llevo en las alforjas provisión de esperanzas, y si he de ahogarme, creed que me ahogaré con la vista clara y la mano firme, master Shelton.

Dick no contestó palabra. Pero sorprendido de hallar tan resuelto de ánimo al viejo vagabundo y temiendo alguna nueva violencia o traición, fue en busca de tres hombres de confianza. La mayor parte de los hombres habían desaparecido de cubierta, que constantemente era barrida por la espuma y donde quedaban expuestos al frío viento de invierno. Se habían reunido, pues, en la bodega, entre los barriles de vino y alumbrados por dos oscilantes linternas.

Algunos seguían de juerga, brindando unos a la salud de otros y bebiendo grandes tragos del vino de Gascuña del patrón Arblaster. Pero como el Buena Esperanza continuaba luchando con las encrespadas olas, y popa y proa se alzaban alternativamente al aire para luego hundirse entre la espuma, el número de los alegres bebedores disminuía a cada nuevo bandazo. Muchos se sentaron aparte curándose las heridas, pero la mayoría yacían postrados por el mareo y gimiendo en el pantoque.

Greensheve, Cuckow y un joven de los que seguían a lord Foxham, en quien Dick se había fijado ya por su inteligencia y valor, seguían aún en condiciones de entender y dispuestos a obedecer. A éstos colocó Dick como guardias en torno al timonel; luego, dando una última mirada al negro cielo y al mar, bajó a la cámara adonde llevaron a lord Foxham sus criados.

6. El Buena Esperanza (conclusión)

Los gemidos del barón herido se mezclaban con los aullidos del perro del barco. El pobre animal, bien por la pena de verse separado de sus amigos, bien porque presagiase un peligro en la trabajosa lucha del buque, lanzaba sus aullidos a cada minuto, como cañonazos intermitentes en señal de duelo, por encima del rugir de las olas y del temporal, y los más supersticiosos creían oír en ellos doblar a muerto por el Buena Esperanza.

Habían colocado a lord Foxham en una litera, sobre un capote de piel. Una

lamparilla ardía débilmente ante la Virgen colocada en la lámpara, y a su tenue resplandor vio Dick el pálido semblante y los hundidos ojos del herido.

—Estoy gravemente herido —dijo—. Acercaos, joven Shelton, quiero tener junto a mí a alguien que, al menos, sea bien nacido, pues después de disfrutar siempre de vida noble y regalada, bien triste y miserable trance es el de caer herido rastreando en ruin escaramuza y morir aquí en este sucio barco donde se hiela uno entre granujas y villanos.

—No, milord, no —objetó Dick—; yo pido a todos los santos y confío en que pronto os curaréis de vuestra herida y llegaréis sano y salvo a tierra.

—¿Cómo? —preguntó el lord—. ¿Llegar salvo a tierra? ¿Hay, pues, esperanzas?

—El barco avanza con dificultad, malo está el mar, contrario es el viento —respondió el muchacho—, y, por lo que me dice el timonel, mucho será que lleguemos a tierra a pie enjuto.

—¡Ah! —exclamó el barón tristemente—. ¡Todos los terrores me asaltarán así en el tránsito de la muerte! ¡Pedid a Dios, caballero, que os conceda una existencia mísera y morir tranquilamente, mejor que veros toda la vida ensalzado y regalado a son de gaita y tamboril, para que luego, en vuestras postreras horas, os veáis hundido en la desdicha! Sea como fuere, tengo algo en la mente que no admite dilación. ¿No tenemos cura a bordo?

—Ninguno —contestó Dick.

—Atendamos, entonces, a mis intereses profanos —resumió lord Foxham—. Cuando haya muerto, debéis mostraros tan buen amigo mío como intrépido enemigo fuisteis en vida. Caigo en mala hora para mí, para Inglaterra y para los que en mí confiaron. Mis hombres son conducidos por Hamley... el que era vuestro rival; se reunirán en la sala grande de Holywood; este anillo que sacaréis de mi dedo acreditará que obráis por orden mía; además, escribiré dos palabras en este papel, ordenando a Hamley que os ceda la damisela. ¿Obedeceréis? No lo sé.

—Pero, milord, ¿de qué órdenes habláis?

—Sí —exclamó el barón—, sí: órdenes. —Y miró a Dick con aire perplejo—: ¿Sois de los Lancaster o de los York? —preguntó al fin.

—Vergüenza me da decirlo —contestó Dick—, pero no puedo contestaros clara y terminantemente. Lo que tengo por cierto, sin embargo, es que desde el momento en que sirvo a Ellis Duckworth, sirvo a la casa de York. Pues bien, siendo así, me declaro en favor de York.

—Está bien —dijo lord Foxham—, perfectamente. Porque, en verdad, si hubierais preferido a Lancaster, no sé yo entonces lo que hubiera hecho: Pero

desde el momento que optáis por York, escuchadme: yo tan sólo vine aquí para vigilar a esos lores de Shoreby, mientras el excelente y joven Richard de Gloucester preparaba un ejército suficiente para caer sobre ellos y dispersarlos. He tomado notas de sus fuerzas, de las guardias que han montado y de dónde están situadas; todos estos datos debía yo entregarlos a mi joven lord el domingo, una hora antes del mediodía, en la Cruz de Santa Brígida, junto al bosque. No es probable que yo pueda acudir a la cita; pero os ruego que, por cortesía, acudáis vos en mi lugar; y ved que ni placer, ni dolor, tempestad, herida o pestilencia, os impidan llegar a la hora y sitio convenidos, porque van en ello la suerte y la prosperidad de Inglaterra.

—Solemnemente me comprometo a ello —dijo Dick—. En cuanto de mí dependa, quedará cumplida esta misión.

—Está bien —dijo el herido—. Milord el duque os dará otras órdenes, y si le obedecéis con celo y valor, vuestra fortuna está hecha. Acercadme ahora algo más la lamparilla, hasta que escriba esas líneas que he de daros.

Escribió una breve misiva «a su honorable pariente sir John Hamley», y luego otra que dejó sin sobrescrito.

—Ésta es para el duque —dijo—. El santo y seña es: «Inglaterra y Eduardo», y la contraseña «Inglaterra y York».

—¿Y Joanna, milord? —preguntó Dick.

—No, a Joanna la conseguiréis como podáis —replicó el barón—. En estas dos cartas os nombro elegido mío; pero a ella la habréis de conquistar por vos mismo, muchacho. Como estáis viendo, yo lo he intentado, y he perdido la vida. Más no podría hacer hombre viviente.

El herido comenzaba a sentirse muy fatigado y Dick, metiéndose los preciados papeles en su seno, le dio ánimos y le dejó para que descansara.

Apuntaba el día, frío y sereno, con volanderos copos de nieve. Muy cerca, a sotavento del Buena Esperanza, se extendía la costa, alternando en ella los rocosos promontorios y las bahías arenosas; más cerca de tierra, destacaban contra el cielo las cumbres de Tunstall, pobladas de bosques. Viento y mar se habían apaciguado; pero el barco navegaba casi hundido y apenas se levantaba sobre las olas.

Lawless se encontraba aún junto al timón, y ya entonces casi todos los hombres habían ido arrastrándose hasta cubierta, y con sus caras lívidas miraban atentamente la costa inhóspita.

—¿Vamos a tierra? —preguntó Dick.

—Sí —contestó Lawless—, a menos que antes nos vayamos al fondo.

En aquel instante el buque se alzó tan lánguidamente ante un golpe de mar, y con tanta fuerza batió el agua sobre la bodega que Dick, involuntariamente, asió el brazo al timonel.

—¡Por la misa! —exclamó Dick cuando la proa del Buena Esperanza reapareció sobre la espuma—. Creía que nos íbamos a pique. El corazón se me subió a la garganta.

En el combés, Greensheve, Hawksley y los hombres más escogidos de ambos grupos o compañías que había a bordo estaban rompiendo a toda prisa la cubierta para construir una balsa. A ellos se sumó Dick, trabajando con ahínco para ahogar el recuerdo de la difícil situación en que se hallaba. Mas, aun en medio de su tarea, cada golpe de mar que azotaba a la pobre embarcación y cada nuevo bandazo, mientras vacilaba revolcándose entre las olas, le recordaba con horrible angustia la proximidad de la muerte.

Enseguida, al levantar la vista de su trabajo, observó que se hallaban casi debajo de un promontorio; un trozo de acantilado que se había desprendido, contra cuya base rompía el mar en abundante espuma, casi sobresalía de la cubierta, y por encima de aquél aparecía una casa coronando una duna.

Dentro de la bahía retozaban alegremente las olas; alzaron al Buena Esperanza sobre sus hombros, cubiertos de espuma; arrebataron el mando al timonel y, en un momento, arrojaron al barco con violento impulso sobre la arena y rompieron las olas contra él a la altura de la mitad del mástil, haciéndole bambolearse de un lado a otro. Siguió otra gran oleada; lo levantó de nuevo y se lo llevó más hacia dentro aún; y luego otra ola llegó a sucederla, dejándolo sobre la costa de los más peligrosos arrecifes, clavado como una cuña en un bajío.

—Bien, muchachos —exclamó Lawless—; los santos nos han protegido. La marea baja; sentémonos a beber un vaso de vino y antes de media hora podréis marchar por tierra con tanta seguridad como si caminaseis sobre un puente.

Barrenaron un barril y, sentándose donde encontraron refugio que les librara de la nieve y de la espuma, los naufragos pasaron el vaso de mano en mano, procurando hacer entrar el cuerpo en calor y levantar los abatidos ánimos.

Volvió Dick, entretanto, junto a lord Foxham, a quien halló perplejo y atemorizado, cubierto de agua su camarote hasta la altura de la rodilla, y la lámpara, que era su única luz, rota y apagada con la violencia del golpe.

—Milord —dijo el joven Shelton—; no temáis nada. Evidentemente los santos nos protegen: las olas acaban de arrojarnos sobre un banco de arena, y en cuanto baje la marea podremos ir por nuestro pie a la playa.

Casi transcurrió una hora antes de que el mar hubiera descendido lo suficiente para dejar libre el buque, y pudieran al fin emprender la marcha hacia tierra, que surgía confusamente ante ellos a través de una espesa nevada.

Sobre un montículo, que se elevaba a un lado de su camino, un grupo de hombres se apiñaba observando recelosamente los movimientos de los recién llegados.

—Bien podrían acercarse y prestarnos auxilio —observó Dick.

—Bueno, si ellos no vienen hacia nosotros, vayamos nosotros a su encuentro —dijo Hawksley—. Cuanto más pronto lleguemos a un buen fuego y cama seca, mejor para mi pobre lord.

Pero no habían avanzado mucho en dirección al montículo cuando aquellos hombres, de común acuerdo, se pusieron en pie y arrojaron sobre los náufragos una lluvia de bien dirigidas flechas.

—¡Atrás, atrás! —gritó el lord—. ¡En nombre del cielo, guardaos de contestar!

—No —exclamó Greensheve, arrancándose una flecha que se le había clavado en la cota de cuero—. No estamos en situación de luchar, enteramente empapados, jadeantes como perros y medio helados; pero por el amor de nuestra vieja Inglaterra, ¿a santo de qué viene el disparar tan cruelmente contra sus propios paisanos hundidos en la desgracia?

—Nos toman por piratas franceses —contestó lord Foxham—. En estos turbulentos y degenerados tiempos, no podemos guardar nuestras propias costas, y nuestros antiguos enemigos, a quienes antaño perseguíamos por mar y tierra, piratean ahora por todas partes a su placer, robando, matando o incendiando. Es la pena y el baldón de este desventurado país.

Los hombres del montículo se quedaron al acecho, observándoles atentamente, mientras ellos se alejaban de la playa y se internaban en las desoladas colinas de arena.

Llegaron aun a seguirles de lejos durante una o dos millas, dispuestos a descargar otra nube de flechas sobre los cansados y deprimidos fugitivos a una señal; sólo cuando, al fin, llegaron a terreno firme de un camino real y comenzó Dick a formar a sus hombres en orden marcial, desaparecieron silenciosamente entre la nieve aquellos celosos guardianes de la costa de Inglaterra.

Ya habían logrado lo que se proponían: proteger sus casas y sus tierras, sus familias y sus ganados, y salvados ya sus intereses particulares, poco le importaba a ninguno de ellos que los franceses llevaran sangre y fuego a todas las demás parroquias del reino de Inglaterra.

LIBRO CUARTO

EL DISFRAZ

1. La madriguera

El sitio por donde Dick había salido al camino real no estaba lejos de Holywood, y distaba nueve o diez millas de Shoreby-on-the-Till. Allí, después de asegurarse de que nadie les perseguía, se separaron los dos grupos. Los hombres de lord Foxham partieron, llevando a su señor herido, en busca de la comodidad y el abrigo de la gran abadía, y al verles desaparecer Dick tras la espesa cortina de la nieve que caía, se quedó con una docena de sus forajidos, últimos restos de su partida de voluntarios.

Algunos estaban heridos y todos, sin excepción, furiosos por su mala suerte y difícil situación; harto helados y hambrientos para hacer otra cosa, refunfuñaban lanzando foscas miradas a sus jefes. Dick repartió su bolsa entre ellos sin quedarse nada; les dio las gracias por el valor que habían mostrado, aunque con mucho gusto hubiérales echado en cara su cobardía; y así, una vez suavizado un tanto el mal efecto de sus prolongadas desdichas, los despachó para que, agrupados o por parejas, encontrasen por sí mismos el camino que había de llevarles a Shoreby y a La Cabra y la Gaita.

Por su parte, influido por lo que acababa de ver a bordo del Buena Esperanza, eligió a Lawless como compañero de ruta. Caía la nieve sin pausa ni variación alguna, como una nube igual y cegadora; calmado el viento, ya no oía su soplido, y el mundo entero parecía borrado y sepultado bajo el sudario de aquella silenciosa inundación. Grande era el riesgo que corrían de perderse en el camino y perecer entre montones de nieve; por ello Lawless, precediendo siempre algo a su compañero, con la cabeza levantada como perro de caza que ventea, iba avizorando cada árbol y estudiando la ruta como si gobernara un barco entre escollos.

A eso de una milla en el interior del bosque se hallaron en un cruce de caminos, bajo un bosquecillo de altos y retorcidos robles. Aun en el reducido horizonte que dejaba la nieve al caer, era aquél un lugar que nadie podía dejar de reconocer, y evidentemente Lawless lo reconoció con indecible satisfacción.

—Ahora, master Richard —dijo—; si no sois demasiado orgulloso para

convertiros en el huésped de un hombre que no es de hidalga cuna, ni siquiera buen cristiano, puedo ofreceros un vaso de vino y un buen fuego que derrita el tuétano de vuestros helados huesos.

—Guíame, Will —contestó Dick—. ¡Un vaso de vino y un buen fuego! ¡Sólo por verlos sería capaz de andar lago trecho!

Torció a un lado Lawless, bajo las desnudas ramas de los árboles, y avanzando resueltamente en línea recta durante un rato, llegó ante un escarpado hoyo o caverna, que la nieve había cubierto ya en su cuarta parte. Sobre el borde colgaba una haya gigantesca con las raíces al aire, y por allí, apartando el forajido un montón de ramas secas, desapareció en las entrañas de la tierra.

Algún furioso vendaval había casi desarraigado el haya y arrancado buena porción de césped, y allí debajo había cavado Lawless su selvático escondrijo. Las raíces servían de vigas; de techo de bálago el césped, y de paredes y suelo la madre tierra. A pesar de lo tosco de todo aquello, el hogar, que estaba en un rincón, ennegrecido por el fuego, y la presencia de un arcón de roble con refuerzos de hierro demostraban, a la primera ojeada, que aquello era la cueva de un hombre y no la madriguera de un animal excavador.

A pesar de haberse amontonado la nieve en la boca, tamizándose hasta llegar al suelo de aquella caverna de tierra, el aire era mucho más cálido que afuera, y cuando Lawless hizo saltar una chispa y los secos haces de retama comenzaron a arder crepitando en el hogar, aquel lugar adquirió cierto aire de casero bienestar.

Exhalando un suspiro de satisfacción, Lawless extendió sus manazas ante la lumbre y pareció complacerse aspirando el humo.

—Aquí tenéis, pues —dijo—, la madriguera del viejo Lawless. ¡Quiera el cielo que no entre aquí ningún perro raposero! Mucho he robado yo por el mundo desde que tenía catorce años y hui por vez primera de mi abadía, con la cadena de oro del sacristán y un misal que vendí por cuatro marcos. He estado en Inglaterra, y en Francia, y en Borgoña, y en España también en peregrinación por el bien de mi pobre alma, y en el mar, que no es país de nadie. Pero mi sitio está aquí, master Shelton. Mi patria es esta madriguera en la tierra. Llueva o sople el viento... luzca abril y canten los pajarillos y caigan las flores en torno a mi lecho, o venga el invierno y me sienta solo con mi buen compadre el fuego mientras el petirrojo gorjea en el bosque... aquí están mi iglesia y mi mercado, mi mujer y mi hijo. Aquí vuelvo a refugiarme siempre, y aquí, ¡quíéranlo los santos!, quisiera morir.

—No hay duda de que es un rincón caliente —observó Dick—, agradable y escondido.

—Necesita serlo —repuso Lawless—, porque si lo descubriesen, master Shelton, me destrozarían el corazón. Pero aquí —añadió escarbando con sus gruesos dedos en el arenoso suelo—, aquí está mi bodega y vais a probar una botella de fuerte y excelente cerveza añeja.

Tras haber ahondado un poco, en efecto, sacó de allí un botellón de cuero, de un galón aproximadamente, lleno casi en sus tres cuartas partes de un vino muy fuerte y dulce, y una vez que bebieron como buenos amigos cada uno a la salud del otro y avivaron el fuego, que brilló de nuevo, se tumbaron cuan largos eran, desheliéndose y humeando y sintiéndose, en fin, divinamente calientes.

—Master Shelton —observó el forajido—: Dos fracasos habéis sufrido últimamente, y es probable que os quedéis sin la doncella... ¿estoy en lo cierto?

—Sí, cierto es —insistió Dick.

—Pues bien —prosiguió Lawless—; escuchad a un viejo loco que ha estado en casi todas partes y ha visto casi de todo. Os ocupáis demasiado de los asuntos ajenos, master Dick. Servís a Ellis, pero él no desea más que la muerte de sir Daniel. Trabajáis por lord Foxham, bien... ¡qué los santos le protejan! Sin duda sus intenciones son buenas. Pero trabajad ahora por cuenta propia, buen Dick. Id sin rodeos en busca de la doncella. Cortejadla, para que no os olvide. Estad preparado, y en cuanto la ocasión se presente... ¡a galope con ella en el arzón!

—Sí, Lawless; pero no hay duda de que está ahora en la propia mansión de sir Daniel —repuso Dick.

—Hacia allí iremos entonces —replicó el forajido. Dick le miró sorprendido.

—Sé muy bien lo que me digo —afirmó Lawless—. Y si tan poca fe tenéis que vaciláis ante una palabra, mirad.

Sacando del seno una llave, el forajido abrió el arcón de roble y, rebuscando en su fondo, sacó primero un hábito de fraile, un cíngulo de cuerda y luego un enorme rosario de madera, tan pesado que bien pudiera servir de arma.

—Esto es para vos. Ponéoslo.

Una vez se hubo disfrazado Dick con el hábito, sacó Lawless unos colores y un pincel y procedió con la mayor habilidad a desfigurar con ellos sus facciones. Espesó y alargó sus cejas, análoga operación practicó con el bigote, que en él apenas era visible, y con unos trazos en torno a los ojos cambió su expresión y aumentó aparentemente la edad de aquel juvenil monje.

—Ahora —añadió—, cuando haya yo hecho lo propio conmigo mismo, seremos la más gentil pareja de frailes que la vista pudiera desear. Audazmente nos presentaremos en casa de sir Daniel, y allí nos prestarán hospitalidad, por el amor de Nuestra Madre la Iglesia.

—Y ¿cómo podré pagaros yo ahora, querido Lawless? —exclamó el muchacho.

—Callad, hermano —contestó el forajido—. Nada hago que no sea por mi gusto. No os preocupéis de mí. Yo, ¡por la misa!, soy de los que saben cuidar de sí mismo. Cuando algo me falta, larga tengo la lengua y tan clara la voz como la campana del monasterio..., y pido, hijo mío, y cuando el pedir no da resultado, generalmente me lo tomo yo mismo.

El viejo pillo hizo una graciosa mueca, y aunque a Dick le desagradara deber tan grandes favores a tan equívoco personaje, no pudo reprimir la risa.

Volvió Lawless al arcón y se disfrazó de modo parecido a Dick, pero con sorpresa, el joven se percató de que su compañero ocultaba bajo el hábito un haz de flechas negras.

—¿Por qué hacéis eso? —preguntó el muchacho—. ¿Por qué lleváis flechas, si no tenéis arco?

—¡Ah! —replicó Lawless alegremente—. Es muy probable que haya cabezas rotas, por no decir espinazos, antes de que vos y yo salgamos sanos y salvos del lugar adonde vamos, y si alguien cae en la lucha, quisiera yo que del hecho se llevara la fama nuestra partida. Una flecha negra, master Shelton, es el sello de nuestra abadía; muestra quién escribió el mensaje.

—Si tan cuidadosamente os preparáis —observó Dick— también llevo yo unos papeles que, por mi propio interés y el de los que me los confiaron, estarían mucho mejor aquí que llevándolos encima, expuestos a que me los encontraran. ¿Dónde podré esconderlos, Will?

—No, eso no es cosa mía —repuso Lawless—. Yo me voy ahí, al bosque, y me entretendré silbando una canción. Entretanto, enterradlos vos donde os plazca y allanad bien la arena después.

—¡Jamás! —exclamó Richard—. Confío en vos, hombre. No voy a cometer ahora la bajeza de desconfiar.

—Hermano, sois un niño —replicó el viejo forajido, quedándose parado en la boca de la cueva y volviendo el rostro hacia su compañero—; cristiano viejo soy y no traidor a los de mi sangre, ni inclinado a escatimar la mía cuando un amigo está en peligro. Pero, chiquillo loco, soy ladrón de oficio, de nacimiento y por hábito. ¡Si mi botella estuviera vacía y seca mi boca, os robaría, querido niño, tan cierto como que os quiero, os respeto y admiro vuestras cualidades y

vuestra persona! ¿Puedo hablaros con mayor claridad? No.

Y haciendo chasquear sus gruesos dedos, se lanzó hacia fuera entre los matorrales.

Al quedarse solo Dick, y después de pensar con asombro en las inconsistencias de carácter de su compañero, sacó rápidamente los papeles, que revisó y enterró. Sólo uno se reservó para llevarlo encima, puesto que en nada comprometía a sus amigos y, en cambio, podía servirle como arma en contra de sir Daniel. Era la carta del caballero dirigida a lord Wensleydale, enviada por medio de Throgmorton el día de la derrota de Risingham, y hallada el siguiente por Dick sobre el cadáver del mensajero.

Pisoteando los rescoldos del fuego, salió Dick de la caverna y fue al encuentro del viejo forajido, que le esperaba bajo las desnudas ramas de los robles y comenzaba a estar ya cubierto de los copos de nieve que iban cayendo. Se miraron uno a otro y se echaron a reír: tan perfectos y jocosos eran los disfraces.

—No me disgustaría, de todos modos —murmuró Lawless— que estuviéramos ahora en verano y en día claro para poder mirarme mejor en el espejo de algún estanque. Muchos de los hombres de sir Daniel me conocen; y si nos descubrieran, pudiera ser que respecto a vos hubiera más de un parecer; por lo que a mí toca, en menos que se reza un padrenuestro estaría yo pataleando, colgado de una cuerda.

Tomaron ambos el camino de Shoreby, el cual en esta parte de su curso seguía de cerca las márgenes del bosque, saliendo de cuando en cuando al campo abierto y pasando junto a algunas casas de gente pobre y modestas heredades.

De pronto, a la vista de una de éstas, Lawless se detuvo.

—Hermano Martin —dijo en voz perfectamente desfigurada y apropiada a su hábito monacal—: Entremos a pedir limosna a estos pobres pescadores. Pax vobiscum. Sí —añadió con su voz natural—; es tal como yo me temía. Se me ha olvidado algo el tonillo quejumbroso y, con vuestra venia, mi buen master Shelton, tendréis que permitirme practicar en estos rústicos lugares, antes de arriesgar mi rollizo pescuezo entrando en casa de sir Daniel. Pero fijaos un momento, cuán excelente cosa es saber de todo un poco. Si no hubiese sido marinero, os habríais hundido sin remedio en el Buena Esperanza; si no fuese ladrón, no hubiera podido pintaros la cara; y de no haber sido fraile, cantado de firme en el coro y comido a dos carrillos en el refectorio, no podría llevar este disfraz sin que hasta los perros nos descubriesen y nos ladrasen por impostores.

Se hallaba ya junto a una ventana de la casa de labor, y poniéndose de

puntillas, atisbó el interior.

—¡Vaya! —exclamó—. Mejor que mejor. Aquí vamos a poner a prueba nuestras caras, y encima vamos a divertirnos burlándonos del hermano Capper.

Así diciendo, abrió la puerta y entró en la casa.

Tres de los de su partida se hallaban ante la mesa, comiendo vorazmente. Sus puñales, clavados junto a ellos en las tablas, y las foscas y amenazadoras miradas que sin cesar lanzaban sobre la gente de la casa demostraban que el festín se debía más a la fuerza que a la voluntad. Contra los dos frailes, que, con cierta humilde dignidad, penetraban ahora en la cocina, se volvieron con evidente enojo, y uno de ellos —John Capper en persona— que, al parecer, asumía el papel de director, les ordenó con malos modos que se retiraran inmediatamente.

—¡No queremos mendigos aquí! —gritó.

Mas otro —aunque muy lejos de reconocer a Dick y a Lawless— se inclinó a procedimientos más moderados.

—¡Nada de eso! —gritó—. Nosotros somos hombres fuertes y tomamos las cosas; ellos son débiles e imploran; pero al final, ellos serán los que venzan y nosotros los que caigamos debajo. No le hagáis caso, padre; acercaos, bebed en mi vaso y dadme la bendición.

—Sois hombres de espíritu ligero, carnal y maldito —dijo el fraile—. ¡No permita el cielo que yo beba jamás en semejante compañía! Mas oídme: por la lástima que me inspiran los pecadores, aquí os dejo una reliquia bendita, y por el bien de vuestra alma os pido la beséis y conservéis con cariño.

Al principio, Lawless lanzaba sus palabras contra ellos como un fraile predicador; pero, al llegar a las últimas, sacó de debajo de su hábito una flecha negra, la arrojó con fuerza sobre la mesa, frente a los tres asombrados forajidos, se volvió al instante y llevandose consigo a Dick, salió de la estancia y se perdió de vista entre la nieve que caía, antes de que tuvieran tiempo de pronunciar una sola palabra o de mover un dedo.

—Hemos puesto a prueba nuestros falsos rostros, master Shelton —dijo—. Ahora estoy dispuesto a arriesgar mi pobre pellejo donde queráis.

—Bien —repuso Richard—. Me muero ya de impaciencia por hacer algo. ¡Partamos hacia Shoreby!

2. «En casa de mis enemigos»

Era la residencia de sir Daniel en Shoreby una mansión alta, espaciosa y enlucida, con cerco de roble tallado y cubierta por techo de bálago muy bajo. Por su parte posterior se extendía un jardín lleno de árboles frutales y frondosos bosquecillos, dominado en un lejano extremo por la torre de la iglesia de la abadía.

Hubiera podido alojarse en el edificio, si hubiera sido menester, el séquito de cualquier personaje más principal que sir Daniel, pero sólo con el que en este momento albergaba, el bullicio era ya extremado. Resonaban en el patio ruidos de armas y de herraduras; la cocina, donde la actividad era continua, parecía una rumorosa colmena; de la sala llegaban las voces de los trovadores y músicos y los gritos de los titiriteros. Sir Daniel, en su prodigalidad, en el fausto y ostentación de su morada, rivalizaba con lord Shoreby y eclipsaba a lord Risingham.

Todo huésped era allí bien recibido. Bardos, saltimbanquis, jugadores de ajedrez, vendedores de reliquias, medicinas, perfumes y sortilegios, y con ellos toda clase de clérigo, fraile o peregrino, eran bienvenidos en la mesa de inferior categoría y dormían juntos en los espaciosos desvanes o en las desnudas tablas del largo comedor.

La tarde siguiente al naufragio del Buena Esperanza, la despensa, las cocinas, las cuadras, los cobertizos para carros que rodeaban dos de los lados del patio, se hallaban llenos de desocupados, algunos pertenecientes a la servidumbre y vestidos de librea morada y azul, y otros forasteros de carácter indefinido que la codicia atraía a la ciudad y eran recibidos por el caballero por razones políticas y porque ésa era la costumbre de la época.

La nieve, que seguía cayendo sin interrupción, la extremada frialdad del aire y la proximidad de la noche, eran motivos suficientes para retenerlos allí, al abrigo de un techo. El vino, la cerveza y el dinero corrían en abundancia; muchos jugaban tendidos sobre la paja del granero, y muchos seguían aún ebrios desde la comida del mediodía.

A los ojos de un hombre moderno, hubiera parecido aquello el saqueo de una ciudad; a los ojos de un contemporáneo ocurría lo que en cualquier otra noble y rica morada en tiempo de fiesta.

Dos monjes, joven el uno y viejo el otro, habían llegado a última hora y se calentaban al fuego en un rincón del cobertizo. Una abigarrada muchedumbre les rodeaba: juglares, charlatanes y soldados; y con ellos había entablado el más viejo una conversación tan animada, y cruzado tan estentóreas carcajadas y chistes, que el grupo crecía por momentos.

Su joven compañero (en quien el lector ya habrá reconocido a Dick Shelton) se había sentado algo más atrás, y poco a poco fue apartándose.

Escuchaba, en verdad, atentamente; pero no despegaba los labios, y, por la grave expresión de su semblante, no parecía hacer mucho caso de las bromas de su compañero.

Al fin, su vista, que vagaba inquieta continuamente, observando todas las entradas de la casa, se iluminó al ver una pequeña comitiva que penetraba por la puerta principal y cruzaba el patio en dirección oblicua. Dos damas, embozadas en gruesas pieles, abrían la marcha; las seguían un par de camareras y cuatro fornidos hombres de armas. Un momento después desaparecieron en el interior de la casa y Dick, deslizándose entre la muchedumbre de haraganes reunidos en el cobertizo, siguió sus pasos ansiosamente.

La más alta de las dos es lady Brackley —pensó— y donde está lady Brackley no estará muy lejos Joanna.

En la puerta de la casa se quedaron los cuatro hombres de armas; las damas subían ahora la escalera de bruñido roble, sin más escolta que las dos camareras. Dick las seguía de cerca. Era ya la hora del crepúsculo, pero en la casa parecía ya que fuera de noche. En los descansillos de la escalera brillaban antorchas en soportes de hierro, y a lo largo de alfombrados corredores ardía una lámpara frente a cada puerta. Y, donde ésta se hallaba entreabierta, pudo ver Dick las paredes tapizadas y los suelos cubiertos de juncos, reluciendo al resplandor de los fuegos de leña.

Dos pisos llevaban ya subidos y en cada descansillo la más joven y más baja de ambas damas se había vuelto para mirar fijamente al fraile. Como él conservaba bajos los ojos, afectando la gravedad de maneras que correspondía a su disfraz, no había podido verla más que una vez, y no pudo darse cuenta de que había llamado su atención. De pronto, en el piso tercero, el grupo se separó y la dama más joven continuó sola su ascensión, mientras la otra, seguida por las dos camareras, tomó por el corredor hacia la derecha.

Dick subió rápidamente y, escondiéndose en un rincón, asomó la cabeza y siguió con la vista a las tres mujeres. En línea recta y sin mirar atrás, continuaron ellas alejándose por el corredor.

Perfectamente —pensó Dick—. Si averiguo dónde está la cámara de lady Brackley, mucho será que no encuentre a la dama Hatch cumpliendo algún encargo.

En aquel preciso instante una mano se posó sobre su hombro, y dando un salto y sofocando un grito, se volvió para coger a la persona de la mano.

Se quedó avergonzado al ver que la persona que tan bruscamente había asido era la joven de las pieles. Ella, por su parte, se había quedado pasmada y muda de terror, temblando toda ella al sentirse cogida de tal modo.

—Señora —dijo Dick, soltándola—, os pido mil perdones; pero no tengo ojos en la espalda, y en verdad, no podía adivinar que erais una doncella.

La muchacha seguía mirándole; pero su terror comenzaba ya a trocarse en sorpresa y su sorpresa en recelo. Dick, al leer en su rostro el cambio que iba operándose en su espíritu, empezó a temer por su propia seguridad en aquella casa hostil.

—Hermosa doncella —dijo, afectando tranquilidad—, permitidme besar vuestra mano, como prueba de que perdonáis mi rudeza, y me marcharé inmediatamente.

—Extraño monje sois, joven caballero —replicó la damisela, mirándole con atrevimiento y suspicacia a un tiempo—. Ahora que he vuelto en mí de mi asombro, me parece adivinar al seglar en cada palabra que pronunciáis. ¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué andáis así sacrílegamente disfrazado? ¿Venís en son de paz o de guerra? Y, ¿por qué espíais a lady Brackley como si fuerais un ladrón?

—Señora —repuso Dick—, de una cosa os ruego que no dudéis: no soy un ladrón. Y aunque viniese en son de guerra, como en cierto modo vengo, entended que no hago yo la guerra a hermosas doncellas; por tanto os suplico que me imitéis y me dejéis marchar. Porque, en verdad os digo, bella señora: gritad si así os place; lanzad sólo un grito y explicad lo que habéis visto... y este pobre caballero que os está hablando será muy pronto hombre muerto. No puedo creer que seáis tan cruel —añadió Dick.

Y cogiéndole a la muchacha una mano, que retuvo suavemente entre las suyas, la miró con cortés admiración.

—¿Sois, pues, espía?... ¿Un yorkista? —preguntó la doncella.

—Señora —contestó él—, soy, en efecto, un yorkista y, en cierto modo, espía. Pero lo que a esta casa me trajo, lo mismo que ha de ganarme vuestra piedad, interesando en favor mío vuestro corazón, nada tiene que ver con York ni con Lancaster. Voy a poner por entero mi vida en vuestras manos, a discreción vuestra. Soy un enamorado y mi nombre...

En este momento la joven puso rápidamente su mano sobre la boca de Dick, miró precipitadamente hacia arriba y hacia abajo y, viendo libre de enemigos el terreno, comenzó a llevarse al joven, con gran fuerza y vehemencia, escaleras arriba.

—¡Silencio! —le dijo—, y venid. Ya hablaréis después.

Algo desconcertado, Dick se dejó conducir hacia arriba, fue empujado a lo largo del corredor y metido de pronto en un aposento alumbrado, como tantos otros, por un leño que ardía en la chimenea.

—Y ahora —dijo la damisela obligándole a sentarse en un taburete— sentaos ahí y obedeced mi soberana voluntad. En mi mano está vuestra vida o vuestra muerte y no he de sentir el menor escrúpulo al abusar de mi poder. Fijaos bien: me habéis maltratado cruelmente el brazo. ¡Y dice que no sabía que era una doncella! ¡Pues si llega a saber que lo era, se quita el cinto y me da de correazos con él!

Y tras estas palabras, salió vivamente de la estancia y dejó a Dick boquiabierto de sorpresa y no muy seguro de si estaba soñando o despierto.

—¡Quitarme el cinto para darle de correazos! —se repetía una y otra vez.

Y el recuerdo de cierta tarde en el bosque acudió a su mente, y una vez más le pareció ver a Matcham queriendo hurtar el cuerpo y mirándole con ojos suplicantes.

Mas entonces le asaltó el temor de los peligros presentes. En el aposento contiguo percibía un ruido como de alguien que se moviera precipitadamente; luego siguió un suspiro que sonó extrañamente cerca; después un crujir de faldas. Escuchando atentamente estaba cuando vio moverse el tapiz que cubría una de las paredes, oyó el ruido de una puerta al abrirse, las colgaduras se separaron y con una lámpara en la mano entró en la estancia Joanna Sedley.

Iba ataviada con costosas ropas de oscuros y cálidos colores, como corresponde a la estación de las nieves. El cabello lo llevaba recogido en lo alto, como si ciñera una corona. Y aquélla que tan pequeña y desmañada parecía con el traje de Matcham, surgió ahora esbelta como un sauce joven y se deslizaba sobre el piso como si despreciara la molesta tarea de andar.

Sin un estremecimiento, sin un temblor, levantó la lámpara y contempló al joven monje.

—¿Qué os ha traído aquí, buen hermano? —le preguntó—. Sin duda os dirigieron mal. ¿Por quién pregunta?

Y colocó la lámpara sobre una repisa.

—¡Joanna!... —exclamó Dick, y la voz se le anudó en la garganta—. ¡Me dijiste que me amabas, y yo, loco e mí, lo creí!

—¡Dick! —exclamó ella a su vez—. ¡Dick!

Con gran asombro del muchacho, la hermosa y esbelta damisela avanzó un paso y, enlazando sus brazos a torno a su cuello, le dio cien besos en uno solo.

—¡Oh, loco! —exclamó ella—. ¡Oh, Dick mío! ¡Si pudieras verte! ¡Ay! —añadió haciendo una pausa—. ¡Te he estropeado el rostro, Dick! Te he borrado un poco de pintura. Pero eso puede enmendarse. Lo que no tiene enmienda, Dick... mucho me temo... es mi boda con lord Shoreby.

—¿Está, pues, decidida? —preguntó el muchacho.

—Para mañana, antes del mediodía, Dick; en la iglesia de la abadía —contestó ella—. Triste fin van a tener John Matcham y Joanna Sedley. De nada sirven las lágrimas; si así fuera, lloraría hasta dejar mis ojos exhaustos. No he dejado de rezar, pero el cielo no escucha mis súplicas. Y si té, Dick mío, buen Dick, no puedes sacarme de esta casa antes de la mañana, besémonos una vez más y digámonos adiós.

—No —repuso Dick—, no seré yo; jamás pronunciaré esa palabra. Eso es desesperar, y mientras hay vida, Joanna, hay esperanza. Y, a pesar de todo, abrigo una esperanza. ¡Sí, y triunfaré! Escúchame: cuando no eras más que un hombre para mí, ¿no te seguí?... ¿No levanté una partida de hombres fieles?... ¿No arriesgué mi vida en la contienda? Y ahora que te he visto tal como eres, la más hermosa y noble de todas las doncellas de Inglaterra, ¿crees tú que había de volverme atrás? Si los profundos mares se abriesen ante mis pies, me lanzaría a ellos sin vacilar; si el camino estuviese poblado de leones, los ahuyentaría como si fueran ratones.

—Ciertamente —contestó ella con sequedad—. Mucho te entusiasma un vestido azul celeste.

—No, Joanna —protestó Dick—. No es sólo tu vestido. Comprende, muchacha, que ibas disfrazada. También me tienes aquí disfrazado y, en realidad, ¿no es digna de risa mi figura? ¿No parezco un verdadero payaso?

—Sí, Dick, sí; sí que lo pareces —contestó ella sonriendo.

—¡Pues entonces!... —arguyó él con aire triunfador—. Así te ocurría a ti, pobre Matcham, en el bosque. Y en verdad que eras una moza que daba risa. ¡Pero ahora!

Así pasaron el tiempo, cogidos de las manos, cambiando sonrisas y amorosas miradas y fundiendo los minutos en segundos; y así hubieran seguido toda la noche. Pero de pronto oyeron detrás de ellos un ruido y se percataron de que la más baja de las jóvenes estaba allí, puesto el dedo sobre los labios.

—¡Por todos los santos! —exclamó—. ¡Qué ruido armáis! ¿No podéis hablar en voz baja? Y ahora, Joanna, mi hermosa doncella de los bosques, ¿qué vais a dar a vuestra amiga por haberos traído a vuestro enamorado galán?

Por toda respuesta Joanna corrió hacia ella y la abrazó con cariñoso arrebató.

—Y vos, caballero —preguntó la joven—, ¿qué vais a darme?

—Señora —contestó Dick—, de buena gana os pagaría en la misma moneda.

—Venid, pues —dijo la dama—, se os da permiso. Pero Dick, rojo como una amapola, tan sólo le besó la mano.

—¿Qué os asusta de mi cara, buen caballero? —preguntóle ella, haciéndole una profundísima reverencia.

Y cuando Dick la abrazó al fin, muy tibiamente, añadió:

—Joanna, vuestro galán es muy indeciso delante de vos. Pero os aseguro que cuando nos encontramos por vez primera era más decidido. ¡Mujer, si aún estoy llena de cardenales! No creáis una palabra de cuanto os diga yo, si no es verdad que toda la piel me dejó amoratada. Y ahora —prosiguió—, ¿os lo habéis dicho ya todo? Porque he de despedir rápidamente a vuestro paladín.

Los dos exclamaron que nada habían podido decirse aún, que la noche comenzaba entonces y que no querían separarse tan pronto.

—¿Y la cena? —preguntó la damisela—. ¿No hemos de bajar a cenar?

—¡Es verdad! —exclamó Joanna—. Se me había olvidado.

—Escondedme, entonces —sugirió Dick—; ponedme detrás de los tapices, encerradme en un arca, lo que queráis, con tal de que esté yo aquí cuando volváis. Pensad, hermosa dama, que tan duramente nos trata la suerte que pasada esta noche acaso no podamos volver a vernos hasta la hora de la muerte.

La damisela se enterneció ante estas palabras, y cuando, poco después sonó la campana llamando a la mesa a todos los de la casa de sir Daniel, Dick fue colocado, muy tieso, como envarado, contra la pared, en un lugar donde una división de los tapices le permitía respirar más libremente y aun atisbar lo que pasara en el aposento.

No hacía mucho que en tal posición se hallaba cuando algo vino a inquietarle de manera extraña. En aquel piso alto de la casa sólo turbaba el silencio de la noche el chisporroteo de las llamas y el crepitar de algún leño verde en la chimenea; pero, de pronto, al atento oído de Dick llegó el rumor de alguien que andaba con extremada cautela, y, poco después se abrió la puerta y un hombrecillo de negro rostro y raquíico aspecto, vistiendo los colores de la librea usada por la gente de lord Shoreby, asomaba primero la cabeza y luego el encorvado cuerpo. Tenía abierta la boca, como si ello le ayudara a oír mejor, y sus ojos, que eran muy brillantes, se movían rápidamente y con inquietud, de un lado a otro. Dio la vuelta a la habitación, una y otra vez, golpeando aquí y allá sobre las colgaduras; pero, por milagro, escapó Dick a la pesquisa. Luego, miró debajo de los muebles y examinó la lámpara; al fin, como quien acaba de sufrir amargo chasco, se disponía a marcharse tan silenciosamente como había entrado cuando, de pronto, se arrodilló, recogió algo de entre los juncos del

suelo, lo contempló y, dando muestras de satisfacción, lo escondió en la escarcela que llevaba pendiente del cinto.

A Dick se le cayó el alma a los pies al verlo, pues el objeto en cuestión era una borla de su propio cíngulo, á y era evidente que aquel raquítico espía, que tan maligno placer hallaba en su oficio, no tardaría en llevárselo a su amo, el barón. Tentado estuvo de echar a un lado el tapiz, caer sobre aquel miserable y, aun con riesgo de su vida, arrebatarle aquella prueba delatora. Mas cuando se hallaba indeciso, otra nueva causa de preocupación vino a aumentar su duda. De la escalera llegaba una voz áspera, ronca, como de beodo, y poco después se oían en el corredor desiguales, vacilantes y pesados pasos.

—«¿Qué hacéis aquí, alegres camaradas, entre los sotos de la verde selva?» —cantaba aquella voz—. «¿Qué hacéis ahí, eh, borrachines, qué hacéis ahí?» —continuó, lanzando sonora carcajada de beodo, y una vez más rompió a cantar:

Si así empináis el blanco vino,
gordo fray John, amigo mío,
y si yo como y vos bebéis,
¿quién dirá misa, lo sabéis?

Lawless, ¡ay!, cayéndose de puro borracho, vagaba por la casa, buscando un rincón donde pasar, durmiendo, los efectos de sus libaciones. Vibró de ira Dick. El espía, aterrorizado al principio, pronto se rehízo al ver que tenía que habérselas con un borracho, y con rapidez de felino salió de la habitación y desapareció de la vista de Richard.

¿Qué hacer? Si perdía su contacto con Lawless, no podría trazar un plan que le permitiera rescatar a Joanna. Si, por otra parte, se atrevía a dirigirse al forajido, aún podría estar oculto el espía, y las consecuencias serían fatales.

A pesar de todo, Dick se decidió por este último riesgo. Saliendo de su escondrijo, fue a la puerta del aposento y se quedó en ella, presto a cuanto fuera necesario. Lawless, con la cara congestionada, inyectados de sangre los ojos y tambaleándose, se acercaba vacilante. Al fin, vio confusamente a su jefe y, a pesar de las imperiosas señas de Dick, le saludó enseguida a voz en grito y llamándole por su nombre.

Dick dio un salto y sacudió al borracho furiosamente.

—¡Bestia! —le apostrofó en voz baja—. ¡Eres una bestia, no un hombre! Tu imbecilidad es peor que la traición. Por tu borrachera podemos vernos todos perdidos.

Pero Lawless seguía riendo y tambaleándose, intentando dar unas

palmas en la espalda al joven Shelton.

En aquel momento, el fino oído de Dick percibió un rápido roce en los tapices. De un salto se lanzó al sitio de donde provenía el ruido, y un instante después caía arrancado un trozo de la colgadura de la pared y, envueltos en él, Dick y el espía.

Rodaron una y otra vez, luchando por agarrarse del cuello, frustrando sus propósitos el tapiz que estorbaba sus movimientos, y siempre cogidos con silenciosa y mortal furia. Pero Dick era mucho más fuerte; pronto quedó el espía postrado bajo su rodilla, y un solo golpe del largo puñal del vencedor le dejó sin vida.

3. El espía muerto

Durante aquella violenta y rápida escena, no hizo Lawless más que mirar inerte sin prestar auxilio, y hasta cuando todo hubo terminado y Dick, ya de pie, escuchaba ansiosamente el lejano bullicio que llegaba desde los pisos inferiores de la casa, seguía el viejo forajido bamboleándose cual arbusto agitado por el viento, mirando estúpidamente el rostro del muerto.

—Menos mal que no nos han oído —murmuró Dick, al fin—. ¡Gracias a todos los santos del cielo! Pero ahora, ¿qué voy a hacer con este pobre espía? Por lo pronto, le quitaré de la escarcela la borla que encontró.

La abrió, en efecto, Dick, y halló en ella unas cuantas monedas, la borla y una carta dirigida a lord Wensleydale y cerrada con el sello de lord Shoreby. Tal nombre despertó los recuerdos de Dick e instantáneamente rompió el lacre y leyó la carta. Breve era su contenido; pero, con gran placer de Dick, daba prueba evidente de que lord Shoreby sostenía traidora correspondencia con la casa de York.

El muchacho solía llevar consigo su tintero de cuerno y recado de escribir; así pues, doblando la rodilla junto al cadáver del espía, pudo escribir estas palabras en una esquina del papel.

Milord de Shoreby: vos que habéis escrito esta carta ¿sabéis por qué ha muerto vuestro amigo? Pero permitidme que os dé un consejo: no os caséis.

JOHN AMEND-ALL

Colocó el papel sobre el pecho del cadáver, y entonces Lawless, que había estado contemplando todo esto con ciertos destellos de inteligencia, que reaccionaba ya, sacó de pronto una de las flechas negras que llevaba bajo el hábito y rápidamente clavó con ella la carta en aquel cuerpo. El espectáculo de

esta irreverencia, que más bien parecía crueldad, arrancó un grito de horror a Shelton; pero el forajido no hizo más que reírse.

—Quiero que la gloria de esta hazaña se la lleve mi orden —exclamó con voz hiposa—. Mis alegres compañeros se han de llevar la fama... la fama, hermano.

Cerrando apretadamente los ojos y abriendo la boca como un sochantre, comenzó a cantar, con formidable voz:

Si así empináis el blanco vino...

—¡Silencio, borracho! —exclamó Dick, empujándole violentamente contra la pared—. Dos palabras voy a decirte... si es posible que me entienda un hombre que tiene más vino que seso en la cabeza; dos palabras tan sólo, y en nombre de la Virgen María: ¡márchate de esta casa, donde si continúas, no sólo lograrás que te ahorquen a ti, sino a mí también! ¡Anda, aprisa, ligero, o por la misa, que acaso me olvide de que soy, en cierto modo, tu capitán y tu deudor! ¡Márchate!

El falso monje comenzaba a recobrar el uso de la inteligencia, y el timbre de voz y el centelleo de los ojos de Dick hicieron que le entrara en la cabeza el sentido de sus palabras.

—¡Por la misa! —gritó también Lawless—. Si no hago falta aquí, puedo marcharme.

Y tomó, dando traspies, por el corredor, y fue escaleras abajo, dando tumbos y golpes contra la pared.

Tan pronto como le hubo perdido de vista, Dick volvió a su escondrijo, decidido a ver el fin de aquel asunto. La prudencia le aconsejaba que se marchara; pero el amor y la curiosidad pesaron con más fuerza en su ánimo.

Lentamente transcurría el tiempo para el joven, como emparedado detrás de los tapices. Comenzaba a extinguirse el fuego de la habitación y a disminuir la luz de la lámpara humeante. Ningún rumor se percibía que indicase la vuelta de alguien a aquella parte superior de la casa; de abajo llegaba todavía el débil murmullo y el estruendo de los de la cena; y bajo el espeso manto de nieve la ciudad de Shoreby descansaba silenciosa a uno y otro lado.

Al fin, sin embargo, por la escalera comenzaron a acercarse voces y ruido de pasos, y poco después varios de los huéspedes de sir Daniel llegaban al descansillo, y al dar la vuelta al corredor, advirtieron el tapiz desgarrado y el cadáver del espía.

Unos corrieron hacia adelante y retrocedieron otros; pero todos juntos comenzaron a dar gritos.

Al oír tal griterío, huéspedes, hombres de armas, damas, criados, y, en una palabra, todos cuantos allí habitaban, llegaron corriendo de todas direcciones y unieron sus voces a aquel tumulto.

No tardó en abrirse paso entre ellos sir Daniel mismo, que iba acompañado del novio de la mañana siguiente, lord Shoreby.

—¿No os hablé yo, milord —dijo sir Daniel—, de esa maldita Flecha Negra? ¡Ahí tenéis una prueba! Clavada está y, ¡por la cruz!, compadre, sobre uno de los vuestros o de alguien que robó uno de vuestros uniformes.

—Realmente, era uno de mis hombres —contestó lord Shoreby, echándose hacia atrás—. Muchos como éste quisiera tener. Era listo como un sabueso y discreto como un topo.

—¿De veras, compadre? —preguntó con aguda intención sir Daniel—. ¿Y qué venía a olisquear a estas alturas en mi pobre casa? Pero ya no volverá a olfatear nada más.

—Con vuestro permiso, sir Daniel —dijo uno—, aquí hay un papel con algo escrito, clavado sobre su pecho.

—Dádmelo con flecha y todo —ordenó el caballero.

Y cuando tuvo en su mano la saeta, se quedó un rato contemplándola, como sumido en sombría meditación.

—Sí —dijo dirigiéndose a lord Shoreby—, he aquí la prueba de un odio que me persigue constantemente, y como pisándome los talones. Este palo negro, o uno semejante, acabará conmigo. Y, compadre, permitid que el buen caballero os dé un consejo: si estos sabuesos dan en seguiros el rastro, huid. Esto es como una enfermedad... Se agarra a los miembros con terca insistencia. Pero veamos lo que han escrito. Me lo figuraba, milord; os han marcado ya, como viejo roble que ha de derribar el leñador; mañana o pasado sentiréis el hacha. Pero ¿qué escribisteis en esa carta?

Arrancó lord Shoreby el papel de la flecha, lo leyó, lo arrugó entre sus manos y, venciendo la repugnancia que hasta entonces le había impedido acercarse, se arrojó de rodillas junto al cadáver y ansiosamente rebuscó en su escarcela.

Luego se puso en pie, algo descompuesto el semblante.

—Compadre —dijo—, he perdido, en efecto, una carta de mucha importancia, y como yo pudiera echarle la mano encima al canalla que la ha robado, de inmediato le mandaré a servir de adorno en una horca. Pero, ante todo, aseguremos las salidas de la casa. ¡Por san Jorge, que bastante daño han hecho ya!

Se apostaron centinelas en torno de la casa y del jardín; otro, también, en cada descansillo de la escalera; todo un pelotón en el vestíbulo de la entrada principal, y otro, además, junto a la hoguera del cobertizo. Los hombres de armas de sir Daniel fueron reforzados con los de lord Shoreby; no faltaban, por lo tanto, hombres ni armas para proteger la casa ni para cazar en la trampa a cualquier enemigo que allí estuviera escondido, si es que alguno había.

Entretanto, sacaron el cadáver del espía, llevándolo, bajo la espesa nevada, a depositarlo en la iglesia de la abadía.

Sólo cuando se hubieron tomado todas estas precauciones y volvió a reinar en la casa decoroso silencio, sacaron las dos muchachas a Richard Shelton de su escondite, dándole cuenta detallada de todo lo sucedido. Él, por su parte, les refirió la visita del espía, el peligro que corriera al ser descubierto y el rápido fin de la escena.

Joanna se apoyó, medio desvanecida, contra la tapizada pared.

—¡De poco servirá esto! —exclamó—. ¡De todos modos, mañana por la mañana han de casarme!

—¡Cómo! —dijo su amiga—. Aquí está nuestro paladín, que ahuyenta los leones como si fueran ratoncillos. Poca fe tienes, en verdad. Pero venid, amigo, terror de leones, dadnos alguna seguridad; hablad y oigamos vuestros audaces consejos.

Dick se quedó confundido al ver que así le echaban en cara sus propias y exageradas palabras, pero, aunque enrojeció, habló, no obstante, con brío.

—Verdaderamente —dijo— nuestra situación es difícil. Sin embargo, si lograse salir de esta casa nada más que media hora, creo que todo podría marchar bien todavía; y en cuanto al casamiento, se impediría.

—Y en cuanto a los leones —remedó la joven—, serían ahuyentados.

—Perdonad —murmuró Dick—. No hablo yo ahora por el gusto de echar baladronadas, sino más bien como el que pide ayuda o consejo, pues si no consigo salir de esta casa entre esos centinelas, menos que nada podré hacer. Tomad, por favor, mis palabras en su justo sentido.

—¿Por qué dijiste que tu enamorado era un rústico, Joanna? —preguntó la joven—. Te garantizo que no se muerde la lengua; su palabra es fácil, suave y audaz, cuando quiere. ¿Qué más puedes querer?

—No —suspiró Joanna sonriendo—. Ése no es mi amigo Dick: me lo han cambiado. Cuando yo le conocí era tosco y rudo. Pero eso nada importa; para mí ya no hay salvación. No me queda más remedio que ser lady Shoreby.

—Pues bien —exclamó Dick—; voy a intentar la aventura. Nadie se fija

mucho en un fraile, y si encontré una buena hada que me condujo hasta aquí, bien puedo encontrar otra que me haga llegar hasta abajo. ¿Cómo se llamaba el espía?

—Rutter —respondió la damisela—. Pero ¿qué queréis decir, terror de la selva? ¿Qué os proponéis hacer?

—Seguir audazmente mi camino como si tal cosa —replicó Dick—, y si alguno me detiene, decirle que voy a rezar por el alma de Rutter. Ahora mismo estarán rezando ante el pobre muerto.

—La estratagema es algo inocente —observó la muchacha—; pero podría resultar viable.

—No, no es ninguna treta —exclamó el joven Shelton—, sino simplemente un golpe de audacia, que, con frecuencia, vale más que nada en los grandes apuros.

—Tenéis razón —dijo ella—. ¡Id, pues, en nombre de la Virgen María, y que el cielo os proteja! Dejáis aquí a una pobre doncella que os ama con toda su alma, y a otra que de todo corazón es vuestra amiga. Sed cauto, por nuestro bien, y cuidad de vuestra seguridad.

—Sí —añadió Joanna—. Vete, Dick. No corres mayor peligro marchándote que quedándote. Vete; mi corazón va contigo. ¡Qué los santos te protejan!

Pasó Dick por delante del primer centinela con aire tan decidido que el hombre tan sólo se movió con cierta inquietud y le miró fijamente. Pero al llegar al segundo descansillo, el otro centinela le cortó el paso con su lanza y le ordenó que dijese qué le llevaba por allí.

—Pax vobiscum —contestó Dick—. Voy a rezar ante el cadáver de ese pobre Rutter.

—Está bien —replicó el centinela—. Pero no está permitido ir solo. —Se asomó sobre la barandilla de roble y lanzó un silbido—. ¡Ahí va uno! —gritó.

Y entonces dejó paso a Dick.

Al pie de la escalera encontró a toda la guardia en pie para recibirle, y cuando repitió su cantinela, el jefe del puesto ordenó que cuatro hombres le acompañasen a la iglesia.

—¡No le dejéis escapar, muchachos! —dijo—. ¡Os va la vida si no lo lleváis a sir Oliver!

Entonces se abrió la puerta, le cogieron dos hombres, uno por cada brazo; otro se puso al frente con una antorcha y el cuarto, con el arco tendido y la flecha en la cuerda, guardó la retaguardia. Así echaron a andar, pasando por el

jardín, bajo la densa oscuridad de la noche y la nevada, llegando pronto a las iluminadas ventanas de la iglesia abacial.

En el portal del oeste había un piquete de arqueros, que se refugiaban como podían bajo la bóveda de la entrada, y todos cubiertos de nieve, y sólo después de haber cambiado unas palabras con los que conducían a Dick se les permitió a éstos continuar, entrando en la nave del sagrado edificio.

La iglesia estaba débilmente iluminada por los cirios del altar mayor y por un par de lámparas que colgaban de las bóvedas, ante las capillas particulares de familias ilustres. En el centro del coro yacía el cadáver del espía, piadosamente dispuestos sus miembros, sobre un féretro.

Un precipitado murmullo de plegarias resonaba a lo largo de los arcos; en los sitios del coro, monjes con cogulla, arrodillados, y en los escalones del altar mayor, un sacerdote, de pontifical, celebraba la misa.

Al ver a los recién llegados, uno de los que llevaba la cogulla se levantó y, bajando los escalones que elevaban el nivel del coro sobre el de la nave, preguntó al que guiaba a los cuatro hombres qué les llevaba a la iglesia.

Por respeto a la ceremonia religiosa y al muerto, hablaron en voz baja, pero los ecos del enorme y casi vacío edificio recogieron sus palabras y las repitieron sordamente por las naves laterales.

—¡Un monje! —exclamó sir Oliver (era él), al oír el relato del arquero—. Hermano, no os esperaba —añadió volviéndose hacia el joven Shelton—. Con todos mis respetos, ¿quién sois? Y ¿a instancias de quién venís a unir vuestras oraciones a las nuestras?

Conservando Dick la capucha sobre su rostro, hizo seña a sir Oliver de que se apartara uno o dos pasos de los arqueros y, tan pronto como el clérigo lo hubo hecho, le dijo:

—No puedo esperar engañaros, señor. En vuestras manos está mi vida.

Sir Oliver se sobresaltó violentamente; palidieron sus rollizas mejillas y durante un rato guardó silencio.

—Richard —dijo luego—, no sé lo que te trae aquí; pero mucho me temo que nada bueno es. Sin embargo, por los recuerdos del pasado, por el cariño que me tuviste, no quisiera exponerte a ningún daño. Toda la noche estarás sentado junto a mí en un sitio del coro: allí estarás hasta que lord Shoreby se haya casado y la comitiva haya regresado sana y salva a casa. Y si todo va bien y no has tramado tú nada malo, al final marcharás donde quieras. Pero si tienes algún propósito sanguinario, caerá sobre tu cabeza. ¡Amén!

Y santiguándose devotamente, el cura se volvió y se inclinó ante el altar.

Tras esto, dijo unas palabras a los soldados y, cogiendo de la mano a Dick, le hizo subir al coro y le colocó en el sitio contiguo al suyo, donde, aunque no fuera más que por pura fórmula de respeto, tuvo el muchacho que arrodillarse y aparecer muy absorto en sus devociones.

Sin embargo, su imaginación y sus ojos no paraban un momento.

Observó que tres de los soldados, en vez de regresar a la casa, habían tomado tranquilamente una posición estratégica en la nave lateral, y no le cupo la menor duda de que así lo habían hecho por orden de sir Oliver. Había caído, pues, en una trampa. Allí había de pasar la noche rodeado del resplandor espectral y las sombras de la iglesia, contemplando el pálido rostro del que él mismo había matado. Y ahí, a la mañana siguiente, había de ver a su adorada casarse con otro hombre, ante sus propios ojos.

Pero, a pesar de todo, logró dominar su espíritu y revestirse de paciencia para esperar el desenlace.

4. En la iglesia de la abadía

Duraron las oraciones, en la iglesia, toda la noche sin interrupción, ora cantando salmos, ora haciendo sonar de cuando en cuando el fúnebre tañido de la campana.

Rutter, el espía, fue velado con honores de noble. Allí yacía, entretanto, tal como lo habían puesto, cruzadas las manos inertes sobre el pecho y mirando al techo con sus ojos muertos, y cerca, en el sitio del coro, el muchacho que le había matado esperaba, con dolorosa inquietud, la llegada de la mañana.

Sólo una vez, en el transcurso de aquellas horas, se inclinó sir Oliver hacia su cautivo, para decirle con voz tan leve como un susurro:

—Richard, hijo mío, si algún odio abrigas contra mí, yo te aseguro, por la salvación de mi alma, que lo haces contra un inocente. ¡Pecador me confieso ante los ojos del cielo! Pero pecador contra ti no lo soy ni lo he sido nunca.

—Padre —repuso Dick en el mismo tono de voz—, podéis creerme, nada intento; pero en cuanto a vuestra inocencia, tal vez no olvide que no os sincerasteis más que a medias.

—Un hombre puede ser culpable inocentemente —replicó el clérigo—. Puede habersele ordenado cumplir a ciegas una misión, ignorando su verdadero alcance. Esto es lo que a mí me ocurrió. Yo atraje a tu padre hacia la muerte; pero tan cierto como que nos está viendo el cielo en este lugar sagrado, yo no sabía lo que hacía.

—Es posible —murmuró Dick—. Pero ved qué rara telaraña habéis tejido, que ahora resulta que yo he de ser, en este momento, vuestro prisionero a la par que vuestro juez; que al propio tiempo que amenazáis mi vida estáis implorando que contenga mi ira. Creo yo que si toda la vida hubierais sido un hombre recto y buen sacerdote, no tendríais ahora que temerme ni detestarme. Y ahora volved a vuestras oraciones. Os obedezco, ya que la necesidad obliga; pero no quiero que me molestéis con vuestra compañía.

Exhaló el cura tan hondo suspiro que casi se inclinó el muchacho a sentir por él algo de lástima, y luego sepultó la abatida cabeza entre las manos, como hombre abrumado por el peso de la zozobra. No volvió a murmurar los salmos; pero Dick oyó el chocar de las cuentas entre sus dedos y el acompasado murmullo de sus plegarias entre dientes.

Un rato después la grisácea claridad de la mañana penetraba por las pintadas vidrieras de la iglesia, avergonzando al débil resplandor de los cirios. Aumentaba la luz, haciéndose más viva, y al poco tiempo, a través de las claraboyas del sudeste, un chorro de rosada luz solar jugueteaba en las paredes. La tormenta había cesado; los nubarrones descargaron su nieve y huyeron lejos, y el nuevo día apuntaba sobre un alegre paisaje de invierno, cubierto por una blanca funda.

Entraron apresuradamente acólitos y encargados del servicio de la iglesia, se llevaron el féretro al depósito de cadáveres y limpiaron de las baldosas las manchas de sangre, para que ningún espectáculo de mal agüero desluciese la boda de lord Shoreby.

Al propio tiempo, los mismos clérigos, que tan lúgubre ocupación tuvieron durante la noche, comenzaron a poner sus rostros más en consonancia con la mañana, para honrar la ceremonia, mucho más alegre, que a punto estaba de empezar. Y como nuevo anuncio de la llegada del día, fue congregándose allí la gente devota de la ciudad, entregándose a sus rezos ante sus capillas favoritas o a esperar su turno ante los confesionarios.

En medio de toda esta actividad, era fácil burlar la vigilancia de los centinelas de sir Daniel, que estaban apostados en la puerta. Y, poco a poco, Dick, mirando aburridamente en torno suyo, tropezó con la mirada de Will Lawless, nada menos, vistiendo aún el hábito de monje.

El forajido reconoció al momento a su jefe y reservadamente le hizo señas con las manos y los ojos.

Muy lejos estaba Dick de haber perdonado al viejo bribón su inoportuna borrachera, pero no quería complicarle en el aprieto en que se hallaba; en consecuencia, contestó a su señal con otra, ordenándole que se marchara.

Como si la hubiera entendido, Lawless desapareció inmediatamente detrás

de uno de los pilares, y Dick respiró tranquilo.

Pero ¡cuál no sería su sorpresa y espanto al sentir que le tiraban de la manga y ver al viejo ladrón instalado junto a él, en el sitio contiguo, y con todas las apariencias de hallarse sumido en sus devociones!

Instantáneamente sir Oliver se levantó de su asiento y, deslizándose por detrás de los siales, se dirigió hacia los soldados que estaban en la nave lateral. Si tan pronto habían despertado las sospechas del cura, el mal no tenía remedio, y Lawless quedaría prisionero en la iglesia.

—No te muevas —susurró Dick—. Estamos en el mayor de los aprietos, gracias, sobre todo, a tu cochinada de ayer por la tarde. Cuando me viste aquí sentado, donde no tengo derecho a estar, ni interés alguno, ¡mala peste!, ¿no pudiste oler que algo malo había en todo esto y huir del peligro?

—No —repuso Lawless—, creí que habíais recibido noticias de Ellis y que estabais aquí cumpliendo con vuestro deber.

—¿Ellis? —repitió Dick—. ¿Ha vuelto, pues?

—Ya lo creo —contestó el forajido—. Llegó anoche, y buenos azotes me dio por haberme emborrachado... De modo que ya estáis vengado, mi señor. ¡Ese Ellis Duckworth es una furia! A galope vino desde Craven para evitar esa boda; y ya sabéis, master Dick, su manera de obrar...: lo que dice lo hace.

—Pues entonces —dijo Dick, sin descomponerse— tú y yo, mi pobre hermano, somos hombres muertos, porque aquí estoy prisionero sólo por sospechas y mi cabeza responde de esa misma boda que él se propone desbaratar... Peliagudo dilema: ¡perder la novia o perder la vida! Pues bien: la suerte está echada... ¡me toca perder la vida!

—¡Por la misa! —exclamó Lawless levantándose a medias—. ¡Me marchó!

Pero Dick le puso enseguida la mano en el hombro, deteniéndole.

—Amigo Lawless —le dijo—, quédate ahí quieto sentado. Y si tienes ojos en la cara mira hacia allá, hacia el rincón, bajo el arco del presbiterio. ¿No ves que, con sólo moverte tú para levantarte, esos hombres armados se han preparado para interceptarte el paso? Ríndete, amigo. Cuando, a bordo del barco, creíste que ibas a morir ahogado, fuiste valiente; sólo ahora también para morir, dentro de poco, en la horca.

—Master Dick —suspiró Lawless—, ¡la cosa me ha pillado tan de sorpresa! Pero dadme tiempo de recobrar el aliento, y, ¡por la misa!, tan valeroso he de ser como vos mismo.

¡Ahora te reconozco, valiente! —murmuró Dick—. Sin embargo, Lawless,

mucho me apena tener que morir; pero, si de nada sirve el lloriquear, ¿para qué quejarse?

—¡Verdad es! —asintió Lawless—. Si así ruedan las cosas, ¡un comino me importa la muerte! Un día u otro será, mi señor. Y morir colgado en una buena pelea dicen que es una muerte dulce, aunque jamás supe de nadie que volviera del otro mundo para contarlo.

Y diciendo eso, el bravo pícaro se recostó en su sitial, cruzó los brazos y comenzó a mirar en torno con aire insolente y despreocupado.

—Respecto a esto —añadió Dick—, lo mejor que podemos hacer es estarnos quietos. Todavía no sabemos lo que Duckworth se propone, y cuando se haya dicho la última palabra, por muy mal que fueran las cosas, aun quizá podríamos poner pies en polvorosa.

Al dejar de hablar, percibieron unos lejanos y débiles acordes de alegre música, que se acercaban cada vez más fuertes. Las campanas de la torre rompieron a repicar y una multitud, que crecía por momentos, comenzó a apiñarse en la iglesia, sacudiéndose la nieve de los pies y frotándose y calentándose las entumecidas manos con su aliento. Se abrió de par en par la puerta del lado oeste, dejando ver el resplandor del sol sobre la nevada calle y dando entrada a una ráfaga de aire sutil de la mañana; en una palabra: todo demostraba que lord Shoreby deseaba casarse muy de mañana y que ya se acercaba el cortejo nupcial.

Algunos de los hombres de lord Shoreby despejaron el paso hacia la nave central, obligando a retroceder, con sus lanzas, a la gente; un momento después se veía acercarse, sobre la nieve helada, los pífanos y trompeteros, con la cara escarlata a fuerza de soplar; los tambores y los címbalos, tocando con fuerza.

Al acercarse éstos a la puerta del templo, formaban fila a cada lado, marcando el compás de su vigorosa música, golpeando con los pies sobre la nieve. Por el paso que dejaban así abierto aparecieron los jefes del noble cortejo nupcial, y tal era la variedad y vistosidad de sus trajes, tal la pompa y derroche de sedas y terciopelos, de pieles y rasos, de bordados y encajes, que la comitiva se destacaba sobre la nieve como un jardín cuajado de flores en medio de un sendero, o como una gran ventana de pintados cristales sobre una pared.

Venía primero la novia, triste espectáculo, pálida como el invierno y apoyándose en el brazo de sir Daniel, acompañada, como madrina de boda, por la damisela que protegiera a Dick la noche anterior. Inmediatamente después, radiante en su atavío, seguía el novio, cojeando con su gotoso pie, y cuando atravesó el umbral del sagrado edificio y se despojó de su sombrero, se

vio su calva rosada por la emoción.

Y entonces le llegó la hora a Ellis Duckworth.

Desde el sitio en que estaba Dick, como sacudido por encontradas emociones y agarrando con crispada mano el atril que tenía delante, vio cómo la multitud se agitaba y retrocedía en tropel, levantando los ojos y los brazos. Siguiendo estas señales, vio a tres o cuatro hombres con los arcos tensos, a punto de disparar, asomados a la galería de las claraboyas. En aquel preciso instante dispararon las flechas, y antes de que el clamor y las voces de la asombrada muchedumbre tuviesen tiempo de extenderse a todos los oídos, desaparecieron.

Llena quedó la nave de cabezas que se agitaban y de gritos de horror; aterrorizados acudieron los clérigos desde sus sitios, cesó la música, y aunque las campanas siguieron repicando unos segundos, alguna noticia del desastre llegó al fin hasta donde los campaneros tiraban de sus cuerdas, pues también ellos desistieron de su alegre tarea.

En el centro mismo de la nave yacía el novio, muerto en el acto, atravesado por dos flechas negras. La novia se había desmayado. Sir Daniel, en pie, miraba con aire dominante a la multitud, tan sorprendido como airado, con una flecha de una vara temblando en su antebrazo izquierdo y la cara chorreando sangre por otra que le había rozado una ceja.

Mucho antes de que pudiera practicarse la menor pesquisa para capturarlos, los autores de esta trágica interrupción se precipitaron por una escalera de caracol y desaparecieron por una poterna.

Pero Dick y Lawless todavía quedaban como rehenes; a la primera señal de alarma se levantaron e hicieron varoniles esfuerzos para ganar la puerta, pero entre la estrechez de los sitios y la multitud de aterrorizados curas resultó vano el intento, y no tuvieron más remedio que volver estoicamente a sus puestos.

Entonces, pálido de horror, sir Oliver se puso en pie y llamó a sir Daniel, señalando con una mano a Dick.

—¡Aquí —gritó— está Richard Shelton! ¡Hora funesta!... ¡Culpable de un asesinato! ¡Cogedle!... ¡Mandadlo prender! ¡Por nuestras vidas, cogedle y atadle fuerte! ¡Ha jurado destruirnos!

Sir Daniel se quedó ciego de ira... ciego también por la sangre caliente que aún corría por su rostro.

—¿Dónde? —rugió—. ¡Traédmelo a rastras! ¡Por la cruz de Holywood que se ha de arrepentir de este momento!

Retrocedió la muchedumbre y un grupo de arqueros invadió el coro,

violentemente echó mano sobre Dick y empujándole le hicieron bajar los escalones del presbiterio. Lawless, por su parte, se quedó en su asiento, más quieto que escondido ratoncillo.

Sir Daniel, limpiándose la sangre que le corría por los ojos, miró, parpadeando, a su cautivo.

—¡Ah, traidor, insolente —le dijo—; ya te tengo seguro! Y por todos los juramentos de la tierra, por cada gota de sangre que me corre por los ojos he de arrancarte un gemido de tu cuerpo. ¡Lléváoslo! —añadió—. ¡No es éste el sitio! A mi casa con él. Dejaré en todas las articulaciones de tu cuerpo la marca de la tortura.

Pero Dick, desasiéndose de los que le habían prendido, levantó su voz.

—¡Santuario! —gritó—. ¡Santuario! ¡Estoy en lugar sagrado y a él me acojo! ¿Oís, padres míos? ¡Quieren arrancarme de la iglesia!

—De la iglesia que tú has profanado con un asesinato, muchacho —añadió un hombrón, magníficamente vestido.

—¿Quién lo prueba? —gritó Dick—. Me acusan de complicidad, es cierto, pero sin la menor prueba. Yo era, en verdad, un pretendiente a la mano de esta damisela, y ella, me atrevo a decir, respondía a mi galanteo con su favor. Pero ¿qué hay de malo en eso? Amar a una doncella no es ofensa, creo yo... ni tampoco conquistar su amor. En cuanto a lo demás, limpio estoy de toda culpa.

Se oyó un murmullo de aprobación entre los espectadores; con tanta audacia proclamó Dick su inocencia. Pero inmediatamente una multitud de acusadores se alzó por el otro lado, gritando que la noche anterior le hallaron en casa de sir Daniel, llevando aquel sacrílego disfraz. Y en medio de aquella Babel, sir Oliver, con la voz y el gesto, señalaba a Lawless como cómplice en aquel delito. Éste, a su vez, fue arrancado de su asiento y colocado junto a su jefe.

Se excitaron los ánimos de la multitud entre los dos bandos que se habían formado; y mientras unos arrastraban a los prisioneros de un lado a otro para favorecer su huida, otros les llenaban de injurias y les golpeaban con sus puños. A Dick le zumbaban los oídos y le daba vueltas la cabeza de puro aturdimiento, como el que lucha con los remolinos de un impetuoso río.

Pero el hombrón que antes contestara a Dick restableció, mediante un prodigio de resistencia vocal, el silencio y el orden en la muchedumbre.

—Registradlos —ordenó—, a ver si llevan armas. Así podremos juzgar mejor sus intenciones.

No le hallaron a Dick más arma que su largo puñal, y esto habló en favor suyo, hasta que un hombre, oficiosamente, lo sacó de su vaina; entonces se vio

que estaba aún manchado con la sangre de Rutter. Se alzó entonces un tremendo vocerío entre los partidarios de sir Daniel, cortándolo enseguida el hombrón con un gesto y una mirada imperiosa.

Pero, al llegarle el turno a Lawless, se le encontró debajo de su hábito un haz de flechas idénticas a las que habían sido disparadas.

—¿Y qué decís ahora? —preguntó a Dick, con aire ceñudo, el hombrón.

—Caballero —repuso Dick—, estoy en un santuario, ¿no es verdad? Pues bien, caballero: por vuestro porte adivino que sois de elevada condición, y en vuestro semblante leo señales de piedad y de justicia. A vos, pues, me entregaré prisionero, con mucho gusto, renunciando al derecho que me concede este sagrado lugar. Pero antes que rendirme a discreción a ese hombre, a quien en voz alta acuso de ser el asesino de mi padre y el detentador injusto de mis tierras y rentas, antes que eso os suplico la gracia de que, con vuestra noble mano, me deis muerte en el acto. Vos mismo habéis oído que, aun antes de que fuese probada mi culpabilidad, ya me amenazó con el tormento. No cuadra a vuestro propio honor el entregarme a mi declarado enemigo y antiguo opresor, sino el que me juzguéis conforme manda la ley, y si en verdad soy culpable, que me deis misericordiosa muerte.

—Milord —gritó sir Daniel—, espero que no daréis oídos a ese lobo. Su daga sangrienta le echa en cara su falsedad.

—No; pero permitidme que os diga, mi buen caballero —replicó el alto desconocido—, que vuestra vehemencia dice muy poco en favor vuestro.

En ese momento, la novia, que había vuelto en sí de su desmayo unos minutos antes y contemplaba con extraviados ojos la escena, se desasió de los que la sostenían y cayó de rodillas ante el hombrón.

—Milord Risingham —exclamó—; oídmme en justicia. Me hallo aquí, bajo custodia de ese hombre, puramente obligada por la fuerza, secuestrada, robada a mi propia familia. Desde el día en que esto ocurrió no he hallado piedad, amparo ni consuelo en ningún hombre más que en éste, en Richard Shelton, a quien ahora acusan y tratan de perder. Milord, si anoche estuvo en la mansión de sir Daniel, fue porque a ella le llevé yo; fue porque yo se lo pedí, y nunca pensó en cometer daño alguno. Cuando sir Daniel se portaba aún con él como buen señor, luchó lealmente contra los de la Flecha Negra. Pero cuando su vil tutor intentó quitarle la vida con ardides, y tuvo que huir de noche para salvarse de aquella traidora morada..., ¿dónde podía ir en busca de auxilio, sin recursos de ninguna clase? Y si cayó entonces en malas compañías, ¿a quién condenaríais por ello, al muchacho injustamente tratado o al tutor que abusó de la confianza en él depositada?

Al llegar aquí, la otra damisela que la acompañaba se arrojó también de

rodillas junto a Joanna.

—Y yo, mi buen lord y tío —añadió ella—, puedo dar fe, en conciencia y ante todos los presentes, de que lo que esta doncella ha dicho es cierto. Fui yo, indigna compañera suya, quien llevó hasta allí al joven.

El conde de Risingham oyó en silencio, y cuando las voces cesaron, continuó aún silencioso un rato. Luego, dio a Joanna la mano para que se levantara, aunque pudo observarse que no usó igual cortesía con la que se había llamado sobrina suya.

—Sir Daniel —dijo, al fin—, es éste un complicado asunto que, con vuestro permiso, me encargaré yo de examinar y resolver. Contentaos, pues, con saber que vuestro asunto está en buenas manos; se os hará justicia, y, entretanto, marchaos a vuestra casa y haceos curar vuestras heridas. El aire es muy frío y no quisiera que pillarais un enfriamiento además de esos rasguños.

Hizo con la mano una seña, y ésta fue transmitida de unos a otros, en el interior de la nave, por sus obsequiosos servidores, que esperaban atentos al menor gesto.

Instantáneamente, fuera de la iglesia, sonó penetrante toque de trompetas, y a través del abierto portal, arqueros y hombres de armas, vestidos con los colores de la casa de lord Risingham y llevando su divisa, comenzaron a entrar en la iglesia, marchando en fila; les quitaron los dos prisioneros a los que aún los custodiaban, y cerrando filas tras Dick y Lawless, marcharon de frente y desaparecieron.

Al pasar, Joanna tendió las manos hacia Dick y le gritó adiós; y la madrina, sin que en nada la abatiese el evidente enojo de su tío, le envió un beso acompañado de un grito de: «¡Ánimo, cazador de leones!», lo que por vez primera, desde los sucesos ocurridos, hizo asomar una sonrisa a los labios de la multitud.

5. El conde de Risingham

A pesar de ser, con mucho, el más importante personaje de cuantos había entonces en Shoreby, el conde de Risingham se alojaba pobremente en la casa de un caballero particular, en los barrios extremos de la ciudad. Sólo los hombres armados que había en las puertas y los mensajeros a caballo que iban y venían sin cesar anunciaban la residencia temporal de un gran lord.

Así sucedió que, por falta de espacio, Dick y Lawless fueron encerrados en una misma habitación.

—Muy bien hablasteis, master Richard —dijo el forajido—. No podíais hacerlo mejor, y, por mi parte, os doy las gracias cordialmente. Hemos caído en buenas manos; nos juzgarán en justicia y a una hora u otra de esta noche nos colgarán decentemente de un mismo árbol.

—La verdad es, pobre amigo mío, que así lo creo —respondió Dick.

—Sin embargo, aún nos queda una cuerda en nuestro arco —replicó Lawless—. Ellis Duckworth es hombre como no se encontraría otro entre diez mil; os tiene metido en el corazón, tanto por vos mismo como por vuestro padre, y conociendo vuestra inocencia en este lance, removerá cielo y tierra para salvaros.

—Tal vez no —dijo Dick—. ¿Qué puede hacer él? No tiene más que un puñado de hombres. ¡Ay! Si fuese mañana... Si yo pudiera acudir a una cita que mañana tengo una hora antes del mediodía... Creo que las cosas cambiarían de aspecto... Pero ahora no hay remedio.

—Bien —dijo resumiendo Lawless—; si vos proclamáis mi inocencia, yo proclamaré la vuestra con toda energía. De nada nos servirá; pero si me han de ahorcar, no será por quedarme corto en jurar que somos inocentes.

Mientras Dick quedaba sumido en sus pensamientos, el viejo pícaro se acurrucó en un rincón, tiró de su capucha monástica hasta taparse la cara y se acomodó para dormir. Pronto sonaron sus fuertes ronquidos: hasta tal punto su larga vida de penalidades y aventuras le había embotado el sentido del miedo.

Largo rato hacía que pasara el mediodía, y el día comenzaba a declinar, cuando se abrió la puerta de la habitación y Dick fue conducido a la parte alta de la casa, donde en tibio aposento meditaba el conde de Risingham, sentado junto al fuego.

Al entrar su cautivo, alzó la vista.

—Caballero —le dijo—, conocí a vuestro padre, que era un hombre de honor, y esto me inclina a ser más indulgente; pero no he de ocultaros que pesan sobre vuestra conducta graves cargos. Andáis asociado con asesinos y ladrones; existen pruebas evidentes de que habéis atentado contra la paz del reino; se sospecha que os apoderasteis de un barco, como un pirata; fuisteis hallado, oculto y disfrazado, en casa de vuestro enemigo; fue asesinado un hombre aquella misma noche...

—Si me lo permitís, milord —interrumpió Dick—, os confesaré inmediatamente mi culpa, tal como es. Yo maté a Rutter, y como prueba de ello —añadió, buscando algo en su seno— aquí tenéis una carta que llevaba en su escarcela.

Tomó la carta lord Risingham, la abrió y la leyó dos veces.

—¿Habéis leído esto? —preguntó.

—Sí, lo he leído —contestó Dick.

—¿Sois del partido de York o del de Lancaster? —inquirió el conde.

—Milord, no hace mucho que me hicieron la misma pregunta y no supe cómo contestarla —dijo Dick—; pero habiendo respondido a ella una vez, no he de variar ahora. Milord, soy del partido de York.

Inclinó la cabeza el conde en señal de aprobación.

—Honrada respuesta —dijo—. Pero entonces, ¿por qué me entregáis esta carta?

—Porque, contra los traidores, milord, ¿no están por igual dispuestos todos los partidos? —exclamó Dick.

—Bien quisiera yo que así lo estuvieran, caballero —repuso el conde—, y cuando menos apruebo vuestra frase. Observo que hay en vos más juveniles impulsos que culpa, y, de no ser sir Daniel hombre tan poderoso en nuestro partido, casi estaría tentado a defenderos en vuestra querrela. Porque he indagado y, por lo que parece, habéis sido tratado muy duramente, y tenéis mucha excusa. Pero mirad, caballero, yo soy, antes que nada, un jefe que ha de defender los intereses de la reina y aunque, según creo, hombre justo por naturaleza, y hasta con exceso inclinado a la misericordia, estoy obligado a dirigir de tal suerte mis actos que resulten beneficiosos para los intereses de mi partido, y por conservar a sir Daniel sería capaz de ir muy lejos.

—Milord —repuso Dick—, sin duda os parecerá osadía el que yo os aconseje; pero ¿contáis con la fidelidad de sir Daniel? Tenía yo entendido que con intolerable frecuencia pasaba de un partido a otro.

—¡Ah! Ésa es la costumbre en Inglaterra. ¿Qué le vamos a hacer? —replicó el conde—. Pero sois injusto con el caballero de Tunstall, y del modo que se entiende la fidelidad en esta desleal generación, últimamente se ha mostrado honradamente leal a nosotros, los de Lancaster. Hasta en nuestros últimos reveses siguió firme a nuestro lado.

—Entonces —contestó Dick— si os dignáis echar una ojeada a esta otra carta, podría ser que cambiarais la opinión en que le tenéis.

Y entregó al conde la misiva de sir Daniel a lord Wensleydale.

El efecto que ésta produjo en el semblante del conde fue instantáneo; se enfureció como un león y, con repentino impulso, llevó la crispada mano a su daga.

—¿También esto lo habéis leído? —preguntó.

—También esto —respondió Dick—. Vuestras posesiones es lo que ofrece a lord Wensleydale.

—Sí, mis posesiones, como decís —exclamó el conde—. Esta carta me convierte en vuestro servidor. Me ha mostrado la madriguera del zorro. Mandadme, master Shelton; no seré mezquino en mi gratitud; y para empezar, seáis de York o de Lancaster, hombre honrado o ladrón, desde este momento os concedo la libertad. ¡Marchaos, en nombre de la Virgen María! Pero considerad como un acto de justicia que retenga y ahorque a vuestro compañero Lawless. El crimen se ha cometido públicamente y es conveniente que a él siga un castigo público también.

—Milord, la primera súplica que os hago es que también a él le perdonéis.

—Es un condenado pícaro, ladrón y vagabundo, master Shelton —dijo el conde—. Hace lo menos veinte años que se tiene bien ganada la horca. Y si, al fin, a ella ha de ir a parar, ¿qué más da mañana que pasado?

—Sin embargo, milord, por cariño a mí, vino él aquí —respondió Dick—, y muy ruin y desagradecido sería si lo abandonara.

—Master Shelton, muy terco sois —repuso severamente el conde—. Mal camino es ése para prosperar en el mundo. A pesar de todo, y para librarme de vuestra importunidad, voy a complaceros una vez más. Marchaos, pues, juntos; pero cautelosamente y salid rápidamente de la ciudad de Shoreby. Porque ese sir Daniel, ¡a quien el cielo confunda!, tiene sed insaciable de vuestra sangre.

—Milord, os expreso ahora con palabras mi gratitud, esperando poder pagaros dentro de breve plazo una parte de mi deuda —contestó Dick mientras salía de la habitación.

6. Otra vez Arblaster

Cuando a Dick y a Lawless se les permitió escapar por una puerta trasera de la casa en la que lord Risingham tenía su guarnición, ya anochecía.

Hicieron alto un momento al abrigo de la tapia del jardín para ponerse de acuerdo acerca del mejor camino a seguir. El peligro era extremado. Si uno de los hombres de sir Daniel llegaba a verlos y daba la voz de alarma, pronto les darían caza y les acuchillarían al instante. Y no sólo era la ciudad de Shoreby una red de peligros para sus vidas, sino que salir a campo abierto era correr el riesgo de tropezar con las patrullas de vigilancia.

Poco después, al entrar en un terreno descubierto, divisaron un molino de

viento y, junto a él, un espacioso granero con las puertas abiertas.

—¿Qué te parece si nos quedásemos ahí hasta que se hiciera de noche? — preguntó Dick.

No ocurriéndoselo a Lawless mejor recurso, corrieron hacia el granero y se ocultaron detrás de la puerta, entre la paja.

La luz del día iba desapareciendo rápidamente y, al rato, plateaba ya la luna la helada nieve. Entonces o nunca era el momento de llegar a La Cabra y la Gaita sin ser vistos, y cambiar allí sus delatorias ropas. Aun así, lo más discreto era dar un rodeo por las afueras y no arriesgarse a ir por el mercado, donde, entre la aglomeración de gente, estaban en peligro más inminente de ser reconocidos y muertos.

Largo era el camino. Les llevó aquel rodeo no muy lejos de la casa junto a la playa, oscura y silenciosa entonces, dejándoles, al fin, al borde del puente. A la clara luz de la luna, pudieron ver que muchos barcos habían levado anclas y, aprovechando lo despejado del cielo, partieron con rumbo a tierras más lejanas; por esta causa, las míseras tabernas de la playa —aunque burlando la ley del toque de queda, tuviesen aún encendidos fuegos y velas— no estaban ya llenas de parroquianos ni resonaban en ellas los coros de canciones marineras.

Apresuradamente, casi corriendo, con sus hábitos monásticos recogidos hasta la rodilla, se hundían los fugitivos en la nieve, cruzando por entre el laberinto del maderamen marino, y ya llevaban recorrido más de la mitad del camino en torno del puerto cuando, al pasar frente a una taberna, se abrió de pronto la puerta y una ráfaga de luz cayó sobre sus fugitivas figuras.

Se detuvieron en el acto, con la intención de hacer creer que estaban entregados a una animada conversación.

Tres hombres, uno después de otro, salieron de la taberna, y el último cerró tras él la puerta. Iban los tres tambaleándose, como si hubieran pasado el día en continuas libaciones, y se quedaron indecisos a la luz de la luna, como quienes no saben qué hacer. El más alto de los tres hablaba en voz alta y lastimera.

—Siete barricas del mejor Gascuña que jamás sirviera tabernero alguno — decía—. El mejor barco que jamás zarpara del puerto de Dartmouth, una Virgen María medio dorada, trece libras en buena moneda de oro...

—Yo también he tenido grandes pérdidas —interrumpió uno de los otros—. También he perdido cosas de mi propiedad, compadre Arblaster. En la fiesta de san Martín me robaron cinco chelines y una bolsa de cuero que valía nueve peniques y cuarto.

Lo que oyó Dick le llegó al alma. Hasta ese momento quizá no había pensado ni un par de veces en el pobre patrón arruinado por la pérdida del Buena Esperanza; con tal indiferencia miraban en aquellos tiempos, los hombres que llevaban armas, los bienes e intereses de sus inferiores. Pero aquel repentino encuentro le recordó vivamente lo duro de su proceder y el triste fin de su empresa, y tanto él como Lawless volvieron del otro lado la cabeza para evitar ser reconocidos.

El perro del barco, sin embargo, había logrado escapar del naufragio y hallar el camino de regreso a Shoreby. Estaba ahora detrás de Arblaster, junto a sus talones, y de pronto, olfateando y enderezando las orejas, se lanzó hacia adelante y comenzó a ladrar furiosamente a los dos falsos frailes.

Tambaleándose le siguió su amo.

—¡Eh, compañeros! —gritó—. ¿Tenéis un penique para este pobre y viejo marino arruinado por los piratas? ¡Soy hombre que pudiera haber pagado por vosotros dos el jueves por la mañana, y heme aquí ahora, el sábado por la noche, mendigando para una jarra de cerveza! ¡Si no me creéis, preguntadle a mi marinero Tom! ¡Siete barricas de buen vino de Gascuña, un barco que era mío, y fue antes de mi padre, una bendita Virgen María de madera de plátano y medio dorada y trece libras en oro y plata! ¿Eh? ¿Qué os parece? Un hombre que ha luchado contra los franceses; porque yo me he batido contra ellos, y más cabezas he cortado en alta mar que hombre alguno de cuantos se hicieron a la vela en el puerto de Darmouth. Vamos, dadme un penique.

Ni Dick ni Lawless se atrevieron a contestarle una sola palabra, por temor de que reconociera sus voces; y allí se quedaron tan inertes como barco en tierra, sin saber hacia dónde volverse ni qué esperar.

—¿Eres mudo, muchacho? —preguntó el patrón—. Compañeros —añadió, interrumpiéndole el hipo—, son mudos. No me hace gracia esa descortesía, pues aunque un hombre sea mudo, si es cortés, hablará, sin embargo, cuando se le habla, creo yo.

El marinero Tom, hombre extraordinariamente forzudo, pareció concebir ciertas sospechas acerca de estas dos mudas figuras, y, más sereno que su capitán, se plantó de pronto ante Lawless, le cogió bruscamente del hombro y le preguntó qué le pasaba que tan quieta tenía la lengua.

Lawless, creyendo que todo disimulo era ya inútil, le contestó con un puñetazo formidable que dejó tendido al marinero sobre la arena, y, gritando a Dick que le siguiera, echó a correr por entre el maderamen.

La escena se desarrolló en un segundo. Antes de que Dick pudiera correr poco ni mucho, Arblaster le tenía cogido entre sus brazos; Tom, arrastrándose, lo agarró por un pie, y el tercero de aquellos hombres desenvainó un machete

y lo blandía sobre su cabeza.

No era el peligro en que se hallaba ni el enojo lo que abatía el ánimo del joven Shelton; era la profunda humillación que sentía de haber escapado de las garras de sir Daniel y de haber convencido a lord Risingham, para venir ahora a caer indefenso en manos de este viejo marinero borracho, y no sólo indefenso, sino, como su conciencia le decía a gritos cuando era ya demasiado tarde, realmente culpable... insolvente deudor del hombre cuyo barco había robado para perderlo después.

—Traédmelo hasta la taberna para que le vea la cara —gritó Arblaster.

—No, no —objetó Tom—. Vaciémosle antes la bolsa, no sea que vayan a reclamar su parte los demás compañeros.

Pero por más que lo registraran de pies a cabeza no le encontraron encima ni un solo penique; tan sólo el sello de lord Foxham, el anillo que le arrancaron brutalmente del dedo.

—Ponédmelo de cara a la luna —dijo el patrón, y cogiendo a Dick por la barbilla, le levantó bárbaramente la cabeza.

—¡Virgen bendita! —gritó—. ¡Es el pirata!

—¿Qué? —exclamó Tom.

—¡Por la Virgen de Burdeos! ¡Es el mismo! —repitió Arblaster—. ¡Ah, ladrón, al fin te he cogido! ¿Dónde está mi barco? ¿Dónde están mis siete barriles de Gascuña? ¿Eh? ¿Será verdad que te tengo en mis manos? Tom, dame un pedazo de cuerda; voy a atar de pies y manos a este ladrón, como pavo en el asador... ¡Por la Virgen, que así voy a atarlo! Y luego voy a tundirle a golpes.

Así, por el estilo, siguió hablando, mientras, con la destreza propia de los marinos, iba enrollando la cuerda alrededor de los miembros de Dick asegurando cada vuelta y cada cruce con nudos y afianzando su obra con salvaje tirón.

Cuando hubo terminado, el muchacho era un mero fardo entre sus manos: tan indefenso como un muerto. Lo empujó el patrón hasta donde el brazo le alcanzaba, y prorrumpió en una carcajada. Después le pegó un tremendo puñetazo en un oído, que lo dejó aturdido; y volviéndole a uno y otro lado le dio furiosos puntapiés.

La ira se alzó como una tempestad en el pecho de Dick, una cólera que le ahogaba, y creyó morir. Pero cuando el marinero, cansado ya del cruel juego, lo lanzó cuan largo era sobre la arena y se volvió para consultar con sus compañeros, instantáneamente recobró la serenidad. Era un momento de respiro: antes de que comenzaran de nuevo a torturarlo, quizá pudiera hallar un

medio de escapar a aquella degradante y fatal desventura.

Muy pronto, en efecto, y mientras sus apresadores discutían lo que habrían de hacer con él, sacó fuerzas de flaqueza y con voz firme les habló así:

—¿Os habéis vuelto locos de remate? El cielo pone en vuestras manos la mejor ocasión para enriqueceros que jamás tuvo marinero alguno; una ocasión como no se os presentará otra en treinta aventuras que corráis en lejanos mares... y, ¡por la misa!, ¿qué se os ocurre? ¿Pegarme? ¡Vaya, no haría otra cosa un chiquillo rabioso! Pero vosotros, sesudos marineros que no teméis al agua ni al fuego, y que amáis el oro tanto como la carne de buey, me parece que no sois muy discretos.

—Sí —dijo Tom—; ahora que estás atado quisieras engañarnos.

—¡Engañaros! —repitió Dick—. Si fuerais tontos, sería fácil. Pero si sois astutos, como creo que lo sois, podéis ver claramente dónde está vuestro provecho. Cuando os quité el barco, nosotros éramos muchos, todos bien equipados y armados; pero ahora, pensad un poco, ¿quién reunió aquellas tropas? Alguien, sin duda, que tenía mucho oro. Y si éste, rico ya, continuaba aún yendo a caza de oro, desafiando las tempestades... Pensad una vez más... ¿No habrá un tesoro escondido en algún sitio?

—¿Qué querrá decir? —preguntó uno de los hombres.

—Pues que si habéis perdido un bote viejo y unas jarras de vino picado —continuó Dick— os olvidéis de ello como cosa que no vale la pena y os metáis más bien en una aventura, digna de ser así llamada, que en doce horas habrá de enriqueceros o arruinaros para siempre. Pero levantadme de aquí y vayamos a algún sitio cerca para hablar delante de una jarra de cerveza, porque tengo el cuerpo dolorido y helado, y casi metida la boca entre la nieve.

—Lo que busca es engañarnos —dijo Tom, despectivamente.

—¡Engañarnos! ¡Engañarnos! —exclamó el tercero del grupo—. ¡Me gustaría conocer al hombre capaz de engañarme! ¡Buen fullero habría de ser! No me he caído yo de ningún nido. Sé distinguir una iglesia cuando tiene campanario; y, lo que es yo, por mi parte, compadre Arblaster, creo que no está desprovisto de razón este joven. ¿Queréis que le escuchemos? Decid: ¿queréis que le escuchemos?

—Contento me vería ante un azumbre de cerveza fuerte, master Pirret —contestó Arblaster—. ¿Qué dices tú a eso, Tom? Pero la bolsa está vacía.

—Yo pago —dijo el otro—. Yo pago. Estoy deseando saber de qué se trata. Creo, en conciencia, que hay oro en el asunto.

—¡Si empezáis a beber otra vez, todo está perdido! —gritó Tom.

—Compadre Arblaster, a ese marinero vuestro le dejáis tomarse demasiadas libertades —replicó master Pirret—. ¿Vais a permitir que os mande un hombre asalariado? ¡Vaya, vaya!...

—¡Silencio, compañero! —dijo Arblaster, dirigiéndose a Tom—. ¿Vas a meter el remo, tú? ¡Bueno sería que la tripulación viniese a enmendarle la plana al patrón!

—Haced, pues, lo que queráis —repuso Tom—. Yo me lavo las manos.

—Levantadle, pues —dijo master Pirret—. Sé yo ahí un sitio reservado donde podremos beber y charlar.

—Si he de ir andando, amigos, tendréis que desatarme los pies —observó Dick, una vez que estuvo derecho como un poste.

—Es verdad —concedió, riendo, Pirret—. Hay que reconocer que no podría dar un paso tal como está. Dadle un corte a la cuerda... Sacad el cuchillo y cortadla un poco, compadre.

Hasta el mismo Arblaster se quedó algo suspenso ante esta proposición, pero como su compañero insistió y Dick tuviera el buen sentido de aparentar una expresión de indiferencia, encogiéndose de hombros ante tal retraso, el patrón cortó, al fin, las cuerdas que sujetaban al prisionero pies y piernas. Esto no sólo le permitió a Dick caminar, sino que, al aflojarse proporcionalmente toda la red de sus ataduras, observó que empezaba a mover con mayor libertad el brazo que tenía atado a la espalda y concibió la esperanza de que, a fuerza de tiempo y paciencia, podría llegar a dejarlo libre por completo. De ello podía dar gracias a la simpleza y codicia de master Pirret.

Este personaje asumió la dirección de todo, y los condujo a la mismísima mísera taberna a la cual Lawless había llevado a Arblaster el día del temporal. Casi desierta se hallaba ahora; el fuego era un montón de rojas ascuas que irradiaban vivísimo calor, y cuando todos hubieron tomado asiento y el amo puso ante ellos una medida de cerveza tibia y especiada, tanto Pirret como Arblaster estiraron las piernas y apoyaron los codos sobre la mesa como hombres dispuestos a pasar un rato agradable.

Consistía la mesa a la que se sentaron, como todas las demás de la taberna, en una pesada tabla cuadrada puesta sobre un par de barriles, y cada uno de los cuatro compinches, de tan extraña y diversa catadura, había tomado sitio en uno de los lados del cuadrado: Pirret frente a Arblaster y Dick en el lado opuesto al marinero Tom.

—Ahora, joven —dijo Pirret—, al asunto. Verdaderamente parece que os habéis portado bastante mal con nuestro compañero Arblaster; pero eso ¿qué importa?

Dadle una compensación... mostradle esa oportunidad de hacerse rico... y yo os respondo de que os perdonará.

Hasta este momento había hablado Dick bastante a la ligera; pero ya era necesario, bajo la vigilancia de seis ojos, inventar y relatar alguna historia maravillosa y a ser posible recuperar aquel importantísimo anillo-sello de lord Foxham. Lo primero que hacía falta era dejar correr el tiempo. Cuanto más los entretuviera, más beberían sus apresadores y con mayor seguridad podría intentar la huida.

Ahora bien: no tenía Dick grandes dotes para inventar historias, y lo que contó se parecía mucho al cuento de Alí-Babá, sustituyendo el oriente por Shoreby y el bosque de Tunstall y exagerando, más bien que disminuyendo, los tesoros de la cueva. Como sabe el lector, ésta es una excelente historia, que tan sólo un defecto tiene: el de no ser verdad. Así pues, como era la primera vez que la oían aquellos sencillos marineros, los ojos se les salían de las órbitas y se quedaban boquiabiertos como el bacalao en la pescadería.

Pronto pidieron una segunda medida de aquella cerveza tibia mientras Dick desarrollaba aún, con toda habilidad, los incidentes de su historia; una tercera jarra siguió a la segunda.

He aquí la situación de los contertulios cuando la historia tocaba a su fin:

Arblaster, borracho y muerto de sueño, colgaba inerte sobre el banco. El mismo Tom había escuchado encantado el cuento y su vigilancia había disminuido en proporción. Entretanto, Dick había ido zafándose de sus ligaduras y se hallaba ya dispuesto a jugarse el todo por el todo.

—¿De modo —preguntó Pirret— que vos sois uno de éstos?

—Contra mi voluntad me hicieron serlo —respondió Dick—. Pero si yo pudiera lograr, por la parte que me tocara, uno o dos sacos de monedas de oro, bien tonto sería si quisiera seguir viviendo en una asquerosa cueva, exponiéndome a recibir tiros y bofetadas como un soldado. ¡Cuatro somos aquí! Pues bien: vayamos mañana al bosque antes de que salga el sol. Si pudiéramos procurarnos honradamente algún borrico, sería mucho mejor; pero si no podemos, cuatro robustas espaldas tenemos, y yo os respondo de que volveremos tan cargados que nos doblaremos al peso.

Pirret se relamió de gusto.

—Y esta palabra mágica... ese santo y seña con que se abre la cueva... ¿cuál es, amigo? —pregunto.

—¡Ah! Esa palabra no la saben más que los tres jefes —respondió Dick—. Pero ahora veréis la suerte que habéis tenido: que esta misma noche traiga yo conmigo un amuleto para abrirla. Es una cosa que en todo el año no se separa

de la bolsa del capitán.

—¿Un amuleto? —pregunto Arblaster medio despierto y guiñando un ojo a Dick—. ¡Vade retro! No me vengáis a mí con amuletos. Soy un buen cristiano; preguntádselo si no a Tom el marinero.

—Pero si esto no es más que magia blanca —repuso Dick—. Nada tiene que ver con el diablo; no se trata más que del poder oculto de los números, de las hierbas y de los planetas.

—Sí, sí —asintió Pirret—; no es más que magia blanca, compadre. No hay en ello pecado, os lo aseguro. Pero continuad, joven. Este amuleto... ¿en qué consiste?

—Voy a mostrároslo inmediatamente —respondió Dick—. ¿Tenéis ahí el anillo que me quitasteis del dedo? ¡Bien! Cogedlo ahora con las puntas de los dedos y sostenedlo así con el brazo extendido, contra el brillo de esos rescoldos. Así, exactamente. Pues bien: ése es el amuleto.

De una rápida ojeada Dick se aseguró de que tenía libre el paso entre él y la puerta. Se encomendó a Dios con el pensamiento y, tendiendo el brazo, arrebató de un tirón el anillo; en el mismo instante levanto la mesa y la arrojó de pronto sobre el marinero Tom. Este pobre infeliz cayó debajo, gritando bajo la madera, y antes de que Arblaster comprendiera lo que ocurría o de que Pirret pudiera fijar su inseguro pensamiento, Dick había corrido ya hacia la puerta y conseguido escapar a la clara luz de la luna.

Ésta, que andaba ya por la mitad del cielo, y la extremada blancura de la nieve, hacían que el despejado terreno que rodeaba al puerto apareciese alumbrado como por la claridad del día, con lo que Shelton, saltando entre el maderamen, con el hábito recogido, era una figura visible desde lejos.

Tom y Pirret le siguieron dando voces; salieron de todas las tabernas gentes que, atraídas por los gritos, se les unieron; al poco rato, toda una turba de marineros corría en su persecución. Pero el marinero en tierra resulta mal corredor, y tal era en el siglo XV, y Dick además les llevaba buena delantera, que aumentó rápidamente, tanto que al llegar cerca de una angosta callejuela se atrevió hasta a pararse y mirar hacia atrás, riéndose.

Sobre la blanca alfombra de nieve corrían cuantos marineros había en Shoreby, apiñados todos, formando una mancha borrosa, con algunas colas de rezagados que les seguían en grupos aislados. Todos vociferaban y gesticulaban agitando los brazos en el aire; algunos tropezaban, y para completar el cuadro, al caerse uno, una docena más iban a caer también sobre él.

El confuso ruido del vocerío, que talmente parecía elevarse hasta la luna,

resultaba cómico y terrorífico para el fugitivo, a quien intentaban dar caza. Mas en sí era ineficaz, porque bien seguro estaba de que ningún marinero podría darle alcance. Pero solamente la magnitud del alboroto, que habría de despertar a cuantos dormían en Shoreby y atraer a las calles a los centinelas ocultos, sería amenaza de peligros que le esperaban y podían cerrarle el paso. Así pues, atisbando en una esquina el oscuro portal de una casa, se metió rápidamente en él, y dejó pasar el salvaje acoso de todos aquellos bárbaros perseguidores, que siguieron gritando y gesticulando, rojas las caras con la excitación y la carrera, blancos sus cuerpos por las caídas en la nieve.

Pasó largo rato antes de que terminara aquella invasión de la ciudad por los del puerto, y mucho tardó en restablecerse el silencio. Durante no poco rato se oyó aún a algunos marineros desperdigados gritando por las calles en todas direcciones y en todos los barrios de la ciudad. Trajo esto no pocas riñas, unas veces entre ellos mismos, otras con las patrullas que encontraban; salieron a relucir cuchillos; se repartieron no pocos golpes, por una y otra parte, y más de un cadáver quedó tendido sobre la nieve.

Una hora después, cuando el último marinero regresaba, refunfuñando, hacia el puerto y se metía en su taberna favorita, si alguien le hubiera preguntado qué clase de hombre perseguía, habría tenido que contestar que, si lo supo, lo había olvidado.

A la mañana siguiente, muchas eran las extrañas historias que corrían de boca en boca, y, poco después, la leyenda de que el diablo había hecho una visita nocturna a Shoreby pasaba como artículo de fe entre los muchachos de Shoreby.

Pero el regreso al puerto del último marinero no bastó para que pudiera librarse Shelton de su fría prisión del portal.

Reinó aún, durante algún tiempo, gran actividad entre las patrullas, y salieron partidas especiales a hacer la ronda del lugar y llevar noticias de lo ocurrido a algunos de los grandes lores, cuyo sueño había sido interrumpido de manera tan insólita.

Muy avanzada andaba ya la noche cuando Dick se aventuró a salir de su escondite y llegó sano y salvo, pero dolorido el cuerpo por el frío y los golpes recibidos, a la puerta de La Cabra y la Gaita.

Conforme mandaba la ley, no había ya en la casa ni fuego ni luz, pero a tientas llegó hasta un rincón del helado cuarto que servía de posada; halló allí una manta que se echó en los hombros y, arrastrándose hasta ponerse al lado del más próximo durmiente, pronto le venció el sueño.

LIBRO QUINTO

CROOKBACK

1. La aguda trompeta

A la mañana siguiente, temprano, antes de apuntar el día, se levantó Dick, se cambió de ropas, se armó de nuevo como un caballero y emprendió la marcha hacia la guarida de Lawless, en el bosque.

Como recordará el lector, allí había dejado los documentos de lord Foxham, y sólo podía recogerlos y estar de regreso para llegar a tiempo a la cita con el joven duque de Gloucester partiendo muy de mañana y apretando mucho el paso.

La helada era más fuerte que nunca; el aire, quieto y seco, cortaba el rostro. Había desaparecido la luna, pero brillaban aún numerosas estrellas, y el reflejo de la nieve era claro y vivo. Para caminar no era necesaria linterna alguna, y aquel aire tranquilo, pero diáfano, no infundía la menor tentación de detenerse.

Había cruzado Dick la mayor parte del terreno abierto entre Shoreby y el bosque, y se hallaba ya al pie de la colina, a unos cien metros de la Cruz de santa Brígida, cuando, en medio del silencio de aquella madrugada, sonó la estridente nota de un toque de clarín, tan agudo, tan claro y penetrante, que creyó no haber oído jamás otro igual. Sonó una vez, se repitió precipitadamente otra, y luego sucedió el ruido de chocar de aceros.

Aguzó el oído Shelton y, desenvainando la espada, corrió monte arriba.

Pronto divisó la cruz y pudo percatarse del feroz encuentro que se desarrollaba en el camino, frente a ella. Siete u ocho eran los que atacaban y sólo un hombre el que les hacía frente, pero tan rápido y diestro era éste, tan desesperadamente acometía y dispersaba a sus adversarios, tan gallardamente se aferraban sus pies sobre el hielo, que antes de que Dick pudiera intervenir ya había matado a uno, herido a otro y mantenido a raya a los demás.

Sin embargo, milagro parecía que de tal modo pudiera seguir defendiéndose, ya que, a cada instante, cualquier accidente, el menor resbalón sobre el helado suelo o un error de su mano, podía costarle la vida.

—¡No desmayéis, caballero! ¡Voy en vuestro auxilio! —gritó Richard, olvidando que estaba solo y que el grito era impropio—. ¡A la Flecha! ¡A la Flecha! —exclamó, cayendo sobre la retaguardia de los agresores.

Gente brava eran éstos también, pues ni una pulgada cedieron ante la

sorpresa, sino que, haciendo frente, cerraron con asombrosa furia sobre Dick. Cuatro contra uno lucharon entonces, y, al resplandor de las estrellas, relampagueaban de continuo en torno suyo los aceros; las chispas saltaban con furia; uno de sus contrincantes cayó... en el fragor de la pelea, apenas supo por qué; luego sintió él mismo un golpe en la cabeza, y aunque el casquete de acero que llevaba bajo la capucha le protegió, la fuerza del porrazo le hizo caer sobre una rodilla y sentir que la cabeza le daba vueltas como si fuera el aspa de un molino.

Entretanto, el hombre en cuyo auxilio acudiera en vez de tomar parte entonces en la contienda, a la primera señal de intervención había saltado hacia atrás con más fuerza y precipitación aún, tocando de nuevo aquella misma trompeta de agudo sonido que había sido la voz de alarma. Un instante después cargaban sobre él sus enemigos, y una vez más acometía y esquivaba, saltaba, hería, caía de rodillas, usando indistintamente espada y daga, pies y manos, con el mismo indomable valor y febril energía y destreza.

Pero aquella penetrante llamada, al fin, había sido escuchada. Se oyó un rumor sordo en la nieve y en buena hora para Dick, que veía ya las puntas de las espadas relucir junto a su garganta, un desatado torrente de hombres de armas montados se lanzó desordenadamente desde el bosque por ambos lados, todos ellos cubiertos de hierro, baja la visera, lanza en ristre o en alto la desnuda espada, y llevando cada uno, por decirlo así, un pasajero, en forma de arquero o paje, que saltaron uno tras otro de los caballos y pronto doblaron el número de aquella tropa.

Viéndose cercados por fuerza tan superior, los primitivos asaltantes tiraron sus armas sin pronunciar palabra.

—¡Prendedme a esa gente! —gritó el héroe de la trompeta, y una vez cumplida su orden, se acercó a Dick y le miró a la cara.

Al devolverle Dick su escrutadora mirada, se quedó sorprendido de hallar, en quien había desplegado tal fuerza, destreza y energía, a un muchacho casi de su edad, ligeramente deformado, con un hombro más alto que el otro, y de pálido, atormentado y torcido semblante. Sus ojos, sin embargo, eran límpidos, serenos y de audaz expresión.

—Caballero —dijo aquel muchacho—, en momento oportuno llegasteis para mí.

—Milord —contestó Dick, con el vago presentimiento de que se hallaba en presencia de un alto personaje—, tan maravilloso espadachín sois que creo que les hubierais hecho morder el polvo vos solo. Sin embargo, lo que sin duda fue una suerte para mí es que vuestros hombres no se retrasaran ni un momento más.

—¿Cómo supisteis quién era yo? —preguntó el desconocido.

—Ni aun ahora mismo, señor, sé yo con quién estoy hablando.

—¿De veras? —preguntó el otro—. Y, a pesar de ello, os lanzasteis de cabeza a esta desigual batalla.

—No vi más que a un hombre que luchaba valerosamente contra muchos —repuso Dick—, y hubiera considerado una afrenta para mí no prestarle ayuda.

Singular e irónica sonrisa se dibujó en la boca del joven hidalgo al contestar:

—Bravas palabras son éstas. Pero... vamos a lo más esencial: ¿sois de Lancaster o de York?

—Milord, no he de ocultarlo: soy francamente de los de York.

—¡Por la misa! —exclamó el otro—, suerte tenéis. Se volvió hacia uno de los suyos.

—A ver —continuó en el mismo tono cruel y burlón—, vamos a acabar con estos bravos caballeros. Ahorcadlos.

Sólo cinco eran los supervivientes del grupo de los agresores.

Les cogieron del brazo los arqueros, los empujaron hasta el borde del bosque y cada uno fue colocado bajo un árbol de apropiadas dimensiones; se ajustaron convenientemente las cuerdas; un arquero, llevando un cabo de las mismas, trepó a lo alto apresuradamente. Y antes de cinco minutos, sin que por ninguna de las partes se cambiara una sola palabra, los cinco hombres se balanceaban en el aire, colgados del cuello.

—Y ahora —gritó el deformado jefe— volved a vuestros puestos, y cuando vuelva a llamaros, no os hagáis esperar tanto rato.

—Milord duque —dijo uno—, permitid que os suplique que no os quedéis aquí solo. Quedaos, al menos, con un puñado de lanceros a vuestro servicio.

—Muchacho —replicó el duque—, me he abstenido de reprenderos por vuestra tardanza. Por tanto, no me contradigas. Confío en mi mano y en mi brazo, por más jorobado que sea. Cuando sonó la trompeta, muy rezagado te quedaste y ahora muy vivo te muestras con tus consejos. Aunque siempre ocurre así: el último con la lanza y el primero con la lengua. Procura hacerlo al revés.

Y con un ademán noble, pero no por ello menos peligroso, despachó a todos sus hombres.

Los infantes montaron de nuevo a la grupa de los caballos de los hombres

de armas, y la tropa entera partió lentamente, desapareciendo en veinte direcciones distintas, al abrigo del bosque.

Apuntaba el día y las estrellas se desvanecían. El primer resplandor del alba brilló sobre los rostros de los jóvenes, que de nuevo se hallaron frente a frente.

—Acabáis de ver mi venganza —dijo el duque—, que, como la hoja de mi espada, es dura y rápida. Pero, por toda la cristiandad, no quisiera que me creyerais desagradecido. Ya que vinisteis en mi auxilio con buena espada y mejor ánimo, si no retrocedéis ante mi deformidad, acercaos junto a mi corazón.

Y el joven jefe abrió los brazos para recibirle en ellos.

En el fondo de su corazón abrigaba Dick un gran terror y cierto odio hacia el hombre a quien acababa de prestar auxilio, pero con tales palabras fue hecha la invitación que no sólo hubiera sido descortés sino cruel rechazarle o vacilar, y por ello se apresuró a aceptarla.

—Y ahora, milord duque —dijo una vez recobrada su libertad—, ¿estoy en lo cierto al suponer que sois milord el duque de Gloucester?

—Richard de Gloucester soy —contestó el otro—. Y vos, ¿cómo os llamáis?

Dick le dijo su nombre y le presentó el sello de lord Foxham, que el duque reconoció inmediatamente.

—Demasiado pronto habéis llegado —dijo—; pero ¿cómo he de poder quejarme? Sois como yo, que dos horas antes de rayar el día ya estaba al acecho. Pero ésta es la primera salida de mis armas, y en esta aventura, master Shelton, va a sentarse o a quedar destruida mi fama. Allí están mis enemigos, mandados por dos viejos y expertos capitanes, Risingham y Brackley, en fuertes posiciones, según creo; pero sin retirada posible por dos lados: encerrados entre el mar, el puerto y el río. Me parece, Shelton, que hay aquí un gran golpe que asestar, y que nosotros podríamos darlo en silencio y repentinamente. ¿Tenéis las notas de lord Foxham? —preguntó el duque.

Habiéndole explicado Dick que no las llevaba encima, se atrevió a ofrecerle cuantos informes quisiera tan fidedignos como pudieran ser los otros.

—Y por mi parte, milord duque —añadió—, si contáis con suficientes hombres, yo caería sobre ellos ahora mismo. Porque, mirad: al apuntar el día, las guardias de noche han terminado; pero de día no tienen guardia alguna, sólo algunos hombres que a caballo recorren los alrededores de la ciudad. Pues bien: ahora que la guardia de noche ha dejado ya las armas y el resto está desayunando..., ahora es el momento para acabar con ellos.

—¿Cuántos creéis que son? —preguntó Gloucester.

—No llegan a dos mil —contestó Dick.

—Yo tengo setecientos en los bosques, detrás de nosotros —dijo el duque —; otros setecientos vienen desde Kettleby y estarán aquí muy pronto; a mayor distancia quedan cuatrocientos más y lord Foxham tiene quinientos a cosa de medio día de aquí, en Holywood. ¿Esperamos que vengan o caeremos sobre el enemigo?

—Milord —contestó Dick—, cuando ahorcasteis a esos cinco infelices, decidisteis ya esta cuestión. Por muy ruines que fueran, en estos tiempos revueltos, los echarán de menos, saldrán a buscarlos y darán la voz de alarma. Por lo tanto, milord, si queréis contar con la ventaja que el cogerlos por sorpresa pueda daros, no os queda, en mi humilde opinión, ni una hora que perder.

—Es verdad, lo mismo creo yo —dijo Crookback—. Pues bien: antes de una hora os hallaréis en plena batalla, ejecutando algunas hazañas que os den fama y renombre, ganándoos la dignidad de caballero. Mandaré a toda prisa a un hombre que vaya a Holywood llevando el sello de lord Foxham; otro irá por la carretera para avivar a mis perezosos. Shelton, ¡por la cruz que la cosa va a ser un hecho!

Volvió a llevarse a los labios la trompeta y sonó un segundo toque.

No tuvo que esperar mucho. En un momento, todo el espacio que quedaba libre cerca del sitio donde se erguía la cruz quedó lleno de hombres a caballo y a pie.

Richard de Gloucester se colocó sobre los escalones y comenzó a mandar a todas partes mensajero tras mensajero, para que activaran la concentración de los setecientos hombres que estaban escondidos en las inmediaciones, entre los bosques; y antes de un cuarto de hora, tomadas ya todas las precauciones, se puso él mismo al frente y empezó a descender por la colina en dirección a Shoreby.

Su plan era sencillo. Consistía en apoderarse de uno de los barrios de la ciudad de Shoreby, situado a la derecha del camino real, y hacerse fuerte allí, en las estrechas callejuelas, hasta que llegaran refuerzos.

Si lord Risingham optaba por batirse en retirada, Richard le seguiría para cogerlo entre dos fuegos; o bien, si prefería quedarse en la ciudad, quedaría cogido en la trampa y poco a poco sería vencido por la superioridad numérica.

Sólo un peligro había, pero grave e inminente: los setecientos hombres de Gloucester podían ser arrollados y deshechos en el primer encuentro; para evitar esto, era necesario que la sorpresa de su llegada fuera lo más completa

posible.

Por tanto los infantes subieron de nuevo a la grupa tras los jinetes, y le cupo a Dick el señalado honor de montar detrás del mismo Gloucester.

Avanzaron lentamente las tropas mientras pudieron ir a cubierto, y cuando llegaron donde terminaban los árboles que bordeaban el camino real, se detuvieron para tomar un respiro y reconocer el terreno.

El sol se hallaba ya algo alto, brillando con pálido resplandor entre un halo amarillento, y enfrente mismo de aquella luminaria Shoreby, campo sembrado de nevados techos y de rojizos remates, elevaba al cielo sus columnas de humo matinal.

Se volvió Gloucester hacia Dick.

—En este pobre lugar —le dijo—, donde la gente cocina ahora sus desayunos, o habéis de ganaros vos la dignidad de caballero y comenzar yo una vida de grandes honores y de gloria ante los ojos del mundo, o me parece que hemos de morir juntos y sin renombre alguno. Dos Richard somos. ¡Pues bien, Richard Shelton, de los dos han de hablar! Y nuestras espadas no han de sonar más fuertes sobre los yelmos enemigos que nuestros nombres en los oídos de la gente.

Dick quedó asombrado ante una sed de gloria como aquélla, expresada con tanta vehemencia en la voz y en el lenguaje, y contestó muy cuerda y sosegadamente que él, por su Darte, prometía cumplir con su deber, y que no dudaba de la victoria si todos hacían lo mismo.

Descansados ya los caballos, levantando en alto la espada el jefe y dando rienda suelta, toda la caballería partió al galope, atronando los aires y con su doble carga de combatientes, descendiendo el resto de la colina y cruzando la nevada llanura que todavía les separaba de Shoreby.

2. La batalla de Shoreby

Toda la distancia que habían de recorrer no pasaba de un cuarto de milla. Pero no bien hubieron salido del abrigo de los árboles, observaron que a cada lado huía la gente gritando por las nevadas praderas. Casi al mismo tiempo comenzó a levantarse en la ciudad un rumor que iba esparciéndose y aumentando continuamente, y no se hallaban todavía a la mitad del camino de la casa más próxima, cuando ya en el campanario tocaban a rebato.

Rechinaba los dientes de coraje el duque. Juzgando por aquellas señales de alarma tan prontas, temió hallar preparados a sus enemigos, y si no conseguía

poner pie en la ciudad, sabía que su pequeño destacamento pronto sería dominado y exterminado en campo abierto.

En la ciudad, sin embargo, los de Lancaster estaban muy lejos de hallarse en tan buena situación como él temía. Ocurría lo que Dick había dicho. La guardia nocturna se había despojado ya de sus arneses; los demás andaban aún rezongando por los cuarteles, desceñidas las ropas, totalmente desprevenidos para entrar en batalla y en todo Shoreby no había, tal vez, cincuenta hombres armados por completo ni cincuenta caballos dispuestos para ser montados enseguida.

El toque de rebato de las campanas y los terroríficos gritos de los hombres que corrían por las calles golpeando las puertas sacaron de su inacción, en tan breve tiempo que parecía imposible, a unos cuarenta hombres de aquellos cincuenta. Montaron rápidamente a caballo, y como las voces de alarma fuesen desordenadas y contradictorias, galoparon en diferentes direcciones.

Así sucedió que cuando Richard de Gloucester llegó a la primera casa de Shoreby, le salió al encuentro, a la entrada de la calle, un simple puñado de lanceros, que fueron barridos antes de que atacasen como se lleva la tempestad un barquichuelo.

Ya dentro de la ciudad, y a cosa de unos cien pasos, Dick Shelton tocó al duque en el brazo, quien como respuesta recogió riendas, se llevó la trompeta a los labios y, con un toque ya de antemano convenido, volvió el caballo hacia la derecha, abandonando la línea recta de su avance. Desviándose, como un solo jinete, siguió tras él toda su fuerza, y marchando siempre a galope tendido, barrió la estrecha callejuela. Sólo los últimos veinte jinetes tiraron de las riendas, formando un frente en la entrada de la calle; los infantes que tras sí llevaban saltaron en el mismo instante a tierra, y unos empezaron a tensar sus arcos y otros a irrumpir en las casas de uno y otro lado, apoderándose de ellas.

Sorprendidos ante este repentino cambio de dirección y acobardados por el firme frente de la retaguardia, los pocos soldados de Lancaster, después de rápida deliberación, dieron media vuelta y se alejaron hacia el interior de la ciudad en busca de refuerzos.

La parte de la ciudad de la cual, por consejo de Dick, se había apoderado Richard de Gloucester, consistía en cinco callejuelas de pobres casas habitadas por míseras gentes, que ocupaban un suave cerrillo y daban al campo por la parte trasera.

Quedando cada una de las cinco calles defendida por una buena guardia, la reserva ocuparía el centro, fuera de tiro y preparada, sin embargo, para acudir en su auxilio donde hiciera falta.

Era tal la pobreza de aquella parte de la ciudad que ninguno de los lores de

Lancaster, y sólo algunos de sus secuaces, se habían alojado allí; así pues, sus habitantes, de común acuerdo, abandonaron sus casas y huyeron gritando por las calles o saltando las tapias de los jardines.

En el centro, donde confluían las cinco callejuelas, una taberna fea y ruin lucía la muestra de un tablero de ajedrez, y allí sentó sus reales, por aquel día, el duque de Gloucester.

A Dick le encargó de la guardia de una de las cinco calles.

—Id —le dijo—, id a ganaros las espuelas. Cubríos de gloria por mí; un Richard por otro. Bien claro os lo digo: si yo me encumbro, vos os elevaréis por la misma escala. Id —repitió estrechándole la mano.

Pero tan pronto como desapareció Dick, se volvió hacia un harapiento arquero que tenía cerca y le ordenó:

—Ve inmediatamente, Dutton, y sigue a ese muchacho. Si ves que es fiel, tú me respondes de su seguridad, cabeza por cabeza. ¡Desgraciado de ti si vuelves sin él! Pero si nos fuese traidor... o si por un instante llegaras a sospechar de él... dale de puñaladas por la espalda.

Entretanto, Dick se apresuraba a proteger su puesto. La calle que había de guardar era muy estrecha, toda ella atiborrada de casas, que sobresalían como suspendidas sobre la calzada; pero, aunque estrecha y además oscura, dado que desembocaba en el mercado de la ciudad, era muy probable que el final de la batalla se decidiese allí.

El mercado se hallaba lleno de gente que huía en desorden; pero como aún no se percibía señal alguna de que ningún enemigo se dispusiera a atacar, juzgó que tenía bastante tiempo para preparar su defensa.

Las dos casas que estaban al extremo de la calle se hallaban abandonadas, con las puertas abiertas, tal como las habían dejado sus moradores en su huida, y de éstas mandó sacar apresuradamente los muebles, que fueron amontonados formando barricada en la entrada de la calleja.

Unos cien hombres tenía a su disposición, y de ellos distribuyó la mayor parte por las casas, donde podían estar a cubierto y disparar sus flechas desde las ventanas. Con el resto bajo su inmediata vigilancia, organizó la defensa de la barricada.

A todo esto continuaba la ciudad presa del mayor alboroto y confusión, y entre el arrebatado toque de campanas, el sonar de las trompetas, las rápidas evoluciones de los caballos, los gritos de los jefes y los chillidos de las mujeres, el ruido era ensordecedor. Gradualmente fue cesando el tumulto, e inmediatamente después filas de hombres cubiertos de armaduras y grupos de arqueros comenzaron a reunirse y formar en línea de batalla en el mercado.

Gran parte de estas tropas vestían el uniforme morado y azul y en el montado caballero que mandaba la formación reconoció Dick a Daniel Brackley.

Hubo entonces larga pausa, que fue seguida por el sonar, casi simultáneo, de cuatro trompetas desde cuatro barrios distintos de la ciudad. Un quinto toque sonó en respuesta desde el mercado, y en el mismo instante comenzaron a avanzar las filas y una lluvia de flechas cayó sobre la barricada, sonando como secos golpes sobre las paredes de las dos casas de los lados de la calle.

Con aquella señal general, había comenzado el ataque en las cinco salidas del barrio. Gloucester estaba, pues, sitiado por todos lados; así juzgó Dick que, si había de mantenerse en su posición, no podía confiar en más fuerza que en los cien hombres que a su mando tenía.

Siete descargas de flechas siguieron una tras otra, y en lo más reñido del combate Dick sintió que alguien le tocaba en el brazo por detrás, y vio a un paje que le presentaba una cota de cuero revestida con placas de metal para mayor seguridad.

—De parte de milord de Gloucester —dijo el paje—. Ha observado, sir Richard, que os habíais ido sin armaros.

Dick sintió ensanchársele el corazón al oírse llamar así, y, poniéndose en pie, ayudado por el paje, se vistió la defensiva cota. Apenas lo había hecho cuando dos flechas chocaban, sin causarle el menor daño, contra las placas y una tercera derribaba al paje, mortalmente herido, a sus pies.

Entretanto, todas las fuerzas enemigas habían ido aproximándose rápidamente, atravesando el mercado y llegando ya tan cerca que Dick dio orden de responder a sus descargas. Inmediatamente otra nube de flechas, pero en sentido contrario, cruzó los aires desde la barricada y desde las ventanas, y fue a sembrar la muerte entre los de Lancaster.

Pero éstos, como si sólo esperasen una señal, respondieron con fuertes gritos y cerraron a la carrera contra los de la barricada, quedándose aún rezagados los jinetes, baja la visera.

Siguió luego una obstinada y mortífera lucha cuerpo a cuerpo. Los asaltantes, blandiendo en una mano la cimitarra, se esforzaban con la otra en derruir la barricada. En el lado opuesto se trocaban los papeles, y los defensores exponían como locos su vida para defender su baluarte. Se mantuvo así la pelea durante unos minutos, cayendo amigos y enemigos, unos sobre otros. Pero siempre es más fácil destruir, y cuando un toque de corneta llamó a los que atacaban liberándoles de su desesperada tarea, una gran parte de la barricada había quedado reducida a pedazos, y el armazón entero hasta la mitad de su altura, bamboleándose, a punto de derrumbarse por completo.

Entonces los infantes de la plaza del mercado retrocedieron, corrieron por todos lados. La caballería, que había estado formada en fila de a dos, dio de pronto media vuelta, convirtió el flanco en frente y, con la rapidez de una víbora, la larga columna vestida de acero fue lanzada contra la ruinosa barricada.

De los dos primeros jinetes cayó uno, junto con el caballo, y fue atropellado por sus compañeros. El segundo saltó sobre la cima del baluarte, atravesando con la lanza a un arquero. Casi en el mismo instante le arrancaron de su silla y fue muerto su caballo.

En tal punto todo el peso y el ímpetu de la carga cayó sobre los defensores, dispersándolos. Los hombres de armas, pasando por encima de sus caídos compañeros y arrastrados por la furia de la acometida, se lanzaron a través de la rota línea de Dick, y se precipitaron, con fragor de tempestad, calle arriba y aún más allá, como desatada corriente que se desborda a través de un dique roto.

Sin embargo, la lucha no había terminado. Todavía en la estrecha bocacalle, Dick y unos cuantos supervivientes manejaban sus hachas de armas como si fueran leñadores, y ya a través del arroyo se había formado una segunda barrera, más alta y más eficaz, de hombres caídos y destripados caballos, estremeciéndose con la agonía de la muerte.

Burlada por este nuevo obstáculo, el resto de la caballería retrocedió, y como al advertir esta maniobra arreciase la lluvia de flechas desde las ventanas, su retirada adquirió, por un momento, caracteres de franca huida.

Casi al mismo tiempo, los que habían cruzado la barricada y avanzado calle arriba se encontraron frente a la puerta del Tablero de Ajedrez, con el formidable jorobado y todas las reservas de yorkistas, por lo cual comenzaron a retroceder dispersos en el colmo del desorden y del terror.

Les hicieron frente Dick y los suyos, y, para ayudarles, más hombres salieron de las casas; una terrible descarga de flechas dio de frente sobre los fugitivos, mientras que Gloucester les acometía ya por retaguardia con los caballos; en cosa de un minuto y medio no quedó vivo en la calle ni uno solo de los de Lancaster.

Entonces, y sólo entonces, alzó Dick su humeante espada y dio rienda suelta a las victoriosas aclamaciones.

Entretanto, Gloucester desmontaba y se acercaba para inspeccionar la posición. Su rostro estaba pálido como la cera, pero sus ojos brillaban en las hundidas cuencas como dos raras joyas, y cuando habló lo hizo con voz ronca y quebrada por la excitación de la batalla y la emoción de la victoria.

Contempló aquella barrera, a la que nadie, amigo o enemigo, podía acercarse sin precaución, tan furiosamente se agitaban los caballos en los dolores de la muerte, y a la vista de aquella carnicería sonrió con torcido gesto.

—Rematad a esos caballos —ordenó—; os impiden que os aprovechéis de la ventaja adquirida. Richard Shelton —añadió—, estoy satisfecho de vos. Arrodillaos.

Los de Lancaster habían reanudado su ataque con los arqueros, y las flechas caían como espesa lluvia sobre la entrada de la calle; pero el duque, sin hacer el menor caso, desenvainó lentamente su espada y armó caballero a Richard sobre el mismo campo de batalla.

—Y ahora, sir Richard —continuó—, si veis a lord Risingham, mandadme un correo al instante. Aunque no os quedara más que un hombre, enviádmelo sin perder ni un momento. Antes preferiría perder esta posición que la oportunidad de darle una buena estocada. Porque, oídllo bien todos —añadió levantando la voz—, si el conde de Risingham cae por otra mano que no sea la mía, contaré esta victoria como una derrota.

—Milord duque —dijo uno de sus servidores—, ¿no está vuestra excelencia cansado de exponer su preciosa vida inútilmente? ¿Por qué os detenéis aquí?

—Catesby —repuso el duque—, aquí y no en otro sitio es donde está el campo de batalla. Los demás no son sino amagos de ataque. Aquí hemos de vencer. Y en cuanto al riesgo... si fuerais un feo jorobado y los chiquillos se mofasen de vos en plena calle, en menos estima tendríais vuestro cuerpo y juzgaríais que una hora de gloria vale por una existencia entera. Sin embargo, si queréis, montemos y vayamos a visitar los demás puestos. Sir Richard, aquí presente, mi tocayo, se mantendrá firme en esta bocacalle, donde hasta los tobillos se han hundido en sangre caliente. Podemos confiar en él. Pero fijaos, sir Richard, que todavía no habéis terminado. Aún falta lo peor. No os durmáis.

Fue derecho hacia Shelton, mirándole fijamente a los ojos y cogiéndole una mano con las dos suyas le dio tan fuerte apretón que milagro fue que no brotara de ella sangre.

Ante aquellos ojos, sintió Dick que el valor le faltaba. La loca excitación, la bravura y la crueldad que leyó en ellos le llenaron de espanto al pensar en el futuro. Valeroso era, en verdad, el ánimo de aquel joven duque que cabalgaba en primera línea en la batalla; pero después de la guerra, en tiempo de paz y en el círculo de sus amigos de confianza era de temer que aquel espíritu continuase dando frutos de muerte.

3. La batalla de Shoreby (conclusión)

Abandonado Dick una vez más a sus propias iniciativas, comenzó a mirar en torno suyo. Las descargas de flechas habían ido perdiendo algo de su intensidad. El enemigo retrocedía por todos lados y la mayor parte de la plaza del mercado se hallaba vacía; la pisoteada nieve se había convertido en fango de color anaranjado, todo él salpicado de cuajada sangre y lleno de hombres y caballos muertos erizados de emplumadas flechas.

En su propio bando las pérdidas habían sido terribles. En la bocacalle y en las ruinas de la barricada se amontonaban los muertos y los moribundos, y de los cien hombres con que empezara la batalla no quedaban ni setenta que pudieran seguir peleando.

Al mismo tiempo iba transcurriendo el día. Era de esperar que los primeros refuerzos llegaran de un momento a otro, y los de Lancaster, desanimados ya por el resultado de su desesperada pero infructuosa carga, se hallaban de mal temple para hacer frente a un nuevo invasor.

En la pared de una de las dos casas de la bocacalle un reloj de sol señalaba las diez en aquella mañana de pálido sol de invierno.

Dick se volvió hacia el hombre que tenía al lado, un arquero insignificante, que estaba entonces vendándose una leve herida en un brazo.

—Bien hemos peleado —dijo—, y a fe que no han de repetir la carga.

—Señor —exclamó el arquero—, habéis luchado perfectamente por York y por vos mismo. Jamás hombre alguno logró en tan breve espacio conquistar el afecto del duque. Es asombroso que haya confiado semejante puesto a quien no conocía. Pero ¡cuidado, sir Richard, os jugáis la cabeza! Si sois vencido... si retrocedéis un solo paso... el hacha o la cuerda cuidarán de castigaros, y francamente os diré que aquí me han puesto para que, si hacéis algo sospechoso, os apuñale por la espalda.

Miró Dick estupefacto al hombrecillo.

—¡Tú! —exclamó—. ¡Y por la espalda!

—Así es —repuso el arquero— y como la misión no me gusta, os lo digo. Habéis de manteneros en el puesto, sir Richard, si no queréis perder la vida. ¡Ah! Nuestro Crookback es una espada valiente y buen guerrero; pero sea a sangre fría o caliente, quiere que las cosas se hagan tal como él las manda. Si alguien no cumple o es un obstáculo, es hombre muerto.

—Pero ¡por todos los santos del cielo! —exclamó Richard—. ¿Es cierto

eso? ¿Y siguen los hombres a semejante jefe?

—Le siguen, y de muy buena gana —replicó el arquero—, porque si es severo en el castigo, bien generoso es en la recompensa. Y si no escatima la sangre y el sudor de los demás, también es siempre pródigo de los suyos: en todo tiempo el primero en el campo de batalla y el último en dormir. ¡Ese jorobado, Dick de Gloucester, llegará muy lejos!

Si bravo y vigilante fue antes el joven caballero, con tanto mayor motivo se inclinaba ahora a estar ojo avizor y a demostrar su valentía. Comenzaba a percibir que el repentino favor de que gozaba traía consigo serios peligros. Volvió la espalda al arquero y una vez más escudriñó ansiosamente el mercado. Seguía tan vacío como antes.

—No me gusta esta quietud —observó—. Sin duda nos preparan una sorpresa.

Como si respondieran a su observación, los arqueros enemigos comenzaron de nuevo a avanzar contra la barricada y las flechas cayeron en espesa lluvia.

Mas en el ataque se advertía cierta vacilación. No era el avance completamente franco; más bien parecían esperar una nueva señal.

Miró Dick a todos lados con cierta zozobra, por si descubría algún peligro oculto. En efecto, casi hacia la mitad de la calle se abrió de pronto una puerta desde el interior y durante unos segundos continuó la casa vomitando, por puertas y ventanas, un torrente de arqueros de Lancaster. Éstos formaron inmediatamente en filas, tensaron sus arcos y comenzaron a disparar sus flechas sobre la retaguardia de Dick.

Al mismo tiempo redoblaron sus tiros los que atacaban desde el mercado y empezaron a cerrar resueltamente contra la barricada.

Dick mandó salir de las casas a sus fuerzas, y haciendo frente por ambos lados y enardeciendo a los suyos con el ejemplo y la palabra, les devolvió como pudo doble lluvia de flechas de las que habían caído sobre su puesto.

Una tras otra se iban abriendo las casas de la calle y seguían saliendo de ella los de Lancaster por puertas y ventanas, dando gritos de ¡victoria!, hasta que el número de enemigos que cayó sobre la retaguardia de Dick era casi igual al de la vanguardia.

Era evidente que no podría mantenerse firme en el puesto por más tiempo, y, lo que era peor, aunque hubiera podido sostenerse habría sido inútil, pues todo el ejército de yorkistas hallábase en tal situación de impotencia que estaba abocado a sufrir un completo desastre.

Los hombres que tenía tras de sí formaban el elemento vital en toda la

general defensa, y contra ellos cargó Dick, marchando a la cabeza de sus tropas. Tan vigoroso fue el ataque que los arqueros de Lancaster perdieron terreno, vacilaron y al fin, rompiendo filas, comenzaron a volver en grupos hacia las casas de donde tan jactanciosamente acababan de salir.

Entretanto las fuerzas que procedían del mercado se habían apiñado sobre la indefensa barricada, y cayeron arduosamente sobre el otro lado, por lo cual Dick se vio de nuevo obligado a hacerles frente una vez más, forzándoles a retroceder. Una vez más triunfó el decidido espíritu de sus hombres, desalojando la calle denodadamente; pero al instante salían de nuevo los otros de las casas y los cogían por retaguardia por tercera vez.

Comenzaban los yorkistas a dispersarse; numerosas veces se halló Dick solo, rodeado de enemigos, blandiendo su reluciente espada para salvar la vida, y aun diversas veces advirtió que había sido herido. Y entretanto, fluctuaba la lucha en la calle, sin resultado definido.

De pronto percibió Dick un gran trompeteo en las afueras de la ciudad. El grito de guerra de los de York comenzó a elevarse hasta los cielos, como si numerosas y triunfantes voces lo repitieran. Y al propio tiempo las tropas que tenía delante empezaron a ceder terreno rápidamente y a abandonar la calle y retroceder hacia el mercado. Alguien dio la voz de huida. Sonaban alocadamente las trompetas, unas ordenando un repliegue, otras una carga. Era evidente, acababa de darse un gran golpe, y los de Lancaster se hallaban, al menos por el momento, en completo desorden y presos de cierto pánico.

En aquel punto, como ardid teatral, comenzó a desarrollarse el último acto de la batalla de Shoreby.

Los hombres que se hallaban frente a Richard volvieron la espalda, como perro al que se le ordena que vuelva a casa, y huyeron con la rapidez del viento. En ese mismo instante, atravesando el mercado, llegó un verdadero torbellino de jinetes, huyendo unos y persiguiéndolos otros, teniendo que volverse los de Lancaster para defenderse con la espada, mientras los yorkistas los derribaban a punta de lanza.

Muy visible en medio de la refriega, divisó Dick a Crookback. Estaba dando anticipada prueba de aquel furioso brío y destreza para abrirse paso entre las filas guerreras que años después había de demostrar plenamente en el campo de batalla de Rosworth, cuando ya estaba manchado con la sangre de sus crímenes, y que casi bastó para cambiar aquel día la suerte y los destinos del trono de Inglaterra. Esquivando, golpeando, derribando, de tal modo dominaba y hacía maniobrar a su vigoroso caballo, tan eficazmente se defendía y tan pródigamente sembraba la muerte entre sus adversarios, que se hallaba ya muy por delante de los primeros de sus caballeros, abriéndose paso con el azote de su sangrienta espada hacia donde lord Risingham rehacía y

acaudillaba a los más bravos.

Un momento más y habíanse encontrado frente a frente el alto, magnífico y renombrado guerrero y el deforme y enfermizo muchacho.

No dudó Dick del resultado. Y cuando, un instante después, quedó al descubierto por un momento la pelea, la figura del conde había desaparecido.

Mas todavía en la primera línea de peligro arremetía Richard Crookback con su recio caballo y blandiendo su espada.

De este modo, por el valor demostrado por Dick al defender la bocacalle en el primer ataque, y por la oportuna llegada de los setecientos hombres de refuerzo, el muchacho que había de pasar a la posteridad con execrable reputación bajo el nombre de Ricardo III, acababa de ganar su primera batalla importante.

4. El saqueo de Shoreby

Ni un solo enemigo quedó a su alcance, y al mirar Dick tristemente en torno suyo, contemplando los restos de su intrépida fuerza, pensó a costa de cuántas vidas se había obtenido la victoria. Él mismo, desaparecido ya el peligro, se sentía tan dolorido y maltrecho, tan magullado y herido, y, sobre todo, tan acabado y exhausto por su desesperada e incesante acción en la lucha, que se hallaba incapaz de cualquier nuevo esfuerzo.

Pero no había llegado aún la hora del descanso.

Tomada Shoreby por asalto, aunque fuera ciudad abierta y no pudiese en modo alguno hacérsela responsable de la resistencia, era evidente que aquellos rudos combatientes no habrían de serlo menos ahora que la lucha había terminado y que habría de ponerse en ejecución la parte más horrible de la guerra.

No era Richard de Gloucester de aquellos capitanes que protegen a los ciudadanos de la enfurecida soldadesca, y hasta en caso de suponer que quisiera hacerlo, cabría preguntar si hubiera podido lograrlo.

Por consiguiente, correspondía a Dick buscar y proteger a Joanna, y con tal fin miró en torno suyo, escudriñando el rostro de sus hombres. Separó a los tres o cuatro que parecía más probable que fueran obedientes y no se embriagaran, y prometiéndoles una crecida recompensa y una recomendación especial al duque, los condujo a través del mercado, libre ya de jinetes, por las calles del extremo opuesto.

A cada paso se encontraban aún, en medio del arroyo, pequeños grupos de combatientes, que oscilaban entre dos y una docena de hombres; y aquí y allá, desde una casa sitiada, los defensores arrojaban bancos y mesas sobre sus asaltantes. Aparecía la nieve sembrada de armas y de cadáveres; pero a excepción de estos combates parciales, las calles estaban desiertas y las casas, abiertas unas y cerradas y atrincheradas otras, habían dejado ya, en su mayor parte, de lanzar humo.

Sorteando Dick esas escaramuzas, condujo rápidamente a sus seguidores en dirección a la iglesia de la abadía; pero al desembocar en la calle principal un grito de horror brotó de sus labios.

La soberbia mansión de sir Daniel había sido tomada por asalto. Las puertas, convertidas en astillas, pendían de sus goznes, y una doble turba de soldados entraba y salía continuamente en busca de botín o llevándose ya. En los pisos altos se ofrecía aún alguna resistencia a los saqueadores, porque precisamente al llegar a la vista del edificio Dick, hacían saltar una ventana desde dentro, y un pobre desgraciado que vestía librea morada y azul, gritando y resistiéndose, fue sacado por la abertura y arrojado a la calle.

Asaltaron a Dick los más angustiosos temores. Echó a correr como un poseo, se abrió paso hacia la casa entre los que se hallaban más adelantados, y subió sin detenerse al cuarto del tercer piso, donde se había separado de Joanna. Aquello era una verdadera ruina: los muebles habían sido derribados, rotos y abiertos los armarios, y en uno de los lados un trozo de tapiz, pendiente aún de la pared, se quemaba lentamente entre los tizones de la chimenea.

Casi inconsciente de lo que hacía, apagó Dick con los pies el incipiente incendio y se quedó luego mirando perplejo. Sir Daniel, sir Oliver, Joanna, todos se habían ido; pero ¿quién podría decir si perecieron en la derrota o escaparon a salvo de Shoreby?

Cogió por el tabardo a un arquero que pasaba.

—Amigo —le preguntó—, ¿estabas aquí cuando asaltaron la casa?

—Soltad —dijo el arquero—. ¡Mala peste! Soltad, si no queréis que os pegue.

—Oye —repuso Richard—, a eso seremos dos. Párate y contesta claro.

Pero el hombre, roja la cara por la bebida y el ardor de la pelea, dio un golpe a Dick en un hombro con una mano, mientras con la otra daba un fuerte tirón para hacer soltar su ropa.

Perdió entonces la cabeza Dick, se enfureció y cogiendo al sujeto en estrecho abrazo, lo estrujó contra las placas de la malla que cubría su pecho como si fuera un niño, y luego, manteniéndolo sujeto y estirado el brazo, le

ordenó que hablara si en algo estimaba su vida.

—¡Perdón! —imploró el arquero perdido casi el aliento—. Si hubiera sabido que tan irritado estabais, hubiese tenido buen cuidado de no tropezar con vos. Sí, estaba aquí.

—¿Conoces a sir Daniel? —continuó Dick.

—Y bien que lo conozco.

—¿Estaba él en la casa?

—Sí, señor, estaba. Pero cuando nosotros entramos por la puerta del patio se escapó por el jardín.

—¿Solo? —gritó Dick.

—Llevaría con él unos veinte lanceros.

—¡Lanceros! Entonces, ¿no iban con él mujeres?

—La verdad es que no lo vi. Pero en la casa no había ninguna, si es esto lo que deseáis saber.

—Gracias —dijo Dick—. Toma una moneda por la molestia. —Mas al rebuscar en su escarcela, Dick no halló nada. —Pregunta por mí mañana —añadió—. Richard Shel..., sir Richard Shelton —corrigió—, y ya cuidaré de recompensarte generosamente.

Entonces se le ocurrió una idea a Dick. Descendió apresuradamente al patio, corrió con todas sus fuerzas, cruzando el jardín, y llegó a la gran puerta de la iglesia.

Estaba abierta de par en par. En el interior, todos los rincones se hallaban atestados de fugitivos vecinos, con sus familias y cargados con sus preciados bienes, mientras en el altar mayor, sacerdotes revestidos de las sagradas vestiduras imploraban la misericordia divina. En el momento en que Dick entraba, las fuertes voces del coro retumbaban bajo las bóvedas.

Pasó apresuradamente entre los grupos de refugiados y llegó a la puerta de la escalera que conducía al campanario. Allí un alto clérigo le cerró el paso.

—¿Adónde vais, hijo mío? —le preguntó severamente.

—Padre —contestó Dick—, vengo para cumplir una orden urgente. No me detengáis. Estoy al mando de las fuerzas de milord de Gloucester.

—¿De milord de Gloucester? —repitió el sacerdote—. ¿Tan mal ha ido, pues, la batalla?

—La batalla, padre, ha terminado. Lancaster ha sido derrotado por completo y milord de Risingham, ¡Dios le tenga en paz!, ha quedado en el

campo. Y ahora, con vuestra venia, voy a continuar mi comisión.

Y apartando a un lado al sacerdote, a quien aquellas noticias parecieron dejar estupefacto, empujó Dick la puerta, subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, sin detenerse a descansar y sin tropiezo, hasta que puso el pie en la especie de plataforma en que terminaba.

La torre de la iglesia de Shoreby no sólo dominaba la ciudad, que se extendía a sus pies como un mapa, sino que desde ella se veía una gran extensión de tierra y mar. Era casi mediodía; aparecía el cielo muy claro y alegre y la nieve tan brillante que deslumbraba. Y Dick, al mirar en derredor suyo, pudo darse cuenta de las consecuencias de la batalla.

Un confuso y tumultuoso vocerío subía de las calles, y de cuando en cuando, aunque muy raramente, el chocar de los aceros. Ni un barco, ni un simple bote, quedaba en el puerto; pero se veía el mar salpicado de velas y lanchas cargadas de fugitivos. También en tierra la llana superficie de las nevadas praderas la cortaban pelotones de hombres a caballo; unos, abriéndose paso hacia los bosques; otros, sin duda yorkistas, interponiéndose vigorosamente y obligándoles a regresar a la ciudad. Por todo el terreno descubierto yacía una prodigiosa cantidad de hombres y caballos, destacándose claramente sobre la nieve.

Para completar el cuadro, aquellos soldados de infantería que no habían hallado sitio en un barco continuaban aún un combate de arqueros en las cercanías del puerto, desde el abrigo de las tabernas de la playa. También en aquel barrio habían sido incendiadas un par de casas, y grandes masas de humo remontábanse a la pálida luz del cielo, para ir después volando en voluminosos pliegues hacia el mar.

Casi junto a los linderos del bosque, y en dirección a Holywood, un singular grupo de jinetes que huían llamó la atención del joven vigía de la torre. Era bastante numeroso; en ninguna otra parte de la campiña se veía juntos a tantos de los de Lancaster; además, habían dejado tan ancha y descolorida huella sobre la nieve que Dick pudo seguir paso a paso su rastro, desde que abandonaran la ciudad.

Mientras Dick estaba contemplándolos, ganaron sin que nadie les saliese al paso las primeras márgenes de la deshojada floresta y, desviándose un poco de la dirección que llevaban, dio el sol de lleno, por un momento, sobre el grupo, destacándose contra el oscuro fondo del bosque.

—¡Morado y azul! —exclamó Dick—. ¡Lo juraría! ¡Morado y azul!

Un instante después bajaba la escalera.

Le interesaba ahora buscar al duque de Gloucester, único que, en medio del

desorden en que se hallaban las fuerzas, podía suministrarle número suficiente de hombres. La lucha, en el corazón de la ciudad, podía darse por terminada; y al ir de un sitio a otro Dick buscando a su jefe, pudo ver las calles llenas de soldados cargados con más botín del que podían llevar o que vagaban ebrios y vociferantes.

Ninguno de ellos, al ser interrogado, tenía la menor noción del paradero del duque, y al fin fue una verdadera suerte que Dick pudiera dar con él. Estaba a caballo dirigiendo las operaciones para desalojar a los arqueros de su refugio junto al puerto.

—Bienvenido seáis, sir Richard Shelton —le dijo—. Os debo algo a lo que yo concedo escaso valor: la vida, y algo más que nunca podré pagaros: esta victoria. Catesby: si yo tuviera diez capitanes como sir Richard, marcharía ahora mismo y en línea recta sobre Londres. Pero ahora, caballero, pedid vuestra recompensa.

—Sin reserva, milord —dijo Dick—; sin reserva y en voz alta. Alguien de quien tengo yo recibidos agravios ha huido llevándose consigo a quien debo amor y servidumbre. Dadme, pues, cincuenta lanzas para salir en su persecución, y con esto quedará vuestra excelencia relevado de cualquier favor que quisierais concederme.

—¿Cómo se llama ese hombre? —preguntó el duque.

—Sir Daniel Brackley —contestó Dick.

—¡Duro con ese traidor! —gritó el duque—. No es esto ninguna recompensa, sir Richard, sino nuevo servicio que me ofrecéis, y si me traéis su cabeza, echaréis una deuda más sobre mi conciencia. Catesby, dale esas lanzas, y vos, caballero, id pensando entretanto qué placer, honor o provecho me tocará daros.

En aquel preciso instante los escaramuzadores yorkistas conquistaban una de las tabernas de la playa, rodeándola por tres lados y ahuyentando o apresando a sus defensores. Richard Crookback se dignó aplaudir la hazaña, y adelantando un poco más su caballo pidió ver a los prisioneros.

Eran éstos cuatro o cinco; entre ellos dos hombres de lord Shoreby y uno de lord Risingham, y el último, pero no menos importante a los ojos de Dick, un viejo lobo de mar, alto, de pesado andar, de pelo gris, un poco bebido y con un perro gimoteando y saltando junto a él.

El joven duque los examinó por un momento con aire severo.

—Bien —dijo—. Ahorcadlos.

Y volvióse del otro lado para ir siguiendo los progresos de la lucha.

—Milord —exclamó Dick—, si ello os place, ya encontré mi recompensa. Concededme la vida y la libertad de ese viejo marino.

Volvióse Gloucester y miró en el rostro a su interlocutor.

—Sir Richard —dijo—, yo no hago la guerra con plumas de payo real, sino con flechas de acero. A los que son mis enemigos, los mato, sin excusa ni favor. Porque, reflexionad: tan roto en pedazos está hoy este reino de Inglaterra, que no hay un solo hombre de los míos que no tenga un hermano o un amigo en las filas del otro partido. Si empezara a otorgar estos perdones, más valiera que envainara mi espada.

—Es posible, milord; sin embargo, he de cometer la temeridad, con riesgo de incurrir en vuestro disgusto, de recordaros la promesa que vuestra excelencia me hizo.

Se agolpó la sangre en la cara de Richard de Gloucester.

—Fijaos bien —dijo con acritud—, no me gusta la misericordia ni los que la piden. Hoy habéis echado los cimientos de una gran fortuna. Si me oponéis mi palabra, que he empeñado, habré de ceder. Pero ¡por el cielo!, que aquí morirá vuestro favor.

—Yo soy quien lo pierde —contestó Dick.

—Entregadle ese marino —ordenó el duque.

Y dando media vuelta al caballo, volvió la espalda al joven Shelton.

No se sentía Dick ni contento ni apesadumbrado. Conocía ya lo bastante al duque para no poner grandes ilusiones en su afecto, y el origen y desarrollo de su valimiento habían sido demasiado débiles y rápidos para inspirar mucha confianza. Sólo una cosa temía: que el vengativo caudillo revocara la orden de suministrarle las cincuenta lanzas. Pero en esto no hacía justicia al honor de Gloucester, tal como él lo entendía, ni sobre todo a su decisión. Desde el momento en que juzgó a Dick como el más indicado para perseguir a sir Daniel, no era él hombre que cambiase de opinión, y pronto lo demostró gritándole a Catesby que fuese diligente, pues el paladín esperaba.

Entretanto se volvió Dick hacia el viejo marino, que con igual indiferencia parecía haber recibido su condena que el perdón.

—Arblaster —le dijo—, mucho mal te he causado; pero ahora ¡por la cruz!, creo haber saldado mis deudas para contigo.

Pero el viejo patrón no hizo más que mirarle tristemente y guardó silencio.

—Vamos —continuó Dick—. Una vida es una vida, viejo pícaro, y vale más que todos los barcos y todas las bebidas del mundo. Di que me perdonas, porque si tu vida nada vale para ti, me ha costado a mí el renunciar a los

comienzos de mi fortuna. Ven acá; bastante caro lo he pagado, no seas ruin.

—Si yo hubiera tenido mi barco —repuso Arblaster—, estaría ahora navegando, sano y salvo, en alta mar... y conmigo mi criado Tom. Pero tú me robaste mi barco, compadre, y has hecho de mí un mendigo, y marinero con un sayo lo ha matado. «¡Mala peste!», Tom, un bribón y ya no volvió a hablar. «¡Mala peste!», fueron sus últimas palabras, y entregó su pobre alma. Ya no volverá a navegar mi pobre Tom.

Dick se sintió embargado por un remordimiento y piedad inútiles; intentó cogerle la mano al patrón, pero Arblaster evitó su contacto.

—No —dijo—. Déjame. Ya me has hecho bastante daño; conténtate con eso.

La voz se le anudó en la garganta a Dick y en ella se le quedaron las palabras. A través de las lágrimas vio alejarse al pobre viejo, mareado por la bebida y abatido por el dolor, tambaleándose, con la cabeza baja y cruzando la nieve, mientras el perro, que pasara inadvertido, le seguía gimiendo; y por primera vez comenzó a comprender la terrible partida que jugamos en la vida, y cómo, una vez hecha una cosa, no pueden ya cambiarla contrición ni pena alguna.

Pero no tenía tiempo que perder en vanas pesadumbres. Catesby había reunido a los jinetes y, dirigiéndose hacia Dick, descabalgó y le ofreció su propio caballo.

—Esta mañana —le dijo— estaba yo algo celoso de vuestro valimiento con el duque; pero corto ha sido su crecimiento, y ahora, sir Richard, de muy buena gana os ofrezco este caballo... para que os marchéis.

—Un momento más tendréis que soportarme —replicó Dick—. Este valimiento mío... ¿en qué se fundaba?

—En vuestro nombre —contestó Catesby—. Es la gran superstición de mi señor. Si yo me llamara Richard, mañana sería conde.

—Bien, caballero, gracias —le contestó Dick—. Y como no es nada probable que esta gran fortuna haya de seguirme, os diré adiós. No he de pretender que me desagradara verme en el camino de la suerte; pero tampoco he de pretender estar desconsolado por haberme alejado de él. Grandes cosas son, indudablemente, el poder y las riquezas; pero os diré una cosa al oído: ese duque vuestro es un muchacho muy de temer.

Catesby se echó a reír.

—Verdad es —dijo— que el que quiera cabalgar con Richard Crookback, ha de correr de firme. Bien, ¡que Dios nos guarde de todo mal! ¡Buena suerte!

Dick se puso al frente de sus hombres y, dando la voz de mando, emprendió la marcha.

Cruzó en línea recta la ciudad, siguiendo la que suponía era la ruta de sir Daniel y mirando a todos lados en busca de algunas señales que le demostraran que estaba en lo cierto.

Las calles estaban sembradas de muertos y heridos, cuya suerte, en la terrible helada, movía aún más a lástima y compasión. Pandillas de vencedores iban de casa en casa, robando y matando, y a veces cantando a coro mientras marchaban.

De diferentes barrios llegaba a los oídos de Shelton los rumores de violencias y ultrajes; ora el golpear de los martillos de herrero sobre alguna puerta atrincherada; ora los desgarradores chillidos de las mujeres.

El corazón de Dick acababa de despertar. Acababa de ver las crueles consecuencias de su propia conducta y la idea del cúmulo de dolores y miserias que se cernían sobre Shoreby entera le llenaba de desesperación.

Llegó, al fin, a las afueras; allí vio recta ante él la misma huella, amplia y trillada sobre la nieve, que antes observara desde lo alto de la iglesia. Avivó la marcha; sin embargo, mientras cabalgaba miraba con escudriñadores ojos los caídos hombres y caballos que yacían a los lados de aquel rastro. Se consolaba al ver que muchos de éstos llevaban los colores de sir Daniel, y hasta reconoció las caras de algunos que estaban tendidos de espaldas.

Era evidente que, casi a la mitad de la distancia entre la ciudad y el bosque, aquéllos a quien él perseguía habían sido atacados por los arqueros, porque los esparcidos cadáveres yacían muy cerca uno de otro, y cada uno de ellos atravesado por una flecha.

Y allí vio Dick, entre los restos, el cuerpo de un jovencuelo cuyo rostro le era muy familiar.

Mandó parar su tropa, desmontó y levantó la cabeza del muchacho. Al hacerlo, cayó hacia atrás la capucha y apareció una abundante cabellera de color castaño. Al mismo tiempo se abrieron los ojos.

—¡Ah! ¡Cazador de leones! —exclamó una débil vocecilla—. Ella va más adelante. ¡Corre... corre a galope tendido!

Y la pobre damisela cayó de nuevo desvanecida.

Uno de los soldados de Dick llevaba un frasco de cierto fuerte cordial y con éste logró el joven que la muchacha recobrase el conocimiento. Entonces montó a la amiga de Joanna sobre su arzón, y de nuevo emprendió la marcha hacia el bosque.

—¿Por qué me lleváis? —preguntó la joven—. Con ello no hacéis sino retrasar el paso.

—No, señora Risingham —repuso Dick—. Shoreby está lleno de sangre, borracheras y tumultos. Aquí estáis a salvo; alegraos.

—No quiero deber ningún favor a nadie de vuestra facción —gritó—. Bajadme.

—Señora, no sabéis lo que decís —replicó Dick—. Estáis herida...

—No lo estoy —repuso ella—. Fue a mi caballo al que mataron.

—No importa en lo más mínimo —respondió Richard—. Os halláis en medio de la nieve y rodeada de enemigos. Queráis o no, os llevo conmigo. Y me alegro de que se me presente esta ocasión, porque así pagaré parte de la deuda que tengo con vos.

Guardó ella silencio durante breve rato. Luego, de pronto, preguntó:

—¿Y mi tío?

—¿Milord de Risingham? —contestó Dick—. Quisiera poder daros buenas noticias, señora; pero no tengo ninguna. Una vez le vi en la batalla, sólo una vez. Esperemos que nada malo le haya ocurrido.

5. Noche en el bosque: Alicia Risingham

Era casi seguro que sir Daniel se había encaminado hacia Moat House; pero teniendo en cuenta la abundancia de la nieve, lo avanzado de la hora y la necesidad en que se veía de huir de los pocos caminos existentes y marchar a través del bosque, era igualmente cierto que no podría llegar allí antes de la mañana.

Dos caminos se ofrecían a Dick: continuar siguiendo el rastro al caballero y, a ser posible, caer sobre él aquella misma noche, o seguir otro camino y procurar colocarse entre sir Daniel y el lugar de su destino.

Los dos planes presentaban serios inconvenientes, y Dick, que temía exponer a Joanna a los azares de una lucha, todavía no se había decidido por ninguno de los dos cuando llegó a los linderos del bosque.

En este lugar, sir Daniel había torcido un poco hacia la izquierda, penetrando en línea recta en un bosquecillo de elevados árboles. Su gente había formado en un frente más estrecho, para poder pasar entre los troncos, y el rastro quedó en proporción impreso más profundamente en la nieve.

Lo siguió con la vista, bajo los arcos de los desnudos robles, recto y formando una angosta faja. Sobre él se alzaban los árboles con sus nudosas articulaciones y el elevado y frondoso boscaje de las ramas; no se oía ni el menor rumor producido por hombres o animales... ni siquiera el revolotear de un petirrojo; y sobre aquel campo de nieve caía dorado el sol de invierno entre el tejido de sombras.

—¿Qué te parece que sería mejor? —preguntó Dick a uno de sus hombres—. ¿Seguir en línea recta o cortar de través hacia Tunstall?

—Sir Richard —contestó el hombre de armas—, yo seguiría la línea recta hasta que veamos que se han dispersado.

—Sin duda tienes razón —dijo Dick—; pero salimos precipitadamente a esta aventura porque no había tiempo que perder. Aquí no hay casas, comida ni abrigo, y cuando apunte el alba vamos a saber lo que es tener helados los dedos y el estómago vacío. ¿Qué decís a esto, muchachos? ¿Estáis dispuestos a padecer un poco por el buen resultado de la expedición o volvemos hacia Holywood y cenamos en el seno de Nuestra Madre la Iglesia? El caso es algo dudoso y no quiero obligar a nadie; pero si estáis prontos a dejaros guiar por mí, yo escogería lo primero.

Casi a una voz contestaron unánimemente los hombres que seguirían a sir Richard adonde quisiera.

Y Dick, picando espuelas al caballo, siguió hacia adelante.

Por lo muy pisoteada y apretada que estaba la nieve del rastro, tenían los perseguidores gran ventaja sobre los perseguidos. Avanzaban, en efecto, a trote largo, batiendo alternativamente sobre el sordo pavimento de nieve doscientos cascos, y el chocar de las armas y el resoplido de los caballos resonaban con clamor de guerra en el abovedado y silencioso bosque.

Luego, el ancho rastro que dejaban los perseguidos salió al camino real de Holywood; se perdió allí un momento, y cuando de nuevo reapareció sobre la nieve no hollada, del otro lado, Dick vio con sorpresa, que era ya más estrecho y que estaba menos apisonado. Sin duda, aprovechándose del camino, sir Daniel había empezado a diseminar sus fuerzas.

En todo caso, puesto que lo mismo era tomar una dirección que otra, continuó Dick su persecución por la recta huella, la que después de una hora de marcha le llevó a lo más profundo e intrincado del bosque; allí se dividía de pronto, como bomba que estalla, en dos docenas de rastros que seguían las más opuestas direcciones.

Tiró de la brida Dick, perdida ya toda esperanza. El corto día de invierno tocaba a su término; el sol, opaca y roja naranja, sin un solo rayo, flotaba muy

bajo entre la espesura de desnudos matorrales; las sombras se prolongaban a la distancia de una milla sobre la nieve; la helada mordía cruelmente en las puntas de los dedos, y el aliento y el vapor de los caballos se elevaban, formando nubes.

—Bien nos han ganado en astucia —confesó Dick—. Después de todo, tendremos que marchar a Holywood. Todavía está más cerca que Tunstall... o, al menos, así lo parece por la posición del sol.

Torcieron, pues, hacia la izquierda, volviendo la espalda al rojo broquel del sol y dirigiéndose a campo traviesa hacia la abadía. Pero las cosas habían cambiado para ellos: no podían ya marchar a buen paso por un sendero apisonado antes por los caballos de sus enemigos, ni aquel camino les conducía a una meta. Tenían que labrar su paso lentamente a través del obstáculo de la nieve, parándose continuamente para decidir el rumbo y hundiéndose a cada momento en los blancos montones. Pronto el sol les abandonó; se desvaneció el resplandor de occidente y al rato vagaban, a la aventura, entre las negras sombras, bajo las pálidas estrellas.

Pronto, sin embargo, alumbraría la luna la cima de las montañas y podrían reemprender la marcha. Mas, entretanto, todo paso dado al azar podría alejarles de su ruta. No podían hacer nada más que acampar y esperar.

Se colocaron centinelas; se limpió de nieve un trozo de terreno, y tras varios intentos ardió en el centro una buena hoguera. Los hombres de armas se sentaron en torno al selvático hogar, repartíendose las provisiones que llevaban y pasándose la botella de uno a otro, y Dick, escogiendo lo más delicado de aquella tosca y escasa vianda, se lo llevó a la sobrina de lord Risingham, que estaba sentada aparte de la soldadesca, recostada contra un árbol.

Le servía de asiento la manta de un caballo, se envolvía en otra y contemplaba atentamente la escena alumbrada por el fuego. Al ofrecerle Dick el alimento, ella se estremeció, como si despertara de un sueño, y lo rechazó en silencio.

—Señora —dijo Dick—: Permitidme suplicaros que no me castigéis tan cruelmente. No sé en qué os he ofendido; verdad es que os he traído conmigo, pero con amistosa violencia; cierto es que os he expuesto a las inclemencias de la noche, pero la precipitación con que me veo obligado a proceder tiene por objeto la protección de quien no es menos débil que vos ni se halla en menos amparo. Cuando menos, señora, no os castigéis vos misma y comed, si no por apetito, para conservar las fuerzas.

—No comeré nada que venga de las manos que mataron a mi tío —contestó ella.

—¡Señora —exclamó Dick—, por la cruz os juro que mis manos no le tocaron!

—Juradme que vive todavía —repuso ella.

—No quiero engañaros —contestó Dick—. La compasión misma me obliga a heriros. En el fondo de mi corazón le creo muerto.

—¡Y me pedís que coma! —gritó ella—. ¡Y os llaman caballero! Con el asesinato de mi buen tío, os ganasteis la dignidad de caballero. De no haber sido yo tan necia y traidora a la vez, que os salvé la vida en casa de vuestro mismo enemigo, seríais vos el que habría muerto, y él... él que valía por una docena como vos... él estaría vivo.

—No hice más que cumplir con mi deber de hombre, lo mismo que vuestro tío hizo en el otro partido —replicó Dick—. Si él viviera aún, como juro al cielo que sería mi deseo, me elogiaría en vez de censurarme.

—Ya me lo dijo sir Daniel —repuso ella—. Os vio en la barricada. Por vos (dijo) se desplomaba su partido; vos, quien ganó la batalla. Pues bien: quien mató a mi buen tío lord Risingham fuisteis también vos, tan cierto como si con vuestras propias manos lo hubierais estrangulado. ¡Y quisierais ahora que comiera con vos... cuando aún tenéis las manos manchadas con el crimen! Pero sir Daniel ha jurado vuestra ruina. ¡Él me vengará!

El desgraciado Dick quedó sumido en su aflicción. Volvió a su mente el recuerdo de Arblaster y dijo con voz que parecía un gemido:

—¿Tan culpable me creéis?... ¿Vos, que me defendisteis antes; ... vos, que sois la amiga de Joanna?

—¿Qué teníais que hacer en la batalla? —replicó ella—. ¡No pertenecéis a ningún partido; no sois más que un muchacho... sólo piernas y cuerpo, y sin el gobierno del juicio y la prudencia! ¿Por qué peleabais, pues? ¡Por el gusto de hacer daño, pardiez!

—No —exclamó Dick—. No lo sé. Pero tal como marchan las cosas en este reino de Inglaterra, si un pobre caballero no lucha en un partido, forzoso es que pelee en el otro. No puede permanecer solo; no sería natural.

—Los que no tienen juicio no debieran desenvainar la espada —replicó la damisela—. Si peleáis al azar, ¿qué otra cosa sois más que un matarife? La guerra no es noble más que por la causa que la inspira, y vos la habéis deshonrado.

—Señora —dijo el infortunado Dick—, ahora veo, en parte, mi error. He ido demasiado aprisa; he obrado antes de tiempo. A estas horas llevo robado un barco... creyendo hacer un bien, os lo juro..., y con ello no hice más que ser la causa de la muerte de muchos inocentes y de la desgracia de un pobre

viejo, cuyo rostro, hoy mismo, me ha apuñalado como una daga. Y en cuanto a lo de esta mañana, lo único que me propuse fue ganar honra, conquistar fama para poder casarme... y, ¡ved!, lo que he conseguido es acarrear la muerte de vuestro querido pariente, que tan bondadoso fue para mí. Y, además de eso, ¡qué sé yo cuántas cosas! Porque, ¡ay de mí!, puedo haber puesto a York en el trono y ser ésa la peor causa y la desgracia de Inglaterra. ¡Oh, señora! Bien veo mi pecado. No sirvo yo para la vida del mundo. Como expiación, no bien haya terminado esta aventura y para evitar peores males, ingresaré en un claustro. Renunciaré a Joanna y a la profesión de las armas. Seré fraile y rezaré toda mi vida por el alma de vuestro buen tío.

A Dick le pareció, al llegar a este punto de extrema humillación y arrepentimiento, que la damisela se había reído.

Levantando el abatido semblante, vio que ella le miraba, a la luz de la hoguera, con cierta expresión extraña, pero nada adusta.

—Señora —exclamó, creyendo que la risa fue ilusión de sus oídos, pero esperando todavía, al ver su cambiada expresión, haberle ablandado el corazón —, señora, ¿no estaréis satisfecha con esto? Renuncio a todo para reparar el mal que llevo hecho; le aseguro la gloria del cielo a lord Risingham. Y todo esto el mismo día en que he ganado la dignidad de caballero y en que me consideraba el joven hidalgo más feliz sobre la tierra.

—¡Oh, chiquillo! —dijo ella—. ¡Buen muchacho!

Y entonces, con gran sorpresa de Dick, enjugándose primero, tiernamente, las lágrimas que corrían por sus mejillas, y luego, como obedeciendo a repentino impulso, le echó ambos brazos al cuello, atrajo hacia sí su cara y le besó. Una lastimosa turbación se apoderó del ingenuo Dick.

—Pero venid —dijo ella con gran animación—; vos que sois el capitán, tenéis que comer. ¿Por qué no cenáis?

—Querida señora Risingham —replicó Dick, no hacía sino cuidar, antes que nada, de mi prisionera; pero, a decir verdad, la penitencia que me he impuesto me hace ya rechazar con desagrado hasta la vista de la comida. Mejor sería, señora, que ayunara y rezase.

—Llamadme Alicia —dijo ella—. ¿No somos viejos amigos? Y ahora venid: voy a acompañaros en la comida: bocado por bocado, sorbo por sorbo. De modo que si no coméis, tampoco yo; pero si lo hacéis de firme, cenaré como un labriego.

Y poniendo inmediatamente manos a la obra, ella comenzó a despachar la comida; Dick, que tenía un estómago excelente, le hizo compañía, al principio con gran repugnancia, pero animándose gradualmente, con más vigor y

apetito, hasta que, al fin, olvidándose de atender a su modelo, reparó con creces las pérdidas de aquel día de trabajo y excitación.

—Cazador de leones —dijo ella, al fin—, ¿no admiráis a una doncella vestida con jubón de hombre?

Alta andaba ya por el cielo la luna, y lo único que allí esperaban era que descansasen los fatigados caballos. A su luz, el contrito pero bien repleto Richard, observó que ella le miraba con cierta coquetería.

—Señora... —balbució, sorprendido ante el inesperado cambio en sus maneras.

—No —interrumpió ella—, no hay necesidad de que lo neguéis, ya me lo dijo Joanna; pero decid, señor cazador de leones, miradme... ¿tan fea soy? ¡Hablad! Y le miró con dulces ojos.

—En verdad sois algo pequeñita... —comenzó Dick.

Volvió a interrumpirle ella; esta vez con risa sonora que completó la confusión y la sorpresa del joven.

—¡Pequeñita! —exclamó—. ¡Vaya! Sed tan franco como audaz: soy una enana o poco menos; pero, a pesar de ello... ¡vamos, decídmelo! A pesar de todo, pasablemente hermosa de mirar, ¿no es verdad?

—No, señora; extremadamente hermosa —contestó el apurado caballero, haciendo desesperados esfuerzos por aparecer sereno.

—¿Y creéis que un hombre se daría por muy feliz casándose conmigo? —prosiguió ella.

—¡Oh, señora, por completamente feliz!

—Llamadme Alicia.

—Alicia —repitió sir Richard.

—Pues bien, cazador de leones —continuó ella—, puesto que vos matasteis a mi tío, y me dejasteis sin amparo en el mundo, me debéis, como hombre de honor, toda clase de reparaciones, ¿verdad?

—Verdad es, señora —respondió Dick—. Aunque, en el fondo de mi corazón, no me considero más que parcialmente culpable de la muerte de ese caballero.

—¿Pretendéis burlarme evadiéndoos? —exclamó ella.

—No, señora, no es eso. Ya os lo he dicho: si me lo mandáis, hasta me volveré monje —contestó Richard.

—Entonces, en cuanto afecta a vuestro honor, ¿me pertenecéis? —

concluyó ella.

—Por lo que toca a mi honor, señora, supongo... —comenzó a decir el joven.

—¡Vaya! —interrumpió ella—. Estáis demasiado lleno de argucias. Como hombre de honor, ¿me pertenecéis hasta que hayáis reparado todo el mal que habéis hecho?

—Ante el honor, sí.

—Oídmeme entonces —prosiguió ella—. Creo que haríais un mal fraile, y puesto que puedo disponer de vos como me plazca, estoy dispuesta a tomaros por marido. ¡Nada, nada de palabras! —exclamó ella—. Sería completamente inútil. Pues considerad cuán justo es que vos, que me habéis privado de hogar, me proporcionéis otro. Y en cuanto a Joanna, creedme, ella será la primera en alabar el cambio, porque, después de todo, como somos buenas amigas, ¿qué importa con cuál de las dos os casáis? Nada absolutamente.

—Señora —dijo entonces Dick—, entraré en un claustro, si vos me lo ordenáis; pero casarme con cualquiera otra persona en este mundo que no sea Joanna Sedley es lo que no haré nunca, así se empeñen en obligarme toda la fuerza de los hombres o el capricho de una dama. Perdonadme si con tal claridad os digo mis sinceros pensamientos, pero ante el sumo atrevimiento de una doncella, no le queda a un pobre hombre más recurso que mostrarse más atrevido todavía.

—Dick —repuso ella—, chiquillo bueno, tenéis que darme un beso por esas palabras que acabáis de pronunciar. No, no temáis, me besaréis en nombre de Joanna, y cuando estemos juntas, yo le devolveré a ella el beso y le diré que se lo he robado. Y en cuanto a lo que me debéis, bobito, me parece que no estabais solo en la gran batalla, y que aunque llegara el jefe del partido de York a sentarse en el trono, no seríais vos quien lo hubierais sentado en él. Pero lo que es como hombre bueno, cariñoso y honrado, yo os aseguro que todo eso lo sois, y si yo fuera capaz de envidiar algo que poseyera Joanna, os digo que lo que le envidiaría es vuestro amor.

6. Noche en el bosque (conclusión): Dick y Joanna

Habían ya terminado los caballos su reducido pienso y descansado de sus fatigas. A la orden de Dick, se apagó con nieve el fuego, y mientras sus hombres montaban, perezosos, una vez más sobre sus sillas, él, recordando, algo tarde, una precaución muy propia en la vida de la selva, escogió un elevado roble y ágilmente se encaramó hasta la horquilla más alta. Pudo desde

allí divisar, a la clara luz de la luna, una gran extensión de bosque cubierto de nieve. Al sudoeste, proyectándose negros contra el horizonte, se elevaban aquellos montaraces terrenos cubiertos de brezos donde Joanna y él se encontraron con la terrorífica aparición del leproso. Y allí, precisamente, divisó un punto brillante, no mayor que el ojo de una aguja.

Se reprochó entonces su anterior olvido. Si aquello era, como parecía, el resplandor de una hoguera encendida en el campamento de sir Daniel, habría visto ya hacía tiempo y se hubiera dirigido a tal sitio; y, sobre todo, por ningún concepto debiera haber anunciado su proximidad encendiendo él mismo hoguera alguna. Mas ahora no debía perder un tiempo precioso. El camino recto para llegar a aquellas alturas tenía unas dos millas de longitud; pero lo atravesaba una escarpada y honda cañada, que no podían cruzar hombres a caballo. Para llegar más pronto, le pareció a Dick lo más práctico abandonar los caballos e intentar la aventura a pie.

Diez hombres quedaron cuidando los caballos; se convinieron señales con las que se comunicarían en caso de necesidad. Y Dick partió, al frente de los demás, llevando a su lado a Alicia, que marchaba con resolución.

Los hombres se habían despojado de sus pesadas armaduras y dejado sus lanzas, marchando animosos sobre la helada nieve a la grata luz de la luna. El descenso a la cañada, por cuyo fondo pasaba, entre la nieve y el hielo, una susurrante corriente, se efectuó en silencio y con orden; y una vez en el lado opuesto, hallándose ya a menos de media milla del sitio donde Dick había visto el resplandor de la hoguera, hizo alto el grupo para descansar antes del ataque.

En el vasto silencio del bosque se percibían desde lejos los menores ruidos, y Alicia, que tenía finísimo el oído, levantó el dedo en señal de alarma y se inclinó para escuchar. Todos siguieron su ejemplo; pero, aparte del gemir del obstruido arroyo que acababan de cruzar y de los gruñidos de una zorra a muchas millas de distancia en medio de la selva, el aguzado oído de Dick no percibió ni el rumor de un suspiro.

—Sin embargo —murmuró Alicia—, estoy segura de haber oído chocar de arneses.

—Señora —repuso Dick, que temía más a la damisela que a diez fornidos guerreros—, no quisiera yo decir que estáis equivocada, pero el ruido lo mismo podría proceder de cualquiera de los dos campamentos.

—No venía de allá. Venía de la parte oeste —afirmó ella.

—Será lo que sea, y sin duda lo que Dios quiera. No hagamos caso y avancemos con buen ánimo para darles alcance. ¡Arriba, amigos... ya hemos descansado bastante!

A medida que avanzaban, aparecía la nieve cada vez más pisoteada y cubierta de huellas de los cascos de los caballos, y era evidente que se acercaban al campamento de una considerable fuerza de hombres montados.

Al rato divisaban el humo elevándose por entre los árboles, coloreado de rojo en su parte inferior y esparciendo brillantes chispas.

Obedeciendo las órdenes de Dick, comenzaron sus hombres a desplegarse, arrastrándose furtivamente entre la espesura, para rodear por todos lados el campamento enemigo.

Y colocando a Alicia tras el tronco de un corpulento roble, se deslizó él mismo en línea recta hacia donde brillaba el fuego.

Al fin, por entre un claro del bosque, su vista abarcó el escenario del campamento. Habían encendido el fuego sobre un montecillo cubierto de brezos, rodeado de maleza por tres lados, y estaba, en aquel momento, llameando con fuerza y bufando recio. Alrededor se hallaban sentadas una docena de personas, bien envueltas en abrigos o capotes; pero, por más que en torno se viera la nieve tan apisonada como si por allí hubiera pasado todo un regimiento, en vano buscó Dick con la vista un solo caballo. Le asaltó el terrible presentimiento de que le hubiesen adelantado. Al mismo tiempo reconoció Dick en un hombre alto, con celada de acero, que se calentaba las manos a la lumbre, a su antiguo amigo y actualmente benévolo enemigo Bennet Hatch; y en otras dos personas, sentadas algo más atrás, reconoció también, a pesar de su masculino disfraz, a Joanna Sedley y a la esposa de sir Daniel.

Bien —pensó—, aunque pierda mis caballos, si consigo recobrar a mi Joanna, ¿por qué quejarme?

Desde el más lejano extremo del campamento llegó un débil silbido anunciando que sus hombres se habían reunido y que el cerco era completo.

Bennet, al oírlo, se puso en pie de un salto; pero antes de que tuviera tiempo de echar mano a las armas, le gritó Dick:

—Bennet, amigo Bennet, ríndete. No harás más que comprometer inútilmente vidas humanas si resistes.

—¡Si es master Shelton! ¡Por santa Bárbara! —exclamó Hatch—. ¿Rendirme? ¡Mucho pedís! ¿Con qué fuerzas contáis?

—Te digo, Bennet, que somos muy superiores en número y os tenemos cercados —insistió Dick—. César y Carlomagno, en un caso así, pedirían cuartel. Tengo cuarenta hombres, que, a un silbido mío, con una sola descarga de flechas pueden dar buena cuenta de vosotros.

—Master Dick —dijo Bennet—, lo siento mucho; pero he de cumplir con

mi deber. ¡Qué los santos os ayuden!

Y llevándose a los labios una trompetilla, dio el toque de alarma.

Sucedió un momento de confusión, pues mientras Dick, temiendo por las damas, vacilaba en dar la orden de disparar, la reducida cuadrilla de Hatch se lanzó sobre sus arcos y formó un cuadro, como preparándose para una feroz resistencia.

En la precipitación del cambio de sitio de todos, Joanna saltó de su asiento y, veloz como una saeta, corrió al lado de su galán.

—¡Aquí, Dick! —gritó, cogiéndole una mano entre las suyas.

Pero Dick continuaba aún indeciso; no estaba todavía avezado a las más crueles necesidades de la guerra, y la idea del peligro que corría la anciana lady Brackley detuvo en sus labios la orden. Sus propios hombres comenzaban a impacientarse. Algunos le llamaron por su nombre; otros, por propio impulso, comenzaron a disparar, y a la primera descarga mordió el polvo el pobre Bennet. Entonces reaccionó Dick.

—¡Adelante! —gritó—. ¡Disparad, muchachos, y manteneos a cubierto! ¡Inglaterra y York!

En ese instante en el hondo silencio de la noche se elevó de pronto el sordo machacar de los cascos de caballo sobre la nieve, y con increíble rapidez fue acercándose y creciendo más y más. Al mismo tiempo respondían las trompetas, repitiendo una y otra vez, a la llamada de Hatch.

—¡Replegaos, replegaos! —gritó Dick—. ¡Replegaos hacia mí! ¡Replegaos para salvar la vida!

Pero sus hombres, a pie, esparcidos, sorprendidos cuando contaban ya con un fácil triunfo, en vez de replegarse comenzaron a ceder terreno separadamente y permanecían vacilantes o se internaban, dispersos, entre la maleza.

Y cuando llegaron los primeros jinetes, cargando por las abiertas alamedas y metiendo furiosamente sus corceles por la espesura, algunos rezagados fueron abatidos o alanceados; la mayor parte de los que estaban al mando de Dick habían desaparecido al solo rumor de su llegada.

Dick se quedó inmóvil un momento, reconociendo los frutos de su precipitado e imprudente valor. Sir Daniel había visto la hoguera encendida por sus enemigos y se había alejado con la mayor parte de sus fuerzas, para atacar a sus perseguidores o para cogerlos por retaguardia, si se aventuraban a dar el asalto. Se había conducido como sagaz capitán, mientras que la conducta de Dick era la de un chiquillo vehemente e inexperto. Y así se hallaba él ahora, con su amada, es cierto, estrechándole fuertemente la mano,

pero por lo demás, solo, dispersos sus hombres y caballos en medio de la noche en la inmensidad del bosque, como puñado de alfileres en un pajar.

—¡Qué los santos me iluminen! —pensó—. ¡Suerte que me armaron caballero por lo de esta mañana, porque lo de ahora me honra poco!

Sin soltar a Joanna, echó a correr.

Rompían el silencio de la noche los gritos de los hombres de Tunstall, galopando de un lado a otro, dando caza a los fugitivos. Audazmente Dick se metió por entre la maleza, corriendo en línea recta con la rapidez de un gamo.

LA claridad de plata de la luna sobre la nieve aumentaba por contraste la oscuridad de los matorrales, y la extremada dispersión de los vencidos llevaba a los perseguidores por los más divergentes senderos. De aquí que, al poco rato, pudieran pararse Dick y Joanna en un lugar donde quedaban completamente ocultos, y oyeran los rumores de la persecución extendiéndose en todas direcciones, pero desvaneciéndose a la distancia.

—Si siquiera hubiera tenido la precaución de conservar agrupada alguna fuerza de reserva —exclamó Dick, con amargura—, podría haberles devuelto el golpe. En fin, viviendo se aprende; la próxima vez todo irá mejor, ¡por la cruz!

—No, Dick —dijo Joanna—, ¿qué importa? Ya estamos juntos otra vez.

La miró él, y, en efecto... allí estaba... Joanna Matchann, como antaño, en calzones y jubón. Pero ahora ya la Conocía; ahora, aun con tan desgarrada ropa, sonreíale ella, resplandeciente de amor, y sintió el joven que el corazón se le inundaba de alegría.

Amor mío —le dijo—, si tú perdonas los desatinos de este atolondrado, ¿qué puede importarme ya nada? Vayamos directamente a Holywood; allí está tu buen tutor y mi mejor amigo, lord Foxham. Allí nos casaremos, y pobres o ricos, famosos o desconocidos, ¿qué importa? En este día, amor mío, me gané la dignidad de caballero; grandes hombres elogiaron mi valor; me creí el más bizarro guerrero en toda la vasta extensión del reino de Inglaterra. Después perdí, primero, mi valimiento con el poderoso, y ahora me han dado una paliza y he perdido a todos mis soldados. ¡Si grande fue mi engreimiento, grande ha sido mi caída! Pero, amor mío, nada me importa...; si tú me quieres todavía y nos casamos, me despojaría de mis honores de caballero sin importarme un ardite.

—¡Dick mío! —exclamó ella—. ¿Te armaron caballero?

—Sí, amor mío: tú eres ahora mi lady —contestó cariñosamente—, o lo serás mañana antes del mediodía. ¿Verdad?

—Lo seré, Dick, y con la mayor alegría —contestó ella.

—¿De veras, caballero? ¡Yo creí que ibais a ser fraile! —sonó una voz en sus oídos.

—¡Alicia! —gritó Joanna.

—La misma —contestó la damisela adelantándose—. Alicia, a quien dejaste por muerta y a quien halló tu cazador de leones, volviéndola de nuevo a la vida; y no sólo esto, sino que haciéndole también el amor, si tanto quieres saber.

—No lo creo —gritó Joanna—. ¡Dick!

—¡Dick! —remedó Alicia—. ¡Dick en persona! ¡Sí, galante caballero, abandonáis a las pobres damiselas en los trances apurados! —prosiguió, volviéndose hacia el joven—. Las dejáis plantadas detrás de los robles. Con razón dicen que murió la época de la hidalguía.

—Señora —repuso Dick desesperado—. ¡Por mi alma os juro que os había olvidado por completo! Señora: haced lo posible por perdonarme. ¡Ved que había vuelto a encontrar a Joanna!

—Nunca supuse que lo hubierais hecho intencionadamente —replicó ella—. Pero voy a vengarme cruelmente. Voy a revelarles un secreto a milady Shelton... A la que ha de serlo —añadió, haciendo una reverencia—. Joanna —continuó—, creo, por mi alma, que tu galán es valiente en la pelea; pero permíteme que te lo diga francamente: es el bobalicón de más blando corazón de toda Inglaterra. ¡Anda... que ya puedes hacer con él cuanto te venga en gana! Y ahora, chiquillos locos, besadme primero a mí para que os traiga buena suerte y para mostraros amables conmigo; después besaos uno a otro, sólo por un minuto y ni un segundo más, y luego, vámonos los tres a Hollywood. Vayámonos tan aprisa como podamos, porque me parece que estos bosques están llenos de peligros, y son excesivamente fríos.

—Pero ¿es cierto que mi Dick te hizo el amor? —preguntó Joanna, colgándose del brazo de su amado.

—No, tonta —respondió Alicia—. Fui yo quien se lo hice a él; le propuse que nos casáramos; pero él me contestó que fuera a casarme con uno de mis iguales. Ésas fueron sus palabras. No, ya te digo; es mucho más franco que galante. Pero ahora, chiquillos, tengamos juicio y pongámonos en marcha. ¿Volveremos a pasar por la cañada o marcharemos en línea recta a Hollywood?

—Bien quisiera poner mi mano sobre un caballo —dijo Dick—, porque en estos últimos días me han vapuleado tan cruelmente, de un modo u otro, que mi pobre cuerpo es todo él un puro cardenal. Pero ¿qué os parece a vosotras? Si mis hombres hubieran huido, en medio de la alarma de la pelea, habríamos dado un rodeo para nada. De aquí a Hollywood, en línea recta, no hay más que

unas tres millas; la campana no ha dado las nueve; la nieve está lo bastante dura para andar por ella, y la luna es clara... ¿Qué os parece si marcháramos tal como estamos?

—De acuerdo —exclamó Alicia.

Pero Joanna se limitó a apretar el brazo a Dick.

Atravesaron, pues, los claros y desnudos sotos y descendieron por los caminos cubiertos de nieve, bajo el pálido rostro de la luna de invierno; Dick y Joanna marchaban cogidos de la mano, sumidos en un paraíso de delicias, y su atolondrada compañera, olvidadas ya sus penas, les seguía uno o dos pasos detrás, ora burlándose de su silencio, ora pintándoles los más seductores cuadros de lo felices que vivirían en el futuro.

Todavía se oía en la lejanía del bosque a los jinetes de Tunstall continuando viva e incesantemente su persecución, y, de cuando en cuando, los gritos y el chocar de los aceros anunciaban el encuentro con los enemigos.

Pero en estos tres jóvenes, criados entre los sobresaltos de la guerra y curtidos por los múltiples peligros que habían pasado, no era fácil despertar el miedo ni la piedad. Contentos al observar que los ruidos iban alejándose cada vez más, se entregaron con toda su alma a disfrutar del placer del momento, marchando ya, como dijo Alicia, como cortejo nupcial, y ni la agreste soledad del bosque ni el frío de la noche glacial bastaban para ensombrecer o interrumpir su felicidad.

Desde lo alto de un cerro divisaron al fondo el valle de Holywood. Brillaban las grandes ventanas de la abadía del bosque, iluminadas por antorchas y cirios; se elevaban sus altos pináculos y chapiteles clarísimos y silenciosos, y la cruz de oro que le servía de remate relucía alegremente a la luz de la luna. En torno de la abadía, en los claros de la selva, ardían las hogueras de los campamentos, se apiñaban numerosas chozas, y en el centro de aquel cuadro tendía su curva el helado río.

—¡Por la misa! —exclamó Dick—. Todavía están acampados los hombres de lord Foxham. Sin duda que el mensajero se ha extraviado. Tanto mejor. Así tendremos fuerzas a mano para hacer frente a sir Daniel.

Pero si las tropas de lord Foxham seguían aún acampadas en la larga isleta de Holywood, esto era debido a causa muy distinta de la que suponía Dick. En efecto, habían emprendido la marcha hacia Shoreby; pero, antes de que llegaran a la mitad del camino, un segundo mensajero les salió al encuentro, transmitiéndoles la orden de que regresaran a su campamento de la mañana, para cerrarles el paso a los fugitivos de Lancaster y estar mucho más cerca del principal ejército de York.

Porque Richard de Gloucester, terminada la batalla y quebrantados sus enemigos en aquella comarca, hallábase ya en marcha para reunirse con su hermano; y poco después del regreso de los soldados de lord Foxham, el propio Crookback echaba pie a tierra frente a la puerta de la abadía. En honor, pues, de este augusto visitante, brillaban iluminadas las ventanas, y al llegar Dick con su amada y la amiga, todo el séquito del duque era obsequiado en el refectorio con el esplendor que era propio de aquel poderosísimo y suntuoso monasterio.

Frente a ellos fue conducido Dick, por cierto que no con mucho gusto por su parte. Medio enfermo de fatiga, estaba sentado Gloucester, apoyando en una mano el pálido y terrible semblante, teniendo a su izquierda, en honorífico lugar, a lord Foxham, convaleciente y casi curado de su herida.

—¿Cómo, señor? —preguntó Gloucester—. ¿Me traéis la cabeza de sir Daniel?

—Milord duque —respondió Dick resueltamente, pero sintiendo oprimírsele el corazón—, ni siquiera he tenido la suerte de regresar con los hombres de mi mando. He sido derrotado, y apelo a vuestra indulgencia. Miróle Gloucester, fruncido el formidable entrecejo.

—Cincuenta lanzas os di, caballero —dijo.

—Milord duque —replicó el joven—, tan sólo llevé cincuenta hombres de armas.

—¿Cómo fue eso? —dijo Gloucester—. Él me pidió cincuenta lanzas.

—Perdonad, excelencia —contestó Catesby con gran suavidad—. Como se trataba de una persecución, no le dimos más que los jinetes.

—Está bien —dijo Gloucester, y luego añadió—: Shelton, podéis marcharos.

—Deteneos —dijo lord Foxham—. Este joven llevaba también un encargo mío. Acaso en su realización haya tenido mejor suerte. Decid, master Shelton, ¿encontrasteis a la doncella?

—Con la ayuda de los santos, aquí está, en esta casa.

—¿De veras? Pues bien, milord duque —resumió lord Foxham—, con vuestra venia, mañana, antes de ponerse en marcha el ejército, propongo una boda. Este joven hidalgo...

—Joven caballero... —interrumpió Catesby.

—¿Caballero decís, sir William? —exclamó lord Foxham.

—Yo mismo, por sus buenos servicios, le armé caballero —explicó

Gloucester—. Dos veces me ha servido como un valiente. No es valor lo que le falta, ni buen brazo, sino el férreo espíritu que necesitan los hombres. No se elevará, lord Foxham. Mozo es para pelear muy bravamente en una refriega; pero tiene el corazón de capón. ¡De todos modos, si ha de casarse, casadlo, en el nombre de María Santísima, y terminad de una vez!

—No, es un bravo muchacho..., lo sé —dijo lord Foxham—. Alegraos, pues, sir Richard. He arreglado este asunto con master Hamley, y mañana os casaréis.

Después de lo cual Dick juzgó prudente retirarse; pero aún no había salido del refectorio cuando un hombre, que acababa de apearse a la puerta, subió las escaleras de cuatro en cuatro, y abriéndose paso por entre los servidores de la abadía, se arrojó, hincando una rodilla en tierra, a los pies del duque.

—¡Victoria, milord! —exclamó.

Y antes de que Dick hubiese llegado al aposento que, como huésped de lord Foxham, le tenían destinado, se oían ya las aclamaciones de las tropas reunidas en torno a las hogueras, pues aquel mismo día, a menos de veinte millas, había sido asestado un segundo golpe demoledor al poderío de Lancaster.

7. La venganza de Dick

A la mañana siguiente, Dick se hallaba en pie antes de que saliera el sol, y elegantemente ataviado, gracias a la ayuda del ropero de lord Foxham, y después de haber obtenido buenas noticias de Joanna, salió a dar un largo paseo para calmar su impaciencia.

Al principio se limitó a dar vueltas por entre los soldados que, a la pálida luz del alba de aquel día de invierno, estaban armándose al rojo resplandor de las antorchas; pero gradualmente fue alejándose hacia el campo y, al fin, pasó por completo al otro lado de las avanzadas, marchando solo por el bosque helado, esperando la salida del sol.

Plácidos y dichosos eran sus pensamientos. Su breve valimiento con el duque no lo consideraba digno de entristecerle el corazón; teniendo a Joanna por esposa y a lord Foxham por protector, contemplaba venturosamente su porvenir y nada encontraba en su pasado que le apesadumbrase.

Mientras así caminaba y meditaba, fue haciéndose más clara la luz solemne de la mañana; coloreaba ya el sol el lado de oriente, y un vientecillo cortante soplabla sobre la helada nieve. Volvía hacia la casa; pero al volverse,

se fijó su mirada en una figura que se ocultaba tras un árbol.

—¡Alto! —gritó—. ¿Quién va?

Avanzó la figura y agitó su mano sin contestar. Vestía de peregrino, baja la capucha, cubriéndole el rostro.

Pero al instante Dick reconoció a sir Daniel.

Adelantó a grandes pasos hacia él desenvainando su espada y sir Daniel, llevándose la mano al pecho, como para empuñar un arma oculta, esperó con firmeza que llegase.

—Bien, Dick —dijo—. ¿Qué te propones? ¿Haces la guerra al caído?

—No hice yo la guerra contra vuestra vida —replicó el muchacho—. Era yo vuestro amigo leal hasta que quisisteis quitarme la mía; pero la habéis codiciado harto ansiosamente.

—No... obraba en defensa propia —repuso el caballero—. Y ahora, muchacho, las noticias de la batalla y la presencia de vuestro diablo jorobado en mis propios bosques me han perdido sin remedio. Voy a Holywood para acogerme a sagrado; luego, me iré al otro lado del mar, con lo que pueda llevarme encima, para comenzar de nuevo la vida en Borgoña o en Francia.

—Es posible que no vayáis a Holywood —respondió Dick.

—¿Cómo? ¿Qué es posible?

—Mirad, sir Daniel; esta mañana es la del día de mi boda —repuso Dick—, y ese sol que comienza a levantarse alumbrará el día más feliz de mi vida. La vuestra es doblemente merecedora de castigo: por la muerte de mi padre y por vuestros manejos contra mí. Pero yo también he cometido faltas, he ocasionado la muerte de no pocos hombres, y en este día feliz no quiero ser juez ni verdugo. Aunque fueseis el mismo diablo, no había de ponerlos la mano encima, y si lo fuerais, por mí, podríais marchar adonde quisierais. Buscad el perdón de Dios; el mío lo tenéis ya. Pero eso de que vayáis a Holywood es ya cosa muy diferente. Pertenezco al ejército de York, y no he de permitir que haya un espía entre sus filas. Tenedlo, pues, por cierto: si dais un paso más, levanto la voz y llamo a la avanzada más próxima para que os hagan prisionero.

—Te estás burlando de mí —dijo sir Daniel—. No hay para mí salvación fuera de Holywood.

—No me importa ya eso —replicó Dick—. Os permito ir hacia el este, hacia el oeste o hacia el sur: hacia el norte no os lo permitiré. Holywood está cerrado para vos. Marchaos y no intentéis volver. Porque en cuanto os hayáis alejado, avisaré a todos los puestos de avanzada del ejército, y tal vigilancia

habrá contra todos los peregrinos, que de nuevo os digo, aunque fuerais el mismo diablo, veríais el desastroso resultado de vuestro intento.

—Me sentencias a muerte —dijo con aire sombrío sir Daniel.

—No os sentencio a muerte —repuso Dick—. Si es que se os antoja medir vuestro valor con el mío, venid, pues; y aunque temo que esto es ser desleal a mi partido, aceptaré el reto francamente y sin reservas; me batiré contra vos fiando en mis solas fuerzas, y a nadie llamaré para que me ayude. Así vengaré la muerte de mi padre, con la conciencia tranquila.

—Sí —dijo sir Daniel—, tú tienes una larga espada contra mi daga.

—Sólo en el cielo confío —contestó Dick, arrojando la espada sobre la nieve—. Ahora, si a ello os obliga vuestro hado adverso, venid, y con la ayuda del Todopoderoso, he de hacer que de vuestros huesos hagan festín las zorras.

—No lo dije más que para probarte, Dick —replicó el caballero con inquieta sonrisa—. No quisiera derramar tu sangre.

—Pues, entonces, marchaos antes de que sea demasiado tarde —advirtió Shelton—. Dentro de cinco minutos llamaré al puesto de avanzada. Empiezo a darme cuenta de que tengo demasiada paciencia. Si estuvieran cambiados los papeles, ya hace rato que yo estaría atado de pies y manos.

—Bien, Dick, me marcharé —respondió sir Daniel—. La próxima vez que nos encontremos, te arrepentirás de haberte mostrado tan duro conmigo.

Y sir Daniel dio media vuelta y comenzó a alejarse por entre los árboles.

Dick se quedó observándole, presa de los más extraños y opuestos sentimientos, mientras sir Daniel marchaba, rápida y cautelosamente, volviéndose de cuando en cuando para lanzar una perversa mirada de reojo a aquel muchacho que le había perdonado la vida y de quien no se fiaba aún del todo.

Había, a un lado del camino por donde marchaba, un espeso matorral alfombrado de verde hiedra, aun en mitad del invierno impenetrable a la mirada.

Allí, de pronto, vibró un arco como una nota musical. Voló una flecha, y con horrible, ronco grito de agonía y de ira, el caballero de Tunstall alzó sus manos y cayó de bruces sobre la nieve.

Corrió a su lado Dick y lo levantó. Su cara se contraía con desesperación, y todo su cuerpo se agitaba en violentas convulsiones.

—¿Es negra la flecha? —preguntó, casi sin aliento.

—Negra es —contestó Dick, gravemente.

Antes de que pudiera pronunciar ni una palabra más, una horrible contracción de dolor sacudió al herido de pies a cabeza, hasta casi saltar de los brazos de Dick, que lo sostenía, y con la extremada violencia de aquella angustia, voló su alma en silencio.

El joven le tendió suavemente de espaldas sobre la nieve y rezó por aquella alma pecadora, tan poco preparada para la hora de la muerte, y, mientras sus preces se elevaban, salió de pronto el sol y comenzaron sus trinos los petirrojos entre la hidra.

Al ponerse nuevamente en pie el joven, se halló con otro hombre, arrodillado a pocos pasos detrás de él, y aun con la cabeza descubierta, esperó Dick a que también el recién venido terminase su plegaria. Largo tiempo duró ésta. Baja la frente, cubierto el rostro con las manos, rezaba el hombre presa de gran agitación. Por el arco que yacía a su lado sobre la nieve, juzgó Dick que no era otro que el arquero que acababa de matar a sir Daniel.

Al fin, se levantó también y mostró el semblante de Ellis Duckworth.

—Richard —dijo gravemente—, os he oído. Vos tomasteis el mejor camino, el del perdón; yo he tomado el peor, y ahí yace el cuerpo de mi enemigo. Rezad por mí.

Y le estrechó fuertemente la mano.

—Caballero —contestó Richard—, por vos rezaré, aunque no sé si mis rezos serán atendidos. Pero si tan largo tiempo habéis buscado venganza y tan amargo halláis su sabor, ahora que la habéis logrado, reflexionad: ¿no sería mejor perdonar a los demás? Hatch... murió, ¡el pobre infeliz! ¡Cualquier cosa hubiera dado yo por salvarle la vida! Por lo que toca a sir Daniel, ahí yace su cadáver. En cuanto al clérigo, si mi opinión en algo pudiera influir en vos, desearía que le dejarais marchar en paz.

Una llamarada pasó por los ojos de Ellis Duckworth.

—No —dijo—, el diablo está todavía aferrado dentro de mí. Pero estad tranquilo: no volará ya más la Flecha Negra... Ha quedado disuelta la hermandad. Los que aún viven llegarán a plena y tranquila madurez, hasta que el cielo quiera que caigan en mis manos; en cuanto a vos, acudid adonde os llame vuestra mejor fortuna y no os acordéis más de Ellis.

8. Conclusión

A eso de las nueve de la mañana, conducía lord Foxham a su pupila, vestida esta vez más como correspondía a su sexo y seguida de Alicia

Risingham, a la iglesia de Holywood, cuando Richard Crookback, fruncido ya el entrecejo por las inquietudes, se cruzó en su camino y se detuvo.

—¿Es ésta la doncella? —preguntó. Y cuando lord Foxham hubo contestado afirmativamente, añadió—: Hermosa, levantad el rostro un momento para que pueda yo contemplar vuestra belleza.

La miró un momento con agria expresión.

—Sois hermosa —dijo al cabo—, y, según me dicen, con buena dote. ¿Qué os parecería si os ofreciera yo un magnífico casamiento como corresponde a vuestro bello rostro y a vuestra alcurnia?

—Milord duque —replicó Joanna—, si no ha de ser desagradable a vuestra excelencia, preferiría casarme con sir Richard.

—¿Cómo es eso? —preguntó él con aspereza—. Casaos con el hombre que yo os diga, y antes de esta noche él será milord y vos milady. Porque, permitidme que os lo diga francamente, sir Richard morirá sin haber sido nunca más que sir Richard.

—Nada más le pido al cielo, milord, que morir siendo la esposa de sir Richard —replicó Joanna.

—Ved lo que hacéis, milord —dijo entonces Gloucester volviéndose a lord Foxham—. Buena pareja tenéis. El muchacho, cuando por sus buenos servicios le ofrecí mi favor, prefirió el perdón de un viejo marinero borracho. Bien se lo advertí; pero él siguió terco en su estupidez. «Aquí murió vuestro favor», le dije, y él, milord, con el mayor aplomo y aire impertinente: «Yo soy quien lo pierdo», me respondió. ¡Así será, por la cruz!

—¿Eso dijo? —exclamó Alicia—. ¡Pues muy bien dicho, cazador de leones!

—¿Quién es ésta? —preguntó el duque.

—Una prisionera de sir Richard —respondió lord Foxham—; la señora Alicia Risingham.

—Cuidad de que se case con un hombre de quien podamos estar seguros —dijo el duque.

—Había yo pensado en mi pariente Hamley, si es del agrado de vuestra excelencia —repuso lord Foxham—. Ha prestado buenos servicios a nuestra causa.

—Me parece bien —dijo Gloucester—. Casadlos rápidamente. Decid, hermosa doncella: ¿queréis casaros?

—Milord duque —contestó Alicia—, si el hombre es recto y bien hecho...

Y al llegar aquí, presa de gran consternación, se le ahogó la voz en la garganta.

—Recto y bien hecho es, señora mía —replicó Gloucester, con toda calma—. Yo soy el único jorobado de mi partido; todos los demás están singularmente bien formados. Señoras y vos, milord —añadió con súbito cambio, adoptando cierto aire de grave cortesía—, no me juzguéis muy descortés si os dejo. En tiempo de guerra, un capitán no puede disponer a su gusto de sus horas.

Y con un gentil saludo, desapareció seguido de sus oficiales.

—¡Ay de mí! —exclamó Alicia—. ¡Estoy perdida!

—No lo conocéis —repuso lord Foxham—. Eso es para él una niñería. Ya ni se acuerda siquiera de vuestras palabras.

—Pues entonces es la misma flor de la caballería —observó Alicia.

—No, sino que tiene otras cosas en qué pensar —replicó lord Foxham—. No nos entretengamos más.

En el presbiterio hallaron a Dick esperando, acompañado de unos cuantos jóvenes, y allí quedaron unidos él y Joanna. Cuando salieron de la iglesia, felices, pero con serio continente, para volver al aire helado y a la luz del sol, las largas filas de soldados ascendían ya por la carretera; ya ondeaba, desplegada al viento, la bandera del duque de Gloucester, y comenzaba a pasar frente a la abadía entre un grupo de lanzas; detrás de ella, rodeada de caballeros cubiertos de acero, el audaz, malvado y ambiciosísimo jorobado marchaba hacia su breve reinado y el eterno recuerdo de su infame reputación.

Pero el cortejo nupcial tomó hacia el lado opuesto de la dirección que seguía el ejército, y se sentaba al rato a desayunar alegre y sobriamente. Les sirvió el hermano cillerero, que también ocupó su puesto en la mesa. Hamley, olvidados sus celos, comenzó a cortejar a la nada refractaria Alicia. Y entre el sonar de las trompetas y el chocar de las armaduras de los soldados y de los caballos, que pasaban continuamente, Dick y Joanna, sentados uno junto al otro, se cogían las manos tiernamente y se miraban a los ojos con siempre creciente amor.

Desde aquel momento, el polvo y la sangre de aquella época turbulenta huyeron de su lado. Vivieron, alejados de sobresaltos, en la verde floresta donde empezó su amor.

Entretanto, dos ancianos gozaban de sendas pensiones en plena paz y prosperidad, y quizá hasta con demasiada abundancia de vino y de cerveza, en la aldea de Tunstall. Uno había sido marino toda su vida y continuó llorando hasta el fin a su criado Tom. El otro, que fue siempre hombre de muchos

oficios, se inclinó al fin, hacia la práctica de la piedad, y murió muy religiosamente, bajo el nombre de hermano Honestus, en la cercana abadía. Así pudo Lawless salirse con la suya y morir siendo fraile.

FIN

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es